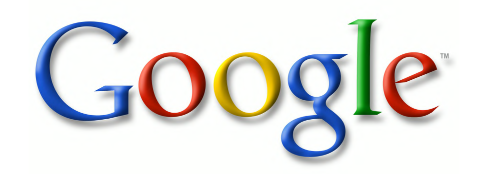
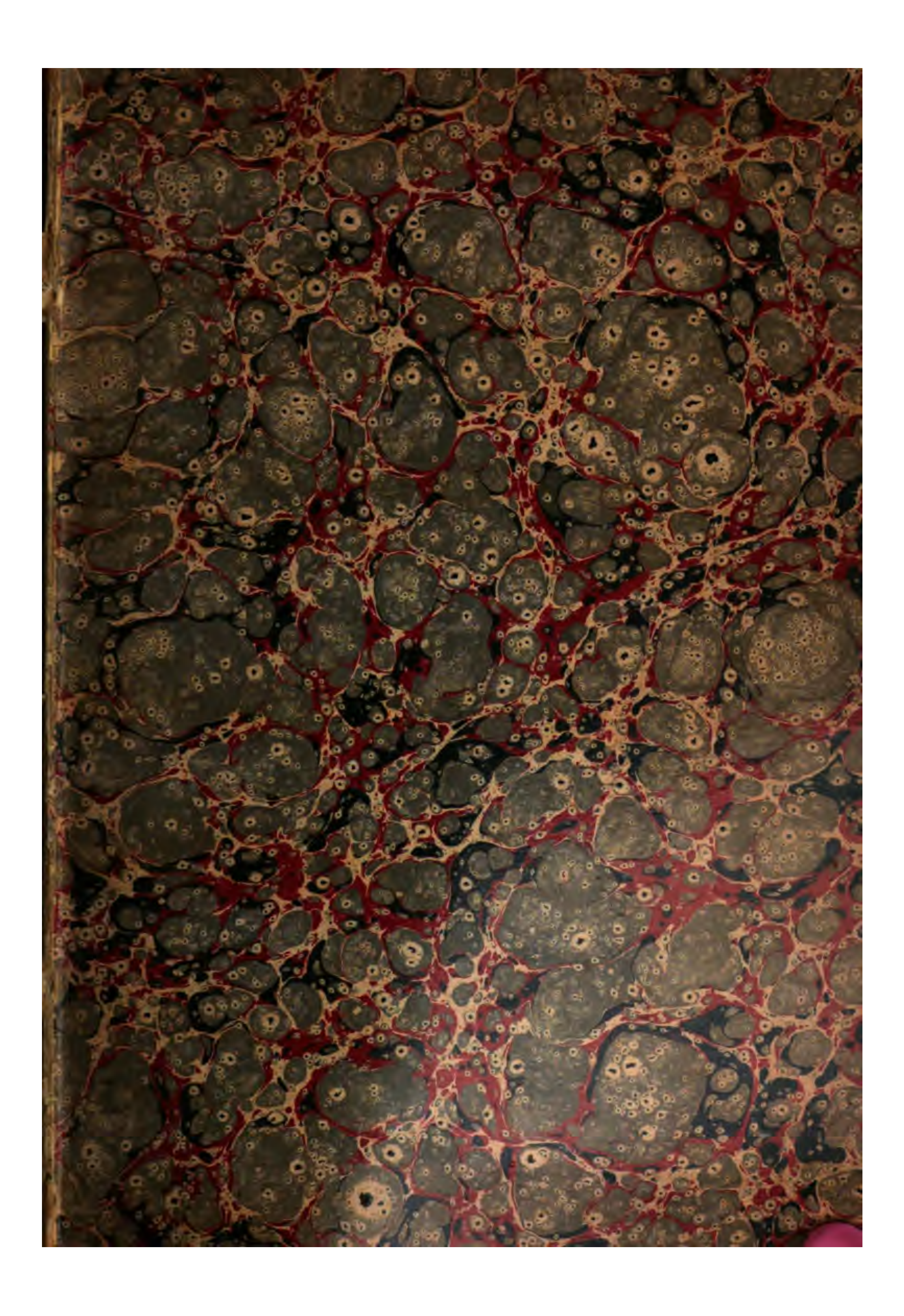



A 697,863 DUPL


MEXICO
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE
THE GIFT OF
MRS. MATTHEW DAVISON
AND
MRS. JEROME H. REMICK
FROM THE LIBRARY OF
MAJOR FENTON R. MCCREERY
UNIVERSITY OF MICHIGAN 1884-86



LAS

ELEGÍAS DE TIBULO,

DE LIGDAMO Y DE SULPICIA.

LAS

ELEGÍAS DE TIBULO,

DE LIGDAMO Y DE SULPICIA,

TRADUCIDAS
EN VERSO CASTELLANO
POR

JOAQUIN D. CASASUS,

PRESIDENTE DEL "LICEO ALTAMIRANO"
É
INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

CON NOTAS EXPLICATIVAS DEL TRADUCTOR.



MÉXICO

Imprenta de Ignacio Escalante
San Andrés número 69

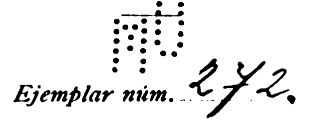
1905



TIRADA DE ESTA EDICIÓN:

200 ejemplares, numerados, en papel del Japón.

300 ejemplares, numerados, en papel de hilo.



Ejemplar núm. 272.

a [illegible] su amigo [illegible] [illegible] Greevy
en testimonio de afecto

PREFACIO.



PREFACIO

—✻—

L afán de despertar en la juventud mexicana el gusto por la poesía clásica, y el deseo de llenar en la literatura española el vacío que no llegó á colmar la publicación de la traducción de D. Norberto Pérez del Camino, fueron parte á que me decidiera á traducir las Elegías de Tibulo, de Ligdamo y de Sulpicia, en cuya lectura había hallado grata delectación en mis años juveniles y no pocas satisfacciones en mi edad madura.

Además, el Maestro Ignacio M. Altamirano, en el hermosísimo prólogo que escribió para las Poesías Completas de Manuel M. Flores, el más inspirado quizás de nuestros poetas eróticos, ofreció publicar, "con

gran sorpresa de los que lo creían tardío," una traducción de Tibulo, y como él no llegó nunca á poner mano sobre aquel trabajo, juzgué que era un deber mío para con su memoria, que siempre me será grata, realizar el propósito que, como una ilusión de su vida, había acariciado y cumplir la promesa contraída por él para con las letras patrias, á riesgo de que éstas no hubieran de quedar satisfechas de que yo fuese quien pagara la deuda, por no ser ni rico en inspiración, como aquel portentoso ingenio lo fuera, ni tener la rara maestría con que él manejaba nuestra hermosa habla castellana.

La traducción de cualquier gran escritor, ya sea un prosador ó un poeta, puede ser de dos especies, á saber: literal ó artística. Para hacer una traducción literal, basta el conocimiento perfecto de la lengua en que la obra está escrita y cierto sentimiento de honradez, que constituye obstáculo invencible para cambiar, á sabiendas, por ideas propias las ajenas; pero para hacer una traducción artística, ha menester el traductor, sobre todo si de un poeta se trata, ser á su vez un poeta y tener, además, alma gemela de la suya, en la cual puedan tener eco las pasiones que lo mueven y las ideas que lo inspiran.

Según estos principios, la traducción que el Maestro Altamirano hubiera llegado á hacer, hubiera sido una verdadera obra de arte, porque para interpretar á Tibulo, el poeta tierno y elegíaco por excelencia, y

copiar sus descripciones de la naturaleza y hablar de encantos los que él hallaba en la vida del campo y dar voz á sus arrebatos de pasión y expresión á sus amores tan sensuales como profundos, nadie más á propósito que aquel gran poeta, hijo de las montañas del Sur, que nació y vivió, durante algunos años, al calor de una tierra tan bella como fecunda, y en cuyo espíritu se desencadenaron, quedando entregadas siempre á sus propios impulsos, todas las grandes pasiones, pero sobre todo el amor, ya lo consagrara á la mujer, ideal supremo que constituye el atractivo de todos nuestros deseos; á la familia, puerto donde se refugian las almas que huyen de las tempestades de la vida, ó á la patria, tierra común por cuyo engrandecimiento ofrecemos todos nuestros esfuerzos y trabajos, todos nuestros triunfos y nuestras glorias y todo nuestro brazo y nuestra sangre.

Mi traducción de Tibulo, de Ligdamo y de Sulpicia, habrá de ser en cambio literal, y no porque á ello me ayude mi conocimiento de la lengua latina, bastante superficial por cierto, sino porque desconfiando, con justicia, de mí mismo, busco siempre la opinión de los comentadores é intérpretes que depuran, aclaran y hacen más fácilmente comprensible el texto, y porque, además, cuanto hay de honradez en mí la empleo con empeño en procurar expresar fielmente el pensamiento ajeno.

Para llevar á cabo esta traducción, procuré, desde

luego, escoger uno de los mejores textos de Tibulo, Ligdamo y Sulpicia que haya depurado la crítica moderna, é hice uso del que publicó Mr. John Percival Postgate, en el *Corpus Poetarum Latinorum*, y que fué preparado por Eduardo Hiller en 1885 é impreso por Bernardo Tauchnitz, con ayuda de los Mss. *Ambrosianus y Vaticanus*, de las *Excerpta Frisingensia* y *Parisina*, y aprovechando, además, los trabajos anteriores de Vulpio, de Heyne y de Dissen.

Ningún texto de un poeta latino ha sufrido las vicisitudes que el de Tibulo. Las primeras ediciones, á partir de la *princeps* de 1472, hasta las dos Aldinas de 1502 y de 1515, fueron hechas teniendo á la vista las peores copias de los antiguos M.S.S., y ya fuera debido á esta circunstancia, ó á las correcciones que el espíritu de la época introducía, no siempre con acierto, el texto aparece plagado de errores, y no puede gozar por esta causa de gran autoridad.

Nada, sin embargo, causó mayor daño al texto de Tibulo, como la labor ejecutada por Escalígero, en su edición de 1577.[1] Escalígero, como él mismo lo dice en el Prefacio de su obra, toma á Dios por testigo de

1 Catulli, Tibulli, Properti nova editio. Iosephus Scaliger Iul. Cæsaris F. recensuit. Eiusdem in eosdem Castigationum Liber. Ad Cl. Puteanum consiliarum regium in Suprema Curia Parisiensi. Lutetiæ. Apud Mamertum Patissonium, in officina Rob. Stephani. MDLXXVII. Cum privilegio regis.

que apenas empleó un mes para preparar su edición de Catulo, Tibulo y Propercio, y escribir sus *Castigationes;* pero ese cortísimo espacio de tiempo, le fué bastante para introducir todo género de cambios y de trasposiciones, para pasar fragmentos de una elegía á otra, ó formar nuevas elegías, alterando de esta manera el orden, sistema y división de los M.S.S. hasta entonces conocidos.

Es verdad que en el texto de Tibulo se nota á las veces alguna falta de precisión, ó algún desorden, ó un poco de incoherencia; pero no es menos cierto que las atrevidas trasposiciones de Escalígero, no le dieron las cualidades que en él se echaban de menos.

La edición de Escalígero, no obstante, á causa tal vez de la gran reputación de que disfrutaba entre los humanistas, fué objeto de una verdadera admiración, y su influencia se hizo sentir, si no entre sus contemporáneos, sí entre sus pósteros.

Inútil fué, que primero Juan Van der Does (Dousa filio), en 1592, [1] y Passerat después, en 1608, [2] resta-

1 Catullus, Tibullus, Propertius, Iampridem viri docti iudicio castigati et nunc denuo recogniti ac variis lectionibus et notis illustrati à Iano Dousa Filio. Accessit Pervigilium Veneris. Lugduni Bat. Ex-officina Plantiniana, Apud Franciscum Raphelengium, CIƆ IƆ XCII.

2 Ioannis Passeratii, professoris et interpretis regis, Commentarii in C. Val. Catullum, Albium Tibullum et Sex. Aur. Propertium. Parisiis. MDCVIII. Cum privilegio regis Christianissimi.

blecieran el texto de la Aldina de 1502, aunque librándolo de muchos de los errores introducidos en él por la ignorancia de los copistas, porque Simón Abbes Gabbema, en su edición de Utrecht de 1659,[1] y Broukhusio en su sabia edición de Amsterdam de 1708,[2] reprodujeron y popularizaron el texto de Escalígero, se guido después en numerosas ediciones.

Á Juan Antonio Vulpio,[3] en sus dos ediciones de 1710 y 1749, cupo el honor de haber puesto término al reinado de Escalígero, y de volver á introducir en las elegías el orden de los M.S.S.; pero bien pronto fué

1 Catullus, Tibullus et Propertius, et quæ sub Galli nomine circumferuntur; cum selectis variorum Commentariis. Accurante Simone Abbes Gabbema Trajecti ad Rhenum. Typis Gisberti à Zijll, & Theodori ab. Ackersdijck. Anno CIↃ IↃ CL IX.

2 Albii Tibulli, equitis rom. quæ exstant, ad fidem veterum membranarum sedulo castigata. Accedunt notæ cum Variar, lectionum libello, et terni indices; quorum primus omnes voces Tibullianas complectitur. Amstelædami. Ex officina Wetsteniana. CIↃ IↃ CC VIII.

3 C. Valerius Catullus Albius Tibullus E. R.Sex Aurelius Propertius Ex recensione Jo. Antonii Vulpii Bergomensis. Patavii, MDCCX. Apud Josephum Corona, superiorum permissu ac privilegio.

Albius Tibullus, eques romanus, ed in eum Io. Ant. Vulpii, Philologi ac Rhetoris in Gymnasio Patavino, novus commentarius diligentissimus. Excudebat Ios. Cominus Patavii. 1749.

superado por Ch. G. Heyne,[1] quien, adoptando el texto de la segunda Aldina, se consagró á corregirlo, poniendo al servicio de esta utilísima labor, su espíritu eminentemente crítico.

Todavía en los tiempos modernos, esto es, en el Siglo XIX, algunos de los que han colacionado los M.S.S. de Tibulo, como Ernesto Carl. Bach en su edición de 1819,[2] como Emilio Baehrens en la de 1878,[3] como Luciano Müller en su varias ediciones de 1870 á 1892,[4] han intentado seguir las huellas de Escalígero, y proponer nuevas y algunas veces más juiciosas trasposiciones y cambios; pero Emmanuel

1 Albii Tibulli Carmina. Libri tres cum libro quarto Sulpiciæ et aliorum. Novis curis Castigavit Chr. G. Heyne. Lipsiæ Apud Ioannem Gottlob Feindium. MDCCXCVIII.

2 Albii Tibulli Carmina textu ad codd. M.S.S. et editiones recognito insigniori lectionis varietate notis indicibusque adiectis edidit Ernest Car. Christianus Bach. Lipsiæ. In libraria Hahnia MDCCCXIX.

3 Albii Tibulli elegiarum libri duo. Accedunt pseudotibulliana, resensuit Æmilius Baehrens. Lipsiæ. In ædibus B. G. Teubneri MDCCCLXXVIII.

4 Catulli, Tibulli, Propertii, Carmina. Accedunt Laevii, Calvi, Cinnæ aliorum reliquiæ et Priapea recensuit et præfactus est Lucianus Mueller. Lipsiæ. In ædibus Teubneri. MDCCCXCII.

Huschke,[1] y Ludolph Dissen,[2] y Carlos Lachmann, y Mauricio Haupt,[3] y Augusto Rossbach,[4] y Eduardo Hiller, han seguido una política conservadora, apegándose al orden establecido en los M.S.S. y en las primeras ediciones de nuestro poeta.

Para interpretar al poeta con las mayores probabilidades de acierto, he consultado á sus comentadores los más célebres, á los que, valiéndose de la gramática y de la métrica, han expurgado el texto de los errores que en él se deslizaron; á los que, aprovechando sus estudios acerca de la literatura latina, han hallado explicaciones claras para los pasajes de comprensión difícil, y á los eruditos que, poniendo á contribución su conocimiento de los usos y costumbres de Roma, han

1 Albii Tibulli Carmina ex recensione et cum animadversionibus Immanuelis G. Huschkii. Accedit specimen editionis Venetæ a MCCCCLXXII. Æri incisum. Lipsiæ. Apud Gerhardum Fleischerum, MDCCCXIX.

2 Albii Tibulli Carmina. Ex recensione Car Lachmanni passim mutata explicuit Ludolphus Dissenus. Gottingae MDCCCXXXV.

3 Catulli, Tibulli, Propertii, Carmina. A Mauricio Hauptio recognita. Editio quinta ab Iohanne Vahleno Curata. Lipsiæ. Apud S. Hirzelium. MDCCCLXXXV.

4 Albii Tibulli libri quattuor. Recognovit Augustus Rossbach. Lipsiæ sumptibus et typis B. G. Teubneri, MDCCCLXIV.

podido penetrar mejor el sentido de muchas alusiones á los hábitos de la sociedad romana.

Entre los comentadores de los siglos XV y XVI, hube de estudiar á Bernardino Cileno,[1] á Antonio Muret[2] y á Aquiles Estacio,[3] dando, sobre todo, la preferencia á Dousa,[4] cuya *Præcidanea* es un verdadero tesoro para todos los que comentan ó traducen á Tibulo.

El copioso comentario de Broukhusio,[5] ha sido para mí de gran utilidad, porque aunque es verdad que no hay comentador de Tibulo que no le censure su

1 All. Tibulli elegiarum libri quartuor, una cum Val. Catulli Epigrammatis nec non Sex Propertii libri quartuor elegiaci cum suis commentaris videlicet Cyllæni Veronensis in Tibullum, Parthenii et Palladi in Catullum, Beroaldi in Propertium. Habes insuper emendationes in ipsum Catullum per Hieronymum Avantium Veronensem. Nec non et castigatissimam tabulam omnium rerum quæ in margine sunt positæ, nuper additam et numquam alias impressam. Venet, in ædibus Guillelmi de Fondaneto Montisferati. an. domini, MDXX.

2 Tibullus, M. Antonii Muretti in eum scholia, ad Torquatum Bembum Petri F. Aldus. Venetiis Apud Paulum Manutium. Aldi F. MDLVIII.

3 Achillis Statii in Tibullum commentarius (edición de Grevio).

4 Iani Dousae Nordovicis Præcidanea Pro Q. Valerio Tibullo (edición de Grevio).

5 La edición de Amsterdam ya citada.

difusión, y la abundancia de sus citas y referencias, no hay tampoco ninguno que no le sea deudor, por supuesto sin decirlo, de no pequeña parte de su trabajo.

He consultado las notas de Heyne[1] ampliadas por Wunderlich, y los comentarios de Bach, de Dissen, y de Huschke.

Con objeto de explicar algunos pasajes difíciles, y las alusiones frecuentes á usos y costumbres de Roma, y aun á asuntos mitológicos, he redactado algunas notas, que indudablemente habrán de ser de alguna utilidad para mis lectores. Nada hay en ellas de nuevo y original, ni jamás tuve la pretensión de que se me tomara por un erudito que hubiera consagrado su vida entera al estudio de la literatura latina. En vez de traducir cualquiera de los muchos comentarios que he consultado, preferí escribir uno más sencillo y claro, pero que no es otra cosa que un resumen de mis lecturas, y de un trabajo mío, no concluido todavía, acerca de las imitaciones que Ovidio hizo de Tibulo.

Todo lo que de bueno se encuentre en mis notas, está tomado de los comentarios de los demás; y si se me concede el derecho de reclamar algo como mío,

1 Albii Tibulli Carmina libri tres cum libro quarto Sulpiciæ et aliorum, Chr. G. Heynii. Editio quarta nunc aucta notis et observationibus Ern. Car. Frid. Wunderlichii. Lipsiæ, MDCCCXVII.

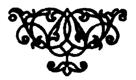
habré de reivindicar cuanto de erróneo ó baladí pueda haber en ellas.

Es indudable, que los críticos habrán de hallar, tanto en mi traducción, como en mis notas, amplio campo para sus justas censuras, y si á pesar de ese convencimiento, doy á sabiendas nueva ocasión y motivo para ellas, es porque no me he podido curar todavía de la manía del trabajo que me obliga á consagrar á estudios literarios mis ocios dominicales, y algunas horas que á veces robo á más importantes y útiles ocupaciones.

Empero, no debo quejarme de esta manía; antes á ella le soy deudor de un bien inapreciable, pues en ella he hallado casi siempre gratísimo solaz, y la dulce serenidad que por fortuna hoy reina en mi espíritu.

La recompensa ha sido amplia.

México, Noviembre 18 de 1904.



ELEGÍAS DE TIBULO

LIBRO PRIMERO

ELEGÍA I.



ELEGIA I.

Divitias alius fulvo sibi congerat auro,
   et teneat culti iugera multa soli,
quem labor adsiduus vicino terreat hoste,
   Martia cui somnos classica pulsa fugent;
me mea paupertas vita traducat inerti,
   dum meus adsiduo luceat igne focus.
Ipse seram teneras maturo tempore vites
   rusticus et facili grandia poma manu:
nec Spes destituat, sed frugum semper acervos
   praebeat, et pleno pinguia musta lacu.



ELEGÍA I.

Otro el oro amontone y mil yugadas
Quiera tener de cultivado suelo;
Le aterrará cercano el enemigo,
Trompa de Marte ahuyentarále el sueño.
Déme á mí la pobreza ociosa vida
Mientras brille en mi hogar constante fuego:
Plantas frutales con experta mano
Y tiernas vides sembraré en su tiempo.
Que no de mí se burle la esperanza,
Que ella siempre me ofrece, como premio,
En acervo los frutos, y me augura
Tener de mosto mis toneles llenos.

Nam veneror, seu stipes habet desertus in agris
  seu vetus in trivio florida serta lapis;
et quodcumque mihi pomum novus educat annus,
  libatum agricolae ponitur ante deo.
Flava Ceres, tibi sit nostro de rure corona
  spicea, quae templi pendeat ante fores;
pomosisque ruber custos ponatur in hortis,
  terreat ut saeva falce Priapus aves.
Vos quoque, felicis quondam, nunc pauperis agri
  custodes, fertis munera vestra, Lares.
Tunc vitula innumeros lustrabat caesa iuvencos;
  nunc agna exigui est hostia magna soli.
Agna cadet vobis, quam circum rustica pubes
  clamet: «Io messes et bona vina date!»
Iam modo iam possim contentus vivere parvo,
  nec semper longae deditus esse viae;
sed Canis aestivos ortus vitare sub umbra
  arboris ad rivos praetereuntis aquae.
Nec tamen interdum pudeat tenuisse bidentem,
  aut stimulo tardos increpuisse boves,
non agnamve sinu pigeat fetumve capellae
  desertum, oblita matre, referre domum.
At vos exiguo pecori, furesque lupique,
  parcite: de magno est praeda petenda grege.

Yo rindo culto al solitario tronco
Que en los campos señala los linderos;
En el camino, á la vetusta piedra
Que flores enguirnaldan, reverencio:
Y de los frutos que me brinda Otoño
Al dios del campo la primicia ofrezco.
La corona de espigas de mis tierras,
¡Oh rubia Ceres! colgaré en tu templo;
Y un Priapo rojo, con segur temible,
Espantará á las aves en mi huerto;
Y á vosotros, ¡oh Lares! que guardianes
Del campo sois, si enantes opulento
Ahora pobre, os daré vuestros presentes.
Sacrificando una ternera, ha tiempo
Lustraba mis rebaños; de mi hacienda
Hora la hostia mayor es un cordero.
Caiga un cordero, y los labriegos clamen:
«Dadnos pingüe cosecha y vinos buenos.»
Pueda yo, largos viajes evitando,
Vivir con poco y de contento lleno
Y á orillas de un arroyo y á la sombra,
Huir del Can el ardoroso fuego.
No me ha de avergonzar mover la azada,
Ni azuzar al buey tardo, ni en el seno
Á la casa llevar al cabritillo
Por su madre olvidado ó al cordero.
Respetad mi grey pobre, y en las grandes
La presa haced, ¡oh lobos carniceros!

Hic ego pastoremque meum lustrare quotannis,
et placidam soleo spargere lacte Palem.
Adsitis, Divi, nec vos e paupere mensa
dona nec e puris spernite fictilibus.
Fictilia antiquus primum sibi fecit agrestis
pocula, de facili composuitque luto.
Non ego divitias patrum fructusque requiro,
quos tulit antiquo condita messis avo:
parva seges satis est, satis est, requiescere lecto
si licet et solito membra levare toro.
Quam iuvat inmites ventos audire cubantem
et dominam tenero continuisse sinu
aut, gelidas hibernus aquas cum fuderit Auster,
securum somnos imbre iuvante sequi!
Hoc mihi contingat; sit dives iure, furorem
qui maris et tristes ferre potest pluvias.
O quantum est auri pereat potiusque smaragdi,
quam fleat ob nostras ulla puella vias.
Te bellare decet terra, Messalla, marique,
ut domus hostiles praeferat exuvias:
me retinent vinctum formosae vincla puellae,
et sedeo duras ianitor ante fores.
Non ego laudari curo, mea Delia; tecum
dum modo sim, quaeso segnis inersque vocer.
Te spectem, suprema mihi cum venerit hora,
te teneam moriens deficiente manu.
Flebis in arsuro positum me, Delia, lecto,
tristibus et lacrimis oscula mixta dabis.

Lustro yo á mi pastor todos los años
Y con leche el altar de Páles riego;
De pobres mesas y de vasos puros
No desdeñéis, ¡oh dioses! los obsequios,
De barro fácil, desde edad remota
Fabricaron sus vasos los labriegos.
Yo no quiero cosechas abundantes,
No las riquezas de mis padres quiero;
Con poca mies á mi ambición le basta,
Bástame hallar para descanso un lecho.
¡Cuán grato oir los vientos, recostado,
Á la amada estrechando en vuestro seno,
Y hallar, si el Austro arroja nieve y agua,
De la lluvia al rumor, plácido sueño!
Goçe esto yo; y el que la mar soporte,
Que llegue á la riqueza con derecho.
¡Antes perezcan la esmeralda, el oro,
Y no llore una niña un viaje nuestro!
Por tierra y mar, Mesala, te conviene
Guerras mover para ostentar trofeos;
Á mí una niña, con amantes lazos,
Me retiene á sus puertas, como siervo.
No busco aplausos; por estar contigo,
Cobarde, Delia, que me llamen quiero;
¡Que asido á ti con moribunda mano
Mirarte pueda en mi postrer momento!
Tú me habrás de llorar cuando me muera,
Y con tu llanto mezclarás tus besos;

Flebis: non tua sunt duro praecordia ferro
  vincta, nec in tenero stat tibi corde silex.
Illo non iuvenis poterit de funere quisquam
  lumina, non virgo, sicca referre domum.
Tu manes ne laede meos, sed parce solutis
  crinibus et teneris, Delia, parce genis.
Interea, dum fata sinunt, iungamus amores:
  iam veniet tenebris mors adoperta caput:
iam subrepet iners aetas, nec amare decebit,
  dicere nec cano blanditias capite.
Nunc levis est tractanda Venus, dum frangere postes
  non pudet et rixas inseruisse iuvat.
Hic ego dux milesque bonus: vos, signa tubaeque,
  ite procul, cupidis vulnera ferte viris;
ferte et opes: ego composito securus acervo
  despiciam dites despiciamque famem.



Que no es de pedernal el pecho tuyo,
Ni cubre tus entrañas duro hierro.
Nadie podrá, si á mis exequias fuere,
Volver, ¡oh Delia! con los ojos secos.
No mis manes ofendas; tus mejillas
Tiernas perdona y tus cabellos sueltos.
Ve la muerte venir, envuelta en sombras;
Nuestros dulces amores enlacemos;
Ya llega la vejez, y amar no es dable
Cuando blancos se tienen los cabellos.
Culto rindamos al Amor, en tanto
Que puertas quebrantar y reñir puedo;
Seré soldado en la amorosa liza,
Idos, clarines y banderas, lejos;
Herid al codicioso, hacedlo rico,
Las riquezas y el hambre menosprecio.



ELEGÍA II



ELEGIA II

Adde merum vinoque novos compesce dolores,
occupet ut fessi lumina victa sopor:
neu quisquam multo percussum tempora Baccho
excitet, infelix dum requiescit amor.
Nam posita est nostrae custodia saeva puellae,
clauditur et dura ianua firma sera.
Ianua difficilis domini, te verberet imber,
te Iovis imperio fulmina missa petant.
Ianua, iam pateas uni mihi, victa querelis,
neu furtim verso cardine aperta sones.
Et mala si qua tibi dixit dementia nostra,
ignoscas: capiti sint precor illa meo.



ELEGÍA II

Dadme más vino para ahogar mis penas,
Y que un grato sopor mis ojos cierre;
Mientras mi amor se aduerme infortunado,
De la embriaguez, que nadie me despierte.
Guardan hierros su puerta, y á mi amada
La vigilan por mí, custodios crueles.
¡Oh puerta inexorable de mi dueño!
Que las lluvias te azoten inclementes,
Que los rayos de Júpiter te hieran.
Mas no; vencida por mis quejas cede,
Ábrete sólo para mí, furtiva;
Y no, al girar sobre tu quicio, suenes.

Te meminisse decet, quae plurima voce peregi
  supplice, cum posti florida serta darem.
Tu quoque ne timide custodes, Delia, falle.
  Audendum est; fortes adiuvat ipsa Venus.
Illa favet, seu quis iuvenis nova limina temptat,
  seu reserat fixo dente puella fores;
illa docet molli furtim derepere lecto,
  illa pedem nullo ponere posse sono,
illa vivo coram nutus conferre loquaces
  blandaque compositis abdere verba notis.
Nec docet hoc omnes, sed quos nec inertia tardat
  net vetat obscura surgere nocte timor.
En ego cum tenebris tota vagor anxius urbe,
  . . . .
Nec sinit ocurrat quisquam, qui corpora ferro
  vulneret aut rapta praemia veste petat.
Quisquis amore tenetur, eat tutusque sacerque
  qualibet: insidias non timuisse decet.
Non mihi pigra nocent hibernae frigora noctis
  non mihi, cum multa decidit imber aqua.
Non labor hic laedit, reseret modo Delia postes
  et vocet ad digiti me taciturna sonum.
Parcite luminibus, seu vir seu femina fiat
  obvia: celari vult sua furta Venus.
Neu strepitu terrete pedum, neu quaerite nomen,

Que caiga sobre mí, cuanto de malo
Los dos dijimos contra ti, dementes;
Recuerda mis palabras suplicantes
Cuando adorné con flores tus dinteles.
Tú también, Delia, á tu guardián engaña.
Sólo Venus ayuda á quien se atreve.
Y calla si al umbral se acerca un joven,
Si una niña la puerta á abrirle viene,
Y á andar enseña sin hacer rüido,
Á dejar en silencio el lecho muelle,
Y ante un esposo á usar señas locuaces
Que palabras de amor ocultar suelen.
Mas no esto enseña á todos; sólo á aquellos
Que en noche obscura transitar no temen.
Cuando recorro la ciudad ansioso,
Venus en las tinieblas me protege,
Impide que á robarme el ladrón salga,
Y que me hiera el que á mi encuentro viene.
No teme insidias y doquier sagrado
Anda, el amante á quien Amor defiende.
No en la noche invernal me daña el frío,
Ni de lluvia abundante los torrentes,
Si abre Delia sus puertas y me llama
Golpeando sus dedos dulcemente.
Hombre ó mujer que en mi camino encuentro,
Cerrad los ojos; porque Venus quiere
Que se queden ocultos sus favores.
No á mí el rumor de vuestros pies me aterre;

neu prope fulgenti lumina ferte face.
Si quis et imprudens aspexerit, occulat ille
perque deos omnes se meminisse neget:
Nam fuerit quicumque loquax, is sanguine natam,
is Venerem e rapido sentiet esse mari.
Nec tamen huic credet coniunx tuus, ut mihi verax
pollicita est magico saga ministerio.
Hanc ego de caelo ducentem sidera vidi,
fluminis haec rapidi carmini vertit iter,
haec cantu finditque solum manesque sepulcris
elicit et tepido devocat ossa rogo:
iam tenet infernas magico stridore catervas,
iam iubet aspersas lacte referre pedem.
Cum libet, haec tristi depellit nubila caelo;
cum libet, aestivo convocat orbe nives.
Sola tenere malas Medeae dicitur herbas,
sola feros Hecatae perdomuisse canes.
Haec mihi composuit cantus, quis fallere posses:
ter cane, ter dictis despue carminibus.
Ille nihil poterit de nobis credere cuiquam,
Non sibi, si in molli viderit ipse toro.
Tu tamen abstineas aliis; nam cetera cernet
Omnią: de me uno sentiet ille nihil.
Quid credam? nempe haec eadem se dixit amores
Cantibus aut herbis solvere posse meos,
et me lustravit taedis et nocte serena

No mi nombre busquéis, y hasta mi rostro
No acerquéis las antorchas refulgentes;
Si alguno verme pudo, que lo calle;
Que recordarlo, por los dioses, niegue,
Que de sangre y del mar enfurecido
Nació Venus, sabrá quien locuaz fuere.
La hechicera veraz me lo asegura;
Tu esposo no ha de creer á quien lo cuente.
La ví del cielo arrebatar los astros,
Detener de los ríos las corrientes,
Abrir la tierra y evocar los Manes,
Sacar los huesos de la pira ardiente;
Convocar las catervas del Infierno,
Volverlas á encerrar vertiendo leche,
Del cielo triste dispersar las nubes,
Y hacer caer en el verano nieve.
Sola los perros de Hécate domara;
Las yerbas, dicen, de Medea tiene.
Hízome un canto que á engañar enseña,
Mas tres veces cantar y escupir debes;
Que nada creerá entonces tu marido
Aunque nos viera sobre el lecho muelle;
Mas tú abstente; de otros los vería;
De mí sólo no más él nada siente.
¿Lo creeré? ella dice que con yerbas
Mis amores también desunir puede.
Con su antorcha lustróme; ante sus dioses
Ofreció una hostia negra, y yo roguéles

concidit ad magicos hostia pulla deos.
Non ego totus abesset amor sed mutuus esset,
orabam, nec te posse carere velim.
Ferreus ille fuit, qui te cum posset habere,
maluerit praedas stultus et arma sequi.
Ille licet Cilicum victas agat ante catervas,
ponat et in capto Martia castra solo,
totus et argento contextus, totus et auro,
insideat celeri conspiciendus equo;
ipse boves mea si tecum modo Delia possim
iungere et in solito pascere monte pecus,
et te dum liceat teneris retinere lacertis
mollis et inculta sit mihi somnus humo.
Quid Tyrio recubare toro sine amore secundo
prodest, cum fletu nox vigilanda venit?
Nam neque tunc plumae, nec stragula picta soporem
nec sonitus placidae ducere posset aquae.
Num Veneris magnae violavi numina verbo,
et mea nunc poenas impia lingua luit?
Num feror incestus sedes adiisse deorum
sertaque de sanctis diripuisse focis?
Non ego, si merui, dubitem procumbere templis
et dare sacratis oscula liminibus,
non ego tellurem genibus perrepere supplex
et miserum sancto tundere poste caput.
At tu, qui laetos rides mala nostra, caveto
mox tibi: non unus saeviet usque deus.
Vidi ego, qui iuvenum miseros lusisset amores,
post Veneris vinclis subdere colla senem

No de ti verme libre ú olvidarte,
Sino que mutuos mis amores fuesen.
De hierro fué quien prefiriera, necio,
Botín y guerras cuando pudo haberte;
Que él haga huir las turbas Cilicianas,
Que en su suelo establezca sus cuarteles,
Y que en caballo rápido lo admiren
De oro y plata cubierto, cual lo quiere.
Yo mismo unza mis bueyes, si tú me amas,
O á pacer el rebaño al monte lleve;
Yo he de hallar sueño blando en suelo duro
Si puedo entre mis brazos retenerte.
¿Más á qué sin amor purpúreo lecho
Si es noche de vigilia la que viene?
No las colchas pintadas, no las plumas,
Ni el rumor de las aguas adormece.
¿Yo, acaso, Venus, profané tu numen
Y ahora sufre mi lengua penas crueles?
¿De los altares arranqué guirnaldas?
¿Fuí en los templos, acaso, irreverente?
Yo sus umbrales besaré postrado,
Si tal castigo mi impiedad merece,
Y en la tierra arrastrando las rodillas,
Ire, á su puerta, á golpear mi frente.
Cuídate tú, que de mi mal te burlas,
Que no es cruel el Amor con uno siempre;
Que quien de joven del Amor se ríe
Anciano, á Venus á rendirse viene,

et sibi blanditias tremula componere voce
  et manibus canas fingere velle comas:
stare nec ante fores puduit caraeve puellae,
  ancillam medio detinuisse foro.
Hunc puer, hunc iuvenis turba circumterit arta,
  despuit in molles et sibi quisque sinus.
At mihi parce, Venus; semper tibi dedita servit
  mens mea: quid messes uris acerba tuas?



Y ensaya con voz trémula ternezas,
Sus muchas canas adornar pretende,
Y en las puertas se para, de su amada
Á la sierva en la calle audaz detiene,
Y jóvenes y niños lo rodean
Y cada cual le escupe el seno muelle.
Mas, ¡oh Venus! perdón; tu esclavo he sido,
¡No con tus llamas tu cosecha quemes!



ELEGÍA III



ELEGIA III

Ibitis Aegaeas sine me, Messalla, per undas,
   o utinam memores ipse cohorsque mei:
me tenet ignotis aegrum Phaeacia terris:
   abstineas avidas mors precor atra manus.
Abstineas, mors atra, precor: non hic mihi mater
   quae legat in maestos ossa perusta sinus,
non soror, Assyrios cineri quae dedat odores
   et fleat effusis ante sepulcra comis,
Delia non usquam, quae me cum mitteret urbe,
   dicitur ante omnes consuluisse deos.



ELEGÍA III

¡Oh Mesala! ¡oh amigos! recordadme,
Y sin mí navegad por la onda Egea;
Que en las tierras ignotas de Feacia
Grave mal me retiene. Muerte negra,
Detén tus manos ávidas, te pido;
Mi madre no está aquí para que pueda
Guardar ella mis huesos, ni mi hermana
Para que amante bañe con esencias
Asirias mis cenizas, y su llanto,
Suelto el cabello, ante mi tumba vierta;
Ni Delia, que á los dioses consultara
Antes de consentir que el viaje hiciera.

Ille sacras pueri sortes ter sustulit: illi
rettulit e triviis omina certa puer.
Cuncta dabant reditus: tamen est deterrita numquam,
quin fleret nostras respueretque vias.
Ipse ego solator, cum iam mandata dedissem,
quaerebam tardas anxius usque moras:
aut ego sum causatus aves aut omina dira,
Saturnive sacram me tenuisse diem.
O quotiens ingressus iter mihi tristia dixi
offensum in porta signa dedisse pedem!
Audeat invito ne quis discedere Amore,
aut sciat egressum se prohibente deo.
Quid tua nunc Isis mihi, Delia, quid mihi prosunt
illa tua totiens aera repulsa manu,
quidve, pie dum sacra colis, pureque lavari
te, memini, et puro secubuisse toro?
Nunc, dea, nunc sucurre mihi: nam posse mederi
picta docet templis multa tabella tuis:
ut mea votivas persolvens Delia voces
ante sacras lino tecta fores cedeat
bisque die resoluta comas tibi dicere laudes
insignis turba debeat in Pharia.
At mihi contingat patrios celebrare Penates
reddereque antiquo menstrua tura Lari.
Quam bene Saturno vivebant rege, priusquam
tellus in longas est patefacta vias!
Nondum caeruleas pinus contempserat undas,

Echó tres veces las sagradas suertes
Y el niño interpretó mi pronta vuelta;
Mas nunca de llorar dejó por eso,
Ni apartó sus miradas de mi huellas.
Yo mismo hallé consuelo, moratorias
Oponiendo á mi marcha, ya resuelta:
Presagios tristes, de Saturno el día,
Ó ya las aves, mis pretextos eran.
¡Cuántas veces, ya en viaje, augurios malos
Formé, porque mi pie chocó en la puerta!
¡Nadie llegue jamás á emprender viaje
Si no es propicio Amor ó lo repruebal
¿Y qué hará Isis por mí? ¿De qué me sirven,
Delia, los sistros que agitó tu diestra?
¿Qué mientras rindes culto, en agua pura
Te laves tú y en lecho puro duermas?
¡Diosa! ven en mi ayuda; tú lo puedes;
Los exvotos del templo me lo enseñan.
Cumplirá, Delia, entonces su palabra,
Y dos veces al día y á tus puertas
Te alabará de Faria ante las turbas
Desatado el cabello, en líno envuelta.
¡Que su incienso mensual queme á mis Lares,
Que á celebrar á mis Penates vuelva!
¡Cuán bien bajo Saturno vivió el hombre
Antes de abrir caminos en la Tierra!
El pino aún por las cerúleas ondas
No daba al viento la preñada vela,

effusum ventis praebueratque sinum,
nec vagus ignotis repetens compendia terris
presserat externa navita merce ratem.
Illo non validus subiit iuga tempore taurus,
non domito frenos ore momordit equus,
non domus ulla fores habuit, non fixus in agris,
qui regeret certis finibus arva, lapis;
ipsae mella dabant quercus, ultroque ferebant
obvia securis ubera lactis oves.
Non acies, non ira fuit, non bella, nec ensem
immiti saevus duxerat arte faber.
Nunc Iove sub domino caedes et vulnera semper,
nunc mare, nunc leti mille repente viae.
Parce, pater. Timidum non me periuria terrent,
non dicta in sanctos impia verba deos.
Quod si fatales iam nunc explevimus annos,
fac lapis inscriptis stet super ossa notis:
«hic iacet immiti consumptus morte Tibullus,
Messallam terra dum sequiturque mari.»
Sed me, quod facilis tenero sum semper Amori,
ipsa Venus campos ducet in Elysios.
Hic choreae cantusque vigent, passimque vagantes
dulce sonant tenui gutture carmen aves:
Fert casiam non culta seges, totosque per agros
floret odoratis terra benigna rosis:
ac iuvenem series teneris immixta puellis
ludit, et adsidue proelia miscet Amor,
Illic est, cuicumque rapax mors venit amanti,
et gerit insigne myrtea serta coma.

Ni el navegante, con afán de lucro,
Cargó su nave por ignotas tierras:
No el yugo entonces soportaba el toro
Ni el caballo su freno, y nunca puertas
El hogar tuvo entonce, y de los campos
No fijó los linderos ni una piedra;
Daban miel las encinas y su leche
Espontáneas brindaban las ovejas;
Y no hubo herrero que forjara espadas
Porque no hubo ni ejércitos ni guerras.
Hoy sendas mil se ofrecen á la Muerte,
De Jove en el reinado por doquiera.
¡Oh Dioses! perdonadme; no el perjurio,
No la impiedad sacrílega me aterran;
Y si el fin de mi vida se aproxima,
De mi tumba gravad sobre la piedra:
«Yace Tibulo aquí; la muerte hirióle,
Á Mesala siguiendo en mar y tierra.»
¡Que á los Campos Elíseos me conduzca
Porque fuí al Amor dócil, Venus mesma!
Canto y danza allí privan; de las aves
Allí los himnos dúlcidos resuenan;
Dan plantas odoríferas los campos,
Y rosas cubren la benigna tierra.
Allí á combates el Amor provoca,
Y jóvenes y niñas juntos juegan;
Los amantes heridos por la muerte
Allí están; luce el mirto en sus cabezas.

At scelerata iacet sedes in nocte profunda
abdita, quam circum flumina nigra sonant:
Tisiphoneque impexa feros pro crinibus angues
saevit, et huc illuc impia turba fugit:
tunc niger in porta serpentum Cerberus ore
stridet et aeratas excubat ante fores.
Illic Iunonem temptare Ixionis ausi
versantur celeri noxia membra rota:
porrectusque novem Tytios per iugera terrae
adsiduas atro viscere pascit aves.
Tantalus est illic, et circum stagna: sed acrem
iam iam poturi deserit unda sitim:
et Danai proles, Veneris quod numina laesit,
in cava Lethaeas dolia portat aquas.
Illic sit, quicumque meos violavit amores,
optavit lentas et mihi militias.
At tu casta precor maneas, sanctique pudoris
adsideat cultus sedula semper anus.
Haec tibi fabellas referat positaque lucerna
deducat plena stamina longa colu:
at circa gravibus pensis adfixa puella
paulatim somno fessa remittat opus.
Tunc veniam subito, nec quisquam nuntiet ante,
sed videar caelo missus adesse tibi.
Tunc mihi, qualis eris, longos turbata capillos
obvia nudato, Delia, curre pede.
Hoc precor, hunc illum nobis Aurora nitentem
Luciferum roseis candida portet equis.

Y el Tártaro en la sombra oculto yace;
Los negros ríos en su torno suenan.
Tisífone, con sierpes por cabellos,
La turba impía con furor dispersa;
Hace silbar Cerbero sus serpientes
Como un guardián, tendido ante las puertas;
Ixión allí, por seducir á Juno,
Sus miembros cansa en la movible rueda;
Sobre nueve yugadas Ticio echado
Con su entraña á los buitres alimenta:
Junto á un lago, de sed Tántalo muere,
Y huyen las ondas si á beber se acerca;
Y por herir á Venus las Danaidas
Echan agua á un tonel que nunca llenan.
Vaya allí quien violara mis amores
Y ambicionó mi prolongada ausencia.
Mas tú, sé siempre casta, te lo ruego;
Cuide tu madre tu pudor, ¡oh Delia!
Que junto al fuego fábulas te cuente
Mientras saca el estambre de la rueca;
Y tú, hila entretanto hasta que la obra
Al suelo caiga cuando al sueño cedas.
Entonces vendré yo sin quien me anuncie:
Creerásme enviado por el cielo, Delia,
Y hacia mí, como estés, suelto el cabello,
Los pies desnudos, volarás ligera.
¡Que la Aurora en sus fúlgidos corceles
Día tan fausto conducirnos pueda!

ELEGÍA IV



ELEGIA IV

«Sic umbrosa tibi contingant tecta, Priape,
ne capiti soles, ne noceantque nives:
quae tua formosos cepit sollertia? certe
non tibi barba nitet, non tibi culta coma est,
nudus et hibernae producis frigora brumae,
nudus et aestivi tempora sicca Canis.»
Sic ego: tum Bacchi respondet rustica proles,
armatus curva sic mihi falce deus.
«O fuge te tenerae puerorum credere turbae;
nam causam iusti semper amoris habent.
Hic placet, angustis quod equum compescit habenis:
hic placidam niveo pectore pellit aquam:
hic, quia fortis adest audacia, cepit; at illi
Virgineus teneras stat pudor ante genas.



ELEGÍA IV

¡Priapo, que resguarden tu cabeza
De la nieve y del sol umbrosos techos!
Mas tú, ¿cómo á los jóvenes cautivas?
No están limpios tu barba y tus cabellos;
Tú el sol canicular sufres desnudo,
Y desnudo las brumas del invierno.
Así dije; y, armado con su hoz curva,
De Baco el hijo, respondióme luego:
«La turba de los jóvenes evita,
Que hay razón para amar á todos ellos:
Agrada aquél porque caballos doma,
Éste porque al nadar, su níveo pecho
Luce; porque es audaz aquél, y el otro
Porque tiñe el pudor su rostro bello.

Sed ne te capiant, primo si forte negabit,
  taedia; paulatim sub iuga colla dabit.
Longa dies homini docuit parere leones,
  longa dies molli saxa peredit aqua:
annus in apricis maturat collibus uvas,
  annus agit certa lucida signa vice.
Nec iurare time; Veneris periuria venti
  irrita per terras et freta summa ferunt.
Gratia magna Iovi; vetuit pater ipse valere,
  iurasset cupide quidquid ineptus amor:
perque suas impune sinit Dictynna sagittas
  adfirmes, crines perque Minerva suos.
At si tardus eris, errabis: transiet aetas
  quam cito: non segnis stat remeatque dies.
Quam cito purpureos deperdit terra colores,
  quam cito formosas populus alba comas.
Quam iacet, infirmae venere ubi fata senectae,
  qui prior Eleo est carcere missus equus.
Vidi iam iuvenem, premeret cum serior aetas,
  maerentem stultos praeteriisse dies.
Crudeles Divi! serpens novus exuit annos:
  formae non ullam fata dedere moram.
Solis aeterna est Phoebo Bacchoque iuventas;
  nam decet intonsus crinis utrumque deum.

Mas no hoy te hastíes si á tu amor no acceden,
El cuello al yugo ofrecerán bien presto;
Doma leones con el tiempo el hombre,
Cava la roca el agua con el tiempo,
En un año madúranse las uvas
En los collados que calienta Febo,
Y en un año otra vez los mismos astros
Contémplanse en la bóveda del cielo.
Y no temas jurar, que los perjurios
Por tierra y mar dispérsalos el viento.
Da las gracias á Jove, que él anula
Los juramentos del amante necio;
Jurar consiente Diana por sus flechas,
Y Minerva también por sus cabellos.
Y errarás si eres tardo; la edad pasa
Y huye y no torna en su carrera el tiempo.
Pierde el álamo pronto su follaje,
La tierra pierde sus colores presto,
Y el caballo que en Élide triunfara,
Pronto se ve por la vejez enfermo.
Yo vi más de uno por la edad vencido
Llorar los días que por siempre huyeron.
Cada año se renuevan las serpientes,
La hermosura ¡ay! tan sólo viene á menos;
Y sólo gozan juventud eterna
Por su cabello intonso, Baco y Febo.
Vence al amor la complacencia; cede
De quien amas á todos los deseos;

Tu, puero quodcumque tuo temptare libebit,
cedas: obsequio plurima vincit amor.
Neu comes ire neges, quamvis via longa paretur
et canis arenti torreat arva siti,
quamvis praetexens picta ferrugine caelum
venturam admittat nimbifer arcus aquam.
Vel si caeruleas puppi volet ire per undas,
ipse levem remo per freta pelle ratem.
Nec te paeniteat duros subiisse labores
aut opera insuetas atteruisse manus,
nec, velit insidiis altas si claudere valles,
dum placeas, umeri retia ferre negent.
Si volet arma, levi temptabis ludere dextra;
saepe dabis nudum, vincat ut ille, latus.
Tum tibi mitis erit, rapias tum cara licebit
oscula; pugnabit, sed tamen apta dabit.
Rapta dabit primo, mox offeret ipse roganti,
post etiam collo se implicuisse velit.
Heu male nunc artes miseras haec saecula tractant;
iam tener adsuevit munera velle puer.
At tu, qui Venerem docuisti vendere primus,
quisquis es, infelix urgeat ossa lapis.
Pieridas, pueri, doctos et amate poetas,
Aurea nec superent munera Pieridas.
Carmine purpurea est Nisi coma; carmina ni sint,
ex umero Pelopis non nituisset ebur.
Quem referent Musae, vivet, dum robora tellus,
dum caelum stellas, dum vehet amnis aquas.

Á ir con él no te niegues, aunque largo
Fuere el camino ó lance el Can su fuego,
Ó aunque anuncie la lluvia el arco iris
Mostrando sus colores en el cielo.
Si viajar quiere por la mar cerúlea
Su nave impulsa manejando el remo;
No te apene sufrir duros trabajos,
Ni tu mano ensayar en algo nuevo;
Las redes lleva, si agradarle quieres,
Si cazar en los valles es su intento;
Si ama las armas, jugarás sin brío
Y porque venza ofrecerásle el pecho.
Entonces dócil lo hallarás; robarle
Podrás entonces sus sabrosos besos,
Que, aunque luchando, cederá sumiso;
Lo que hoy le robas te dará primero,
Después él mismo ofrecerá besarte
Y al fin él sólo se echará á tu cuello.
¡Cuán malas artes nuestro siglo ejerce!
¡Con presentes se ablanda á un joven tierno!
¡Que una piedra á sus huesos dura sea
Para aquel que su amor vendió el primero!
Á las Musas amad y á los poetas;
Al oro preferidlos; su cabello
Debióles Niso, y Pélope su hombro;
Y vivirán los que celebren ellos
Mientras existan plantas en la tierra,
Agua en los ríos y astros en el cielo.

At qui non audit Musas, qui vendit amorem,
  Idaeae currus ille sequatur Opis,
et tercentenas erroribus expleat urbes,
  et secet ad Phrygios vilia membra modos.
Blanditiis vult esse locum Venus ipsa; querelis
  supplicibus, miseris fletibus illa favet.»
Haec mihi, quae canerem Titio, deus edidit ore:
  sed Titium coniunx haec meminisse vetat.
Pareat ille suae; vos me celebrate magistrum,
  quos male habet multa callidus arte puer.
Gloria cuique sua est: me, qui spernentur, amantes
  consultent: cunctis ianua nostra patet.
Tempus erit, cum me Veneris praecepta ferentem
  Deducat iuvenum sedula turba senem.
Heu, heu, quam Marathus lento me torquet amore!
  deficiunt artes, deficiuntque doli.
Parce, puer, quaeso, ne turpis fabula fiam,
  Cum mea ridebunt vana magisteria.



Quien su amor vende y á las Musas no oye,
Siga de Opis el carro y sin sosiego
Mil ciudades recorra y se mutile
Copiando de los Frigios el ejemplo.
Venus quiere piedad para el amante;
Es tierna al llanto y compasiva al ruego.»
Para Ticio esto el dios me dijo un día;
Mas su esposa le impide aprender esto.
Y hace muy bien; mas los que males sufren
De algún joven, loadme cual maestro.
Á cada quien su gloria; los amantes
Vengan á mí buscando mis consejos;
Á la turba de jóvenes, bien pronto
Yo enseñaré de Venus los preceptos.
¡Ay! ¡cuán cruel, ¡oh Marato! me atormentas!
Mis artes me traicionan; yo te ruego
Que impidas que de mí se burlen todos
Y rían de mi vano magisterio.



ELEGÍA V



ELEGIA V

Asper eram et bene discidium me ferre loquebar:
at mihi nunc longe gloria fortis abest.
Namque agor, ut per plana citus sola verbere turben,
quem celer adsueta versat ab arte puer.
Ure ferum et torque, libeat ne dicere quicquam
magnificum post haec; horrida verba doma.
Parce tamen, per te furtivi foedera lecti,
per Venerem quaeso compositumque caput.
Ille ego, cum tristi morbo defessa iaceres,
te dicor votis eripuisse meis:
ipseque te circum lustravi sulfure puro,
carmine cum magico praecinuisset anus:



ELEGÍA V

Creí yo altivo resistir tu enojo,
Mas no ya de tal gloria me envanezco;
Que vivo cual peonza que los niños
Hacen girar con raudo movimiento.
Haz de amores arder al fiero amante,
Castígalo imponiéndole silencio;
Mas no, por nuestras frentes y por Venus,
Por nuestra unión furtiva, te lo ruego.
Fuí yo quien con mis votos te salvara
Cuando enferma yacías en tu lecho;
Cuando la maga desterró el hechizo,
Yo lustré con azufre tu aposento;

ipse procuravi ne possent saeva nocere
somnia, ter sancta deveneranda mola:
ipse ego velatus filo, tunicisque solutis
vota novem Triviae nocte silente dedi.
Omnia persolvi; fruitur nunc alter amore,
et precibus felix utitur ille meis.
At mihi felicem vitam, si salva fuisses,
fingebam demens, sed renuente deo.
Rura colam, frugumque aderit mea Delia custos,
area dum messes sole calente teret,
aut mihi servabit plenis in lintribus uvas,
pressaque veloci candida musta pede.
Consuescet numerare pecus, consuescet amantis
garrulus in dominae ludere verna sinu.
Illa deo sciet agricolae pro vitibus uvam,
pro segete spicas, pro grege ferre dapem.
Illa regat cunctos, illi sint omnia curae:
at iuvet in tota me nihil esse domo.
Huc veniet Messalla meus, cui dulcia poma
Delia selectis detrahat arboribus:
et tantum venerata virum, hunc sedula curet,
huic paret atque epulas ipsa ministra gerat.
Haec mihi fingebam, quae nunc Eurusque Notusque
iactat odoratos vota per Armenios.
Saepe ego temptavi curas depellere vino:
at dolor in lacrimas verterat omne merum.
Saepe aliam tenui: sed iam cum gaudia adirem,
admonuit dominae deseruitque Venus.

Evité el daño de los Sueños crueles,
Tortas santas tres veces ofreciendo;
É hice votos á Trivia nueve noches
Con el velo de lino, el traje suelto;
¡Y hoy cumplidos mis votos, otro goza
Feliz del resultado de mis ruegos!
Cuando Delia esté sana, me decía,
Los dos vida dichosa llevaremos:
Yo el campo sembraré, Delia los frutos
Recoger mirará; del sol al fuego
Yo iré á trillar la mies y ella en tinajas
El rico mosto guardará con celo;
Ella el rebaño contará, su esclavo
Á jugar vendrá gárrulo á su seno;
Dará á los dioses, por las vides, uvas;
Pan y espigas por mieses y corderos;
Y cuidando de todo y de mí mismo,
Yo de la casa le daré el gobierno.
Cuando venga Mesala, para él frutos
Cortará de los árboles selectos,
Y diligente arreglará el banquete
Ella misma, sus órdenes cumpliendo.
Yo esto pude soñar, mas hoy mis votos
Por la olorosa Armenia lleva el viento.
Quise mis penas ahuyentar con vino,
Mas lágrimas en él vertió mi duelo;
Busqué en otras amor, y en mis placeres
Pensé en Delia y huyeron mis contentos,

Tunc me discedens devotum femina dixit
  A, pudet et narrat scire nefanda meam.
Non facit hoc verbis, facie tenerisque lacertis
  devovet et flavis nostra puella comis.
Talis ad Haemonium Nereis Pelea quondam
  vecta est frenato caerula pisce Thetis.
Haec nocuere mihi, quod adest huic dives amator:
  venit in exitium callida lena meum.
Sanguineas edat illa dapes atque ore cruento
  tristia cum multo pocula felle bibat:
hanc volitent animae circum sua fata querentes
  semper, et e tectis strix violenta canat:
ipsa fame stimulante furens herbasque sepulcris
  quaerat et a saevis ossa relicta lupis,
currat et inguinibus nudis ululetque per urbes,
  post agat e triviis aspera turba canum.
Eveniet; dat signa deus: sunt numina amanti,
  saevit et iniusta lege relicta Venus.
At tu quam primum sagae praecepta rapacis
  desere; nam donis vincitur omnis amor.
Pauper erit praesto semper tibi: pauper adibit
  primus et in tenero fixus erit latere:
pauper in angusto fidus comes agmine turbae
  subicietque manus efficietque viam:
pauper ad occultos furtim deducet amicos,
  vinclaque de niveo detrahet ipse pede.
Heu! canimus frustra; nec verbis victa patescit
  ianua, sed plena est percutienda manu.

Y hechizado, ¡oh vergüenza! por su magia
Me suponían, al dejar mi lecho.
No con palabras me encantó, mi hechizo
Su rostro y brazos, sus cabellos fueron.
Así sobre un delfín fuera llevada
En otro tiempo Tetis á Peleo.
El rico amante que le dió una vieja
Es causa de mi daño y de mis celos:
Que beba amarga hiel su cruenta boca,
Que ella se nutra con manjar sangriento,
Que almas en pena á su alredor revuelen,
Y que el buho á cantar vaya á su techo;
Busque en las tumbas, por el hambre urgida,
Los que el lobo dejó, yerbas y huesos,
Y, desnudo su vientre, por las calles
Corra seguida por furiosos perros.
Sucederá; los dioses lo aseguran,
Venus hiere á quien viola sus decretos,
Vencen los dones al amor; mas, Delia,
De tal vieja no sigas los consejos.
Prefiere al pobre, que á tu lado siempre
Él habrá de vivir; fiel compañero,
Él te abrirá camino entre las turbas;
De tus amigos á la casa él mesmo
Te llevará á hurtadillas y los lazos
Del níveo pie desatará contento.
En vano ¡ay! canto por vencer tu puerta;
Sólo se abre á quien llama con dinero.

At tu, qui potior nunc es, mea fata timeto;
  versatur celeri Fors levis orbe rotae.
Non frustra quidam iam nunc in limine perstat
  sedulus ac crebro prospicit ac refugit,
et simulat transire domum, mox deinde recurrit
  solus et ante ipsas execreat usque fores.
Nescio quid furtivus amor parat. Utere quaeso,
  Dum licet; in liquida nat tibi linter aqua.



Tú, que hoy eres feliz, teme mis hados;
La Fortuna es traidora y cambia presto;
Alguien no en vano ante su umbral acecha,
Retrocede y entrar finge discreto;
Después volverá solo, que hasta escupe
Ante sus puertas con marcado empeño;
Algo el Amor prepara; goza en tanto
Tu nave surca el mar con manso viento.



ELEGÍA VI



ELEGIA VI

Semper, ut inducar, blandos offers mihi vultus,
 post tamen es misero tristis et asper, Amor.
Quid tibi saevitiae mecum est? an gloria magna est
 insidias homini composuisse deum?
Nam mihi tenduntur casses: iam Delia furtim
 nescio quem tacita callida nocte fovet.
Illa quidem tam multa negat, sed credere durum est:
 sic etiam de me pernegat usque viro.
Ipse miser docui, quo posset ludere pacto
 custodes: heu! heu! nunc premor arte mea.
Fingere tunc didicit causas, ut sola cubaret,
 cardine tunc tacito vertere posse fores:



ELEGÍA VI

Amor, tú al seducirme, el rostro blando
Me pones siempre, mas después lo cambias.
¿Por qué eres cruel conmigo? ¿Es gloria digna
De un dios el prepararnos asechanzas?
Yo no sé á quién en la callada noche
Mi Delia abrigo da, pero me engaña.
Ella jura que no, y ¿habré de creerla?
¿No nuestro amor á su marido calla?
Yo enseñéla á burlar á sus guardianes
Y hoy la víctima soy de mi enseñanza!
Por mí sabe abrir puertas en silencio;
Para acostarse sola fingir causas;

tunc sucos herbasque dedi, quis livor abiret,
quem facit impresso mutua dente Venus.
At tu, fallacis coniunx incaute puellae,
me quoque servato, peccet ut illa nihil.
Neu iuvenes celebret multo sermone, caveto,
neve cubet laxo pectus aperta sinu,
neu te decipiat nutu, digitoque liquorem
ne trahat et mensae ducat in orbe notas.
Exibit quam saepe, time, seu visere dicet
sacra Bonae maribus non adeunda Deae.
At mihi si credas, illam sequar unus ad aras:
tunc mihi non oculis sit timuisse meis.
Saepe, velut gemmas eius signumque probarem,
per causam memini me tetigisse manum:
saepe mero somnum peperi tibi, at ipse bibebam
sobria supposita pocula victor aqua.
Non ego te laesi prudens: ignosce fatenti.
Iussit amor: contra quis ferat arma deos?
ille ego sum, nec me iam dicere vera pudebit,
instabat tota cui tua nocte canis.
Quid tenera tibi coniuge opus? tua si bona nescis
servare, frustra clavis inest foribus.
Te tenet, absentes alios suspirat amores
et simulat subito condoluisse caput.
At mihi servandam credas: non saeva recuso
verbera, detrecto non ego vincla pedum.
Tum procul absitis, quisquis colit arte capillos,
et fluit effuso cui toga laxa sinu:
quisquis et ocurret, ne possit crimen habere,
stet procul ante, alia stet procul ante via.

Y á mí debe las yerbas con que sabe
De las mordidas disipar las manchas.
Y tú, de esposa infiel marido incauto,
Vigílame también, y no hará nada.
Cuida que con los jóvenes no charle,
Ni el seno muestre impúdica en la cama,
Ni con señas te engañe, ni en la mesa
Tracen sus dedos con licor palabras.
Teme que si ella con frecuencia sale,
No de la Buena diosa al culto vaya:
Si me has de creer, no temas por mis ojos,
La seguiré yo mismo hasta las aras.
¡Cuántas veces sus manos oprimiera
Al admirar su anillo ó sus alhajas!
¡Cuántas á ti te adormecí con vino,
Sobrio, bebiendo con mis vasos, agua!
No te ofendí con intención; perdona.
Lo quiso Amor; ¿quién no hace lo que él manda?
No me apena hoy decirlo, á mí tu perro
Era á quien por las noches le ladraba.
Y ¿á qué tener mujer si no la cuidas?
Tu puerta en vano con cerrojos guardas.
Ya un dolor de cabeza finge Delia;
Ya en otros piensa cuando á ti te abraza.
Á mí cuidarla deja; acepto grillos
Y que me azoten, si de mí se escapa.
Entonces que se aleje quien se riza
El cabello ó quien lleva togas amplias;

Sic fieri iubet ipse deus, sic magna sacerdos
  est mihi divino vaticinata sono.
Haec ubi Bellonae motu est agitata, nec acrem
  flammam, non amens verbera torta timet:
ipsa bipenne suos caedit violenta lacertos
  sanguineque effuso spargit inulta deam,
statque latus praefixa veru, stat saucia pectus,
  et canit eventus, quos dea magna monet.
«Parcite, quam custodit Amor, violare puellam,
  ne pigeat magno post didicisse malo.
Attigerit, labentur opes, ut vulnere nostro
  sanguis, ut hic ventis diripiturque cinis.»
Et tibi nescio quas dixit, mea Delia, poenas:
  si tamen admittas, sit precor illa levis.
Non ego te propter parco tibi, sed tua mater
  me movet atque iras aurea vincit anus.
Haec mihi te adducit tenebris multoque timore
  coniungit nostras clam taciturna manus:
Haec foribusque manet noctu me adfixa proculque
  cognoscit strepitus me veniente pedum.
Vive diu mihi, dulcis anus; propios ego tecum,
  sit modo fas, annos contribuisse velim.
Te semper natamque tuam te propter amabo:
  quidquid agit, sanguis est tamen illa tuus.
Sit modo casta, doce, quamvis non vitta ligatos
  impediat crines nec stola longa pedes.

Y aléjese quien se halle en su camino,
Y otro tome quien pueda enamorarla.
Esto lo manda Amor; con voz divina
La gran sacerdotisa así lo manda.
Cuando ella está agitada por Belona,
No teme ni las cuerdas ni las llamas,
Sus brazos hiere con el hacha, impune
Ella á la Diosa con su sangre baña,
Y el dardo al flanco, desgarrado el pecho,
Cuanto la diosa le prescribe canta:
«Nunca asaltéis á quien Amor custodia;
Un mal mayor recibiréis; tocadla;
Cual sangre de mi herida, vuestros bienes
Se irán ó cual ceniza al viento echada.»
No sé qué penas para ti predijo;
Que leves sean pediré si me amas.
Y no por ti lo haré, mas por tu madre,
Que sus bondades mi rencor desarman;
Que ella hacia mí te lleva en las tinieblas
Y nuestras manos une amedrentada;
Que en las puertas me aguarda por las noches
Y de lejos conoce mis pisadas.
¡Para mí vive mucho. Unir quisiera
Mis años á los tuyos, dulce anciana!
Yo á ti siempre amaré; por ser tu sangre
Yo á tu hija habré de amar, haga lo que haga.
Aunque cintas no liguen sus cabellos
Ni estola lleve, enséñala á ser casta.

Et mihi sint durae leges, laudare nec ullam
possim ego, quin oculos appetat illa meos;
et si quid peccasse putet, ducarque capillis
immerito proprias proripiarque vias.
Non ego te pulsare velim, sed, venerit iste
si furor, optarim non habuisse manus.
Nec saevo sis casta metu, sed mente fideli:
mutuus absenti te mihi servet amor.
At quae fida fuit nulli, post victa senecta,
ducit inops tremula stamina torta manu
firmaque conductis adnectit licia telis
tractaque de niveo vellere ducta putat.
Hanc animo gaudente vident iuvenumque catervae
commemorant merito tot mala ferre senem:
hanc Venus ex alto flentem sublimis Olimpo
spectat et infidis quam sit acerba monet.
Haec aliis maledicta cadant: nos, Delia, amoris
exemplum cana simus uterque coma.



Que me imponga su ley y que los ojos
Me arranque, si á otra doy mis alabanzas;
Por el cabello arrástreme en las calles
Si llego á traicionar la fe jurada.
Yo no te he de pegar, antes sin manos
Me vea, si locura tal me asalta.
Sé casta, no por miedo; si me ausento
Debe fiel el amor guardarme tu alma.
Quien no fué fiel, en la vejez, ya pobre,
Á hilar con mano débil se consagra,
Ó á conducir la trama entre los hilos,
Ó á cardar el vellón de blanca lana.
Y á la vieja los jóvenes la cercan,
Sus muchos males con justicia alaban,
Y altiva Venus, desde el alto Olimpo,
La contempla de lágrimas bañada
Porque cruel debe ser con las infieles.
Mas que esta maldición sobre otros caiga,
Que un ejemplo de amor, entrambos, Delia,
Hemos de ser con cabellera cana.



ELEGÍA VII



ELEGIA VII

Hunc cecinere diem Parcae fatalia nentes
  stamina, non ulli dissoluenda deo:
hunc fore, Aquitanas posset qui fundere gentes,
  quem tremeret forti milite victus Atax.
Evenere: novos pubes Romana triumphos
  vidit et evinctos bracchia capta duces:
at te victrices lauros, Mesalla, gerentem
  portabat niveis currus eburnus equis.
Non sine me est tibi partus honos: Tarbella Pyrene
  testis et Oceani litora Santonici,
testis Arar Rhodanusque celer magnusque Garunna,
  Carnutis et flavi caerula lympha Liger.



ELEGÍA VII

Este día las Parcas predijeron
Hilando sus estambres y anunciaron
Que él de Aquitania el vencedor sería,
Terror sus huestes del Atax lejano.
Y sucedió; la juventud romana
Nuevos triunfos ya vió; ya encadenados
Miró pasar á los vencidos jefes
Y, á ti, ciñendo victoriosos lauros,
De pie, Mesala, sobre el carro ebúrneo
Por tus níveos corceles arrastrado.
Tu gloria compartí; fueron testigos
Las playas del Santónico Oceano,
Tarves, el Loira azul, el gran Garona,
El Ródano ligero y el Araro.

An te, Cydne, canam, tacitis qui leniter undis
caeruleus placidis per vada serpis aquis,
quantus et aetherio contingens vertice nubes
frigidus intonsos Taurus alat Cilicas?
Quid referam, ut volitet crebas intacta per urbes
alba Palaestino sancta columna Syro,
utque maris vastum prospectet turribus aequor
prima ratem ventis credere docta Tyros,
qualis et, arentes cum findit Sirius agros,
fertilis aestiva Nilus abundet aqua?
Nile pater, quanam possim te dicere causa
aut quibus in terris occuluisse caput?
Te propter nullos tellus tua postulat imbres,
arida nec Pluvio supplicat herba Iovi.
Te canit atque suum pubes miratur Osirim
barbara, Memphiten plangere docta bovem.
Primus aratra manu sollerti fecit Osiris
et teneram ferro sollicitavit humum,
primus inexpertae commisit semina terrae
pomaque non notis legit ab arboribus,
hic docuit teneram palis adiungere vitem,
hic viridem dura caedere falce comam:
illi iucundos primum matura sapores
expressa incultis uva dedit pedibus.
Illi liquor docuit voces inflectere cantu,
movit et ad certos nescia membra modos:

¿Y al Cidno cantaré, de ondas calladas,
Que arrastra su agua azul por los pantanos;
Al que toca las nubes, Tauro frío,
Que alimenta al intonso Ciliciano;
Á la blanca paloma, que de Siria
Va, intacta, la comarca atravesando;
Á Tiro, que ve el mar desde sus torres,
Y dió naves primero al viento alado;
Y al Nilo fértil que al Egipto inunda
Cuando abre Sirio los sedientos campos?
¿Por qué y dónde tus fuentes ocultaste,
Padre Nilo, podré decir acaso?
Por ti es la lluvia inútil á tu tierra,
Nunca á Jove las yerbas la imploraron.
Los Egipcios, que lloran al buey Apis,
Como á Osiris venérante; del carro
Fué el inventor Osiris; de la tierra
Él abrió con el hierro el seno blando;
En el suelo no usado fué el primero
Que arrojó las semillas, y del árbol
Desconocido recogió los frutos;
Él al hombre enseñara, sobre palos
Á apoyar la vid tierna, y á podarle
La verde cabellera de sus pámpanos;
Él fué quien á las uvas, con pie inculto
Exprimidas, les diera sabor grato,
Y su licor quien enseñó á los hombres
La danza muelle y la inflexión del canto;

Bacchus et agricolae magno confecta labore
  pectora tristitiae dissoluenda dedit:
Bacchus et adflictis requiem mortalibus adfert,
  crura licet dura compede pulsa sonent.
Non tibi sunt tristes curae nec luctus, Osiri,
  sed chorus et cantus et levis aptus amor,
sed varii flores et frons redimita corymbis,
  fusa sed ad teneros lutea palla pedes
et Tyriae vestes et dulcis tibia cantu
  et levis occultis conscia cista sacris.
Huc ades et Genium ludis Geniumque choreis
  concelebra et multo tempora funde mero;
illius et nitido stillent unguenta capillo,
  et capite et collo mollia serta gerat.
Sic venias hodierne: tibi dem turis honores,
  liba et Mopsopio dulcia melle feram.
At tibi succrescat proles, quae facta parentis
  augeat et circa stet veneranda senem.
Nec taceat monumenta viae, quem Tuscula tellus
  candidaque antiquo detinet Alba Lare.
Namque opibus congesta tuis hic glarea dura
  sternitur, hic apta iungitur arte silex.
Te canit agricola, magna cum venerit urbe
  serus, inoffensum rettuleritque pedem.
At tu, natalis multos celebrande per annos,
  candidior semper candidiorque veni.

Y el vino fué quien la tristeza un día
Disipó al labrador, de arar cansado;
Y el vino fué quien el descanso diera,
Aun sujeto con grillos, al esclavo.
No ama Osiris el luto y la tristeza,
Sino amor, canto y danzas; tirios mantos,
Guirnaldas de uvas y de flores varias,
Traje amarillo hasta los pies flotando,
La canasta que oculta sus misterios,
Y de las flautas el sonoro canto.
El Genio á celebrar ven de Mesala
Con juegos, danzas y licor preciado.
Lleve él guirnaldas en su cuello y sienes,
Destilen sus cabellos rico nardo,
Que he de ofrecer en su loor incienso,
Pan con mieles Mopsopias preparado.
Que nueva prole á tu alredor se agrupe,
Tus proezas, Mesala, acrecentando;
Que no callen las vías de Alba blanca,
Que te honren las del suelo Tusculano,
Que allí se hizo el camino á tus expensas
Y el sílex fué con arte trabajado.
Que el labrador que con los pies ilesos
Vuelve de la Ciudad, te eleve un canto;
Que cada vez más bello y con más lustre
Tu natal se celebre muchos años.

ELEGÍA VIII



ELEGIA VIII

Non ego celari possum, quid nutus amantis
  quidve ferant miti lenia verba sono.
Nec mihi sunt sortes nec conscia fibra deorum,
  praecinit eventus nec mihi cantus avis:
ipsa Venus magico religatum bracchia nodo
  perdocuit multis non sine verberibus.
Desine dissimulare: deus crudelius urit,
  quos videt invitos succubuisse sibi.
Quid tibi nunc molles prodest coluisse capillos
  saepeque mutatas disposuisse comas,
quid fucos splendente genas ornare, quid ungues
  artificis docta subsecuisse manu?



ELEGÍA VIII

Aunque suertes ó augurios, de los dioses
Jamás á mí la voluntad revelan,
De un amante las señas interpreto
Y cuanto dice con su voz más tierna.
Venus me lo enseñó, no sin azotes,
Entrambas manos por detrás sujetas.
No más fingir; Amor más cruel abrasa
Á quien ve sucumbir con resistencia.
¿Por qué el cabello con esmero cuidas?
¿Por qué en formas tan varias te lo peinas?
¿Por qué con jugos tus mejillas tiñes?
¿Y las uñas artistas te aderezan?

Frustra iam vestes, frustra mutantur amictus,
ansaque compressos colligat arta pedes.
Illa placet, quamvis inculto venerit ore
nec nitidum tarda compserit arte caput.
Num te carminibus, num te pallentibus herbis
devovit tacito tempore noctis anus?
Cantus vicinis fruges traducit ab agris,
cantus et iratae detinet anguis iter,
cantus et e curru Lunam deducere temptat,
et faceret, si non aera repulsa sonent.
Quid queror, heu, misero carmen nocuisse, quid herbas?
forma nihil magicis utitur auxiliis:
sed corpus tetigisse nocet, sed longa dedisse
oscula, sed femeri conseruisse femur.
Nec tu difficilis puero tamen esse memento:
persequitur poenis tristia facta Venus.
Munera ne poscas: det munera canus amator,
ut foveat molli frigida membra sinu.
Carior est auro iuvenis, cui levia fulgent
ora nec amplexus aspera barba terit.
Huic tu candentes umero suppone lacertos,
et regum magnae despiciantur opes.
At Venus invenit puero concumbere furtim,
dum timet et teneros conserit usque sinus,
et dare anhelanti pugnantibus umida linguis
oscula et in collo figere dente notas.

En vano togas y vestidos mudas;
Tus pies en vano con la cuerda aprietas.
Ella á ti te enamora, inculto el rostro,
Y aunque peine sin arte su cabeza.
¿En la noche callada te ha hechizado
Con hierbas y conjuros una vieja?
El hechizo á las víboras detiene,
Los frutos pasa á las vecinas tierras,
Y arrojara á la Luna de su carro
Si no el bronce sonando lo impidiera.
¿Más por qué hablar de hierbas y de magia?
No auxilios tales la hermosura emplea,
Que seducen los cuerpos, las caricias,
Las piernas enlazadas á las piernas.
Para un joven no seas inflexible;
De Venus teme las terribles penas.
No dádivas le pidas; debe darlas
El viejo amante que en tu seno anhela
Porque sus miembros fríos le calientes.
Es más caro que el oro, aquel que tersa,
Sin barba, ofrece la mejilla al beso.
Desprecia de los reyes las riquezas,
Ata á su cuello tus candentes brazos,
Y que á Marato sucumbir te vea
Venus, los tiernos senos oprimidos,
Dándose besos húmedos las lenguas
En anhelante lucha, y de los dientes
Doquier dejando perdurables huellas.

Non lapis hanc gemmaeque iuvant, quae frigore sola
dormiat et nulli sit cupienda viro.
Heu! sero revocatur amor seroque iuventas,
cum vetus infecit cana senecta caput.
Tum studium formae est; coma tum mutatur, ut annos
dissimulet viridi cortice tincta nucis:
tollere tum cura est albos a stirpe capillos
et faciem dempta pelle referre novam.
At tu, dum primi floret tibi temporis aetas,
utere; non tardo labitur illa pede.
Neu Marathum torque: puero quae gloria victo est?
in veteres esto dura, puella, senes.
Parce precor tenero; non illi sontica causa est,
sed nimius luto corpora tingit amor.
Vel miser absenti maestas quam saepe querelas
conicit et lacrimis omnia plena madent!
«quid me spernis?» ait. «Poterat custodia vinci:
ipse dedit cupidis fallere posse deus.
Nota Venus furtiva mihi est, ut lenis agatur
spiritus, ut nec dent oscula rapta sonum:
et possum media quamvis obrepere nocte
et strepitu nullo clam reserare fores.
Quid prosunt artes, miserum si spernit amantem
et fugit ex ipso saeva puella toro?
vel cum promittit, subito sed perfida fallit,
est mihi nox multis evigilanda malis.
Dum mihi venturam fingo, quodcumque movetur,
illius credo tunc sonuisse pedes.»

Á quien nadie desea y duerme sola,
¿De qué le han de servir joyas y perlas?
¡Ay! tarde amor y juventud se llaman
Cuando el cabello la vejez blanquea!
La hermosura es un arte: nueces tiñen,
Para ocultar la edad, la cabellera;
Se arrancan de raíz las blancas canas,
Y el rostro afeites sin cesar renuevan.
Mientras tu edad florece, de ella goza;
No se desliza con pies tardos ella.
¿Hallas gloria á Marato atormentando?
Guarda para los viejos la dureza.
Á Marato perdona; si está enfermo,
Fué Amor quien de amarillo lo tiñera.
Mísero ¡ay! en tu ausencia ¡cuántas veces
Bañado en llanto de su mal se queja!
«Por qué me huyes desdeñosa? dice;
Á engañar un guardián Amor me enseña,
Yo de Venus conozco los secretos
Para hacer que el aliento se contenga,
Sé los besos robar sin que resuenen,
Y cerrar sin estrépito las puertas.
¿Mas para qué estas artes si ella me huye,
Si de su propio lecho cruel se aleja?
Las noches paso por mi mal velando,
Cuando pérfida falta á sus promesas;
Si algo se mueve, me ilusiono y creo
Que son sus pies que sobre el piso suenan.»

Desistas lacrimare, puer: non frangitur illa,
et tua iam fletu lumina fessa tument.
Oderunt, Pholoe, moneo, fastidia divi,
nec prodest sanctis tura dedisse focis.
Hic Marathus quondam miseros ludebat amantes,
nescius ultorem post caput esse deum:
saepe etiam lacrimas fertur risisse dolentis
et cupidum ficta detinuisse mora:
nunc omnes odit fastus, nunc displicet illi
quaecumque opposita est ianua dura sera.
At te poena manet, ni desinis esse superba.
Quam cupies votis hunc revocare diem!



Deja ya de llorar; están cansados
Tus ojos de llorar sin conmoverla.
Los dioses odian el desdén, Foloe,
Y en vano incienso en sus altares quemas.
Sin temer al Amor, en otro tiempo
Burló Marato á sus amantes. Cuentan
Que avivó sus deseos con tardanzas,
Y rió de sus lágrimas acerbas.
Mas él ahora los desdenes odia
Y ver cerradas á su amor las puertas.
Penas crüeles sufrirás, Foloe,
Si de ser desdeñosa tú no dejas;
Más tarde en vano pedirás con votos
Que nuevos días como aquestos vuelvan.



ELEGÍA IX



ELEGIA IX

Quid mihi, si fueras miseros laesurus amores,
foedera per divos, clam violanda, dabas?
a miser! et si quis primo periuria celat,
sera tamen tacitis poena venit pedibus.
Parcite, caelestes: aequum est impune licere
numina formosis laedere vestra semel.
Lucra petens habili tauros adiungit aratro
et durum terrae rusticus urget opus;
lucra petituras freta per parentia ventis
ducunt instabiles sidera certa rates.
Muneribus meus est captus puer. At deus illa
in cinerem et liquidas munera vertat aquas.



ELEGÍA IX

¿A qué tu amor jurarme por los dioses
Si violas en secreto tus promesas?
¡Ah, mísero! aunque ocultes tus perjurios,
Irá, aunque tarde, tras de ti la Pena.
Mas perdonadlo, ¡oh dioses! una falta
Justo es que se perdone á la belleza.
Afán de lucro al labrador decide
Con el arado á cultivar la tierra,
Y de lucro el afán, la frágil nave
Sobre los mares procelosos lleva;
Así á Marato con presentes ganan;

Iam mihi persolvet poenas, pulvisque decorem
  detrahet et ventis horrida facta coma.
Uretur facies, urentur sole capilli,
  deteret invalidos et via longa pedes.
Admonui quotiens, «auro ne pollue formam:
  saepe solent auro multa subesse mala.
Divitiis captus si quis violavit amorem,
  asperaque est illi difficilisque Venus.
Ure meum potius flamma caput et pete ferro
  corpus et intorto verbere terga seca.
Nec tibi celandi spes sit peccare paranti:
  est deus, occultos qui vetat esse dolos.
Ipse deus tacito permisit leve ministro
  ederet ut multo libera verba mero:
ipse deus somno domitos emittere vocem
  iussit et invitos facta tegenda loqui.»
Haec ego dicebam: nunc me flevisse loquentem,
  nunc pudet ad teneros procubuisse pedes.
Tunc mihi iurabas nullo te divitis auri
  pondere, non gemmis, vendere velle fidem,
non tibi si pretium Campania terra daretur,
  non tibi si Bacchi cura Falernus ager.
Illis eriperes verbis mihi sidera caeli
  lucere et puras fulminis esse vias.
Quin etiam flebas: at non ego fallere doctus
  tergebam umentes credulus usque genas.
Quid faciam, nisi et ipse fores in amore puellae?

¡Que el Amor en cenizas los convierta!
Te veré castigado; el viento dañe
Tus cabellos y el polvo tu belleza;
Que el sol queme tus rizos y tu rostro,
Que lastime tus pies tu larga senda.
¡Cuántas veces le dije: «tu hermosura
No manches con el oro, la riqueza
Suele el mal ocultar; con quien se vende
Inexorable y cruel Venus se muestra;
Mejor con llamas mi cabeza abrasen,
Mi espalda azoten y mi cuerpo hieran.
No tus traiciones ocultar esperes,
Las perfidias un dios ocultar veda;
Permite un dios que de los criados, uno,
Ebrio, las cuente con palabras sueltas;
Que alguien dormido, sin querer, las diga
El mismo dios por nuestro bien lo ordena.»
Así le hablaba ante sus pies llorando. . . .
Hoy ¡cuánto el recordarlo me avergüenza!
Me jurabas entonces que á ninguno
Venderías mi amor por sus riquezas,
Aunque te diese la Campania en pago,
Ó el campo de Falerno te ofreciera;
Dudado hubiese, oyendo tus palabras,
Que incendia el rayo y brillan las estrellas!
Pero además llorabas, y yo, ¡crédulo!
Hasta enjugaba tus mejillas tiernas.
Si á una niña no amases, ¿qué no harías?

sit precor exemplo sit levis illa tuo.
O quotiens, verbis ne quisquam conscius esset,
ipse comes multa lumina nocte tuli!
Saepe insperanti venit tibi munere nostro
et latuit clausas post adoperta fores.
Tum miser interii, stulte confisus amari:
nam poteram ad laqueos cautior esse tuos.
Quin etiam attonita laudes tibi mente canebam,
et me nunc nostri Pieridumque pudet.
Illa velim rapida Vulcanus carmina flamma
torreat et liquida deleat amnis aqua.
Tu procul hinc absis, cui formam vendere cura est
et pretium plena grande referre manu.
At te, qui puerum donis corrumpere es ausus,
rideat adsiduis uxor inulta dolis,
et cum furtivo iuvenem lassaverit usu,
tecum interposita languida veste cubet.
Semper sint externa tuo vestigia lecto,
et pateat cupidis semper aperta domus:
nec lasciva soror dicatur plura bibisse
pocula vel plures emeruisse viros.
Illam saepe ferunt convivia ducere Baccho,
dum rota Luciferi provocet orta diem:
illa nulla queat melius consumere noctem
aut operum varias disposuisse vices.
At tua perdidicit: nec tu, stultissime, sentis,
cum tibi non solita corpus ab arte movet.
Tune putas illam pro te disponere crines

¡Que tu ejemplo siguiendo, esquiva sea!
¡Cuántas noches llevé yo las antorchas
Para que nadie tu coloquio oyera!
Debísteme á menudo que te abriese
Cuando oculta te oyó tras de su puerta.
¡Necio pude esperar que me amarías!
Más cauto debí ser con tus promesas.
Y además yo canté tus alabanzas
Y hoy por mí y por las Musas me avergüenza.
Vulcano manda que mis versos queme,
Que arroje al río la ceniza ordena.
Tú vete, ya que vendes tu hermosura,
Y amas de oro llevar las manos llenas.
Y tú, que á un joven á comprar te atreves,
Burle tu esposa tu confianza ciega;
Que ella se acueste, lánguida, contigo
Cuando á otro joven extenuado hubiera;
Que las huellas se miren en tu lecho,
Y esté á todos tu casa siempre abierta.
Que no pueda decirse que tu hermana
Á más hombres agote y que más beba,
Aunque duren sus báquicos festines
Hasta que el día Lucifer encienda.
¡En placeres más varios y amorosos
Nadie mejor sus noches consumiera!
Y allí aprendió; cuando su cuerpo mueve,
¡Necio! ¿no ves el arte que despliega?
¿Juzgas que por ti riza sus cabellos,

aut tenues denso pectere dente comas?
Ista haec persuadet facies, auroque lacertos
vinciat et Tyrio prodeat apta sinu?
Non tibi, sed iuveni cuidam vult bella videri,
devoveat pro quo remque domumque tuam.
Nec facit hoc vitio, sed corpora foeda podagra
et senis amplexus culta puella fugit.
Huic tamen accubuit noster puer: hunc ego credam
cum trucibus Venerem iungere posse feris.
Blanditiasne meas aliis tu vendere es ausus
tune aliis demens oscula ferre mea?
Tum flebis, cum me vinctum puer alter habebit
et geret in regno regna superba tuo.
At tua tum me poena iuvet, Venerique merenti
fixa notet casus aurea palma meos:
«Hanc tibi fallaci resolutus amore Tibullus
dedicat et grata sis, dea, mente rogat.»



Que por ti con un peine los sujeta,
Que por ti viste púrpura de Tiro,
Y que áureos brazaletes por ti lleva?
No ama por ti ser bella, por el joven
Á quien hoy sacrifica tus riquezas.
Y no lo hace por vicio, que el abrazo
De un anciano gotoso huír anhela.
¿Y á tal hombre Marato unirse pudo?
Él ha de unir á Venus con las fieras.
¿Y á otros vender pudiste mis caricias?
¿Mis besos á otros diste en tu demencia?
Cuando otros reinen en el reino tuyo,
Cuando á otros ame, llorarás. Tu pena
Ha de alegrarme y en honor de Venus
En áureo escudo grabaré: «Te ruega
Ya de un amor falaz libre, Tibulo
Que ¡oh diosa! para él propicia seas.»



ELEGÍA X



ELEGIA X

Quis fuit, horrendos primus qui protulit enses?
  quam ferus et vere ferreus ille fuit!
Tum caedes hominum generi, tum proelia nata,
  tum brevior dirae mortis aperta via est.
An nihil ille miser meruit; nos ad mala nostra
  vertimus, in saevas quod dedit ille feras?
Divitis hoc vitium est auri; nec bella fuerunt,
  faginus astabat cum scyphus ante dapes.
Non arces, non vallus erat, somnumque petebat
  securus varias dux gregis inter oves.



ELEGÍA X

¿Quién ¡ay! las armas inventó el primero?
Fué de hierro y crüel quien tal hiciera;
Que hay desde entonces guerras y homicidios,
Y á la Muerte acortósele la senda.
Mas no culpable él fué, que en nuestro daño
Usamos lo que él dió contra las fieras.
El oro fué la causa; guerras no hubo
Cuando de haya fué el vaso de las mesas,
Y sin muros ni fuertes, resguardado
Durmió el pastor enmedio á sus ovejas.

Tunc mihi vita foret, vulgi nec tristia nossem
arma nec audissem corde micante tubam.
Nunc ad bella trahor, et iam quis forsitan hostis
haesura in nostro tela gerit latere.
Sed patrii servate Lares: aluistis et idem,
cursarem vestros cum tener ante pedes.
Neu pudeat prisco vos esse e stipite factos:
sic veteris sedes incoluistis avi.
Tunc melius tenuere fidem, cum paupere cultu
stabat in exigua ligneus aede deus.
Hic placatus erat, seu quis libaverat uvam,
seu dederat sanctae spicea serta comae:
atque aliquis voti compos liba ipse ferebat
postque comes purum filia parva favum.
At nobis aerata, Lares, depellite tela,
hostiaque e plena rustica porcus hara.
Hanc pura cum veste sequar myrtoque canistra
vincta geram, myrto vinctus et ipse caput.
Sic placeam vobis: alius sit fortis in armis,
sternat et adversos Marte favente duces,
ut mihi potanti possit sua dicere facta
miles et in mensa pingere castra mero.
Quis furor est atram bellis arcessere mortem?
imminet et tacito clam venit illa pede.
Non seges est infra, non vinea culta, sed audax
Cerberus et Stygiae navita turpis aquae:

¿Por qué no viví entonces? nunca miedo
Me causara el clarín, ni espadas viera;
Hora á la guerra voy, y el enemigo
Ya el dardo que ha de herirme tal vez lleva.
¡Lares, salvadme! habéisme alimentado
Cuando de niño á vuestros pies corriera;
No el ser hechos de palo os avergüence,
Que así mis padres en su hogar os vieran,
Y fué mayor la fe, cuando en las chozas
Adoráronse dioses de madera.
Uvas os daban por teneros gratos
Y guirnaldas de espigas en ofrenda;
Quien llenó su deseo os daba tortas
Y después un panal su hija pequeña.
Yo he de inmolaros de mi establo un puerco
Si de nosotros apartáis las flechas,
Y mirtos llevaré, con traje blanco,
Coronada de mirto la cabeza.
Que otros combatan; que á enemigos Jefes
Venzan, queriendo Marte; sus proezas
Cuéntenme mientras bebo y con el vino
Tracen los campamentos en las mesas.
¿Quién loco al combatir la Muerte busca?
Ella á hurtadillas y en silencio llega.
No hay mieses en el Tártaro ni vides;
Cerbero y Carón solo; y por las negras
Lagunas, el cabello y rostro ardidos,
La turba de las ánimas en pena.

illic perscissisque genis ustoque capillo,
  errat ad obscuros pallida turba lacus.
Quam potius laudandus hic est, quem prole parata
  occupat in parva pigra senecta casa!
Ipse suas sectatur oves, at filius agnos,
  et calidam fesso comparat uxor aquam.
Sic ego sim, liceatque caput candescere canis,
  temporis et prisci facta referre senem.
Interea Pax arva colat. Pax candida primum
  duxit araturos sub iuga curva boves:
pax aluit vites et sucos condidit uvae,
  funderet ut nato testa paterna merum
pace bidens vomerque nitent; at tristia duri
  militis in tenebris occupat arma situs.
Rusticus et lucoque vehit, male sobrius ipse,
  uxorem plaustro progeniemque domum.
Sed Veneris tunc bella calent, scissosque capillos
  femina perfractas conqueriturque fores:
flet teneras subtusa genas: sed victor et ipse
  flet sibi dementes tam valuisse manus.
At lascivus Amor rixae mala verba ministrat,
  inter et iratum lentus utrumque sedet.
A, lapis est ferrumque, suam quicumque puellam
  verberat; e caelo deripit ille deos.
Sit satis e membris tenuem rescindere vestem,
  sit satis ornatus dissoluisse comae,

Es más digno de loa el que envejece
De su prole cercado; sus ovejas
Él custodia y sus hijos los corderos,
Y la esposa su baño le calienta.
Viva así yo y contar viejas historias
Pueda, blanca de canas, mi cabeza.
La Paz cultive el campo. Bajo el yugo
La Paz enseñó al buey á arar la tierra;
Ella crió la vid y guardó el vino
Para el hijo en las ánforas paternas.
Que el azadón y los arados brillen
Mientras reina la Paz; que en las tinieblas
Cubra el moho las armas del soldado
Y lleve sobre el carro, de la selva
Á la casa, la esposa y la progenie,
El labrador á quien el vino alegra.
Venus la guerra encienda: que la amada
Lamente la fractura de sus puertas
Y sus luengos cabellos destrozados,
Y heridas, llore sus mejillas tiernas.
Llore también el vencedor que fuertes
Sus locas manos en la lucha fueran,
Y Amor lascivo, entre los dos sentado,
Los ultrajes les dicte, en la contienda.
Quien le pega á su niña es ¡ay! de hierro,
De los dioses merece el anatema.
Basta la cabellera despeinarle,
Romper sus ropas y llorar hacerla.

sit lacrimas movisse satis: quater ille beatus
quo tenera irato flere puella potest.
Sed manibus qui saevus erit, scutumque sudemque
is gerat et miti sit procul a Venere.
At nobis, Pax alma, veni spicamque teneto,
perfluat et pomis candidus ante sinus.



¡Feliz quien á su amada, por su enojo,
Verter hace una lágrima sincera!
Lleven lanzas y escudos los crüeles,
Mas que lejos estén de Venus tierna.
Ven, alma Paz, trayendo tus espigas;
Frutos tu seno á nuestras plantas vierta.



ELEGÍAS DE TIBULO

LIBRO SEGUNDO

ELEGÍA I



ELEGIA I

Quisquis adest, faveat: fruges lustramus et agros,
  ritus ut a prisco traditus exstat avo.
Bacche, veni, dulcisque tuis e cornibus uva
  pendeat, et spicis tempora cinge, Ceres.
Luce sacra requiescat humus, requiescat arator,
  et grave suspenso vomere cesset opus.
Solvite vincla iugis: nunc ad praesepia debent
  plena coronato stare boves capite.
Omnia sint operata deo: non audeat ulla
  lanificam pensis imposuisse manum.
Vos quoque abesse procul iubeo, discedat ab aris,
  cui tulit hesterna gaudia nocte Venus.



ELEGÍA I

Callad; cual viejo rito lo establece,
Lustremos hoy los frutos y los campos.
¡Ciñe, ¡oh Céres!, tus sienes con espigas!;
¡Cuelga uvas dulces de tus cuernos, Baco!
Que descansen la tierra y los labriegos;
Del arado suspéndase el trabajo;
Los yugos desatad, y que los bueyes
Coronados estén en los establos.
Por los dioses hacedlo; no ose nadie
Sobre un copo de lana poner mano;
Vosotros á quien Venus diera anoche
Placeres mil, dejar el ara os mando.

Casta placent superis: pura cum veste venite
  et manibus puris sumite fontis aquam.
Cernite, fulgentes ut eat sacer agnus ad aras
  vinctaque post olea candida turba comas.
Di patrii, purgamus agros, purgamus agrestes:
  vos mala de nostris pellite limitibus,
neu seges eludat messem fallacibus herbis,
  neu timeat celeres tardior agna lupos.
Tunc nitidus plenis confisus rusticus agris
  ingeret ardenti grandia ligna foco,
turbaque vernarum, saturi bona signa coloni,
  ludet et ex virgis exstruet ante casas.
Eventura precor: viden ut felicibus extis
  significet placidos nuntia fibra deos?
Nunc mihi fumosos veteris proferte Falernos
  consulis et Chio solvite vincla cado.
Vina diem celebrent: non festa luce madere
  est rubor, errantes et male ferre pedes.
Sed «bene Messallam» sua quisque ad pocula dicat,
  nomen et absentis singula verba sonent.
Gentis Aquitanae celeber Messalla triumphis
  et magna intonsis gloria victor avis,
huc ades aspiraque mihi, dum carmine nostro
  redditur agricolis gratia caelitibus.
Rura cano rurisque deos. His vita magistris
  desuevit querna pellere glande famen:
illi compositis primum docuere tigillis
  exiguam viridi fronde operire domum:

Place el casto á los dioses; con vestidos
Blancos venid, lustradas ya las manos,
Que al ara va el cordero y lo acompañan
Los labriegos, de olivo coronados.
Echad el mal de nuestras tierras, ¡dioses!,
Que hoy lustramos los hombres y los campos.
¡Que no dañen la mies yerbas falaces,
Ni al lobo teman los corderos tardos!
Enormes leños el labriego entonces
Dará al fuego, en su suerte confiado,
Y verá retozar ante sus chozas,
Como buena señal, á sus esclavos.
Será así; ¿del cordero las entrañas
No ya dioses propicios anunciaron?
Id ahora y sacad Falerno añejo
Y de Chio á un tonel romped los lazos.
Bebed vino: que nadie en este día
Se avergüence de ir ebrio traspiés dando.
Decid bien de Mesala; del ausente,
Al beber, se halle el nombre en nuestros labios.
Vencedor de las gentes de Aquitania
Que á tus viejos abuelos gloria has dado,
Ven é inspírame ahora, del labriego
Gracias doy á los dioses con mi canto.
Yo celebro los campos y sus dioses.
Por los dioses el hombre perdió el hábito
De mitigar con la bellota el hambre:
Ellos, del mundo en los primeros años,

illi etiam tauros primi docuisse feruntur
servitium et plaustro supposuisse rotam.
Tum victus abiere feri, tum consita pomus,
tum bibit irriguas fertilis hortus aquas,
aurea tum pressos pedibus dedit uva liquores
mixtaque securo est sobria lympha mero.
Rura ferunt messes, calidi cum sideris aestu
deponit flavas annua terra comas.
Rure levis verno flores apis ingerit alveo,
compleat ut dulci sedula melle favos.
Agricola adsiduo primum satiatus aratro
cantavit certo rustica verba pede,
et satur arenti primum est modulatus avena
carmen, ut ornatos diceret ante deos;
agricola et minio suffusus, Bacche, rubenti
primus inexperta duxit ab arte choros.
Huic datus a pleno, memorabile munus, ovili
dux pecoris: curtas auxerat hircus opes.
Rure puer verno primum de flore coronam
fecit et antiquis imposuit laribus.
Rure etiam teneris curam exhibitura puellis
molle gerit tergo lucida vellus ovis.
Hinc et femineus labor est, hinc pensa colusque,
fusus et apposito pollice versat opus:
atque aliqua adsidue textrix operata Minervam
cantat, et applauso tela sonat latere.

Con palos juntos y con hojas verdes
Á construír sus chozas le enseñaron;
Y por ellos fué el toro al yugo dócil
Y sobre ruedas deslizóse el carro.
Su alimento cambió; regado el huerto
Brindóle entonces frutos cultivados,
Dió la uva opresa en el lagar su jugo
Y con agua templó su fuego insano;
Dió el suelo sus cosechas, y en estío
Espigas rubias recogió en el campo,
Y con miel de las flores, las abejas
En la colmena su panal llenaron.
Sometió á la cadencia su palabra
El labrador de trabajar cansado,
Y satisfecho, en su zampoña ardiente,
Ante los dioses ensayó su canto;
Con bermellón el rostro enrojecido
Las danzas supo conducir, ¡oh Baco!
Y te inmoló, al que guiaba sus ovejas,
Al jefe del rebaño, en holocausto;
Para ofrecerlas á los dioses Lares
Tejió un niño coronas por los campos,
Y allí para el trabajo de las niñas
Llevó la oveja sus vellones blancos;
Ellos labor á las mujeres dieron,
Con el huso y la rueca el copo hilaron,
Y en los telares de Minerva, algunas
Al són tejieron de armonioso canto.

Ipse quoque inter agros interque armenta Cupido
natus et indomitas dicitur inter equas.
Illic indocto primum se exercuit arcu:
et mihi, quam doctas nunc habet ille manus!
nec pecudes, velut ante, petit; fixisse puellas
gestit et audaces perdomuisse viros.
Hic iuveni detraxit opes: hic dicere iussit
limen ad iratae verba pudenda senem:
hoc duce custodes furtim transgressa iacentes
ad iuvenem tenebris sola puella venit
et pedibus praetemptat iter suspensa timore,
explorat caecas cui manus ante vias.
A miseri, quos hic graviter deus urget! at ille
felix, cui placidus leniter adflat Amor.
Sancte, veni dapibus festis; sed pone sagittas
et procul ardentes hinc precor abde faces.
Vos celebrem cantate deum pecorique vocate
voce; palam pecori, clam sibi quisque vocet;
aut etiam sibi quisque palam: nam turba iocosa
obstrepit et Phrygio tibia curva sono.
Ludite: iam nox iungit equos, currumque sequuntur
matris lascivo sidera fulva choro,
postque venit tacitus furvis circumdatus alis
somnus et incerto somnia nigra pede.

Cupido dicen que nació entre yeguas
Y entre ovejas y toros. En el arco
Allí al principio indocto ejercitóse;
¡Ay! ¡cuánto son hoy hábiles sus manos!
Ya no hiere á animales, sino el pecho
De niñas y donceles; del trabajo
Él al joven aparta; dicta injurias,
De la amada en las puertas, al anciano;
Y conduce á la joven que en la noche
Busca al amante, á su guardián saltando,
Y examina medrosa, en las tinieblas,
Con los pies el camino y con las manos.
¡Mísero aquél á quien Amor maltrata!
¡Cuán feliz quien gozó su aliento blando!
Ven, Amor, al banquete de la fiesta,
Mas guarda tus antorchas y tus dardos.
Al dios cantad vosotros; invocadle
En coro para el bien de los rebaños,
Mas si es por vuestro bien, sólo en secreto.
También en alta voz podéis llamarlo,
Que el aire atruena la festiva turba
Frigio són en sus flautas modulando.
Jugad, la Noche sus corceles unce,
Van los astros en coro tras su carro
Y los Ensueños vienen, con pie incierto,
Y el Sueño, de alas negras circundado.

ELEGÍA II



ELEGIA II

Dicamus bona verba: venit natalis ad aras:
  quisquis ades, lingua, vir mulierque fave.
Urantur pia tura focis, urantur odores,
  quos tener e terra diviti mittit Arabs.
Ipse suos Genius adsit visurus honores,
  cui decorent sanctas mollia serta comas.
Illius puro destillent tempora nardo,
  atque satur libo sit madeatque mero,
adnuat et, Cornute, tibi, quodcumque rogabis.



ELEGÍA II

Llegó ya tu natal; que todos callen;
Yo á hacer votos por ti voy ante el ara.
Quemad en el altar incienso pío,
Quemad perfumes de la muelle Arabia.
Ven, Genio, á recibir mis homenajes,
Tus cabellos ceñidos con guirnaldas;
Que destilen tus sienes nardo puro,
Con mi torta sagrada tu hambre sacia,
Embriágate con vino y de Cornuto
Acoge favorable las plegarias.

En age, quid cessas? adnuit ille: roga.
Auguror, uxoris fidos optabis amores;
iam reor hoc ipsos edidicisse deos.
Nec tibi malueris, totum quaecumque per orbem
fortis arat valido rusticus arva boue,
nec tibi, gemmarum quidquid felicibus Indis
nascitur, Eoi qua maris unda rubet.
Vota cadunt: utinam strepitantibus advolet alis
flavaque coniugio vincula portet Amor,
vincula, quae maneant semper, dum tarda senectus
inducat rugas inficiatque comas.
Hic veniat natalis avis prolemque ministret,
ludat et ante tuos turba novella pedes.



Él accede; tú qué haces? vamos, pide.
¿Que fiel te ame tu esposa le demandas?
Ya los dioses conocen tu deseo;
Que eso prefieres á los campos que aran
Con bueyes los labriegos y á las perlas
Que el Mar de Oriente con su oleaje esmalta.
Cumpliráse tu voto. ¿Ves que viene
Trayendo Amor, con trepidantes alas,
Los lazos de las nupcias amarillos,
Lazos que han de durar, mientras la tarda
Y cansada vejez, canas y arrugas
Á tu cabeza y tus mejillas traiga?
Augura larga prole. Ven, ¡oh Genio!,
Que juegue turba nueva ante tus plantas.



ELEGÍA III



ELEGIA III

Rura meam, Cornute, tenent, villaeque puellam:
ferreus est, heu heu, quisquis in urbe manet.
Ipsa Venus latos iam nunc migravit in agros,
verbaque aratoris rustica discit Amor.
O ego, cum aspicerem dominam, quam fortiter illic
versarem valido pingue bidente solum,
agricolaeque modo curvum sectarer aratrum,
dum subigunt steriles arva serenda boves!
Nec quererer, quod sol graciles exureret artus,
laederet et teneras pussula rupta manus.



ELEGÍA III

Retienen á mi amor campos y aldeas:
Quien permanece en Roma es ¡ay! de hierro.
Que ya al campo emigró la misma Venus
Y Amor ya aprendió el habla del labriego.
Yo por ver á mi dueña, con la azada
Moviera fuertemente el fértil suelo,
Y siguiera el arado, mientras surcos
Fueran los bueyes en el campo abriendo;
Y aun sufriese la pústula en mis manos,
Que mi cuerpo llagara un sol de fuego.

Pavit et Admeti tauros formosus Apollo,
nec cithara intonsae profueruntve comae,
nec potuit curas sanare salubribus herbis:
quidquid erat medicae vicerat artis amor.
Ipse deus solitus stabulis expellere vaccas
. . . . , ...
et miscere novo docuisse coagula lacte
lacteus et mixtus obriguisse liquor.
Tunc fiscella levi detexta est vimine iunci,
raraque per nexus est via facta sero.
O quotiens illo vitulum gestante per agros
dicitur occurrens erubuisse soror!
O quotiens ausae, caneret dum valle sub alta,
rumpere mugitu carmina docta boves!
Saepe duces trepidis petiere oracula rebus,
venit et a templis irrita turba domum:
saepe horrere sacros doluit Latona capillos,
quos admirata est ipsa noverca prius.
Quisquis inornatumque caput crinesque solutos
aspiceret, Phoebi quaereret ille comam.
Delos ubi nunc, Phoebe, tua est, ubi Delphica Pytho?
nempe amor in parva te iubet esse casa.
Felices olim, Veneri cum fertur aperte
servire aeternos non puduisse deos.
Fabula nunc ille est: sed cui sua cura puella est,
fabula sit mavult quam sine amore deus.
At tu, quisquis is es, cui tristi fronte Cupido
imperat, ut nostra sint tua castra domo.

Los rebaños de Admeto cuidó Apolo
Á pesar de su lira y sus cabellos,
Y Amor de su arte médica venciera,
Pues no con hierbas alivió sus duelos.
Las innúmeras vacas del establo
Sacaba de ordinario Apolo mesmo,
Y echando el cuajo entre la leche fresca
Á endurecer la leche aprendió luego,
Y con juncos tejió leve cestilla
Para colar entre la malla el suero.
¡Cuántas veces su hermana avergonzóse
De encontrarlo cargando á los becerros!
¡Cuántas veces los bueyes con mugidos
Sus cantos en el valle interrumpieron!
Á consultar su oráculo á menudo
Fueron los reyes en aciagos tiempos,
Y volvióse la turba sin respuesta;
Y el desorden al ver de sus cabellos
Condolióse Latona, porque enantes
La admiración de su madrastra fueron.
¿Quién su cabeza al ver, se imaginara
La cabellera contemplar de Febo?
En tal choza habitar Amor te ordena.
¿Do tu Delos está? ¿Dónde tu Delfos?
¡Tiempos felices cuando á ti los dioses,
¡Oh Venus! sin desdoro te sirvieron!
Amor fábula es hoy; mas serlo quiere,
Y no un dios sin amor, quien ama ciego.

Ferrea non Venerem sed praedam saecula laudant:
praeda tamen multis est operata malis.
Praeda feras acies cinxit discordibus armis:
hinc cruor, hinc caedes mors propiorque venit.
Praeda vago iussit geminare pericula ponto,
bellica cum dubiis rostra dedit ratibus.
Praedator cupit immensos obsidere campos,
ut multa innumera iugera pascat ove:
cui lapis externus curae est, urbisque tumultu
portatur validis mille columna iugis,
claudit et indomitum moles mare, lentus ut intra
neglegat hibernas piscis adesse minas.
At mihi laeta trahant Samiae convivia testae
fictaque Cumana lubrica terra rota.
Heu heu divitibus video gaudere puellas:
iam veniant praedae, si Venus optat opes:
ut mea luxuria Nemesis fluat utque per urbem
incedat donis conspicienda meis.
Illa gerat vestes tenues, quas femina Coa
texuit, auratas disposuitque vias:
Illi sint comites fusci, quos India torret,
solis et admotis inficit ignis equis:
illi selectos certent praebere colores
Africa puniceum purpureumque Tyros.
Nota loquor: regnum ipse tenet, quem saepe coegit
barbara gypsatos ferre catasta pedes.

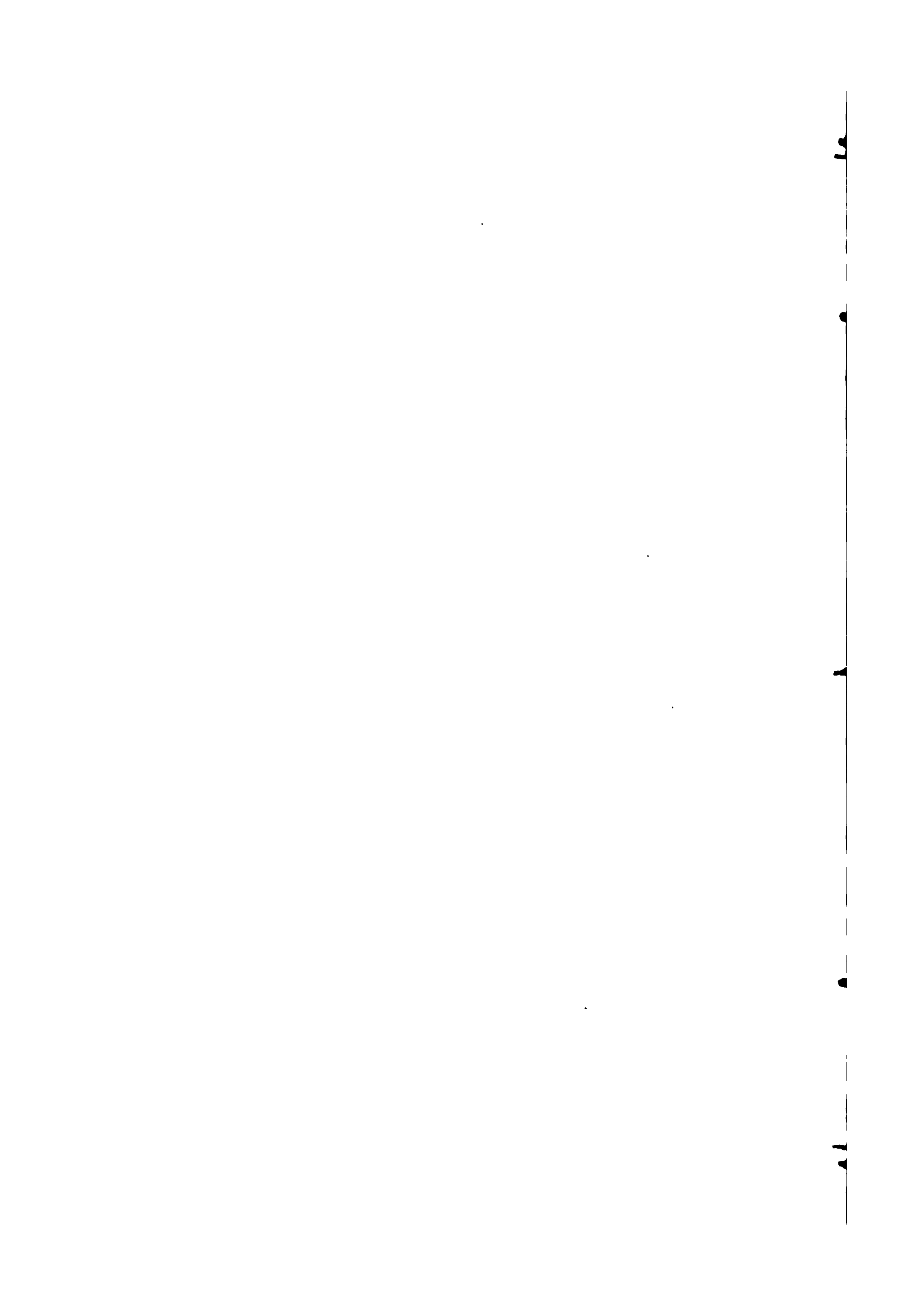
Y tú, á quien manda Amor con ceño duro,
Pon en mi propio hogar tu campamento.
Hoy no es Venus quien priva, sino el oro;
Y él siempre males engendró sin cuento.
Él armó la discordia; y la matanza
Y más próxima muerte su obra fueron,
Y de los mares duplicó el peligro
Dando á las naves su espolón guerrero.
Quien ama el oro, quiere extensos campos
Para innúmera grey criar en ellos,
Y los mármoles raros, la columna
Que bueyes mil arrastran con estrépito,
Y el muelle que el mar doma, do los peces
Viven bien en los fríos del invierno.
Yo de Cumas la loza en los festines
Y los vasos de Samos sólo quiero.
Mas ¡ay! place á las niñas la riqueza;
Si Venus lo ama así, seré opulento.
Y mi Nemesis vivirá con lujo
En Roma envidia por mis dones siendo.
Las telas vestirá que las mujeres
Con seda é hilo de oro en Cos tejieron;
Esclavos de la India que el sol quema
Y ennegrece serán sus compañeros,
Y que Tiro y el África á porfía
Su púrpura le ofrezcan con empeño.
Lo que digo es verdad; quien hoy la tiene
Con los pies blancos se vendió cual siervo.

At tibi dura seges, Nemesim qui abducis ab urbe,
persolvat nulla semina certa fide.
Et tu, Bacche tener, iucundae consitor uvae,
tu quoque devotos, Bacche, relinque lacus.
Haud impune licet formosas tristibus agris
abdere: non tanti sunt tua musta, pater.
O valeant fruges, ne sint modo rure puellae:
glans alat, et prisco more bibantur aquae.
Glans aluit veteres, et passim semper amarunt:
quid nocuit sulcos non habuisse satos?
tunc, quibus aspirabat Amor, praebebat aperte
mitis in umbrosa gaudia valle Venus.
Nullus erat custos, nulla exclusura dolentes
ianua: si fas est, mos precor ille redi.
. . . .
horrida villosa corpora veste tegant.
Nunc si clausa mea est, si copia rara videndi,
heu miserum, laxam quid iuvat esse togam?
ducite: ad imperium dominae sulcabimus agros:
non ego me vinclis verberibusque nego.



Tú Ceres, cruel, que alejas á Nemesis
Rebelde mira á tu labor el suelo;
Y tú, ¡oh sembrador de la uva alegre!
Deja también tus cubas, ¡Baco tierno!
¡Oh! no ocultar á la belleza quieras
En los campos impune; no vale eso
El mosto que nos brindas, padre Baco.
Mieses, adiós; mejor fuera á tal precio
Tener el agua pura por bebida,
La bellota tener por alimento.
Alimentó á los viejos la bellota
Y amaron, mas sin mieses, ¿qué perdieron?
Á esos á quien Amor era propicio
Venus públicamente, y sin misterio
Dichas les daba en los umbrosos valles.
No hubo allí entonces un guardián severo,
Ni una puerta cerrada halló el amante.
¡Que tornen, si es posible, aquellos tiempos!
¡Que antes vestido horrible de los hombres
Otra vez cubra los velludos cuerpos!
Si encierran á mi amada y no he de verla,
¿Para qué la amplia toga siempre llevo?
Llevadme; el campo labraré si quiere;
Las cadenas y azotes de ella acepto.





ELEGÍA IV



ELEGIA IV

Hic mihi servitium video dominamque paratam:
iam mihi, libertas illa paterna, vale.
Servitium sed triste datur, teneorque catenis,
et numquam misero vincla remittit Amor,
et seu quid merui seu quid peccavimus, urit.
Uror, io, remove, saeva puella, faces.
O ego ne possim tales sentire dolores,
quam mallem in gelidis montibus esse lapis,
stare vel insanis cautes obnoxia ventis,
naufraga quam vasti tunderet unda maris!
Nunc et amara dies et noctis amarior umbra est:
omnia nunc tristi tempora felle madent.



ELEGÍA IV

Veo mi servidumbre y á mi dueño;
¡Adiós por siempre, libertad paterna!
Que á mí me han dado en servidumbre triste,
Que atado me mantienen con cadenas,
Y sus lazos Amor jamás afloja,
Y merézcalo ó no, me abrasa y quema.
Tu llama aleja, niña cruel; me abrasa;
Antes que soportar tales dolores
Piedra fuese mejor en monte helado,
Roca á los vientos y al oleaje expuesta.
Amargos son mis días, y mis noches
Aun más; la hiel amarga mi existencia.

Nec prosunt elegi nec carminis auctor Apollo:
  illa cava pretium flagitat usque manu.
Ite procul, Musae, si non prodestis amanti:
  non ego vos, ut sint bella canenda, colo,
nec refero solisque vias et qualis, ubi orbem
  complevit, versis luna recurrit equis.
Ad dominam faciles aditus per carmina quaero:
  ite procul, Musae, si nihil ista valent.
At mihi per caedem et facinus sunt dona paranda,
  nec iaceam clausam flebilis ante domum:
aut rapiam suspensa sacris insignia fanis:
  sed Venus ante alios est violanda mihi.
Illa malum facinus suadet dominamque rapacem
  dat mihi; sacrilegas sentiat illa manus.
O pereat, quicumque legit viridesque smaragdos
  et niveam Tyrio murice tingit ovem.
Hic dat avaritiae causas et Coa puellis
  vestis et e rubro lucida concha mari.
Haec fecere malas; hinc clavim ianua sensit
  et coepit custos liminis esse canis.
Sed pretium si grande feras, custodia victa est,
  nec prohibent claves, et canes ipse tacet.
Heu quicumque dedit formam caelestis avarae,
  quale bonum multis attulit ille malis!
Hinc fletus rixaeque sonant, haec denique causa
  fecit ut infamis nunc deus esset Amor.

Ni mis cantos ni Apolo la seducen;
Oro pide no más con mano abierta.
Si no me protegéis, idos, ¡oh Musas!
Culto no os rindo por cantar las guerras,
Ó de la Luna describir las fases
Ó del Sol en los cielos la carrera;
Vencer quiero á mi dueño con mis cantos.
¡Musas! idos, si al fin no he de vencerla.
Yo el oro he de adquirir aun con el crimen;
Mas débil no he de echarme ante su puerta;
Robaré las ofrendas de los templos,
Mas robaré yo á Venus la primera
Que es justo, ya que el crimen me sugiere
Y que ella dióme tan avara dueña.
¡Muera quien el vellón de rojo tiña,
Quien esmeraldas recogió, perezca!
Que de avaricia femenil son causa,
Cual los trajes de Cos y cual las perlas.
Eso hizo mala á la mujer; por eso
Las llaves puestas fueron en las puertas,
Y el perro fué guardián de los umbrales;
Pero si el oro en abundancia llevas
Conquístase á un guardián, las llaves ceden,
Y el perro mismo á enmudecer se enseña.
El dios ¡ay! que á una avara dió hermosura,
Por un bien, ¡cuántos males produjera!
De allí el llanto y las riñas, y por ello
En un infame dios Amor se trueca.

At tibi, quae pretio victos excludis amantes,
eripiant partas ventus et ignis opes:
quin tua tunc invenes specten incendia laeti,
nec quisquam flammae sedulus addat aquam.
Seu veniet tibi mors, nec erit qui lugeat ullus,
nec qui det maestas munus in exsequias.
At bona quae nec avara fuit, centum licet annos
vixerit, ardentem flebitur ante rogum:
atque aliquis senior veteres veneratus amores
annua constructo serta dabit tumulo
et «bene» discedens dicet «placideque quiescas,
terraque securae sit super ossa levis.»
Vera quidem moneo, sed prosunt quid mihi vera?
illius est nobis lege colendus amor.
Quin etiam sedes iubeat si vendere avitas,
ite sub imperium sub titulumque, lares.
Quidquid habet Circe, quidquid Medea veneni,
quidquid et herbarum Thessala terra gerit,
et quod, ubi indomitis gregibus Venus adfiat amores,
hippomanes cupidae stillat ab inguine equae,
si modo me placido videat Nemesis mea vultu,
mille alias herbas misceat illa, bibam.



Y tú, que arrojas á quien no te paga,
Viento y fuego arrebaten tus riquezas,
Y los jóvenes miren el incendio
Y echar agua á las llamas nadie quiera.
Tú al morir no tendrás ni quien te llore,
Ni han de darte una ofrenda en tus exequias.
Quien buena fué, vivir logre cien años,
Que habrá de ser llorada ante su hoguera.
No faltará un anciano que en su tumba
Una guirnalda anual amante ofrezca
Y al marcharse le diga: «En paz reposa,
La tierra leve á tus cenizas sea.»
Yo cuanto digo es cierto; más ¿qué gano?
Mi amor á ley ajena se sujeta.
Si el techo paternal vender me manda,
De dueño cambiad, Lares, y que os vendan.
Cuanta droga Medea y Circe tienen
Y cuantas hierbas la Tesalia lleva,
El hipomanes que la yegua arroja
Cuando Venus de amor arder le ordena,
Yo he de beber y cuantas hierbas mezcle,
Si Nemesis me mira placentera.

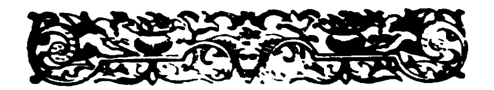


ELEGÍA V



ELEGIA V

Phoebe, fave: novus ingreditur tua templa sacerdos:
huc age cum cithara carminibusque veni.
Nunc te vocales impellere pollice chordas,
nunc precor ad laudes flectere verba novas.
Ipse triumphali devinctus tempora lauro,
dum cumulant aras, ad tua sacra veni.
Sed nitidus pulcherque veni; nunc indue vestem
sepositam, longas nunc bene pecte comas,
qualem te memorant Saturno rege fugato
victori laudes concinuisse Iovi.
Tu procul eventura vides, tibi deditus augur
scit bene quid fati provida cantet avis,



ELEGÍA V

Un nuevo sacerdote entra en tu templo;
Ven, Febo, con tus cantos y tu lira:
Hacer vibrar, ofréceme, sus cuerdas
Y unir tu voz á la alabanza mía.
Los dones colman el altar, ven pronto,
Ya del lauro triunfal la sien ceñida.
Y hermoso ven; peinados los cabellos,
Con tu traje el mejor, cual te veías
Cuando ya derrotado el rey Saturno
De Jove el triunfo celebraste un día.
Tú ves lo porvenir; tu augur los hados
Por las próvidas aves adivina;

tuque regis sortes, per te praesentit aruspex,
  lubrica signavit cum deus exta notis:
te duce Romanos numquam frustrata Sibylla,
  abdita quae senis fata canit pedibus.
Phoebe, sacras Messalinum sine tangere chartas
  vatis, et ipse precor quid canat illa doce.
Haec dedit Aeneae sortes, postquam ille parentem
  dicitur et raptos sustinuisse Lares:
nec fore credebat Romam, cum maestus ab alto
  Ilion ardentes respiceretque deos.
Romulus aeternae nondum formaverat urbis
  moenia, consorti non habitanda Remo,
sed tunc pascebant herbosa Palatia vaccae
  et stabant humiles in Iovis arce casae.
Lacte madens illic suberat Pan ilicis umbrae
  et facta agresti lignea falce Pales,
pendebatque vagi pastoris in arbore votum,
  garrula silvestri fistula sacra deo.
Fistula, cui semper decrescit arundinis ordo:
  nam calamus cera iungitur usque minor.
At qua Velabri regio patet, ire solebat
  exiguus pulsa per vada lintor aqua.
Illa saepe gregis diti placitura magistro
  ad iuvenem festa est vecta puella die,
cum qua fecundi redierunt munera ruris,
  caseus et niveae candidus agnus ovis.

Tú diriges las suertes y el arúspice
Ve todo en las entrañas de las víctimas.
Por tu favor, ¡oh Febo! á los Romanos
Jamás engañar pudo la Sibila.
Tocar sus libros deja á Mesalino
Y á él, te lo ruego, lo que canta explica;
Que ella su suerte le predijo á Eneas
Cuando de Troya con su padre huía;
Cuando á Ilión y á sus dioses vió incendiados,
De Roma el porvenir no se imagina:
Rómulo la ciudad aun no fundaba
Que nunca Remo de habitar habría;
La grey pastaba el Palatino y chozas
En el templo de Jove se veían;
Junto á una tosca Pales de madera,
Pan á la sombra grata de una encina
Se abrigaba, de leche humedecido,
Y la gárrula flauta que ofrecida
Fué por pastor errante al dios Silvano,
Colgada de los árboles pendía,
La flauta cuyas cañas desiguales
De mayor á menor la cera liga.
Exiguo barco atravesaba el agua
Do hoy del Velabro la región se mira,
Y por ser grata al dueño del rebaño
Era en él para su hijo conducida
Tierna niña á quien daban al volverse
Quesos y un recental de oveja nívea.

«Impiger Aenea, volitantis frater Amoris,
Troica qui profugis sacra vehis ratibus,
iam tibi Laurentes adsignat Iuppiter agros,
iam vocat errantes hospita terra Lares.
Illic sanctus eris, cum te veneranda Numici
unda deum caelo miserit indigetem.
Ecce super fessas volitat Victoria puppes;
tandem ad Troianos diva superba venit.
Ecce mihi lucent Rutulis incendia castris:
iam tibi praedico, barbare Turne, necem.
Ante oculos Laurens castrum murusque Lavini est
Albaque ab Ascanio condita longa duce.
Te quoque iam video, Marti placitura sacerdos
Ilia, Vestales deseruisse focos,
concubitusque tuos furtim vittasque iacentes
et cupidi ad ripas arma relicta dei.
Carpite nunc, tauri, de septem montibus herbas,
dum licet: hic magnae iam locus urbis erit.
Roma, tuum nomen terris fatale regendis,
qua sua de caelo prospicit arva Ceres,
quaque patent ortus et qua fluitantibus undis
Solis anhelantes abluit amnis equos.
Troia quidem tunc se mirabitur et sibi dicet
vos bene tam longa consuluisse via.
Vera cano: sic usque sacras innoxia laurus
vescar, et aeternum sit mihi virginitas.»
Haec cecinit vates et te sibi, Phoebe, vocavit,
iactavit fusas et caput ante comas.

«Valiente Eneas, que al huir de Troya
Te llevas sus Penates, ya te asigna
Á ti Jove los campos de Laurento,
Y ellos abrigo á tus Penates brindan,
Y allí serás un dios cuando á los cielos
Te lleve del Numicio la onda fría.
Sobre tus buques la Victoria vuela,
Mientra una diosa á los de Troya auxilia.
De los Rútulos arde el campamento;
Ya, Turno cruel, tu muerte se aproxima;
Veo á Laurento, de Lavinio el muro,
Por Ascanio Albalonga construída,
Y á ti que abandonaste á las Vestales
Por serle grata á Marte, tierna Ilia,
Tu oculta unión, tu cinto por el suelo,
Y del Amor las armas en la orilla.
¡Oh toros! mientras Roma se construye,
Paced, la verde hierba en sus colinas;
Fatal tu nombre, ¡oh Roma! será al mundo
Dondequiera que campos Ceres mira,
Desde Oriente hasta el río en cuyas ondas
Hunde el sol ya cansada su cuadriga.
Troya volverá á verse y de tus viajes
Habrá de consolarse con tu dicha.
Yo canto la verdad; laurel me nutra;
Nunca mi castidad mire perdida.»
Esto, ¡oh Febo! agitando sus cabellos
Al llamarte cantó la Profetiza.

Quidquid Amalthea, quidquid Marpesia dixit
Herophile, Phyto Graia quod admonuit,
quasque Aniena sacras Tiburs per flumina sortes
portarit sicco pertuleritque sinu.
Hae fore dixerunt belli mala signa cometen,
multus ut in terras deplueretque lapis:
atque tubas atque arma ferunt strepitantia caelo
audita et lucos praecinuisse fugam:
ipsum etiam Solem defectum lumine vidit
iungere pallentes nubilus annus equos
et simulacra deum lacrimas fudisse tepentes
fataque vocales praemonuisse boves.
Haec fuerant olim: sed tua iam mitis, Apollo,
prodigia indomitis merge sub aequoribus,
et succensa sacris crepitet bene laurea flammis,
omine quo felix et sacer annus erit.
Laurus ubi bona signa dedit, gaudete coloni:
distendet spicis horrea plena Ceres,
oblitus et musto feriet pede rusticus uvas,
dolia dum magni deficiantque lacus;
ac madidus Baccho sua festa Palilia pastor
concinet: a stabulis tunc procul este lupi.
Ille levis stipulae solemnis potus acervos
accendent, flammas transilietque sacras.
Et fetus matrona dabit, natusque parenti

También, ¡oh Febo! enseña á Mesalino
Cuanto dijo Amaltea ó Herofila,
Cuanto en los libros, que Tiburs llevara
Sin mojar en el río, se decía.
Todas lluvias de piedras anunciaron,
Un cometa que guerras profetiza,
Ruido de armas y trompas en el cielo
Y en los bosques rumores de desdichas;
Al sol miróse de su luz privado
Un año uncir su pálida cuadriga,
Llorar á las estatuas de los dioses,
Y á los toros decir las profecías.
Esto fué en otro tiempo; ahora Apolo
Hunde el mal bajo la onda embravecida;
Que arda el laurel en las sagradas llamas
Y presagie un buen año si crepita.
Si las señales del laurel son buenas,
Gozaos, labradores; las espigas
Llenarán los graneros, y á las uvas
Que con los pies el labrador oprima,
Harán falta lagares y toneles.
Ebrio el pastor de vino, sus Palilias
Habrá de celebrar. De los establos
Estad lejos, ¡oh lobos! esos días.
Leve paja en montón, solemnemente
Encenderá el labriego y por encima
Saltará de las llamas; la matrona
Un hijo le dará lleno de dicha

oscula comprensis auribus eripiet,
nec taedebit avum parvo advigilare nepoti
balbaque cum puero dicere verba senem.
Tunc operata deo pubes discumbet in herba,
arboris antiquae qua levis umbra cadit,
aut e veste sua tendent umbracula sertis
vincta, coronatus stabit et ipse calix.
At sibi quisque dapes et festas exstruet alte
caespitibus mensas caespitibusque torum.
Ingeret hic potus iuvenis maledicta puellae,
postmodo quae votis irrita facta velit:
nam ferus ille suae plorabit sobrius idem
et se iurabit mente fuisse mala.
Pace tua pereant arcus pereantque sagittae,
Phoebe, modo in terris erret inermis Amor.
Ars bona: sed postquam sumpsit sibi tela Cupido,
heu heu quam multis ars dedit ista malum!
Et mihi praecipue. Iaceo cum saucius annum
et faveo morbo, cum iuvat ipse dolor,
usque cano Nemesim, sine qua versus mihi nullus
verba potest iustos aut reperire pedes.
At tu, nam divum servat tutela poetas,
praemoneo, vati parce, puella, sacro;
ut Messalinum celebrem, cum praemia belli

Y el niño al padre asiendo por la oreja
Le robará sus besos y caricias.
Y sobre el nieto velará el abuelo
Y en el hogar resonarán unidas
Su balbuciente voz y la del niño.
El sacrificio al concluír, festiva
La juventud reposará en la grama
De árboles viejos á la sombra amiga,
Ó bajo tiendas con las ropas hechas,
Y las copas de flores circuídas.
Y lecho y mesas alzarán con césped
Para gozar de la frugal comida.
El joven ebrio injuriará á su amada,
Pero después de las palabras dichas
Habrá de arrepentirse, cuando sobrio,
La culpa echando á su razón perdida.
¡Febo! mueran las flechas y los arcos;
Que ande inerme el Amor; pues desde el día
En que las flechas empleó Cupido
¡Ay! causa son tan sólo de desdichas.
Para mí sobre todo. Un año enfermo
He estado yo gozándome en mis cuitas.
Sólo canto á Nemesis, pues sin ella
Tema falta á mis versos y medida.
Como están de los dioses al amparo
Los poetas, salva á tu vate, niña,
Para que yo celebre á Mesalino
Cuando el laurel ciñendo y las vencidas

ante suos currus oppida victa feret,
ipse gerens lauros: lauro devinctus agresti
miles «io» magna voce «triumphe» canet.
Tunc Mesalla meus pia det spectacula turbae
et plaudat curru praetereunte pater.
Adnue; sic tibi sint intonsi, Phoebe, capilli,
sic tua perpetuo sit tibi casta soror.



Ciudades llevando ante su carro,
Del «triunfo» goce en premio á sus conquistas.
Grato al pueblo será ver á Mesala
Ante el carro aplaudir. Colma mi dicha.
Y oh, ¡Febo! intonsos tus cabellos sean,
Tu hermana casta para siempre viva.



ELEGÍA VI



ELEGIA VI

Castra Macer sequitur: tenero quid fiet Amori?
  sit comes et collo fortiter arma gerat?
Et seu longa virum terrae via seu vaga ducent
  aequora, cum telis ad latus ire volet?
Ure, puer, quaeso, tua qui ferus otia liquit,
  atque iterum erronem sub tua signa voca.
Quod si militibus parces, erit hic quoque miles,
  ipse levem galea qui sibi portet aquam.
Castra peto, valeatque Venus valeantque puellae:
  et mihi sunt vires, et mihi facta tuba est.
Magna loquor, sed magnifice mihi magna locuto
  excutiunt clausae fortia verba fores.



ELEGÍA VI

¿Qué hará el Amor? Mácer á pelear fuese;
¿Irá con él? ¿le llevará sus armas?
¿Él por tierra y por mar irá á su lado
Conduciendo sus flechas á la espalda?
Al que, Amor, te dejó, quema en tu fuego;
Al desertor bajo tu enseña llama.
Si al soldado amas tú, me haré soldado;
Yo llevaré dentro mi casco el agua.
Venus, niñas, adiós: voyme á la guerra,
Yo soy hombre y la trompa me arrebata.
Mucho hablo yo y ante su puerta siempre
Cuando yo hablo se estrellan mis palabras.

Iuravi quotiens rediturum ad limina numquam!
  cum bene iuravi, pes tamen ipse redit.
Acer Amor, fractas utinam tua tela sagittas,
  si licet, exstinctas aspiciamque faces!
Tu miserum torques, tu me mihi dira precari
  cogis et insana mente nefanda loqui.
Iam mala finissem leto; sed credula vitam
  spes fovet et fore cras semper ait melius.
Spes alit agricolas, spes sulcis credit aratis
  semina, quae magno fenore reddat ager:
haec laqueo volucres, haec captat arundine pisces,
  cum tenues hamos abdidit ante cibus:
spes etiam valida solatur compede vinctum;
  crura sonant ferro; sed canit inter opus:
spes facilem Nemesim spondet mihi; sed negat illa.
  Ei mihi, ne vincas, dura puella, deam.
Parce, per immatura tuae precor ossa sororis;
  sic bene sub tenera parva quiescat humo.
Illa mihi sancta est, illius dona sepulcro
  et madefacta meis serta feram lacrimis,
illius ad tumulum fugiam supplexque sedebo
  et mea cum muto fata querar cinere.

¡Cuánto juré á su umbral no tornar nunca!
Y allí empero mis pasos me llevaban.
¡Cruel Amor! ojalá rotas tus flechas
Ver pueda y tus antorchas apagadas.
Tú atormentas á un mísero y me obligas
Á maldecirme con la mente insana;
Mas cuando morir quiero, me asegura
Tiempo mejor mi crédula esperanza.
La esperanza alimenta á los labriegos:
Ella en los surcos la semilla guarda
Que el campo con usura les devuelve;
Ella á las aves voladoras laza,
Ella coge á los peces, cuando esconde
Tras el cebo el anzuelo, con la caña,
Y ella consuela al infeliz esclavo
Que aun con hierros al pie su pena canta.
Muestra á Nemesis mi esperanza, fácil;
Mas Nemesis me prueba que me engaña.
Perdóname, Nemesis; te lo pido
Por los tempranos huesos de tu hermana,
Y así ella duerma en paz bajo la tierra.
Ella, lo sabes, para mí es sagrada:
Yo ofrendas llevaréle á su sepulcro,
Guirnaldas con mis lágrimas regadas;
Y allí, junto á ella, á sus cenizas mudas
Yo me habré de quejar de mis desgracias,

Non feret usque suum te propter flere clientem:
illius ut verbis, sis mihi lenta, veto,
ne tibi neglecti mittant mala somnia manes,
maestaque sopitae stet soror ante torum,
qualis ab excelsa praeceps delapsa fenestra
venit ad infernos sanguinolenta lacus.
Desino, ne dominae luctus renoventur acerbi:
non ego sum tanti, ploret ut illa semel.
Nec lacrimis oculos digna est foedare loquaces:
lena nocet nobis, ipsa puella bona est.
Lena necat miserum Phryne furtimque tabellas
occulto portans itque reditque sinu:
saepe, ego cum dominae dulces a limine duro
agnosco voces, haec negat esse domi:
saepe, ubi nox promissa mihi est, languere puellam
nuntiat aut aliquas extimuisse minas.
Tunc morior curis, tunc mens mihi perdita fingit,
quisve meam teneat, quot teneatve modis:
tunc tibi, lena, precor diras: satis anxia vivas,
moverit e votis pars quotacumque deos.



Que ella no ha de sufrir, que quien la implore
Llanto eterno derrame por tu causa.
Mas si ella habla, Nemesis, sé clemente;
Que tendrás malos sueños y á tu hermana
Verás junto á tu lecho, como cuando
Cayó de la ventana ensangrentada.
Basta; no quiero remover su duelo,
Que yo digno no soy de que sus lágrimas
Manchar pudieran sus locuaces ojos.
Ella es buena; Frinea es quien me daña.
Frinea es quien me mata cuando lleva
Ocultas en su seno algunas cartas.
Cuando yo, en el umbral, de mi Nemesis
Oigo la voz, niega que esté en su casa;
Si la noche me ha sido prometida,
Me anuncia que algo teme ó que está mala.
De celos muero entonce y me imagino
Quién y cómo disfruta de mi amada.
Yo entonces te maldigo; si los dioses
Oyen mis votos vivirás con ansias.



ELEGÍAS DE LIGDAMO

ELEGÍA I



ELEGIA I

Martis Romani festae venere kalendae
  exoriens nostris hic fuit annus avis:
et vaga nunc certa discurrunt undique pompa
  perque vias urbis munera perque domos.
Dicite, Pierides, quonam donetur honore
  seu mea, seu fallor, cara Neaera tamen.
Carmine formosae, pretio capiuntur avarae:
  gaudeat, ut digna est, versibus illa meis.



ELEGÍA I

Llegaron ya de Marzo las calendas;
Del Romano hoy el año principiaba;
Por eso hoy van con pompa los obsequios
De Roma por las calles y las casas.
Musas, decid ¿qué ofrenda enviaré á Neera
Que ora mía ó ya infiel, me es siempre cara?
Las hermosas conquístanse con versos,
Cautívase con oro á las avaras;
Mas como ella es hermosa como nadie,
Dignos de ella no más mis versos halla.

Lutea sed niveum involvat membrana libellum,
pumex et canas tondeat ante comas
summaque praetexat tenuis fastigia chartae
indicet et nomen littera facta meum,
atque inter geminas pingantur cornua frontes:
sic etenim comptum mittere oportet opus.
Per vos, auctores huius mihi carminis, oro
Castaliamque umbram Pieriosque lacus,
ite domum cultumque illi donate libellum,
sicut erit: nullus defluat inde color.
Illa mihi referet, si nostri mutua cura est,
an minor, an toto pectore deciderim.
Sed primum meritam larga donate salute
atque haec submisso dicite verba sono:
«haec tibi vir quondam, nunc frater, casta Neaera,
mittit et accipias munera parva rogat,
teque suis iurat caram magis esse medullis,
sive sibi coniunx sive futura soror:
sed potius coniunx: huius spem nominis illi
auferet exstincto pallida Ditis aqua.»



Tela amarilla envuelva al blanco libro,
La pomez pula su aspereza cana,
Que con letras inscríbase mi nombre
Del tenue pergamino en la parte alta,
Y entre los bordes el botón se pinte;
Así debe mi obra ser enviada.
Á vosotras, ¡oh Musas! yo os lo ruego
Por la Castalia sombra y Pierias aguas,
Tal como mi obra está, dádsela á Neera;
Que no tenga mi libro ni una mancha.
Que ella diga si es mutuo el amor nuestro,
Si es menor, ó si acaso ya no me ama.
Mas antes presentadle mis saludos,
Decidle en tono humilde estas palabras:
«Neera, tu amante ayer, mas hoy tu amigo,
Te ruega que recibas esta dádiva;
Y te jura, que ya su amiga seas
Ó su esposa, ha de amarte con el alma.
Sé su esposa mejor; de así llamarte
Perderá al morir sólo la esperanza.»



ELEGÍA II



ELEGIA II

Qui primus caram iuveni carumque puellae
  eripuit iuvenem, ferreus ille fuit.
Durus et ille fuit, qui tantum ferre dolorem,
  vivere et erepta coniuge qui potuit.
Non ego firmus in hoc, non haec patientia nostro
  ingenio: frangit fortia corda dolor:
nec mihi vera loqui pudor est vitaeque fateri
  tot mala perpessae taedia nata meae.
Ergo cum tenuem fuero mutatus in umbran
  candidaque ossa super nigra favilla teget,



ELEGÍA II

Quien primero al amante de su amada
Separó ó á ella de él ¡ay! fué de hierro;
Y duro fué quien soportó tal pena
Y vivir pudo de su amada lejos.
No tengo tal firmeza, aun á las almas
Las más fuertes quebranta el sufrimiento;
Y decir la verdad no me avergüenza
Ni de mi vida confesar los duelos.
Cuando yo me convierta en tenue sombra
Y el polvo cubra ya mis blancos huesos,

ante meum veniat longos incompta capillos
et fleat ante meum maesta Neaera rogum.
Sed veniat carae matris comitata dolore:
maereat haec genero, maereat illa viro.
Praefatae ante meos manes animamque precatae
perfusaeque pias ante liquore manus,
pars quae sola mei superabit corporis, ossa
incinctae nigra candida veste legent,
et primum annoso spargent collecta Lyaeo,
mox etiam niveo fundere lacte parent,
post haec carbaseis umorem tollere velis
atque in marmorea ponere sicca domo.
Illic quas mittit dives Panchaia merces
Eoique Arabes, dives et Assyria,
et nostri memores lacrimae fundantur eodem:
sic ego componi versus in ossa velim.
Sed tristem mortis demonstret littera causam
atque haec in celebri carmina fronte notet:
«Lygdamus hic situs est: dolor huic et cura Neaerae,
coniugis ereptae, causa perire fuit.»



Que Neera, ante mi pira, triste venga
Para llorarme, sueltos sus cabellos,
Y que al venir, su madre la acompañe,
Y ella llore á su amante, ésta á su yerno.
Después de orar y de invocar á mi alma,
Con manos puras, que en sus trajes negros
Ambas pongan mis huesos calcinados,
Postrimero residuo de mi cuerpo;
Que los bañen después con blanca leche,
Que piadosas les rieguen vino añejo
Y con lienzos de lino los enjuguen
Para llevarlos á mi tumba secos;
Que allí viertan perfumes de Pancaya
Y de Arabia y de Asiria y que allí mesmo
Ellas su llanto á los perfumes mezclen;
Que me honren así después de muerto.
Mas de mi fin para expresar la causa
Grábense en mi sepulcro aquestos versos:
«Ligdamo yace aquí; causó su muerte
De perder á su Neera el sufrimiento.»



ELEGÍA III



ELEGIA III

Quis prodest caelum votis implesse, Neaera,
   blandaque cum multa tura dedisse prece,
non ut marmorei prodirem e limine tecti,
   insignis clara conspicuusque domo,
aut ut multa mei renovarent iugera tauri
   et magnas messes terra benigna daret,
sed tecum ut longae sociarem gaudia vitae
   inque tuo caderet nostra senecta sinu,
tum cum permenso defunctus tempore lucis
   nudus Lethaea cogerer ire rate?
Nam grave quid prodest pondus mihi divitis auri,
   arvaque si findant pinguia mille boves?



ELEGÍA III

¿Para qué al cielo fatigar con votos,
Con muchas preces y con blando incienso,
Si no quise nacer de ilustre casa,
Ni pisar siempre mármoles soberbios,
Ni arar muchas yugadas con mis toros
Para inmensa cosecha hallar en premio,
Sino mis dichas compartir contigo
Y apoyar mi vejez sobre tu seno
Hasta tomar á la hora de la muerte,
Ya desnudo, la barca del Leteo?
¿Qué me importan del oro el peso grave,
Ó abrir con bueyes mil un fértil suelo,

Quidve domus prodest Phrygiis innixa columnis,
  Taenare, sive tuis, sive, Caryste, tuis,
et nemora in domibus sacros imitantia lucos
  aurataeque trabes marmoreumque solum?
Quidve in Erythraeo legitur quae litore concha
  tinctaque Sidonio murice lana iuvat,
et quae praeterea populus miratur? in illis
  invidia est: falso plurima vulgus amat.
Non opibus mentes hominum curaeque levantur:
  nam fortuna sua tempora lege regit.
Sit mihi paupertas tecum iucunda, Neaera:
  at sine te regum munera nulla volo.
O niveam, quae te poterit mihi reddere, lucem!
  o mihi felicem terque quaterque diem!
At si, pro dulci reditu quaecumque voventur,
  audiat aversa non meus aure deus,
nec me regna iuvant nec Lydius aurifer amnis
  nec quas terrarum sustinet orbis opes.
Haec alii cupiant, liceat mihi paupere cultu
  securo cara coniuge posse frui.
Adsis et timidis faveas, Saturnia, votis,
  et faveas concha, Cypria, vecta tua.
Aut si fata negant reditum tristesque sorores,
  stamina quae ducunt quaeque futura neunt,
me vocet in vastos amnes nigramque paludem
  dives in ignava luridus Orcus aqua.

Palacios sustentados por columnas
De Tanaro y Caristo y allí en ellos
Parques tener que á bosques se asemejen,
Marmóreos pisos y dorados techos,
Y la lana con múrice teñida
Y las perlas que esconde el Golfo Pérsico
Y cuanto el pueblo admira? ¡Falsos bienes
Que sólo ama y envidia el vulgo necio!
No el humano dolor el oro cura;
Gobierna al hombre su destino ciego.
Será alegre contigo mi pobreza,
Las riquezas de un rey sin ti no quiero.
¡Oh mil veces feliz el fausto día
Que haya de devolverte á mí de nuevo!
¡Ah! si diese mi dios fácil oído
Al voto que hago yo por tu regreso!
Despreciara del orbe las riquezas
Y el oro del Pactolo y los imperios.
Que otros esto deseen, y yo pobre
Con mi Neera vivir pueda contento.
Venus, que vas llevada por tu concha,
Y tú, Juno, escuchad mi humilde ruego.
Mas si las Parcas que el futuro cantan
Y los hados me niegan su regreso,
Llámame tú á habitar, pálido Orco,
Tus vastos ríos y tus lagos negros.

ELEGÍA IV



ELEGIA IV

Di meliora ferant, nec sint mihi somnia vera
  quae tulit hesterna pessima nocte quies.
Ite procul, vani, falsumque avertite visum:
  desinite in nobis quaerere velle fidem.
Divi vera monent, venturae nuntia sortis
  vera monent Tuscis exta probata viris:
somnia fallaci ludunt temeraria nocte
  et pavidas mentes falsa timere iubent.
Et natum in curas hominum genus omina noctis
  farre pio placant et saliente sale?
et tamen, utcumque est, sive illi vera moneri,
  mendaci somno credere sive volent,



ELEGÍA IV

Lo mejor dadme, ¡oh dioses!; que mi ensueño
De la noche de ayer, cierto no sea.
¡Oh ensueños! lejos id: tornad el rostro,
Buscar fe en mí no pretendáis. Enseñan
Los dioses la verdad, y las entrañas
Que el arúspice ve se la revelan.
Mas con nosotros juegan los ensueños
Y al asustado espíritu amedrentan,
Y el hombre de la noche el mal presagio
Con centeno y con sal tan sólo aleja.
Ya juzgue los ensueños mentirosos
Ó ya que la verdad ellos nos muestran,

efficiat vanos noctis Lucina timores
   et frustra immeritum pertimuisse velit,
si mea nec turpi mens est obnoxia facto
   nec laesit magnos impia lingua deos.
Iam nox aetherium nigris emensa quadrigis
   mundum caeruleo laverat amne rotas,
nec me sopierat menti deus utilis aegrae:
   somnus sollicitas deficit ante domos.
Tandem, cum summo Phoebus prospexit ab ortu,
   pressit languentis lumina sera quies.
Hic iuvenis casta redimitus tempora lauro
   est visus nostra ponere sede pedem.
Non illo quicquam formosius ulla priorum
   aetas, heroum nec tulit ulla domus.
Intonsi crines longa cervice fluebant,
   stillabat Syrio myrtea rore coma.
Candor erat, qualem praefert Latonia Luna,
   et color in niveo corpore purpureus,
ut iuveni primum virgo deducta marito
   inficitur teneras ore rubente genas,
et cum contexunt amarantis alba puellae
   lilia et autumno candida mala rubent.
Ima videbatur talis inludere palla;
   namque haec in nitido corpore vestis erat.
Artis opus rarae, fulgens testudine et auro
   pendebat laeva garrula parte lyra.

Que Lucina disipe mis temores
Ó haga que sin razón yo no los tema,
Si culpable no soy de odioso crimen
Ni de los dioses blasfemó mi lengua.
Ya la Noche, después de haber medido
El mundo etéreo en su cuadriga negra,
De su carro en el mar la rueda hundía
Y el útil dios que cura las tristezas
Á mi espíritu aún no consolaba.
Huye el sueño la casa de quien vela.
Al fin cerró mis fatigados ojos
Cuando Febo de luz bañó la tierra.
Entonces, de laurel la sien ceñida,
De pie miré yo á un joven en mi puerta.
Nunca, ni aun en los tiempos de los héroes,
Un joven más hermoso el mundo viera.
Flotaban sus cabellos en su espalda
De nardo Asirio destilando esencias;
Blanco era cual la Luna; mas su cuerpo
La púrpura encendió cual á la tierna
Mejilla de la esposa el rubor tiñe
Cuando al tálamo va por vez primera,
Cual enrojece Otoño á las manzanas
Y al lino el amaranto colorea.
Una clámide larga lo envolvía;
Tal veste de su cuerpo digna era.
Una obra de arte rara, de oro y nácar,
Una lira, colgábale á la izquierda;

Hanc primum veniens plectro modulatus eburno
felices cantus ore sonante dedit:
sed postquam fuerant digiti cum voce locuti,
edidit haec dulci tristia verba modo:
«Salve, cura deum: casto nam rite poetae
Phoebusque et Bacchus Pieridesque favent.
Sed proles Semeles Bacchus doctaeque sorores
dicere non norunt, quid ferat hora sequens:
at mihi fatorum leges aevique futuri
eventura pater posse videre dedit.
Quare ego quae dico non fallax accipe vates,
quodque deos vero Cynthius ore feram.
Tantum cara tibi, quantum nec filia matri
quantum nec cupido bella puella viro,
pro qua sollicitas caelestia numina votis,
quae tibi securos non sinit ire dies,
et, cum te fusco somnus velavit amictu,
vanum nocturnis fallit imaginibus,
carminibus celebrata tuis formosa Neaera
alterius mavult esse puella viri,
diversasque suas agitat mens impia curas,
nec gaudet casta nupta Neaera domo.
A crudele genus nec fidum femina nomen!
a pereat, didicit fallere si qua virum.
Sed flecti poterit: mens est mutabilis illis:
tu modo cum multa bracchia tende fide.
Saevus Amor docuit validos temptare labores;
saevus Amor docuit verbera posse pati.

Dulce canto sus labios modularon,
Con plectro de marfil tañó sus cuerdas
Y la voz con la música al unirse
Pronunció estas palabras con tristeza:
«Salve, amor de los dioses; Febo y Baco
Y las Musas protegen al poeta,
Mas no Baco y las Musas decir saben
Lo que trae la hora que nos llega;
De los hados la luz y lo futuro
Sólo á mí ver mi padre concediera.
Lo que vate veraz yo, dios del Cintio,
Te digo á ti, como verdad acepta.
La que amas tú cual madre ama á su hijo,
Más que un esposo á su consorte bella,
Esa por quien al cielo elevas votos
Y que un día tranquilo no te deja,
Esa que cuando el sueño á ti te envuelve
Siempre te engaña con visiones negras,
La Neera á quien cantas en tus versos
Á pesar de que de otro ser anhela,
Hoy no agita por ti su mente impía,
Ir casada á tu hogar ya no le alegra.
¡Que mueran las que engañan! ¡Oh cruel raza
Que el nombre de mujer indigna llevas!
Mas vencerla pudieras, que es mudable;
Tiende con fe los brazos hacia ella;
Cruel Amor enseñó tales trabajos,
Cruel Amor enseñó á sufrir tal pena.

Me quondam Admeti niveas pavisse iuvencas
non est in vanum fabula ficta iocum:
Tunc ego nec cithara poteram gaudere sonora
nec similes chordis reddere voce sonos,
sed perlucenti cantum meditabar avena,
ille ego Latonae filius atque Iovis.
Nescis quid sit amor, iuvenis, si ferre recusas
immitem dominam coniugiumque ferum.
Ergo ne dubita blandas adhibere querelas:
vincuntur molli pectora dura prece.
Quod si vera canunt sacris oracula templis,
haec illi nostro nomine dicta refer:
hoc tibi coniugium promittit Delius ipse;
felix hoc alium desine velle virum.»
Dixit, et ignavus defluxit corpore somnus.
A, ego ne possim tanta videre mala.
Nec tibi crediderim votis contraria vota
nec tantum crimen pectore inesse tuo.
Nam te nec vasti genuerunt aequora ponti
nec flammam voluens ore Chimaerea fero
nec canis anguinea redimitus terga caterva,
cui tres sunt linguae tergeminumque caput,
Scyllaque virgineam canibus succincta figuram,
nec te conceptam saeva leaena tulit,
barbara nec Scythiae tellus horrendave Syrtis,
sed culta et duris non habitanda domus,
et longe ante alias omnes mitissima mater
isque pater quo non alter amabilior.
Haec deus in melius crudelia somnia vertat
et iubeat tepidos irrita ferre notos.

En otro tiempo yo las níveas vacas
De Admeto apacenté, la historia es cierta;
No entonces me alegraba con la lira
Ni acompañé mis cantos con sus cuerdas;
Entonces yo, hijo de Latona y Jove,
Cantar sólo ensayaba con la avena.
Lo que es Amor no sabes; si rehusas
Sufrir á amante cruel y á esposa fiera,
Nunca á las quejas recurrir olvides,
Vencen á pechos duros preces tiernas.
Si el oráculo es cierto en mis santuarios,
Á ella en mi nombre estas palabras lleva:
«Esta feliz unión Delio te ofrece,
De amar á otro hombre para siempre deja.»
Dijo y el sueño abandonó mi cuerpo.
¡Que jamás tanto mal mirar yo pueda!
No pueden ser opuestos nuestros votos
Ni tal crimen caber en tu alma tierna.
No las aguas del Ponto te engendraron
Ni la que fuego arroja, la Quimera,
Ni el perro de serpientes rodeado
Que tiene tres cabezas y tres lenguas,
Ni Scila cuyo vientre canes ciñen
Ni leona cruel de fuerza llena,
Ni las tierras de Syrtes ó de Escitia,
Sino, en la casa culta do se hospedan,
Tu madre, la más dulce de las madres,
Y el mejor de los padres de la tierra.
¡Que en buenos trueque el dios mis sueños crueles
Ó los arrastre el viento en su carrera!

ELEGÍA V



ELEGIA V

Vos tenet, Etruscis manat quae fontibus unda,
  unda sub aestivum non adeunda Canem,
nunc autem sacris Baiarum proxima lymphis,
  cum se purpureo vere remittit humus:
at mihi Persephone nigram denuntiat horam:
  immerito iuveni parce nocere, dea.
Non ego temptavi nulli temeranda virorum
  audax laudandae sacra docere deae,
nec mea mortiferis infecit pocula sucis
  dextera nec cuiquam trita venena dedit,
nec nos sacrilegos templis admovimus ignes,
  nec cor sollicitant facta nefanda meum,



ELEGÍA V

Os retiene, á pesar del Can estivo,
La onda que mana de la Etrusca fuente,
Que iguala á la de Bayas, cuando al campo
La hermosa Primavera á alegrar vuelve.
Mi última hora me anuncia Proserpina;
Dañar evita, ¡oh diosa! á un inocente.
No de la Buena Diosa enseñé el culto
Que los varones profanar no deben;
Jamás jugos mortíferos mi mano
Vertió en las copas que ofrecí á las veces;
Fuego no puse á un templo, á mi conciencia
Ningún hecho nefando le remuerde;

nec nos insanae meditantes iurgia mentis
  impia in adversos solvimus ora deos.
Et nondum cani nigros laesere capillos,
  nec venit tardo curva senecta pede.
Natalem primo nostrum videre parentes,
  cum cecidit fato consul uterque pari.
Quid fraudare iuvat vitem crescentibus uvis
  et modo nata mala vellere poma manu?
Parcite, pallentes undas quicumque tenetis
  duraque sortiti tertia regna dei.
Elysios olim liceat cognoscere campos
  Lethaeamque ratem Cimmeriosque lacus,
cum mea rugosa pallebunt ora senecta
  et referam pueris tempora prisca senex.
Atque utinam vano nequiquam terrear aestu!
  languent ter quinos sed mea membra dies.
At vobis Tuscae celebrantur numina lymphae
  et facilis lenta pellitur unda manu.
Vivite felices, memores et vivite nostri,
  sive erimus seu nos fata fuisse velint.
Interea nigras pecudes promittite Diti
  et nivei lactis pocula mixta mero.



Jamás contra los dioses á mí adversos
Llegué yo á blasfemar sana la mente,
Y aun mi cabello en blanco no se torna,
Ni la vejez rugosa tarda viene;
Y mis padres nacer viéronme el día
En que hiriera á dos cónsules la Muerte.
¿Quién el fruto al nacer arrancar manda,
Y cortar á la vid las uvas verdes?
¡Perdóname tú, ¡oh dios! que el Orco riges
Y á quien el tercer reino tocó en suerte!
Yo en los Campos Elíseos, yo en la barca
Negra del Aquerón quisiera verme,
Mas cuando anciano ya, marchito el rostro,
Viejas historias á los niños cuente.
¡Ojalá que no más un terror vano
Me inspiren los ardores de la fiebre!
Mas hace ya, ¡oh amigos! quince días
Que mis miembros enfermos languidecen.
Los dioses celebrad de la onda Etrusca,
Cruzad con brazo lento su corriente.
¡Felices, hoy vivid; mas recordadme
Vivo esté ó en el seno de la muerte.
Á Plutón ofreced ovejas negras
Y mezclada con vino blanca leche!



ELEGÍA VI



ELEGIA VI

Candide Liber, ades; sic sit tibi mystica vitis
   semper, sic hedera tempora vincta feras;
aufer et ipse meum patera medicante dolorem:
   saepe tuo cecidit munere victus amor.
Care puer, madeant generoso pocula Baccho,
   et nobis prona funde Falerna manu.
Ite procul durum curae genus, ite labores;
   fulserit hic niveis Delius alitibus.
Vos modo proposito dulces faveatis amici,
   neve neget quisquam me duce se comitem:
aut si quis vini certamen mite recusat,
   fallat eum tecto cara puella dolo.



ELEGÍA VI

Sea tuya la vid, hermoso Baco;
Ven, ceñidas tus sienes con la hiedra.
Tú mismo cura mi dolor; vencido
Fué el amor por el vino con frecuencia.
Dadnos Falerno, esclavo, en abundancia;
De vino añejo nuestras copas llena.
¡Oh penas y trabajos! lejos idos;
Delio cual buen presagio reverbera.
Dulces amigos, secundad mi intento:
Que todos como á jefe me obedezcan.
Si con vino luchar alguien rehusa
De una pérfida amada burla sea.

Ille facit dites animos deus, ille ferocem
contudit et dominae misit in arbitrium,
Armenias tigres et fulvas ille leaenas
vicit et indomitis mollia corda dedit.
Haec Amor et maiora valet; sed poscite Bacchi
munera: quem vestrum pocula sicca iuvant?
convenit ex aequo nec torvus Liber in illis,
qui se quique una vina iocosa colunt:
nam venit iratus nimium nimiumque severis:
qui timet irati numina magna, bibat.
Quales his poenas qualis quantusque minetur,
Cadmeae matris praeda cruenta docet.
Sed procul a nobis hic sit timor, illaque, si qua est,
quid valeat laesi sentiat ira dei.
Quid precor, a, demens? venti temeraria vota,
aeriae et nubes diripienda ferant.
Quamvis nulla mei superest tibi cura, Neaera,
sis felix, et sint candida fata tua.
At nos securae reddamus tempora mensae:
venit post multos una serena dies.
Ei mihi, difficile est imitari gaudia falsa;
difficile est tristi fingere mente iocum,
nec bene mendaci risus componitur ore,
nec bene sollicitis ebria verba sonant.
Quid queror infelix? turpes discedite curae:
odit Lenaeus tristia verba pater.
Gnosia, Theseae quondam periuria linguae
flevisti ignoto sola relicta mari:

El Amor ennoblece; al fuerte humilla
Y al yugo de su amada lo sujeta;
Vence á tigres de Armenia y á leones
Y da á los indomables alma tierna.
Esto y más vale Amor; pero de Baco
El dón pedid, ¿amáis las copas secas?
Baco es equitativo, y nunca torvo
Contra el que culto ríndele se muestra;
Mas él contra el que es sobrio viene airado;
El que tema su cólera que beba.
Cuantas penas inflige y contra quienes,
De Penteo la muerte nos lo enseña.
Yo no debo abrigar temores tales:
Que ella del dios herido la ira sienta.
¿Qué pido yo? mis votos temerarios
Arrebatados por los vientos sean.
Aunque, Neera, de mí ya no te cuides
Feliz sé y tu destino hermoso veas.
Yo á los festines volveré como antes;
Tras de la tempestad la calma llega.
Yo no puedo imitar falsa alegría,
Si estoy triste fingirla inútil fuera;
Sienta la risa mal sobre mis labios,
Mal frases ebrias en mi boca sientan.
¿De qué, infeliz, me quejo? penas idos;
Odia el padre Leneo la tristeza.
Sola en ignoto mar lloraste, Ariadna,
Del perjuro Teseo las promesas,

sic cecinit pro te doctus, Minoi, Catullus
  ingrati referens impia facta viri.
Vos ego nunc moneo; felix, quicumque dolore
  alterius disces posse cavere tuo.
Nec vos aut capiant pendentia bracchia collo
  aut fallat blanda sordida lingua prece.
Etsi perque suos fallax iuravit ocellos
  Iunonemque suam perque suam Venerem,
nulla fides inerit: periuria ridet amantum
  Iuppiter et ventos irrita ferre iubet.
ergo quid totiens fallacis verba puellae
  conqueror? ite a me, seria verba, precor.
Quam vellem tecum longas requiescere noctes
  et tecum longos pervigilare dies,
perfida nec merito nobis inimica merenti,
  perfida, sed, quamvis perfida, cara tamen!
Naida Bacchus amat: cessas, o lente minister?
  temperet annosum Marcia lympha merum.
Non ego, si fugit nostrae convivia mensae
  ignotum cupiens vana puella torum,
sollicitus repetam tota suspiria nocte.
  Tu, puer, i, liquidum fortius adde merum.
Iam dudum Syrio madefactus tempora nardo
  debueram sertis implicuisse comas.



Y por ti, hija de Minos, de tu esposo
Cantó Catulo la traición horrenda.
Yo no os quiero enseñar; feliz quien puede
Su desdicha evitar viendo la ajena.
No os engañen al cuello echando el brazo
Ó con los ruegos de engañosa lengua,
Que si juran falaces por sus ojos
Por Venus y por Juno, no hay que creerlas.
De estos perjurios Júpiter se ríe,
Y al irritado viento los entrega.
Mas yo, ¿por qué lamento su falsía?
Idos lejos de mí, palabras serias.
¡Quién velara contigo largos días
Y largas noches junto á ti durmiera!
¡Oh tú, pérfida y cruel mas siempre injusta
Pero amada á pesar de ser tan pérfida!
Ama Baco á las Náyades. ¡Oh esclavo,
Con agua Marcia el vino añejo tiempla.
Yo no he de suspirar toda la noche
Porque huya nuestra mesa, esquiva, Neera
Y de un obscuro amante el lecho busque.
Esclavo, vierte vino, y más apriesa.
Tiempo ha que debí ungir mi sien con nardo
Y con flores ceñir mi cabellera.



ELEGÍAS DE SULPICIA

ELEGÍA II



ELEGIA II

Sulpicia est tibi culta tuis, Mars magne, kalendis;
spectatum e caelo, si sapis, ipse veni.
Hoc Venus ignoscet: at tu, violente, caveto
ne tibi miranti turpiter arma cadant.
Illius ex oculis, cum vult exurere divos,
accendit geminas lampadas acer Amor.
Illam, quidquid agit, quoquo vestigia movit,
componit furtim subsequiturque decor.
Seu solvit crines, fusis decet esse capillis:
seu compsit, comptis est veneranda comis.
Urit, seu Tyria voluit procedere palla:
urit, seu nivea candida veste venit.



ELEGÍA II

Gran Marte, por ti se orna en tus calendas
Sulpicia; ven del cielo á contemplarla.
Perdonará esto Venus; mas tú cuida
Que al verla no tus armas se te caigan.
Prende en los ojos de ella sus antorchas
El Amor, si á los dioses, cruel, abrasa;
Y la gracia compónela y la sigue
Dondequiera que va y haga lo que haga.
Si sus cabellos suelta, bien se mira;
Si los trenza, es por todos admirada;
Ella abrasa, si luce Tirios trajes;
Si luce trajes níveos, ella abrasa;

Talis in aeterno felix Vertumnus Olympo
mille habet ornatus, mille decenter habet.
Sola puellarum digna est, cui mollia caris
vellera det sucis bis madefacta Tyros,
possideatque, metit quidquid bene olentibus arvis
cultor odoratae dives Arabs segetis
et quascumque niger rubro de litore gemmas
proximus Eois colligit Indus aquis.
Hanc vos, Pierides, festis cantate kalendis,
et testudinea Phoebe superbe lyra.
Hoc sollemne sacrum multos haec sumet in annos:
dignior est vestro nulla puella choro.



Tal Vertumio feliz en el Olimpo
Tiene vestidos mil, con mil encanta.
Sola ella es digna de llevar teñidas
Por dos veces con múrice sus lanas,
De poseer las gomas olorosas
Que un rico agricultor tiene en la Arabia,
Y las piedras que coge el Indio negro
Del rojo litoral entre las aguas.
¡Oh Musas! cantad hoy á mi Sulpicia;
Soberbio Apolo, con tu lira canta;
Goce ella muchos años esta fiesta;
De vuestro coro es digna; celebradla.



ELEGÍA III



ELEGIA III

Parce meo iuveni, seu quis bona pascua campi
  seu colis umbrosi devia montis aper;
nec tibi sit duros acuisse in proelia dentes:
  incolumem custos hunc mihi servet Amor.
Sed procul abducit venandi Delia cura:
  o pereant silvae deficiantque canes!
Quis furor est, quae mens, densos indagine colles
  claudentem teneras laedere velle manus?
Quidve iuvat furtim latebras intrare ferarum
  candidaque hamatis crura notare rubis?



ELEGÍA III

Tú, javalí, que vagas por los campos
Ó umbrosos montes, á mi amor respeta.
Tus dientes no para la lucha afiles;
Que incólume el Amor me lo devuelva.
Diana de mí lo aleja por la caza;
¡Que falten perros y las selvas mueran!
¿Qué furor de cerrar espesos bosques
Y de quererse herir las manos tiernas
Y las piernas manchar con sangre roja
Por entrar á los antros de las fieras?

Sed tamen, ut tecum liceat, Cerinthe, vagari,
ipsa ego per montes retia torta feram,
ipsa ego velocis quaeram vestigia cervi
et demam celeri ferrea vincla cani.
Tunc mihi, tunc placeant silvae, si, lux mea, tecum
arguar ante ipsas concubuisse plagas:
tunc veniat licet ad casses, inlaesus abibit,
ne Veneris cupidae gaudia turbet, aper.
Nunc sine me sit nulla Venus, sed lege Dianae,
caste puer, casta retia tange manu:
et quaecumque meo furtim subrepit amori,
incidat in saevas diripienda feras.
At tu venandi studium concede parenti,
et celer in nostros ipse recurre sinus.



¡Si contigo, ¡oh Cerinto!, al menos fuese!
Por los montes tus redes condujera,
Las huellas de los ciervos buscaría,
Y quitara á tus perros sus cadenas.
Sólo, ¡oh mi luz!, las selvas me agradaran
Si tú y yo nos amáramos en ellas.
Pasara ileso el javalí las redes
Con tal de no turbar la dicha nuestra.
Sin mí, de Venus huye; ley de Diana
Con casta mano alzar la red ordena.
Si alguien furtiva sigue al amor mío,
Que la destrocen sin piedad las fieras;
Mas tú la caza déjale á tu padre
Y en mi seno á posar ven tu cabeza.



ELEGÍA IV



ELEGIA IV

Huc ades et tenerae morbos expelle puellae,
  huc ades, intonsa Phoebe superbe coma.
Crede mihi, propera: nec te iam, Phoebe, pigebit
  formosae medicas applicuisse manus.
Effice ne macies pallentes occupet artus,
  neu notet informis pallida membra color,
et quodcumque mali est et quidquid triste timemus,
  in pelagus rapidis evehat amnis aquis.
Sancte, veni, tecumque feras, quicumque sapores,
  quicumque et cantus corpora fessa levant:



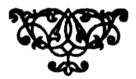
ELEGÍA IV

Ven, ¡oh Febo! el de intonsa cabellera,
Ven y tú de Sulpicia el mal disipa;
¡Oh! creeme; ven presto y no te apene
Tus manos aplicar á hermosa niña.
Impide que su cuerpo manchas tenga;
La palidez de su semblante evita,
Y que el mal y tristeza que tememos
Del río lleven á la mar las linfas.
Ven y trae los cantos y los jugos
Que dan al cuerpo enfermo nueva vida.

neu iuvenem torque, metuit qui fata puellae
votaque pro domina vix numeranda facit.
Interdum vovet, interdum, quod langueat illa,
dicit in aeternos aspera verba deos.
Pone metum, Cerinthe: deus non laedit amantes.
Tu modo semper ama: salva puella tibi est.
Nil opus est fletu: lacrimis erit aptius uti,
si quando fuerit tristior illa tibi.
At nunc tota tua est, te solum candida secum
cogitat, et frustra credula turba sedet.
Phoebe, fave: laus magna tibi tribuetur in uno
corpore servato restituisse duos.
Iam celeber, iam laetus eris, cum debita reddet
certatim sanctis laetus uterque focis.
Tunc te felicem dicet pia turba deorum,
optabunt artes et sibi quisque tuas.



No atormentes al joven que el fin teme
De su amada, y su alivio sólo ansía;
Votos hace unas veces, mas blasfema
De los dioses también, si peor la mira.
No temas; no el dios hiere á los amantes.
Tú ama siempre; salvada está tu niña.
Mas no debes llorar, deja tu llanto
Para cuando ella se te muestre esquiva.
Ahora es toda tuya y en ti piensa
Y en vano es que otros muchos la persigan.
Sé bueno y tú tendrás mis alabanzas,
Que á ella sola al salvar, salvas dos vidas.
Tú célebre serás cuando tributo
En tu altar te rindamos á porfía;
Feliz te llamarán los dioses todos
Y por tus artes les darás envidia.



ELEGÍA V



ELEGIA V

Qui mihi te, Cerinthe, dies dedit, hic mihi sanctus
 atque inter festos semper habendus erit.
Te nascente novum Parcae cecinere puellis
 servitium et dederunt regna superba tibi.
Uror ego ante alias: iuvat hoc, Cerinthe, quod uror,
 si tibi de nobis mutuus ignis adest.
Mutuus adsit amor, per te dulcissima furta
 perque tuos oculos per Geniumque rogo.
Mane Geni, cape tura libens votisque faveto,
 si modo, cum de me cogitat, ille calet.



ELEGÍA V

El día en que, ¡oh Cerinto! fuiste mío,
Será de fiesta para mí y sagrado.
Que cual yugo y señor de las mujeres
Las Parcas, al nacer, te celebraron.
Más que las otras te amo y feliz fuera
Si mutuo fuese el fuego en que me abraso;
Por tu Genio y tus ojos te lo ruego,
Sea mutuo el amor con que yo te amo.
Si él ama sólo á mí cuando en mí piensa,
Mi incienso acoge y votos, Genio santo;
Si por otras suspira, apaga entonces
El fuego infiel en que se abrase ingrato.

Quod si forte alios iam nunc suspiret amores,
  tunc precor infidos, sancte, relinque focos.
Nec tu sis iniusta, Venus: vel serviat aeque
  vinctus uterque tibi, vel mea vincla leva.
Sed potius valida teneamur uterque catena,
  nulla queat posthac nos soluisse dies.
Optat idem iuvenis quod nos, sed tectius optat:
  nam pudet haec illum dicere verba palam.
At tu, Natalis, quoniam deus omnia sentis,
  adnue: quid refert, clamne palamne roget?



Si juntos él y yo no te servimos,
¡Oh Venus! rompe de mi amor los lazos,
Aunque es mejor que unidos con cadenas,
Que nadie cortará, vivamos ambos.
Desea él más que yo cuanto yo quiero,
Mas le causa vergüenza confesarlo;
Y tú, Genio Natal, puesto que todo
Lo puedes ver dentro del pecho humano,
Accede á sus plegarias; si en secreto
Ó en público lo ruega, ¿importa acaso?



ELEGÍA VI



ELEGIA VI

Natalis Iuno, sanctos cape turis acervos,
  quos tibi dat tenera docta puella manu.
Tota tibi est hodie, tibi se laetissima compsit,
  staret ut ante tuos conspicienda focos.
Illa quidem ornandi causas tibi, diva, relegat:
  est tamen, occulte cui placuisse velit.
at tu, sancta, fave, neu quis divellat amantes,
  sed iuveni quaeso mutua vincla para.
Sic bene compones: ullae non ille puellae
  servire aut cuiquam dignior illa viro.
Nec possit cupidos vigilans deprendere custos,
  fallendique vias mille ministret Amor.



ELEGÍA VI

Juno Natal, acepta el blando incienso
Que Sulpicia te da con mano tierna.
Es tuya toda hoy, por ti se adorna
Y digna de ser vista á tu ara llega.
La causa de su adorno te atribuye,
Mas oculta agradar á alguien desea.
Sé buena; á quienes se aman no separes,
Antes dale para él mutua cadena.
Únelos así bien; porque así digno
Él de ella habrá de ser como de él ella.
¡Que el Amor de engañar les dé mil medios!
Y no fieles guardianes les sorprendan!

Adnue purpureaque veni perlucida palla:
ter tibi fit libo, ter, dea casta, mero.
Praecipit et natae mater studiosa quod optat:
illa aliud tacita, iam sua, mente rogat.
Uritur, ut celeres urunt altaria flammae,
nec liceat quamvis, sana fuisse velit.
Sis iuveni grata, ut, veniet cum proximus annus,
hic idem votis iam vetus adsit amor.



Ven, diosa; con tu clámide purpúrea
Y triple libación de vino acepta.
Su deseo una madre enseña á su hija,
Mas por otro en silencio su hija ruega;
Cual pronta llama en el altar, se abrasa
Y estar sana, aun pudiendo, no quisiera.
¡Que él la ame y al venir el próximo año
Su voto un viejo amor cumplido vea!



ELEGÍA VII



ELEGIA VII

Tandem venit amor, qualem texisse pudori
   quam nudasse alicui sit mihi fama magis.
Exorata meis illum Cytherea Camenis
   attulit in nostrum deposuitque sinum.
Exsoluit promissa Venus: mea gaudia narret,
   dicetur si quis non habuisse sua.
Non ego signatis quicquam mandare tabellis,
   ne legat id nemo quam meus ante, velim,
sed peccasse iuvat, vultus componere famae
   taedet: cum digno digna fuisse ferar.



ELEGÍA VII

Á amarme él llegó al fin; si lo contase
Más fama que callando ganaría;
Me lo trajo y lo puso en nuestro seno
Venus por mis canciones conmovida.
Venus fué fiel; quien no gozó las suyas
Se encargue de contar mis alegrías.
De temor que antes que él otro lo lea
Nada en carta cerrada le enviaría.
Mas á mí me complace haber pecado;
Y ante todos fingir no me precisa;
No me importa que digan que es mi amante,
Que él es digno de mí cual de él soy digna.

ELEGÍA VIII



ELEGIA VIII

Invisus natalis adest, qui rure molesto
   et sine Cerintho tristis agendus erit.
Dulcius urbe quid est? an villa sit apta puellae
   atque Arretino frigidus amnis agro?
Iam, nimium Messalla mei studiose, quiescas,
   neu tempestivae saepe propinque viae.
Hic animum sensusque meos abducta relinquo,
   arbitrio quamvis non sinis esse meo.





ELEGÍA VIII

Llegó el natal odioso que en el campo
Pasar ha de ser triste sin Cerinto.
¿No es mejor la ciudad que alguna aldea
Ó que el Arno en los campos Aretinos?
Quédate aquí, Mesala, si me quieres,
Aunque el viaje á emprender siempre estés listo.
Si contra mi deseo tú me llevas,
Aquí dejaré mi alma y mis sentidos.



ELEGÍA IX



ELEGIA IX

Scis iter ex animo sublatum triste puellae?
Natali Romae iam licet esse tuo.
Omnibus ille dies nobis natalis agatur,
Qui necopinanti nunc tibi forte venit.





ELEGÍA IX

¿Sabes que renunció tu niña al viaje?
Yo quiero en tu natal estar en Roma.
Sea fiesta de todos este día
Que á ti te llega sin pensarlo ahora.



ELEGÍA X



ELEGIA X

Gratum est, securus multum quod iam tibi de me
   permittis, subito ne male inepta cadam.
Sit tibi cura togae potior pressumque quasillo
   scortum quam Servi filia Sulpicia.
Solliciti sunt pro nobis, quibus illa dolori est,
   ne cedam ignoto maxima causa toro.





ELEGÍA X

Es grato que me tengas tal confianza
Y que inepta no caiga en algo malo.
Mas si en vez de Sulpicia tú prefieres
Á una esclava de toga y de canasto,
Los que sufren por ella están inquietos
De que vaya á caer en otro tálamo.



ELEGÍA XI



ELEGIA XI

Estne tibi, Cerinthe, tuae pia cura puellae,
  quod mea nunc vexat corpora fessa calor?
A, ego non aliter tristes evincere morbos
  optarim, quam te si quoque velle putem.
At mihi quid prosit morbos evincere, si tu
  nostra potes lento pectore ferre mala?





ELEGÍA XI

Cerinto, de tu amada no te curas
Cuando el cuerpo la fiebre le atormenta.
¡Ay! yo mis males dominar deseara
Si tú como yo misma lo quisieras;
Mas ¿qué me importa dominar mis males
Si tan sereno tú los sobrellevas?



ELEGÍA XII



ELEGIA XII

Ne tibi sim, mea lux, aeque iam fervida cura,
   ac videor paucos ante fuisse dies,
si quicquam tota commisi stulta iuventa,
   cuius me fatear paenituisse magis,
hesterna quam te solum quod nocte reliqui
   ardorem cupiens dissimulare meum.





ELEGÍA XII

Luz mía, igual amor ya no me tengas
Al que hace poco tiempo me tenías,
Que si en mi loca juventud hice algo
Que más me avergonzara ante mí misma,
Fué en la noche de ayer dejarte solo
Cuando mi ardor disimular quería.



ELEGÍA XIII



ELEGIA XIII

Nulla tuum nobis subducet femina lectum:
hoc primum iuncta est foedere Venus.
Tu mihi sola places, nec iam te praeter in urbe
formosa est oculis ulla puella meis.
Atque utinam posses uni mihi bella videri!
displiceas aliis: sic ego tutus ero.
Nil opus invidia est; procul absit gloria vulgi:
qui sapit, in tacito gaudeat ille sinu.
Sic ego secretis possum bene vivere silvis,
qua nulla humano sit via trita pede.
Tu mihi curarum requies, tu nocte vel atra
lumen, et in solis tu mihi turba locis.



ELEGÍA XIII

No hay mujer que me aparte de tu lecho;
Venus á ti me unió con tal promesa.
Tú sola á mí me agradas y á mis ojos,
No hay en Roma mujer cual tú tan bella.
¡Ojalá á los demás desagradaras
Y hermosa únicamente yo te viera!
Así siempre tranquilo viviría.
Fácil es que me envidien; mas no anhela
Mi alma gloria vulgar; que me ames quiero
Y en silencio gozar de tus ternezas.
¡Si en un bosque del hombre nunca hollado
Pudiese así pasar mi vida entera!

Nunc licet e caelo mittatur amica Tibullo,
mittetur frustra deficietque Venus.
Hoc tibi sancta tuae Iunonis numina iuro,
quae sola ante alios est mihi magna deos.
Quid facio demens? heu heu mea pignora cedo.
Iuravi stulte: proderat iste timor.
Nunc tu fortis eris, nunc tu me audacius ures:
hoc peperit misero garrula lingua malum.
Iam faciam quodcumque voles, tuus usque manebo,
nec fugiam notae servitium dominae;
sed Veneris sanctae considam vinctus ad aras:
haec notat iniustos supplicibusque favet.



Fueras todo mi mundo en un desierto
Luz de mi noche, alivio de mis penas.
Si otra amiga á Tibulo el cielo enviase,
Fuera vano, yo amarla no pudiera;
De Juno por el numen te lo juro;
Es la más grande ante los dioses ella.
¿Qué hago demente yo? mis prendas cedo;
Necio juré; tu miedo eficaz era.
Hoy eres fuerte tú, y yo más te amo;
Todo este mal lo ocasionó mi lengua.
Yo haré lo que tú quieras; seré tuyo;
Siempre seré el esclavo de mi dueña
É iré á Venus vencido; cruel si la huyen,
Propicia á quien la busca ella se muestra.



ELEGÍA XIV



ELEGIA XIV

Rumor ait crebro nostram peccare puellam:
nunc ego me surdis auribus esse velim.
Crimina non haec sunt nostro sine facta dolore:
quid miserum torques, rumor acerbe? tace.





ELEGÍA XIV

Que mi niña me engaña el rumor dice:
¡Ojalá mis oídos sordos fuesen!
Que no sin dolor mío el cargo arrojan.
Calla, acerbo rumor; no me atormentes.



COMENTARIOS



LIBRO I.—ELEGÍA I.

La elegía I del Libro I, que es, según la sabia clasificación de Dissen, la primera de las Delianas, es, sin duda, aquella cuyo texto ha sufrido mayores cambios y trasposiciones.

Escalígero, en su edición de 1577, inició el período de las trasposiciones aventuradas, apartándose del orden de los M. SS. y su texto fué casi invariablemente seguido en todas partes, hasta que los trabajos de Vulpio y de Heyne restablecieron el texto adoptado en la segunda Aldina de 1515.

El orden en que Escalígero colocaba la Elegía I, es el siguiente: antes de los versos 7 y 8, ponía el 9 y

el 10, y en seguida, y después del 10, los versos 29 á 32, el 35 y el 36; después del 11 al 24, luego los versos 37 al 40, y en seguida los versos 33, 34 y 41 al 50. Tras del 50, los versos 25 á 28, y del 51 al 58. En seguida, colocaba dos fragmentos de la Elegía II del Libro I, los versos 71 á 78, y 65 á 70, y después, sin alteración alguna, del verso 59 al 76.

Entre los críticos modernos, L. Müller es el único que ha propuesto nuevas trasposiciones. Müller, después del verso 6, coloca los versos 25 al 36; en seguida, del 7 al 24, y luego, del 37 al 78. Müller ha sido seguido por Baehrens en 1878.

Seu stipes habet desertus in agris seu vetus in trivio florida serta lapis.—La traducción de este pasaje contiene la explicación que de él han dado los críticos. El poeta se refiere, sin duda, á los troncos y piedras que marcaban los linderos de las propiedades, y que eran objeto de adoración en los caminos, y que representaban al dios Término, á Silvano, á Pan y á Priapo.

Ovidio, en el Libro II, verso 641 de los Fastos, habla del culto que los romanos rendían al dios Término, y de las ceremonias que se verificaban alrededor del altar, que con tal ocasión levantaban en el campo, ancianos, mujeres y niños.

Termine, sive lapis, sive es defossus in agro
Stipes, ab antiquis tu quoque numen habes.

Te duo diversi domini pro parte coronant:
Binaque serta tibi, binaque liba ferunt.

Silvano y Priapo eran también guardianes de los términos de las propiedades.

Horacio, en la Oda II, verso 21 del Libro de los Epodos, dice:

Qua muneretur te, Priape, et te, pater
Silvane, tutor finium!

Libatum agricolae ponitur ante deo.—G. Heyne, en su comentario «Albii Tibulli Carmina quae extant omnia ex recensione F. Wunderlich cum notis G. Heyne,» dice: «Declarat autem poeta se omnium fructuum *primitias* apponere.» Hinc *libatum* «praecerptum,» «et ante.»

Ante agricolae deo.—Como lo hace notar Martinon Ph., en el Comentario á su Traducción de Tibulo, página 182, está empleado el singular por el plural. Los dioses de los agricultores eran Pan, Silvano y Priapo.

Por eso Virgilio dijo en el Libro II, verso 493 de las Geórgicas:

Fortunatus et ille, deos qui novit agrestis,
Panaque, Sylvanumque senem, Nymphasque sorores!

Flava Ceres, tibi sit nostro de rure corona spicea.

—Según la Teogonía de Hesiodo, Ceres, la Demeter de los griegos, fué hija de Saturno y Rea, y hermana de Vesta y de Juno, la de las sandalias de oro. Ceres, en la Rapsodia V de la Odisea de Homero, arde de amor y se une á Jasón, y tiene como hijo á Plutón. Ceres fué la diosa de la agricultura, la que enseñó á los hombres el uso del trigo, y á quien los sicilianos debieron el cultivo del suelo y las leyes que los acostumbraron á la práctica de la justicia. Diodoro de Sicilia, en el Lib. V, Cap. IV de su Biblioteca Histórica, dice: «Después del rapto de Proserpina, no sabiendo donde encontrar á su hija, encendió sus antorchas en el cráter del Etna, y recorrió muchas comarcas de la tierra. Derramó sus beneficios sobre los hombres, y particularmente sobre aquellos que la recibieron de modo hospitalario, y les comunicó el uso del trigo. Los atenienses, que la habían acogido muy generosamente, fueron, después de los sicilianos, los primeros á quienes enseñó el uso del trigo. El pueblo, agradecido á estos beneficios, instituyó en honor de la diosa los más espléndidos sacrificios, y los célebres misterios de Eleusis.»

Pausanias, en su Descripción de la Grecia, cuenta los viajes de Céres, su comercio con Neptuno, cómo Pan la descubrió cuando recorría la Arcadia, y los templos que le fueron erigidos, y los misterios instituidos en su honor.

Ovidio, en el Libro IV, verso 401 de los Fastos,

dice también, que fué Ceres la primera que cambió el alimento del hombre.

Prima Ceres homine, ad meliora alimenta vocato
Mutavit glandes utiliore cibo.

Cuenta después el rapto de Proserpina, que tuvo lugar cuando Aretusa había convidado á un festín sagrado á la madre de los dioses, luego relata todos sus largos y penosos viajes, y el interesante episodio del viejo Celeo.

Ovidio, Fastos, Libro IV, verso 615, da una explicación de la costumbre de ofrecer á Céres coronas de espigas. Cuando Júpiter anunció á Céres que Proserpina pasaría una parte del año en el cielo, ella se puso sobre sus cabellos una guirnalda de espigas.

Tum demum vultumque Ceres animumque recepit:
Imposuitque suae spicea serta comae.

En sus fiestas, los labradores ofrecían á Ceres trigo, un poco de sal crepitante, algunos granos de incienso, y también las primicias de sus campos. Libro IV, Fastos, verso 409.

Farra Deae micaeque licet salientis honorem
Detis, et in veteres turea grana focos.

Ya en el Libro II, verso 519, había dicho también Ovidio:

Primitias Cereri farra resecta dabant.

Apuleyo, en la Metamorfosis, Libro XI, consagra á Ceres una hermosa invocación, y la llama reina del cielo y madre de las mieses.

El verso de Tibulo, recuerda lo que Horacio dijo en su Carmen secular.

Fertilis frugum pecorisque Tellus
Spicea donet Cererem corona.

Véase también Ovidio, Las Metamorfosis, Libro V, versos 341 á 343.

Ruber custos ponatur in hortis terreat ut saeva falce Priapus aves.—Priapo, como dice Pausanias, tomo V, Capítulo XXXI, era honrado en muchos lugares, mas particularmente en aquellos donde había rebaños de cabras y carneros, ó enjambres de abejas. Los habitantes de Lampsaco lo honraban más que á cualquiera otra divinidad, y lo consideraban como hijo de Baco y de Venus.

Diodoro de Sicilia, en el Libro IV, capítulo VI, cuenta la historia de Priapo, y refiere, que no sólo se le ofrecían sacrificios en las ciudades, sino también en los campos, y que se le consideraba como el guardián de los frutos de la vid, y en general de los jardines. Priapo es el *hortorum deus.*

Catulo, en las tres Odas que se le atribuyen, XVIII, XIX y XX, explica el papel que á Priapo tocaba des-

empeñar en los jardines, así como los homenajes que se le tributaban, ya coronas de flores en la Primavera, ya guirnaldas de espigas doradas en el Estío, ya uvas y pámpanos en el Otoño, ya olivas verdes en el Invierno.

En la Oda XIX, dice Catulo acerca de las obligaciones de Priapo:

> Pro queis omnia honoribus haec necesse Priapo
> Praestare, et domini hortulum, vineamque tueri.

La estatua de Priapo en los jardines, servía para espantar á los pájaros y á los ladrones, y con tal objeto le ataban cañas sobre la cabeza.

El principio de la Sátira VIII del Libro I de Horacio, hace alusión á estas costumbres.

> Deus inde ego, furum aviumque
> Maxima formido; nam fures dextra coercet,
> Obscenoque ruber porrectus ab inguine palus:
> Ast importunas volucres in vertice harundo
> Terret fixa, vetatque novis considere in hortis.

La estatua de Priapo en los jardines, era teñida de rojo; á eso se refiere el epíteto *ruber* empleado por Tibulo y por Horacio.

Ovidio hizo idéntica aplicación del epíteto *ruber*, ya tratándose de Priapo como Tibulo, ya del *palus ab inguine obsceno* como Horacio.

Describiendo Ovidio las fiestas de Baco, en el Libro I, verso 400 de los Fastos, dijo:

Quique ruber pavidas inguine terret aves,

y más adelante, verso 415, agregó:

At ruber, hortorum deus et tutela, Priapus.

Virgilio, como Tibulo, presenta á Priapo armado de su segur. En el Lib. IV de las Geórgicas, versos 110 y 111, dice Virgilio:

Et custos furum atque avium, cum falce saligna
Hellespontiaci servet tutela Priapi.

Véase también Virgilio, Égloga VII.

Fertis munera vestra Lares.—Los Lares eran los dioses tutelares del hogar y de la familia, los Genios protectores, que ya en la casa, ó ya en el campo, velaban sobre cada persona.

Había varias clases de Lares, los familiares y los viales ó compitales. Á los primeros se les llamaba así porque se les rendía culto en el hogar. Horacio y Marcial, en el Epodo II, y en el Epigrama 58 del Libro III, á la casa de campo de Faustino, han representado en el hogar á los esclavos agrupados alrededor de las estatuas de los Lares.

Como el mismo Tibulo lo enseña en la Elegía X, para tener propicios á los Lares, se les ofrecía uvas

y coronas de espigas, y los que veían cumplidos sus deseos, les llevaban tortas sagradas (Liba), y hacían que sus hijos pequeños les ofrecieran un panal de miel.

Hic placatus erat, seu quis libaverat uvam;
Seu dederat santae spicea serta comae
Atque aliquis voti compos liba ipse ferebat,
Postque comes purum filia parva favum.

Las fiestas en honor de los Lares se llamaban Larianas, y se celebraban, según dice Macrobio, en las Saturnales, Libro I, Capítulo X, el undécimo día de las calendas de Enero.

Los Lares compitales recibieron este nombre, porque se les rendía culto y se celebraban sus fiestas en las encrucijadas. Macrobio dice en el Capítulo VII del Libro I de las Saturnales, «ludosque ipsos ex viis compitorum, in quibus agitabantur, Compitalia appellitaverunt.»

Por lo que toca á la celebración de las Compitalias, fiestas en honor de los Lares compitales, hay varias opiniones. Suetonio, en la vida de Augusto, párrafo XXXI, dice, que él instituyó dos fiestas anuales. «Compitalia Lares ornari bis anno instituit, vernis floribus et aestivis.» Macrobio cita en las Saturnales, Libro I, Capítulo IV, las palabras mismas del pretor al promulgar dichas fiestas, y de ellas aparece que tenían lugar el noveno día de las calendas de Enero.

«Die noni populo romano quiritibus compitalia erunt quando concepta foverint.»

Varrón, en su Tratado de la Lengua Latina, Capítulo VI, 25, dice: como las Compitalias eran fiestas conceptivas, cada año se fijaba el día en que debían celebrarse. «Compitalia dies attributus Laribus Compitalibus; ideo ubi viae competunt tum in competis sacrificatur. Quotannis is dies concipitur.»

Esta opinión de Varrón la confirma el mismo Macrobio en el Capítulo XVI del Libro I, al hablar de la división de las fiestas en estativas, conceptivas, imperativas y nindinas, pues dice: «conceptivae sunt, quae quotannis a magistratibus vel sacerdotibus concipiuntur in dies certos, vel etiam insertos: ut sunt Latinae, Sementivae, Paganalia, Compitalia.»

Durante algún tiempo antes de Tarquino, según Macrobio (Libro I, Capítulo VII), se sacrificaban niños á Mania, madre de los Lares, pero después, por orden del Cónsul Junio Bruto, las fiestas se celebraban de otra manera, y para satisfacer al oráculo de Apolo, se ofrecían á los Lares cabezas de ajos y de adormideras.

Iam modo iam possim contentus vivere parvo.— Este verso ha sufrido muchas variaciones. La lección de los M. SS., seguida por Escalígero y por Pottier, dice: *Iam modo non possum.* Como lo hace notar Martinón, página 183, esta redacción no tiene sentido, aun poniendo *modo non modo iam possum,* y justifican su

redacción en la Nota 25 del Tomo II, á pesar de que el sentido de la frase hace preferible el subjuntivo. L. Müller, dice: *Iam mihi, iam possim*. Mauricio Haupt, página 116, *Iam modo iners possim*. Baehrens, página 3, *Dum modo iam possim*.

Ed placidam soleo spargere lacte Palem.—Pales era la diosa de los pastores y de los rebaños. Como lo dijo Petronio en el Satiricón, CVI: «Palemque pastorum gaudere manu.» Como lo enseña Ovidio, era invocada para que apartara del rebaño las malas yerbas, y alejara las enfermedades de todo género, asegurando la salud de los hombres y de los animales, y de la turba próvida de los perros vigilantes. En el Libro IV de los Fastos, versos 745 y 746, dice Ovidio:

Adde dapes mulctramque suas; dapibusque resectis,
Silvicolam tepido lacte precare Palem.

Virgilio comienza la tercera de sus Geórgicas invocando á Pales la grande. *Pales veneranda* la llama en el verso 294 del Libro III de sus Geórgicas. Véase en Calpurnio, Églogas II y V, la noticia de los sacrificios hechos en honor de Pales.

Las fiestas en honor de Pales se llamaban Palilias y se celebraban el undécimo día de las calendas de Mayo, aniversario de la fundación de Roma.

Plutarco, en la vida de Rómulo, tomo I, páginas 9

y 10, traducción de Dauban, después de precisar el día de la fundación de la Ciudad, dice: «Antes de la fundación de Roma, celebraban el mismo día una fiesta campestre, que llamaban Palilia.»

Suetonio, en la vida de Calígula, XVI, refiere que este emperador hizo que el día que tomó posesión del imperio fuese llamado Palilia, como si en ese día se hubiese fundado de nuevo la Ciudad.

Dionisio de Halicarnaso, en sus Antigüedades Romanas, Libro I, Capítulo XXI, párrafo III, llama á esta fiesta Pavilia, y no se atreve á decir si ella tenía lugar antes de la fundación de Roma, y se escogió ese día como buen augurio para fundar la Ciudad, ó si después de la fundación consagraron aquel día para honrar á los dioses propicios á los pastores. «Los labradores y los pastores, dice, hacen sacrificios para dar gracias á los dioses por la fecundidad de sus rebaños.»

Propercio, Libro V, E. IV, 73 á 78, parece indicar que las Palilias se celebraban antes de la fundación de Roma; porque dice que era día de fiesta en la ciudad cuando se comenzaron á levantar sus muros, y que tal fiesta se llamaba Palilia.

Urbi festus erat, dicere Palilia patres.
Hic primus coepit moenibus esse dies;

LIBRO I.—ELEGÍA II.

Esta elegía ha sufrido iguales ó mayores cambios y modificaciones que la primera.

El texto de Escalígero y de Broukhusio no contenía más que sesenta y cuatro versos. Los versos 67 á 72 eran los 67 á 72 de la primera elegía. Los 73 á 80 eran los 59 á 66 de la propia elegía primera. Los 81 á 100 eran los 37 á 56 de la elegía quinta del libro I.

El texto de Heyne, que es hoy el más conocido, ha sido seguido por Wunderlich, sin más diferencia que la supresión del verso 25 (véase la edición de Gottinga, 1808, pág. 8), por Haupt (edición de Leipzig, 1885), por Müller (edición de Leipzig, 1892) y por Baehrens (edición de Leipzig, 1878).

Johann Heinrich Voss (edición de Heidelberg, 1811, pág. 9), pone en lugar del verso omitido por todos los comentadores el que aparece en el M. S. del Vaticano.

Securum tenebris me facit ipsa Venus.

Adde merum.—Heyne combate con razón la opinión de Vulpio; *adde merum* no quiere decir «dadme vino;» yo he traducido «dadme más vino,» para expresar con exactitud la idea del poeta que desea embriagarse para obtener el olvido de sus nuevos dolores. Heyne cita el verso del Libro I, elegía IV de los Amores de Ovidio, para mejor inteligencia.

Dumque bibit, furtim, si potes, adde merum.

Lo que el poeta querría beber para embriagarse era vino puro; porque como dijo Macrobio, Saturnales, Libro V, Capítulo XVIII, «vino cui aqua non fuisset admixta, id est, mero.»

Cum posti florea serta darem.—Los antiguos acostumbraban adornar con flores las puertas de la casa de la amada.

Teócrito, en su Idilio II, dice: que no se sabía si Delfis estaba enamorado de un hombre ó de una mujer; pero que llenaba su copa con vino puro para beber por su amor, y que había partido para ir á adornar con guirnaldas la casa donde vivía el objeto de su amor.

Ateneo, en el Banquete de los sabios, dice acerca de esta costumbre:

«Los amantes adornan con guirnaldas y coronas las puertas de sus amadas como si fueran las puertas de un templo, ó para honrarlas más, ó porque creen más bien consagrarlas al Amor que al objeto

de sus desvelos. La persona amada es la imagen más perfecta del Amor, y para el amante su casa llega á ser el templo de este dios.»

Ovidio, en la Oda VI del Libro I de los Amores, deja en la puerta de la amada la corona que trae ceñida á su frente.

At tu, non laetis detracta corona capillis,
Dura super tota limina nocte jace.

Y en el Libro I del Remedio de Amor, 32, dijo: «Et tegat ornatus multa corona fores.»

Lucrecio habla también de esta costumbre en su poema de Rerum Natura, Lib. IV, v. 1177, y dice:

At lacrimans exclusus amator limina saepe
Floribus, et sertis operit, postisque superbos
Unguit amaracyno.

Propercio, en la Elegía XVI del Libro I, hace también alusión á esta costumbre:

Et mihi non desunt turpes pendere corollae
Semper et exclusi signa iacere faces.

Plauto nos enseña en el Curculio, Acto I, Escena I, que también los amantes regaban vino en la puerta de la amada para que la puerta fuera propicia y se abriera sin que los goznes hicieran ruido.

Fedromo dice:

> Agite, bebite festivae foreis;
> Potate, fite mihi volenteis propitiae.

Juvenal, Sátira VI, 51.

> Necte coronam
> Postibus, et densos per limina tende corymbos.

Coram nutus conferre loquaces.—Este pasaje de Tibulo, como otros muchos, ha sido imitado por Ovidio. En la Elegía IV del Libro I de los Amores, dijo:

> Me specta nutusque meos vultumque loquacem;
> Excipe furtivas, et refer ipsa notas.

En la Elegía XI del Libro III, dijo también:]

> Quid iuvenum tacitos inter convivia nutus
> Verbaque compositis dissimulata notis?

Audendum est; fortes adiuvat ipsa Venus.—El pensamiento de Tibulo ha sido repetido por Ovidio, tanto en los Fastos, como en las Metamorfosis y en el Arte de Amar.

En el Libro II de los Fastos, 781, dijo:

> Exitus in dubio est. Audebimus ultima dixit
> Viderit; audentes Forsque deusque iuvet;

En las Metamorfosis, Libro X, 588:

> Audentes deus ipse iuvat.

Y en el Arte de Amar, Canto I, 608:

Audentem Forsque Venusque iuvat.

Aquiles Estacio, en su Comentario de Tibulo, cita también á Claudiano, Panegírico del Consulado de Probino y de Olivro.

Fors iuvat audentes, prisci sententia vatis
Seu quis iuvenis nova limina temptat.

Is sanguine natam, is Venerem e rabido.—Tibulo se refiere sin duda á la Venus Afrodita, y sigue al efecto la Teogonía de Hesiodo. Saturno, según Hesiodo, puesto en emboscada, con una hoz enorme cortó á Urano los órganos genitales, y al arrojarlos al mar, brotó una blanca espuma de donde nació aquella joven que, llevada á Chipre, mereció los honores divinos, y presidir las fiestas del amor y de la voluptuosidad.

Malas Medeae dicitur herbas.—Medea es la gran maga de la antigüedad, y llena con sus encantamientos y prodigios, toda la época legendaria de la Grecia primitiva. Ella ha sido cantada por los poetas griegos y latinos, dió vida al poema de los Argonautas, atribuido á Orfeo, y asunto al poderoso genio de Eurípides, para una de las más hermosas tragedias que nos dejara la antigüedad.

Hay, sin duda, dos genealogías acerca de Medea:

la primera, la de Hesiodo; la segunda, la que refiere Diodoro de Sicilia.

Medea no es, en la Teogonía de Hesiodo, la terrible hechicera preparadora de filtros, cruel y vengativa, sino la virgen de los *pies encantadores* y de *los ojos negros*. Medea, en Hesiodo, es hija de Eétes, hijo del sol y de Ydya, hija del Océano. Jasón se la roba en su ligero navío, para hacer de ella su esposa encantadora. Según Diodoro de Sicilia, Medea es hija de Eétes y de Hécate, y es ésta la que la consagra al estudio de los venenos, la que le descubre diversas especies de raíces y sus increíbles propiedades.

Diodoro de Sicilia, refiere todo el episodio relativo al vellocino de oro, en el cual las hierbas de Medea sirvieron á Jasón para apoderarse de él, así como la transformación que ella tuvo qûe sufrir para penetrar al palacio de Pelias. Era tal el arte de Medea, que pudo ponerse blancos los cabellos untándose ciertas substancias, y mudar su rostro y su cuerpo, á fin de parecer una vieja. Por medio de ciertos medicamentos, hizo aparecer dragones que la diosa había transportado de los países hiperbóreos.

El episodio más terrible de la vida de Medea, el que explotaron Eurípides y Séneca en la antigüedad, y después Corneille y Legouvé, es el de sus celos, cuando Jasón la abandonó para casarse con Creusa ó Glauca, la hija de Creón.

Diodoro de Sicilia refiere que, habiéndose cambiado Medea el rostro por medio de drogas, entró durante la noche al palacio de Creón, y lo incendió por medio de una raíz que había sido descubierta por Circe, y que tenía la propiedad de no apagarse sino muy difícilmente cuando había sido encendida. Según algunos historiadores, los hijos de Medea llevaron á Creusa, presentes untados con filtros, y ésta, al ponérselos, murió, sufriendo igual suerte su padre al venir á su socorro.

Pausanias, en su Descripción de la Grecia, confirma esta última versión, y asegura haber visto la tumba de los hijos de Medea, muertos á pedradas, por haber llevado los presentes enviados á la hija de Creón.

En la tragedia de Eurípides, Medea ofrece á Egeo que tendrá sucesión, porque tiene al efecto filtros maravillosos, y son sus hijos los que llevan á Glauca el velo sutil hecho de un finísimo tejido, y la corona de oro, adornos que el Sol había dado á su posteridad.

Según Píndaro, en la Pítica IV, Medea preparó á Jasón, con aceite y jugos preciosos, un bálsamo saludable cuya virtud lo hacía invulnerable para el dolor. Jasón, debido á este bálsamo, pudo domar los toros que arrojaban fuego, y á lo cual debió apoderarse del vellocino de oro.

En la Medea de Séneca el trágico, más que en la

de Eurípides, se ve á la hechicera que fía su venganza, más que á la acción de los dioses, á los filtros preparados por ella. No es el velo y la corona lo que envía á Glauca, sino un vestido talar *(palla)*, y un collar *(monile)*, y no producen al ser tocados la muerte, sino el incendio de Creusa, de su padre, y aun del palacio todo. La escena del acto IV, en que Medea invoca á todos los dioses infernales, da una idea del poder mágico de aquella hechicera que detenía el curso del Sol, que hacía caer la lluvia de un cielo desprovisto de nubes, y encerraba en sus grutas, vencidas las ondas del Océano.

Horacio, en el III de los Epodos, dice: que Medea untó á Jasón con ajos para domar los toros, y que con ajos estaban impregnados los presentes enviados á Creusa.

Ut Argonautas praeter omnes candidum
Medea mirata est ducem,
Ignota tauris illigaturum iuga,
Perunxit hoc Iasonem;
Hoc delibutis ulta donis pellicem,
Serpente fugit alite.

En el Epodo V, vuelve Horacio á referirse á este episodio de la vida de Medea, y entonces ella ve arder á la hija de Creón.

Cur dira barbarae minus
  Venena Medeae valent
Quibus superbam fugit ulta pellicem
  Magni Creontis filiam,
Cum palla, tabo munus imbutum, novam
  Incendio nuptam abstulit?

Ningún escritor de la antigüedad ha presentado de la maga Medea, un cuadro tan completo como Ovidio en el Libro VII de sus Metamorfosis.

La preparación del filtro para devolver la juventud al padre de Jasón, es uno de los más hermosos episodios que acerca de la magia se registran, y que pueden darnos una idea de sus misteriosas ceremonias.

Plinio, en el Libro II, capítulo CV de su Historia Natural, dice que fué con nafta con lo que Medea quemó á su rival. Diodoro de Sicilia atribuye á la madre de Medea el descubrimiento del acónito. (Biblioteca Histórica, Libro IV).

Feros Hecates perdomuisse canes.—Hécate es la madre é institutriz de Medea, porque ella fué quien le enseñó á preparar los filtros y á conocer las hierbas más á propósito para los encantamientos. Hécate era la maestra de la magia, y la diosa del mundo subterráneo.

Era la diosa triforme, Luna en el cielo, Diana en la tierra y Hécate en los infiernos. La llamaron así, Virgilio, en la Eneida, Libro IV, verso 511; Horacio,

Oda XXII, Libro III; Ovidio, en las Metamorfosis, Libro VII, verso 94, y Séneca, en la escena I del Acto I de Medea.

A Hécate se inmolaban los perros, tal vez porque la diosa de los infiernos hacía desaparecer los espectros y las almas de los muertos, cuando ladraban los perros.

Teócrito, en el Idilio II, dice que hasta los perros temían á la terrible Hécate, cuando la veían pasar entre las tumbas de los muertos.

Séneca, en su tragedia el Edipo, Acto III, verso 569, dijo:

Latravit Hecates turba.

En Medea, Acto IV, versos 840 y 841, dijo también:

ter latratus
Audax Hecate dedit.

Valerio Flaco, en sus Argonáuticas, Libro VI, versos 112y 113, dijo:

Latratuque cohors, quanto sonat horrida Ditis
Ianua, vel superas Hecates comitatus ad auras.

Véase también Horacio, Sátira VIII, Libro I, versos 33 y 35.

Hesiodo, en su Teogonía, hace de Hécate la preferida de Júpiter entre todas las diosas, y es á quien se invoca en todos los sacrificios expiatorios.

Ter cane, ter dictis despue carminibus.—En la misma Elegía, Tibulo dice: «*Despuit in molles et sibi quisque sinus.*»

La saliva fué entre los antiguos, utilísimo medicamento, y el escupir, en determinadas circunstancias, ó cierto número de veces, libraba al hombre, ya de algunas enfermedades, ó ya de malos presagios.

Plinio, en el número VII del Libro XXVIII de su Historia Natural, refiere las virtudes medicinales de la saliva. Untada tras de las orejas con el dedo, dulcifica las inquietudes del alma; sobre los párpados, disipa las hinchazones, y sobre los costados derecho ó izquierdo, cura los dolores.

Pero es costumbre para conjurar el mal, escupir tres veces, á fin de ayudar al medicamento. Á la llegada de un extranjero, ó si alguien veía á un niño dormido, la nodriza debía escupir tres veces.

Plinio dice, que los números impares tenían para todo mayor virtud, y Servio asegura, que dichos números eran gratos á los dioses; porque Virgilio había dicho: Égloga VIII, *Numero deus impare gaudet.* Por eso César, para evitar accidentes en sus viajes, acostumbraba repetir tres veces una fórmula especial, al sentarse en el carruaje.

Escupiendo en el seno, se pedía á los dioses que nos librasen de temerarias esperanzas.

Invitar á alguno á escupir, equivalía á anunciarle una desgracia. Así lo dice Plauto en la escena I

del Acto I de la Asinaria, Diálogo entre Demeneto y Libano.

Dem. Cave sis malam rem. *Lib.* uxoris dieo non tuam.

Concidit at magicos hostia pulla deos.—En las ceremonias de este género, cuando se hacían sacrificios á los dioses infernales, era costumbre inmolar víctimas negras. Por eso Tibulo dice: «hostia pulla.»

Horacio, en la Sátira VIII del Libro I, cuando pinta á Canidia con la mayor de las Saganas, se expresa en estos términos:

Scalpere terram
Unguibus et pullam divellere mordicus agnam
Coeperunt.

En la Eneida, Libro VI, verso 249, Eneas sacrifica á la Noche y á la Tierra un cordero negro. Virgilio dijo:

Ipse atri velleris agnam
Aeneas matri Eumenidum magnaeque sorori
Ense ferit.

Ligdamo, en la Elegía V del Libro I de las Seudotibulianas, sacrifica á los dioses infernales ovejas negras.

Interea nigras pecudes promittite Diti.

Macrobio, en las Saturnales, Capítulo XII del Libro III, dice: que era costumbre, antes de emprender

cualquiera cosa, hacer un sacrificio á los dioses propicios y á los adversos; á los primeros, se ofrecía una oveja blanca, y á los otros negra.

Por eso, dice, se ofrece *Nigram hiemi pecudem, Zephyris felicibus albam.*

Valerio Máximo, Libro II, Capítulo IV, al hablar del origen de los Juegos Seculares, habla de las víctimas negras sacrificadas á Plutón y Proserpina, «*hostias nigras* quae antiquitus furvae dicebantur.»

Censorino, De die Natali, Capítulo XVII, citando á Varrón, de Scenicis originibus; Acrón, el escoliasta de Horacio, oda 8, Libro III, dijo: «Superis aptior erat alba victima nam dis infernalibus semper nigra offerri debet.»

LIBRO I.—ELEGÍA III.

Esta Elegía, la segunda de las Delianas, según la clasificación de Dissen, ha escapado á los cambios y trasposiciones aventurados que han hecho los comentadores de Tibulo.

Algunos de sus versos han sufrido, sin embargo, modificaciones, debido á las lagunas que se notan en los M. SS.

El verso 4, «Abstineas avidas mors *precor atra* manus,» tiene la redacción hoy más aceptada; pero en vez de *precor atra,* Bernardino Cileno, dijo: «*violenta,*» y Muret y Escalígero, *modo nigra.* Esta última versión es, según Postgate, la de los mejores manuscritos.

En el verso 12, Muret propuso: «Rettulit et trines» en vez de «Rettulit et triviis.» Esta lección fué seguida por Broukhusio.

Las otras variantes de los M. SS., y las indicadas por Haupt y por Müller, son de escasa importancia.

Ignotis aegrum Phaeacia terris.—Las tierras de Feacia donde Tíbulo cayó enfermo, son las costas de la isla de Corfú.

Illa sacras pueri sortes ter sustulit.—Los niños en las calles echaban suertes que ellos se encargaban de interpretar. Generalmente estas suertes se echaban en el Circo Máximo y en el Foro. Cicerón, en su obra De Divinatione, Libro II, párrafo XLI, dice que las suertes se asemejaban al juego de los dados. Un niño los tomaba con la mano, los mezclaba, y á una señal de la Fortuna los tiraba, para interpretar la suerte. Agrega Cicerón que, según los anales Prenestinos, Numerio Sufucio recibió en sueños el mandato de partir una piedra en dos pedazos, y que al cumplirlo,

de la piedra rota salieron las suertes grabadas en roble con caracteres antiguos.

Cicerón asegura que este sistema de adivinación había caído en desuso, y que, con excepción del vulgo, nadie le daba crédito.

Ovidio, en las Metamorfosis, Libro XV, verso 435, dijo:

Sic dicere vates,
Faticinasque ferunt sortes.

Reddereque antiquo menstrua tura Lari.—A los Lares se les ofrecía siempre flores é incienso; las flores, como dice Aquiles Estacio, dos veces al año, y el incienso una vez al mes.

Cuando en el Prólogo de El Avaro de Plauto, el dios Lar quiere dar una ida del culto excesivo que se le rinde, dice:

Ea mihi cotidie
Aut ture, aut vino, aut aliqui semper subplicat
Dat mihi coronas.

En la misma Comedia, el anciano Euclión refiere, que para hacer al dios propicio al matrimonio de su hija, ha comprado un grano de incienso y coronas de flores para ofrecérselos.

Nunc thusculum emi et hasce coronas floreas
Haec imponentur in foco nostro Lari.

Calides, en los Tres Escudos de Plauto, dice á su mujer:

Larem corona nostrum deco rari volo.

Horacio, en la Oda XXII del Libro III, recuerda esta costumbre cuando dice:

Si thure placaris, et horea
Fruge Lares avidaque porca.

At celerata iacet sedes in nocte profunda.—La hermosa descripción que Tibulo hace del Tártaro, está tomada de la Rapsodia XI de la Odisea de Homero. Allí se ve á Minos, hijo de Zeus, juzgando á los muertos, sentado, con su cetro de oro en la mano; á Ticio, hijo de Gaya, extendido en la tierra, ocupando una extensión de nueve yugadas; á Tántalo, de pie en un lago cuyas aguas le bañan la barba; á Sísifo, subiendo á la cumbre de la montaña su roca inmensa, y el perro Cerbero arrastrado por Heracles fuera de las mansiones infernales.

En el Libro IV de las Metamorfosis, Ovidio hace una descripción bellísima. Juno, al entrar, ve á Cerbero que levanta su triple cabeza y llama á las tres hijas de la Noche, que se entretienen en peinar sus cabellos erizados de serpientes. Y allí están Ticio y Tántalo, y Sísifo é Ixión girando sobre su rueda, y las descendientes de Belo, las Danaidas, llenando su tonel.

Virgilio presenta también un interesante cuadro en las Geórgicas, Libro IV, cuando Orfeo penetra en la selva negra. Callan entonces pasmadas ante su mágico acento las Euménides, deja de ladrar Cerbero y se detiene la movediza rueda de Ixión.

En la Silva III del Libro V, Estacio, aunque brevemente, reproduce el mismo cuadro de Virgilio.

Tisiphoneque impexa feros pro crinibus angues. —Tisífone era una de las tres Furias, compañera de Meguera y de Alecto. Era ella la que á las puertas del infierno estaba encargada de castigar á los culpables, y la que aparecía ante sus ojos llenos de asombro, pálida, vistiendo ropas ensangrentadas.

Ovidio, Metamorfosis, Libro IV, 480, hace de Tisífone la más exacta pintura.

Tisiphone madefactam sanguine sumit
Importuna facem; fluidoque cruore rubentem
Induitur pallam; tortoque incingitur angue;

Virgilio, en la Geórgica IV, 482, al describir á las Euménides, dice:

Caeruleosque implexae crinibus anguis
Eumenides;

y en la Eneida, Libro VI, 555, nos la hace ver á las puertas del Tártaro.

Tisiphoneque sedens, palla succinta cruenta,
Vestibulum exsomnis servat noctesque diesque.

Huschke, recuerda en su Comentario el Epodo V de Horacio, en el cual, hablando de Canidia, la representa como á una de las Furias.

Canidia brevibus implicata viperis
Crines et incomptum caput.

Tum niger in porta serpentum Cerborus ore stridet.—Cerbero es el fruto de los amores del gigante Tifón y de Equidna, la ninfa de los ojos negros, como la llama Hesiodo, y fué consagrado á la custodia del imperio de Plutón.

Cerbero, según Hesiodo, es el monstruo de cincuenta cabezas; pero según Horacio, Oda XIII, Libro II, tiene cien cabezas *(bellua centiceps)*. Virgilio y Ovidio no le atribuyen más que tres. (Eneida, Libro VI, y en las Metamorfosis, Libro IV). Ovidio dijo: «Tria cerberus extulit ora.»

Horacio, en la Oda IX del Libro III, pinta á Cerbero con la cabeza erizada por las cien serpientes de las Furias, y arrojando por su triple boca un negro aliento.

Virgilio lo describe en la Eneida, Libro IV, 417, recostado en el fondo de su antro, con las serpientes enredadas en el cuello, y devorando el pastel soporífero que habrá de adormecerlo para dejar á Eneas libre el paso.

El pastel á que se refiere Virgilio, era una ofren-

da funeral que se supone que era ofrecida á Cerbero para aplacar su ferocidad.

Dissen, comentando á Tibulo, cree que ese pastel se ofrecía á los perros que acompañaban á Hécate.

Virgilio, en la Eneida ha imitado el pasaje de Jasón, y el dragón de Cólchida, según la opinión de Heyne.

Illic Iunonem tentare Ixionis aussi.—Ixión, hijo de la ninfa Melita y de Júpiter, fué rey de los Lapitas y padre de Piritoo y de los Centauros. Por haber arrojado á su suegro á un brasero encendido, fué perseguido, y sólo Júpiter le ofreció asilo y protección en el Olimpo. Ixión no dió muestras de gratitud á Júpiter; enamoró á Juno, y en castigo fué arrojado al Tártaro, y unido á una rueda que gira sin cesar.

Píndaro, en la Oda II de las Piticas, refiere toda la historia de Ixión. Según Píndaro, Ixión, girando en su rueda, enseña á los mortales que deben agradecer los beneficios recibidos.

Virgilio, Geórgicas, Libro III, 38, es el único poeta que habla de serpientes, al referirse al castigo de Ixión. Dice:

tortosque Ixionis anguis
Immanemque rotam et non exsuperabile saxum.

Es de notar también que, además del castigo de la rueda, le impone Virgilio el suplicio de Sísifo.

Porrectusque novem Tityos per iugera terrae.

—Según la Odisea de Homero, Ticio es un gigante, hijo de la Tierra, que cubría con su cuerpo una extensión de nueve yugadas. Ticio pretendió violar á Latona, madre de Apolo y Diana, y éstos lo mataron con sus flechas, y lo arrojaron al Tártaro. Allí, los buitres le desgarraron las entrañas, sin que pudiera librarse de tan terrible suplicio.

Lucrecio, de Rerum Natura, Libro III, 992, habla del tormento de Ticio, y como parece condenado á dar alimento á los buitres durante toda la eternidad, dice: que no es posible que por grande que sea su cuerpo, y aunque cubra toda la tierra, pueda dar pasto á los buitres, y soportar tan cruel dolor. Los sufrimientos de Ticio en Lucrecio, son la representación simbólica de la pasión no satisfecha.

Sed Tityos nobis hic est, in amore iacentem
Quem volucres lacerant atque exest anxius angor
Aut alia quavis scindunt cuppedine curae.

Virgilio, en el Libro VI, 595 de la Eneida, reproduce el cuadro de Homero; pero, sin duda, tuvo presente la objeción de Lucrecio cuando dice que el hígado de Ticio será imperecedero.

Horacio, en la Oda XIV del Libro II, y en la XII del Libro III, habla de Ticio, sin hacer referencia al tormento á que está sujeto.

Ovidio, en las Metamorfosis, Libro IV, 456, lo caracteriza en dos versos.

Viscera praebebat Tityos lanianda; novemque
Iugeribus distentus erat:

Estrabón dice, que Ticio fué un tirano de la Fócida, que se atrajo el odio de sus gobernados por sus violencias.

Tantalus est illic; et circum stagna.—Tántalo, padre de Pélope y de Niobe, fué, según dicen, hijo de Júpiter y de Plota.

Acerca del suplicio impuesto á Tántalo, Luciano, en sus Diálogos de los Dioses Marinos, Diálogo XVII, dice:

Menipo.—¿Tántalo, por qué lloras y te lamentas de pie, cerca de ese lago?

Tántalo.—¡Ah, Menipo! me muero de sed.

Menipo.—¿Eres tan perezoso que no te bajas para beber, ó no recoges agua con el hueco de tu mano?

Tántalo.—En vano me bajaría; el agua huye de mí desde que siente que me aproximo á ella. Si por casualidad la recojo en mi mano y me la llevo á la boca, antes de que pueda humedecer mis labios, no sé cómo pasa entre mis dedos, y mi mano queda seca.

Píndaro, en la Oda I de las Olímpicas, dice: que fué otro el castigo impuesto á Tántalo por Júpiter. Según él, el padre de los dioses suspendió sobre su cabeza una roca enorme, y él, en vano se esfuerza por evitar el peligro que le amenaza.

Luciano cree, que el castigo que Tántalo sufre, le

fué impuesto por haber perdido el perro que Júpiter confió en Creta á su cuidado.

Píndaro dice, que Tántalo robó á los dioses el néctar y la ambrosía, con objeto de hacérselos conocer á los mortales, y que por eso fué castigado.

La fábula cuenta, que Tántalo sirvió á los dioses los miembros de su hijo Pélope en terrible banquete, y que cuando una de las Parcas quiso formar de nuevo el cuerpo del joven, Ceres ya había devorado uno de sus hombros, el cual fué necesario hacerle de marfil.

Los poetas latinos han seguido á Homero sin discrepancia, y siempre lo han representado cerca de un lago, sufriendo sed intensísima y sin poderla satisfacer, porque el agua huye de sus labios apenas los acerca á ella. Homero agrega todavía, que los árboles colgaban sobre su cabeza sus mejores frutos, peras, granadas, naranjas, higos y olivas verdes, y que cada vez que el anciano elevaba las manos para cogerlos, el viento los levantaba hasta las nubes.

Et Danai proles, Veneris quod lumina laesit.— Las Danaidas son las cincuenta hijas de Danao, rey de Argos, las cuales, por orden de su padre, dieron muerte á sus maridos después del banquete de nupcias, con excepción de Hipermenestra, que favoreció la fuga de su esposo Linceo. Las Danaidas fueron precipitadas al Tártaro, y condenadas á llenar un tonel sin fondo. La historia de Danao y de sus hijas, y

el episodio de Hipermenestra, se lee en Pausanias. Descripción de la Grecia, tomo I, capítulos XVI á XIX.

Horacio, en la Oda XIV del Libro II, hace aparecer en el reino de Plutón á la raza infame de Danao, *Danai genus infame;* pero en la Oda XI del Libro III, refiere toda la historia del crimen de las Danaidas, y los esfuerzos de Hipermenestra, ***una de multis,*** para salvar á Linceo.

Horacio, hablando de los castigos que sufren, dice:

Audiat Lide scelus atque notas
Virginum poenas, et inane lymphae
Dolium fundo pereuntis imo
Seraque fata
Quae manent culpas etiam sub orco.

Ovidio, en las Metamorfosis, llama á las Danaidas las hijas de Belo.

Adsidue repetunt, quas pérdant, Belides undas.

Aurora nitentem Luciferum roseis candida portet equis.—Esta hermosa imagen de Tibulo, ha sido imitada por Ovidio en los Amores. Aquiles Estacio, cita los siguientes versos:

Hunc Aurora diem spectacula tanta ferentem
Qua primum croceis candida portet equis.

Virgilio, en la Eneida, Libro VI, verso 535, dijo:

Hac vice sermonum roseis Aurora quadrigis.

LIBRO I.—ELEGÍA IV

Á pesar de que la Elegía IV ha sido la menos expuesta á trasposiciones, no por eso ha dejado de sufrirlas.

Los consejos que Priapo da al poeta, ocasionan que algunos comentadores crean preferible exponerlos en un orden determinado, más bien que en otro. El texto de Vulpio y Heyne, que no es otro que el de Bernardino Cileno, y el de la segunda Aldina, da lugar á que Martinón diga, «seguramente hay algún desorden en esta Elegía.»

Para corregir ese desorden, Escalígero puso los versos 9 á 14 después del 74.

Ritschl, en 1866, introdujo trasposiciones más arbitrarias, sin aceptar la de Escalígero. El orden que Ritschl da á la Elegía, es el siguiente: 1 á 14, 39 á 56, 71 á 72, 21 á 26, 15 á 20, 27 á 38, 73 á 84 y 57 á 70.

Baehrens, propuso otro orden distinto, á saber: 1 á 20, 27 á 56, 21 á 26, 71 á 76, 57 á 70, 77 á 84.

Sic umbrosa tibi contingant tecta, Priape.—En el comentario de la Elegía I de este Libro, hemos hablado de Priapo, hijo de Venus y de Baco, *Bacchi rustica proles,* como le llama Tibulo.

Pero Priapo no es únicamente el *hortorum deus,* á quien se colocaba bajo los árboles frondosos de los jardines y de los huertos, para librar su cabeza del sol y de la nieve, sino el dios de los placeres sensuales, á quien caracteriza el *obscenoque ruber porrectus ab inguine palus,* de que habla Horacio, cuando en la Sátira VIII se encarga el mismo Priapo de explicar la labor que le corresponde desempeñar como *furum aviumque maxima formido.* Esto explica los consejos que Priapo estaba en aptitud de dar á Tibulo, para que se los transmitiera á su amigo Ticio.

Perque suas impune sinet Dictynna sagittas.—Dictinna era uno de los nombres de Diana. Ovidio la llama así en las Metamorfosis, Libro II, 441, y Libro V, 619, y en los Fastos, Libro VI, 755.

Estacio, en el Libro IX de la Tebaida, 632, le da el mismo nombre, y dice: «Per te, maternos, mitis Dictynna dolores.»

Lutacio explica este nombre de Diana, de la siguiente manera: «Dictynna ob id dicta Dictynna Diana: Brito Martis filia, virgo Cretensis Dianae retibas piscatorum, quae Graece διχτυον nominantur, a quibus huius corpus inventum extractum est: Insula tamen Creta pestilentia laboravit, quam evadere pe-

nitus nequivisset, nisi templum Dianae instituissent, eamque Dictynnam vocassent a retibus.»

Crines perque Minerva suos.—Para tener una idea del orgullo que ponía Minerva en la hermosura de su cabellera, basta el episodio de Medusa, que Servio refiere en su comentario á la Eneida, Libro VI, 289. (Commentarii in Virgilium Serviani sive Commentarii in Virgilium qui Mauro Servio Honorato tribuuntur, página 374). Cuenta Servio, que Medusa se atrevió á comparar sus cabellos con los de Minerva, y que la diosa la castigó convirtiéndoselos en serpientes.

Qui prior Eleo est carcere missus equus.—Tibulo hace alusión en este verso, á los juegos olímpicos que se verificaban en Olimpia ó Pisa, ciudad de la Elide, que era una provincia del Peloponeso. Servio, en su comentario á Virgilio, dice: «Elis erat civitas Arcadiae, in qua agebatur curule certamen.»

Respecto al origen de los juegos olímpicos, puede consultarse á Diodoro de Sicilia, Biblioteca Histórica, y á Pausanias, Descripción de la Grecia.

Serpens novus exuit annos.—Es muy conocida la peculiaridad de las serpientes á que hace referencia el poeta en su hermosa metáfora.

Plinio, en el Libro XXX de la Historia Natural, dijo á este respecto: «Vanum arbitror esse, circa Canis ortum angues candidos membranam eam exuere, quoniam nec in Italia visum est, multoque minus credibile in tepidis regionibus tam sero exui.»

En la Edición de Tibulo, de Simón Abbes Gabema, de 1659, página 239, se reproducen á este respecto las opiniones de Isidoro, Libro XII, Capítulo IV, y Lutacio, Libro IV, según las cuales, las serpientes volvían á la juventud cada vez que mudaban su piel.

Ovidio, en su Arte de Amar, Libro III, 77 y 78, emplea la misma imagen, hablando á la vez de las serpientes y de los ciervos.

Anguibus exuitur tenui cum pelle vetustas
Nec faciunt cervos cornua iacta senes.

Lucrecio compara el alma al dejar su cuerpo, esto es, su vestido, con las serpientes, Libro III, 614.

Sed magis ire foras vestemque relinquere, ut anguis.

Solis aeterna est Phoebo Bacchoque iuventas.—Apolo y Baco eran eternamente jóvenes, y sus intonsos cabellos eran la señal inequívoca de su juventud.

Ovidio, en las Metamorfosis, Libro IV, 17, dijo refiriéndose á Baco.

tibi enim inconsumpta iuventas;
Tu puer aeternus, tu formosissimus alto
Conspiceris caelo.

Marcial, en el Epigrama 45 del Libro IV, cuando Partenio pide á Febo oiga sus votos en favor de su hijo Burro, y con tal objeto le lleva sus presentes, expresa el deseo de que la cabellera de Baco no sea más

larga que la de Febo, y resplandezca como una flor eterna, es decir, que eterna sea su juventud.

Perpetuo sic flore mices; sic denique non sint
Tam longae Bromio, quam tibi, Phoebe, comae.

Infelix urgeat ossa lapis.—Heyne dice, que esta expresión corresponde á la que muy frecuentemente se emplea en sentido contrario, «*sit tibi terra levis.*»

Carmine purpurea est Nisi coma.—Pausanias, en su Descripción de la Grecia, Capítulo XIX, cuenta de la siguiente manera la leyenda de los purpúreos cabellos de Niso: «Según la tradición, este Niso tenía cabellos color de púrpura, y el destino había decidido, que había de morir tan pronto como se los cortasen. Los Cretenses, llegados á Megara, tomaron inmediatamente todas las ciudades y sitiaron á Nisea, donde Niso se había refugiado. La hija de Niso, enamorada de Minos, le cortó los cabellos á su padre.» He ahí lo que se cuenta.

Ovidio, en el Libro VIII de las Metamorfosis, refiere también la historia de Niso y de su hija Scila. Niso tiene un cabello color de púrpura, y la hija se lo corta para asegurar el triunfo de Minos. Mas éste, indignado, la rechaza, y abandona el sitio de Nisea para volverse á Creta, antes que consentir en aprovecharse del fruto de una traición.

Véase el poema Ciris atribuido á Virgilio, consagrado á narrar la leyenda de Niso y Scila.

Ex humero Pelopis non nituisset ebur.—En el co-

mentario á la Elegía III, al hablar de la leyenda de Tántalo, referimos que la fábula cuenta, que él sirvió á los dioses en terrible banquete los miembros de su hijo Pélope, y que por haber devorado Ceres el hombro del joven, las Parcas, al formar de nuevo su cuerpo, se lo hicieron de marfil. Píndaro se niega á dar crédito á esta fábula, en la Oda I de las Olímpicas.

Ovidio, en las Metamorfosis, Libro VI, 5, hace que Pélope, al desgarrar sus vestiduras, descubra su hombro izquierdo de marfil, y explica, con tal motivo, cómo los dioses le restituyeron la parte del cuerpo devorada por Ceres.

Idaeae currus ille sequatur Opis.—Opis es uno de los nombres de la Cibeles de los Frigios, ó de la Rea de los Griegos, llamada también por Catulo la magna Dea, ó la diosa de Dindimo. Cibeles fué madre de tres hijos, Júpiter, Plutón y Neptuno, y de tres hijas, Juno, Vesta y Ceres, según la Teogonía de Hesiodo.

El culto de Cibeles no pertenece á la religión primitiva de la Grecia. Él apareció en la Frigia, y era en el monte Ida donde se adoraba á la diosa. Teleste de Silenunto, citado por Ateneo en el Banquete de los Sabios, Libro XIV, dice: que fueron los compañeros de Pélope los primeros que hicieron oír en las comidas de los Griegos, la música frigia de Cibeles.

Cibeles era representada como una mujer de rostro severo, de actitud majestuosa, con una corona en la cabeza, de la cual colgaba un largo velo que envol-

vía sus espaldas. Siempre se la veía acompañada de dos leones, que eran los que tiraban de su carro. El atambor frigio, del cual se le consideraba inventora, la berecintia trompa, y flores y frutos, eran los atributos de la diosa.

El culto de Cibeles se había generalizado mucho en todas las comarcas vecinas de la Frigia, debido al santuario que en su honor se había levantado. Estrabón, en el Libro X, dice: «Los Berecintos, tribu de la Frigia, y en general todos los pueblos de la Frigia, como los de la Troada, que habitan en los alrededores del monte Ida, tributan á Rea un culto, en el cual la orgía aparece como elemento principal.»

Las ceremonias del culto eran imponentes; pero el culto era orgiástico. «Sus sacerdotes, llamados «Galas,» se entregaban, al cantar las alabanzas de la diosa, á danzas frenéticas; al són de los címbalos, de la flauta y del tambor, creían imitar á la diosa, quien, según la leyenda, había bailado de igual manera, adornada la cabeza con el peinado que habían adoptado sus sacerdotes. Los galas blandían entonces espadas, agitaban escudos, y en un exceso de furor ficticio, llegaban hasta cortarse los órganos genitales.» Maury, Histoire des religions de la Grèce Antique.

Catulo, en su hermosísimo poema Atis, nos ha dejado un cuadro completo de las costumbres de aquella época, y de las ceremonias del culto de la diosa, y la leyenda de aquel joven pastor que, víctima de un

furioso delirio, sacrifica su virilidad á Cibeles para poder conservar su castidad.

Atis es un pastor de la Frigia, hijo de Nana, hija á su vez del río Sangaris. Cibeles se enamora de él, lo escoge para su sacerdote á condición de que había de guardar una pureza eterna, y al conocer sus infidelidades, le sugiere el delirio que le obliga á mutilarse. Atis, en el poema de Catulo, cruza los mares, llega á la Frigia, penetra en los bosques, y con un pedernal se mutila. Se entrega entonces á las danzas frenéticas que dirigen los sacerdotes de la diosa, toma con sus níveas manos el tambor y la trompa, y seguido por la errante grey de Dindimena, encamina sus pasos al templo de la diosa. Allí los sorprende á todos el sueño, y cansados de vagar, se entregan á un reposo muelle. Mas Atis despierta, y al ver perdido su sexo varonil, se lamenta y se dirige con voz triste á la patria ausente. Llegan los lamentos de Atis á los oídos de los dioses, y entonces Cibeles, desunciendo al león que tiene á su izquierda, lo envía á castigar á aquél que, lleno de audacia, se atreve á resistir su imimperio. Atis ve llegar al león y huye á las selvas de la Frigia, donde por siempre se consagra al servicio de la diosa.

El culto de Cibeles penetró en Roma poco á poco; pero al fin fué reconocido durante la segunda guerra púnica. Sin embargo, estaba prohibido á los romanos de nacimiento, tomar parte en las ceremonias del cul-

to. Mas tarde fué penetrando en las costumbres, y acabó por identificarse con los orígenes legendarios del pueblo de Roma. Por eso Virgilio, en el Libro IX de la Eneida, 77 á 120, hace que Cibeles, *ipsa Berecyntia,* se dirija á Júpiter para que calme sus ansias, y la flota de Eneas no sea dispersada por los vientos.

Et tercentenas erroribus expleat urbes.—Yo he traducido «Mil ciudades recorra,» porque «*tercentenas*» representa un número indeterminado, que en español expresamos con el número mil.

Catulo, en la Oda XI, Ad Furium et Aurelium, dice:

Cum suis vivat, valeatque moechis
Quos simul complexa tenet trecentos.

En la Oda XII contra Asinio, volvió á decir:

Quare aut hendecasyllabos trecentos
Exspecta.

Horacio usa la misma expresión en la Sátira V del Libro I.

Trecentos inseris: ohe
Iam satis est!

Los poetas latinos se valían también de la expresión *milibus trecentis,* para referirse á un número indeterminado ó indefinido. Catulo empleó en la Oda

IX á Veranio, «*milibus trecentis*» hablando de los amigos y «*millia trecenta*» en la Oda XLIX á Juvencio, tratando de los besos. Horacio hizo uso de las palabras *tercentum milibus,* en la Sátira III del Libro II.

LIBRO I.—ELEGIA V.

Esta Elegía ha corrido la misma suerte que la Elegía II de este Libro; porque parte de su antiguo texto se considera hoy como perteneciente á la Elegía II.

En efecto, en el texto de Escalígero, todo el final de la Elegía V, á partir del verso 37, está formado de los versos 81 á 100 de la Elegía II, según Heyne.

Forma en la actualidad el final de la Elegía V, el texto de la Elegía XI, según Escalígero.

Namque agor ut per plana citus sola verbere turben.—Esta imagen, antes que por Tibulo, fué empleada por Virgilio en el Libro VII de la Eneida.

Virgilio, comparando á la Reina Amata, dijo:

Ceu quondam torto volitans sub verbere turbo,
Quem pueri magno in gyro vacua atria circum
Intendi ludo exercent.

En una nota á su traducción de Tibulo, Grainger dice, que Valerio Flaco, en el Libro VIII de los Argonautas, aplicó esta comparación á Medea.

Heyne, en su comentario á Virgilio, cree que esta imagen no es original, y que el poeta latino la tomó de algún poeta griego, cuyas obras no han llegado hasta nosotros.

Calímaco, en el Epigrama del extranjero, que consulta á Pitaco de Mitilene, acerca de la conveniencia de celebrar un matrimonio con una mujer de más alto rango social, presenta el cuadro de los muchachos jugando en las calles la peonza.

Circum lustravi sulfure puro.—El azufre era empleado en la antigüedad, en las ceremonias religiosas. El objeto principal á que estaba destinado, era á la purificación de las casas, sobre todo, cuando había habido enfermos en ellas. Plinio, en el Libro XXXV de su Historia Natural, Capítulo L, dice, hablando del azufre. «Habet et in religionibus locum, ad espiandas suffitu domos.» Las aguas termales sulfurosas, eran también empleadas para purificar el organismo y fortificar el sistema nervioso. (Plinio, Libro XXXI, Capítulo 32).

Ovidio dijo, que el azufre no era bastante para poner en fuga al Amor. Remedio de Amor, 260: «Nec fugiet vivo sulfure victus Amor.»

Ter sancta deveneranda mola.—La «salsa mola,» como lo explica Varrón en su Tratado de la Lengua

Latina, era una torta hecha de agua, sal y harina de centeno. «Etiam frumentum, dice, quod ad exta ollicoqua solet addi *ex mola,* id est ex sale, et farre molito.» (Libro V, 104).

Lo mismo dice Valerio Máximo, Libro II, Capítulo V, 5, en su obra «Factorum Dictorumque Memora bilium.»

Plinio dijo, en el Prefacio de su Historia Natural, que los que no tenían incienso que ofrecer á los dioses, les ofrecían «salsa mola.» «Mola tantum salsa litant qui non habent thura.»

Se la llamaba «sancta,» dice Heyne, «quae a castis et puris est foco imponenda.»

Virgilio hace ver, que se hacía uso de ella en casi todos los sacrificios. Égloga VIII, 83. «Sparge molam.» Eneida II, 133 y IV, 517.

Vota novem Triviae nocte silenti dedi.—Trivia era uno de los nombres con que Diana era conocida. Macrobio, en las Saturnales, Libro I, Capítulo IX, dice: que los griegos llamaban á Diana, Trivia, y la adoraban en los caminos.

Era Hécate, principalmente, quien recibía el nombre de Trivia.

Ovidio, en el Libro I de los Fastos, dijo:

> Ora vides Hecates in tres vertentia partes.
> Servet ut in ternas compita secta vias.

Varrón, en el Libro VII, número 16, después de la cita de Enio, dice:

«*Titanis Trivia.*»—«Diana est, ab eo dicta Trivia, quod in trivio ponitur fere in oppidis Graecis, vel quod luna dicitur esse, quae in coelo tribus viis movetur, in altitudinem, et latitudinem et longitudinem.»

Como Tibulo nos lo demuestra, también los amantes invocaban á Diana, tanto para obtener la salud de los seres queridos, como para hacerse amar de ellos.

Séneca, en su tragedia Hipólito, Acto 2, presenta un ejemplo de estas invocaciones.

La nodriza de Fedra se dirige á Diana, á la «Hécate triformis,» para que dome el alma dura del bárbaro Hipólito.

Eurusque Notusque iactat odoratos vota per Armenios.—Tibulo es el único poeta que ha hecho uso de esta imagen, para expresar la imposible realización de los deseos. Se ha referido Tibulo al Euro y al Noto, porque con frecuencia los poetas llaman con tales nombres á los vientos ligeros.

Plinio había dicho en su Historia Natural: «In Armenia pretiosum inter reliqua aromata nascitur amomum.» Por eso Heyne encuentra explicable el epíteto «odoratos.» *Odoratos,* vero, dice, propter frutices bene olentes, qui apud eos nascuntur, imprimis amomum.

Ad Haemonium Nereis Pelea... vecta est... cerulea Thetis.—La historia de Tetis y Peleo, llena casi toda la literatura antigua, tanto la griega como la latina. Á cada paso encontramos, en los poetas princi-

palmente, reminiscencias de todo género, las cuales permiten reconstruir toda la historia del matrimonio de aquella ninfa marina con el humilde mortal, que de este modo pudo conquistar la inmortalidad.

Homero habla á cada paso de esta unión en la Iliada, y menciona los regalos que Peleo recibió de parte de los dioses, con ocasión de su matrimonio: los caballos Xantho y Balio, rápidos é inmortales que franquearon el pozo profundo, cuando Patroclo perseguía á Héctor (Canto XVI), y las armas que Aquiles prestara á Patroclo, y que Héctor recogió al matarlo (Cantos XVII y XVIII). Tetis, la de los pies de plata, va al Olimpo á buscar nuevas armas para su hijo Aquiles, el de los pies rápidos. (Canto XVIII).

Hesiodo, casi al final de su Teogonía, habla del matrimonio de Peleo y Tetis, y de su hijo Aquiles, el de corazón de león. Hesiodo, copiando á Homero, llama á Tetis la de los pies de plata.

Píndaro, en las Píticas, Nemeas é Istmicas, recuerda con frecuencia este tema favorito.

En la Oda III de las Píticas, dijo:

Pero no juzgues que perpetua dicha
Siguió, ni aun al Eácida Peleo
Ni á Cadmo el semidiós, si bien la Fama
Declara á ambos dos, de los mortales
Los más felices. Y en verdad, tuvieron
La suerte de escuchar los dulces cantos
De las divas Piérides: el uno

Allá en el monte Pélio, cuando á Tetis
Del prudente Nereo inclita prole
Recibió por esposa. . . . .

Traducción. Ipandro Acaico.

En la Oda III de las Nemeas, presenta á Peleo tomando á Jolcos, solo y sin legiones y conquistando, no sin trabajo, á la marina Tetis, á pesar de ser un humilde mortal, y en la Oda V refiere el episodio de la Magnesia Hipólita, esposa de Acasto, cuando pretendió seducir, aunque en vano, á Peleo, llamado con tal motivo el casto.

Á este episodio hizo referencia Horacio en la Oda VII del Libro III, A Asterie, cuando dijo:

Narrat paene datum Pelea Tartaro
Magnessam Hippolytem dum fugit abstinens.

Por último, en la Oda XIII de las Istmicas á Cleandro de Egina, Temis resuelve la disputa de Neptuno y Júpiter, anunciando que el hijo de Tetis ha de superar en fuerza á su padre, y que es al Eácida Peleo á quien debe concedérsele en matrimonio.

En la Ifigenia, en Aulis de Eurípides, al hablar Agamenón y Clitemnestra del prometido de Ifigenia, se refiere que fué Júpiter quien prometió Tetis á Peleo, y que los dioses celebraron sus nupcias al pie sagrado del Pelión, donde residía Quirón y la raza de los Centauros. El coro, en esta misma Tragedia, pre-

senta después una hermosa descripción de aquellas bodas, á las cuales asistieron las Musas, los Centauros y las cincuenta hijas de Nereo, que bailaban las danzas nupciales. El Frigio Ganimedes, tierno amor de Júpiter, escancia el delicioso néctar en las áureas copas.

Entre los poetas latinos, ninguno como Catulo supo aprovechar aquella clásica leyenda, y ella dió asunto á uno de sus más hermosos Epitalamios, «Pelei et Thethidos.» Este poema original ó imitado de los poetas Alejandrinos, á pesar de que el asunto principal desaparece para dejar lugar al episodio de Ariadna, es una de las obras maestras de la literatura latina.

Valerio Flaco, en el Libro I de las Argonáuticas, presenta un cuadro semejante al de Tibulo.

Hic insperatos tyrrheni tergore piscis
Peleos in thalamos vehitur Thetis; aequora delphin
Corripit. . . , ...

Horacio, además de la alusión al episodio de Hipólita, recuerda el asunto en el Epodo XIII. La «mater cerulea» es la marina Tetis, madre de Aquiles.

Et e tectis strix violenta canat.—Los romanos creían que á esta ave nocturna le gustaba embriagarse con sangre humana, y que prefería la de los niños que no se alimentaban más que con leche. Parece que el nombre *strix*, se les aplicaba por el grito estridente que lanzaban en las noches.

Ovidio, en el Libro VI de los Fastos, dice:

Sunt avidae volucres, non quae Phineia mensis
Guttura fraudabant, sed genus inde trahunt;
Grande caput, stantes oculi, rostra apta rapinae:
Canities pennis, unguibus hamus inest.
Nocte volant, pueros que petunt nutricis egentes,
Et vitiant cunis corpora rapta suis.
Carpere dicuntur lactentia viscera rostris,
Et plenum pote sanguine guttur habent
Est illis strigibus nomen:

Plinio, en su Historia Natural, Libro XI, 40, dice: que no se sabe qué clase de pájaro era, pero que cree fabuloso lo que se cuenta de él, sobre todo, que derramara su leche en los labios de los niños. «Fabulosam enim arbitror de strigibus, ubera eas infantium labris immulgere. Esse in maledictis iam antiquis strigem convenit; sed quae sit avium, constare non arbitror.»

Lucano, en el Canto VI de la Farsalia, cuando quiere dar una idea de la voz de Erichto, de la voz de que se sirve para invocar á las Euménides cuando ha preparado sus venenos, dice:

Latratus habet illa canum, gemitusque luporum
Quod strepitus bubo, quod strix nocturna queruntur.

El canto de esta ave nocturna, presagiaba la muerte de las personas que habitaban la casa adonde acu-

dían, ó dichas aves iban adonde alguna persona acababa de morir. Petronio, en el Satiricón LXIII, dice: «Cum ergo illum mater misella plangeret et nos tum plures in tristimonio essemus: subito strigae coeperunt.»

Pauper ad occulos furtim deducet amicos.—Este verso ha dado lugar á serias é importantes discusiones. Heyne no se atrevió á variar el texto, haciendo honor á la pasión del poeta; pero se dió cuenta exacta de la inconveniencia de la lección.

F. G. Pottier, en el Prefacio de su edición latina de Catulo y de Tibulo, dice con motivo de este pasaje:

¿Cómo creer que Tibulo, que no carecía de delicadeza, haya podido consentir en llevar la complacencia con su amada, hasta el extremo de conducirla al lado de sus amantes ocultos, y llegar á ser, no sólo cómplice, sino instigador de sus secretas infidelidades? ¿La expresión *furtim,* que designa una acción hecha á hurtadillas y con precipitación, puede adoptarse á semejante paso? ¿Qué relación, por otra parte, puede tener el sentido de este verso con el del verso del mismo dístico, que debía presentar una idea análoga á la primera? Algunos M. SS. citados por Broukhusio, dan *amictus* en lugar de *amicos;* otros dicen, *et excultos* en lugar de *ad occultos.* En la escritura existe poca diferencia entre *excussos* y *excultos.* Con la ayuda de estas dos variantes, compuso Heyne una lección, que parece la única verdadera.

Pauper et excussos furtim deducit amictus.

Esta corrección es ingeniosa sin duda; pero tal vez no es completa. El vestido de las damas romanas se componía de trajes de largos pliegues, cuya simetría podía desarreglarse al menor movimiento. Un amante poco afortunado, que para conciliarse la benevolencia de su amada, no tuviese más recurso que tratar de complacerla con atenciones delicadas, podía aprovechar algún momento favorable para remediar el desorden del vestido furtivamente, y sin que nadie se diese cuenta de ello. La significación de *deducit,* en cualquiera acepción en que se le quiera tomar, no puede adaptarse á la idea del autor.

Por medio de un ligero cambio, se podía obtener un texto claro y fácil:

Pauper et excussos furtim redducit amictus.

La lección de Pottier, en efecto, mejora la de Heyne; pero no es verdad que la expresión *deducit,* no pueda adaptarse á la interpretación de Heyne, porque Ovidio, en el Libro I de los Amores, VII, 47, dijo: «*tunicam deducere,*» y Estacio ha dicho también, «*vestem deducere.*»

Baehrens, en su obra Albii Tibulli Elegiarum Libri Duo, ha propuesto otra modificación. Substituye *furtim* con *raptim* y *et excussos* con *ad hoc cinctos,* y lee *Pauper ad hoc cinctos raptim deducet amictus.*

La interpretación que resulta del cambio de *amicos* por *amictus*, parece que se hermana más con el sentido del verso siguiente:

Vinclaque de niveo detrahet ipse pede,

y tiene, además, en su apoyo, el Códice Guelferbitano; pero la verdad es, que ninguno de los comentadores de Tibulo se ha atrevido á hacer la modificación del texto. La traducción ha debido, en consecuencia, sujetarse al texto admitido por todos,

At tu, qui potior nunc es, mea fata timeto.—Este pasaje de Tibulo, recuerda el Epodo XV de Horacio, cuando le dice al amante de Neera:

At tu, quicumque es felicior, atque meo nunc
Superbus incedis malo.

LIBRO I.—ELEGÍA VI

El texto de esta Elegía fué modificado por Escalígero.

Escalígero, después del verso 32, agregaba los seis

versos finales de la Elegía V, que comienza con el siguiente:

Non frustra quidam iam nunc in lumine perstat.

Después de esta inserción, continuaba sin variación alguna el texto de la Elegía VI.

En la época moderna, Müller y Baehrens han hecho algunas trasposiciones modificando el orden de los versos; pero suprimiendo la adición de Escalígero, que no ha sido aceptada por ellos. Müller ha colocado los versos 25 á 32, entre los versos 20 y 21. Baehrens ha seguido otro orden en la distribución de los versos, á saber: 1 á 16, 21 y 22, 17 á 20, 25 á 38, 23 y 24, 39 á 85.

Los cambios de Müller y Baehrens, no están justificados.

Müller tiene razón para estimar que no están bien unidos los versos 20 y 21; pero sin duda, tampoco están mejor colocados, donde él los pone, los versos 25 á 32. Igual observación puede hacerse respecto de las trasposiciones de Baehrens.

La verdad es que, con rarísimas excepciones, todas las Elegías de Tibulo pueden sufrir modificaciones más ó menos felices, que pueden apoyarse con gran acopio de razonamientos; pero nada autoriza á abandonar el orden tradicional que se observa en todos los M. SS.

Según la clasificación de Dissen, á que nos hemos referido varias veces, la Elegía VI es la última de las Delianas.

Quid tibi saevitiae mecum est?—Esta frase ha sufrido varias modificaciones. La lección de Broukhusio, seguida por casi todos los comentadores, dice: *Quid tibi, saeve puer, mecum est?* Martinón dice que esta corrección da á *quid tibi, mecum est* un sentido inaceptable, y que es preferible conservar, en lugar de *saeve puer*, *saevitiae,* tomando *mecum* en el sentido de *contra mí.* Yo he traducido, ¿Por qué eres cruel conmigo? y creo que esta es la correcta interpretación del pasaje.

Sacra Bonae, maribus non adeunda deae.—Mucho han discutido los comentadores de Tibulo con motivo de este pasaje. Algunos, entre ellos Müller, creen que Tibulo se refiere al culto de Isis, porque las ceremonias de este culto daban ocasión ó pretexto á las mujeres para salir á la calle; pero debe tomarse en consideración, que el culto de Isis no estaba prohibido á las personas del sexo masculino, como el de la Buena Diosa, á que el poeta hace referencia.

La mayor parte de los comentadores, dicen que Tibulo se refirió al culto de Cibeles, también conocida bajo el nombre de la Buena Diosa.

Plutarco, en la vida de César, da una explicación que juzgo muy satisfactoria, la cual, acompañada de lo que Macrobio dice en las Saturnales, disipa toda

duda. Dice Plutarco: «Adoran los romanos una divinidad á quien llaman Buena Diosa, como tienen los griegos su Ginecea ó la diosa de las mujeres. Los Frigios, que quieren apropiársela, aseguran que era la madre del rey Midas; los romanos aseguran que su Buena Diosa es una de las Driadas, y los griegos pretenden que era la madre de Baco, á quien no era permitido nombrar. Cuando las mujeres celebran su fiesta, cubren sus tiendas con hojas de vid, y según la fábula, hay un dragón siempre á los pies de la estatua de la Diosa. Mientras duran los misterios de la Buena Diosa, no se permite á ningún hombre entrar á la casa donde se celebran. Las mujeres practican varias ceremonias semejantes á las que se observan en los misterios de Orfeo. Cuando llega la época de la fiesta, el cónsul ó el pretor sale de su casa con todos los hombres que la habitan. La mujer que queda en ella la adorna con la mayor decencia. Las principales ceremonias se verifican durante la noche, y ellas están llenas de diversiones y conciertos.»

Macrobio, en el Libro I de las Saturnales, Capítulo XII, cita á Cornelio Labeo, quien dice, que en las calendas de Mayo se dedicó un templo á Maya, bajo el nombre de la Buena Diosa, y agrega, que los más sagrados misterios del culto, demuestran que la Buena Diosa y la Tierra son una misma cosa, y que en los libros de los Pontífices se le daban los nombres de Fauna, Opis y Tatua. Más adelante, dice que entre

los griegos se la llamaba la divinidad de las mujeres, y Varrón agregaba que era hija de Fauno; que era de tal manera púdica, que su nombre no se pronunciaba en público, y que ni había visto á ningún hombre, ni había sido vista por ninguno.

Todos los comentadores de Tibulo, con motivo de este pasaje, recuerdan el conocido episodio de Clodio, quien enamorado de Pompeya, mujer de César, merced á un disfraz pudo penetrar á la casa donde se celebraban los misterios de la Buena Diosa, á pesar de la regla que prohibía la entrada á los hombres. Clodio fué descubierto por una de las mujeres de Aurelia, y ésta dió punto á las ceremonias del culto, veló las cosas sagradas, y lo arrojó á la calle ignominiosamente, sacándolo del cuarto de una de las esclavas de Pompeya. Cicerón, Respuesta á los Aruspices, contra Clodio, párrafo XVII. Plutarco, Vida de César; Séneca, Epístola XCVII.

Juvenal, en la II de sus Sátiras, y cuando hace burla de los filósofos corrompidos que en secreto se entregaban á los más degradantes vicios, dice que, á imitación del culto de la Buena Diosa, ellos celebraban sus misterios prohibiendo la entrada á las mujeres. Ofrecían á la Diosa una gran crátera llena de vino y una puerca. Juvenal dice:

Sed more sinistro
Exagitata procul non intrat femina limen.
Solis ara deae maribus patet. Ite profanae
Clamatur.

Quisquis colit arte capillos et fluit effuso cui toga laxa sinu.—Los hombres galantes de Roma se arreglaban y rizaban los cabellos, y usaban togas muy amplias, de anchos pliegues, las cuales extendían sobre el pecho.

Ovidio, en el Remedio de Amor, 679, aconseja no hacer ningún esfuerzo para agradar á la mujer que se desea olvidar, y á ese efecto dice:

Nec compone comas, quia sis venturus ad illam
Nec toga sit laxo conspicienda sinu.

El mismo Tibulo, en la Elegía III del Libro II, se lamenta de llevar la toga suelta y amplia si no ha de ver á su amada.

Nunc si clausa mea est, si copia rara videndi.
Heu! miserum, laxam quid iuvat esse togam?

Era propio de los afeminados y de los libertinos usar la toga flotante y desceñida.

Séneca, en su Epístola CXIV á Lucilio, hace de mano maestra la pintura de Mecenas, y manifiesta, que quien lea sus discursos, no podrá imaginarse que sea el mismo que andaba en Roma con la túnica flotante.

«Hunc esse qui solutis tunicis in urbe semper incesserit? Nam etiam quum absentis Caesaris partibus fungeretur signum a discincto petebatur.»

Cicerón, en su segunda acción contra Verres, Libro V, párrafo 13, lo describe en Sicilia, vestido con su manto de púrpura y larga toga, entregado á los placeres, alejado del foro, y abandonando los negocios del pueblo. «Ac per eos dies, quum iste cum pallio purpureo talarique tunica versaretur in conviviis muliebribus, non offendebantur homines in eo.»

Escalígero, en su Comentario de Catulo, dice que Séneca, en sus Epístolas, llama á estos elegantes *descapulatos, qui tunicis demissis ambulat* como el Maltinus de la Sátira II, del Libro I de Horacio.

Haec ubi Bellonae motu est agitata.—Belona era la diosa de la guerra, hermana de Marte. En el mes de Junio, los Belonarios, sacerdotes de Belona, le hacían sacrificios, y, en medio de las ceremonias del culto, se flagelaban y herían los muslos, los brazos y el seno, para ofrecerle la sangre que en su honor derramaban. Así lo enseña Acrón, el escoliasta de Horacio, cuando dice: «sacerdotes Bellonae, qui lacertos humerosque concidebant sanguine suo Bellonae sacrificantes.»

Lucano, en la Farsalia I, 565, habla de los ritos de los sacerdotes de esta diosa, cuando dice:

Tum quos sectis Bellona lacertis
Saeva movet cecinere deos;

Los sacerdotes de Bellona recorrían las calles de la Ciudad, perturbando su silencio con sus gritos ince-

santes. Marcial recuerda esta costumbre en su epigrama á Esparso, Libro XII, 57, y dice:

Nec turba cessat entheata Bellonae,

explicando por qué tan á menudo se va á su modesto campo de Nomento.

Á Belona la introducían los dramaturgos en las Tragedias, y ella recordaba los beneficios hechos al pueblo romano. Á esto alude Plauto, sin duda, cuando en el Prólogo de Anfitrión dijo:

Nam quid ego memorem, ut alios in tragoediis
Vidi, Neptunum Virtutem, Victoriam,
Martem, Bellonam, commemorare quae bona
Vobis fecissent?

«Bellona, dice Varrón, Libro V, 73, a bello nunc, quae Duellona a duello.»

Servio, Comentario de Virgilio, Libro XII, 118, califica á Marte, Belona y Victoria como *dii comunes, quia hi in bello utrique parti possunt favere.*

Quamvis non vitta ligatos impediat crines, nec stola longa pedes.—Este pasaje de Tibulo ha arrojado viva luz acerca de la condición social de Delia. Los Comentadores de Tibulo han demostrado, que Delia era probablemente una liberta, como la Mirtale de que habla Horacio en la Oda XXXIII del Libro I, porque eran las matronas romanas las únicas que po-

dían usar la estola hasta los pies, y tejer con cintas, *vittæ*, sus cabellos.

Ovidio, en las Pónticas, cuando se dirige á Fabio Máximo, Libro III, III, 51, explica que jamás ha tratado de seducir á las esposas, y que ha prohibido la lectura de sus libros á aquellas á quienes las leyes no les permiten tener amantes. Él dice que ha escrito para las que no atan con cintas sus cabellos, ni llevan la estola larga hasta los pies.

Scripsimus haec illis, quarum nec vitta pudicos
Contingit crines, nec stola longa pedes.

El mismo Ovidio, en el Libro I del Arte de Amar, 31, llama á las cintas que se ataban á los cabellos, «insignia del pudor,» y hace ver, que la estola larga ó *instita longa*, la llevaban las matronas.

Este procul, vittae tenues, insigne pudoris,
Quaeque tegis medios, instita longa, pedes.

Al citar el mismo Ovidio estos versos en la Elegía I del Libro II de las Tristes, agrega:

Ecquid ab hac omnes rigide summovimus Arte
Quas stola contingi vittaque sumpta vetat?

Cuando en el Libro IV de los Fastos, 134, Ovidio invita á dar á Venus el culto que merece, á fin de hacer ver que no se dirige á las matronas, vuelve á decir:

Et vos, queis vittae longaque vestis abest.

Ferrario, en la Nota que Abbes Gabema reproduce en su edición de Tibulo, cita dos pasajes, uno de Cicerón y otro de Petronio, que hacen ver que la estola era el vestido de las mujeres.

Cicerón increpa á Antonio en la II Filípica.

«Sumpsisti virilem togam, quam statim muliebrem stolam reddidisti?» Petronio dijo: «Quid ille alter, qui die togae virilis stolam tanquam togam sumpsit.»

Por eso Ulpiano dijo: «Muliebria sunt quae matris familias causa parata sunt, quibus vir non facile uti potest sine vituperatione: veluti stolae, pallia, tunicae, etc.»

Ducit inops tremula stamina torta manu, etc.— La mejor explicación que se puede dar de este difícil pasaje, es reproducir la Nota relativa de Martinón.

«La dificultad de este verso, generalmente mal explicado, depende de la falta de precisión del vocabulario técnico latino, en materia de tejidos; parece que las mismas palabras pueden significar indistintamente hilo ó tejido, cadena ó trama; la confusión es muy común en poesía. Creemos, sin embargo, que si uno se diese cuenta exacta de la operación, llegaría fácilmente á aclarar el sentido del verso. Notemos desde luego, que no se trata aquí de una particularidad de la operación, como por ejemplo, en la Elegía I, Libro II, sino de la operación misma enunciada someramente

en una perifrasis: ella teje, como en el verso precedente, ella hila. Agreguemos, que los epítetos se refieren naturalmente á los sustantivos del verso. Es absurdo querer referir *firma* al sujeto, dado que el poeta acaba de decir «*victa senecta y tremula manu*;» por otra parte, estos epítetos se corresponden; *conductis* no significa, pues, como lo cree Heyne, que se ha encargado de la obra por un salario. Dicho esto, veamos la operación. El tejido consiste esencialmente en hacer pasar un hilo horizontal llamado trama, entre los hilos verticales que se llaman cadena, los cuales están separados en pares ó impares, y se cruzan por medio de movimientos alternados para encerrar la trama y ligarse con ella. En consecuencia, *licia firma* son los hilos de la cadena: podríamos agregar, que los hilos de la cadena, á consecuencia del trabajo que están llamados á proporcionar, son más sólidos que la trama. Por otra parte, *telis conductis* es la trama guiada, entre los hilos de la cadena, por la mano de la obrera, ó si se quiere, por la lanzadera que la lleva. El plural está justificado por el hecho de que la trama se divide en una infinidad de hilos horizontales, y de este modo la obrera une (annectit) á la trama ó con la trama, los hilos de la cadena. Aparentemente debe tomarse en el mismo sentido una expresión de Virgilio mal explicada (Geórgicas, Lib. I, 285), *licia telae addere*, donde el singular *telae*, que corresponde mejor todavía al francés *trame*.

LIBRO I.—ELEGÍA VII.

La Elegía VII, escrita para celebrar el natalicio de Mesala, y recordar con este motivo sus hazañas guerreras en Aquitania y en Cilicia, en Siria y en Egipto, es la VIII, según Escalígero y Voss.

La Elegía VI de Escalígero, está formada por los versos 37 á 70 de la Elegía V; la VII es la VI, y así sucesivamente.

Esta Elegía, como la III, ha tenido también la rara fortuna de escapar á todo cambio ó trasposición. Sin embargo, el texto ha dado lugar á una importante discusión.

¿Como lo cree Dissen, Mesala ganó la victoria de Aquitania el día de su cumpleaños, ó según las conjeturas de Heinsio y Baehrens, las Parcas predijeron sólo, que un día Mesala había de vencer á los Aquitanos? En el primer caso, debe subentenderse ***diem*** en el tercer verso, en el segundo ***ducem,*** como quiere Heinsio, ú ***olim,*** como dice Baehrens. Yo he seguido á Heinsio al traducir el principio de la Elegía. Martinón juzga que era demasiada coincidencia, que la victoria de Aquitania tuviera lugar el día del aniversario

de Mesala, cuando ya en él se había verificado la célebre batalla de Filipos.

Hunc cecinere diem Parcae.—Según Wunderlich, *cecinere* se ha empleado en lugar de *praedixere,* tanto en esta Elegía, como en la V del Libro IV de Sulpicia. Horacio, en el Canto Secular, dijo también:

Vosque veraces cecinisse Parcae.

Las Parcas eran tres: Cloto, Laquesis y Atropo, encargadas todas de hilar el estambre de la vida. La primera, manejaba la rueca; la segunda, hacía girar el huso, y la tercera cortaba el vital estambre. Según la Teogonía de Hesiodo, las Parcas fueron, ó hijas de Temis, á quienes Júpiter colmó de honores, porque dan á los mortales los bienes y los males; ó hijas de la Noche, encargadas de perseguir los crímenes de los hombres y de los dioses.

Cicerón, en su Tratado de Natura Deorum, III, XXVII, dice que las Parcas fueron hijas del Erebo y de la Noche.

Según Homero, en su Himno á Mercurio, las Parcas habitaban en un valle del Parnaso, con las cabezas cubiertas de harina blanca.

Los escritores griegos y latinos representaron siempre á las Parcas hilando el estambre de la vida. Teócrito, en el Idilio I, dice, que en vano Afrodita quiso reanimar al Pastor, porque las Parcas habían dejado de hilar.

Platón, en el final del Libro X de la República, presenta á las Parcas en el trono de la Necesidad, y á cada una da su habitual tarea: Cloto, con la rueca en la mano; Laquesis, haciendo girar el huso, y Atropos enrollando el hilo.

Horacio, en la Oda III del Libro II, dijo:

et sororum
Fila trium patiuntor atra.

Ovidio, en Ibis, presenta á Cloto urdiendo el estambre fatal con mano desgraciada.

Nevit et infausta stamina pulla manu.

Marcial, en el Epigrama LXXIII del Libro IV.

Ultima volventes orabat pensa sorores.

Las Parcas predecían el porvenir de los seres humanos, y cantaban los himnos nupciales.

En las Aves de Aristófanes (traducción de Baraibar), el Semicoro dice: que entre semejantes himnos (los nupciales) enlazaron las Parcas á la Olímpica Juno con el rey de los dioses.

Catulo, en su poema traducido ó imitado de Calímaco, «Epitalamio de Tetis y Peleo,» hace que las Parcas entonen el himno nupcial, profetizando el destino de los esposos.

Veridicos Parcae coeperunt edere cantus.

Tremeret forti milite victus Atax.—Estrabón, en el Libro IV de su Geografía, y al tratar de la Galia Trasalpina, dice, con referencia al Atax, lo siguiente: «Á una pequeña distancia de Narbona se remonta el Atax; pero el camino que se tiene que hacer por tierra para llegar á Garona, es más largo, y se estima en 700 ú 800 estadios.» No se puede identificar mejor este río, que se hizo célebre á causa de la victoria de Mesala.

Tarbella Pyrene Testis, et Oceani Littora santonici.—Se refiere Tibulo á los Pirineos Tarbélicos, ó sea á la parte de aquellas montañas ocupada por los Tarbelos. Estrabón, en el Libro ya citado, dice: que este pueblo estaba en posesión de ricas minas de oro. Los Tarbelos se hallaban á la orilla del Océano. Las playas del Santónico Océano son las comprendidas entre el Loira y el Garona, ó sea el límite Occidental de la Aquitania. Estrabón (loc. cit.) dice, que los *Santones* eran de origen galo. La capital de los santones era Mediolanum.

Marcial, en el Epigrama CXXVIII del Libro XIV, llama Santónico á un capote hecho en aquella parte de la Galia.

Gallia Santonico vestit te bardo cucullo.

Marcial ha empleado también el adjetivo «Santónico» para significar un sabor de ajenjo á causa de aquella región de la Galia: Epigrama XCV, Libro X.

Santonica medicata dedit mihi pocula virga.

Testis arar Rhodanusque celer magnusque Garunna. . . . et. . . . Liger.—Son los cuatro grandes ríos de la Galia; el Saona y el Ródano, el Garona y el Loira. Aulo Gelio, citando á Varrón, en las Noches Áticas, Libro X, Capítulo VII, dice: «Varrón, además, cuando habla de esta parte del Orbe que se llama Europa, pone al Ródano entre uno de los tres más grandes ríos, hasta el grado de creer que es émulo del Ister.»

An te Cydne, canam.—El Cidno es un pequeño río de la Cilicia. Estrabón, en el Libro XIV, dice: «Después de Anchial está la desembocadura del Cidno, en el lugar llamado *Rhegnia;* este es un lago en el cual se ven restos de antiguos astilleros, y en el cual se arroja el Cidno; tiene su nacimiento en aquella parte del *Taurus* que está encima de *Tarsus,* y atraviesa esta Ciudad antes de llegar al lago.» Este río, dicen los comentadores, es célebre, porque en él estuvo á punto de ahogarse Alejandro el Grande. Debe también recordarse, que en este río tuvo lugar el encuentro de Antonio con Cleopatra, que magistralmente describe Plutarco en la Vida de Antonio. Véase Pomponio Mela, Libro I, Capítulo XIII.

Intonsos Taurus alat Cilicas.—El Tauros es la cadena de montañas que se extiende de Occidente á Oriente, y que divide al Continente Asiático en dos

partes, septentrional y meridional, sirviéndole como de cintura. Estrabón, Libro XI, Capítulos I y XVI.

Alba paloestino sancta columba Syro.—Las palomas estaban consagradas á Venus. La Venus de Siria ó Astarté, que es, como dice Cicerón, De Natura Deorum III, XXIII, la cuarta Venus, «quarta, Syria, Tyroque concepta, quae Astarte vocatur,» nació del huevo que cayó del cielo sobre el Eufrates, y que empollaron las palomas. La predilección de Venus por las palomas, dice Mirabeau, Traduction de Tibulle, Tomo I, página 65, proviene de su ternura, de su aptitud para el placer, de su singular fecundidad, y de la voluptuosidad de sus caricias.

Nile pater, quanam possim te dicere causa.—Sabido es que, durante muchos siglos, fué motivo de constante interés hallar las fuentes del Nilo. Muchas son las versiones que Herodoto refiere á este propósito (Euterpe, 13 á 34), pero ninguna tan singular como la que le contó Sais, tesorero del templo de Minerva. Según él, el Nilo brotaba de un abismo sin fondo, situado entre las dos montañas, Crofi y Mofi, y repartía sus aguas dando la mitad al Egipto, y la otra mitad á la Etiopía. Diodoro de Sicilia, Biblioteca Histórica, Libro I, XXXVII, hace alusión á todas las opiniones de los filósofos é historiadores, y encuentra justificadas las opiniones de los habitantes de Meroe. Pomponio Mela, de Situ Orbis, Libro I, Capítulo IX, al ha-

cer la descripción del Nilo, asegura que sus fuentes se encontraban en los desiertos del Africa.

Horacio, en la Oda XIV del Libro IV, habla del origen desconocido de las fuentes del Nilo.

Te, fontium qui celat origines,
Nilus. . . . .

Plinio, Libro V, Capítulo IX, al hablar del Egipto, dice:

Nilus incertis ortus fontibus, it per deserta et ardentia.

Véase todo el Diálogo de César y Acoreo, en el Canto X de la Farsalia. El pensamiento de Horacio y de Tibulo ha sido repetido por Lucano.

Arcanum natura caput non prodidit ulli
Nec licuit populis parvum te, Nile, videre
Amovitque sinus, et gentes maluit, ortus
Mirari, quam mosse, tuos.

Claudiano in Rufinum, Libro II, versos 243 y 244, dijo:

Si calcare Notum, secretaque littora Nili
Nascentis iubeas.

Y además, en el Idilio *Nibus,* donde dice

Huctibus ignotis nostrum procurrit in orbem
Secreto de fonte eadens.

Te canit atque suum pubes miratu Osirim barbara.—Osiris, según Diodoro de Sicilia, es el Sol, hijo

de Saturno y hermano y esposo de Isis, la Luna. Isis hizo á los Egipcios los mismos bienes que Ceres á los Griegos, y Osiris, por sus expediciones lejanas, se confunde con Baco. (Biblioteca Histórica, Libro I, Capítulo XI y XXVII).

Herodoto no sólo cree que Osiris y Baco se confunden, sino que asienta que son la misma cosa. «Todos los Egipcios, dice (Euterpe XLII), no honran á los mismos dioses del mismo modo, excepto á Isis y á Osiris (este último se dice que es Baco), á quienes por todas partes se le honra de la misma manera.»

En el Tratado de Isis y Osiris, de Plutarco, que es uno de los monumentos más preciosos que tengamos sobre las antiguas divinidades egipcias, se dice que fué hijo de Saturno y de Rea, y que cuando reinó en Egipto, apartó al pueblo de la vida indigente y salvaje, le enseñó á cultivar la tierra, le dió leyes, y lo acostumbró á honrar y reverenciar á los dioses. Plutarco asienta, que los griegos creyeron que era Baco, porque había recorrido todo el mundo y había educado á los pueblos, no por la fuerza de las armas, sino valiéndose de la persuación y de la música. Osiris, para los egipcios, es el Nilo, pues así como los griegos identifican á Saturno con el tiempo, á Juno con el aire, á Vulcano con el fuego y á Maya con la tierra, así los egipcios pensaban que la unión de Isis y Osiris, era la de la Tierra con el Nilo, y que éste derramaba sus aguas en el mar, que no era otro sino Tifón.

Creían los egipcios, que un buey era la mejor imagen de Osiris, y por eso, cuando las aguas del Nilo decrecían, los sacerdotes hacían varias ceremonias, y entre otras, paseaban un buey con los cuernos dorados cubierto con linos negros, para representar así el duelo de la diosa Isis.

Cuando los egipcios querían representar á Osiris en su escritura geroglífica, dice Macrobio (Las Saturnales, Libro I, Capítulo XXX), gravaban un cetro, y sobre él esculpían la figura del ojo. Querían expresar con tal signo, que Osiris era el sol, y que él podría ver todas las cosas.

Memphiten plangere docta bovem.—El buey Apis era una divinidad entre los egipcios, y se dice, que á cuerpo pasó el alma de Osiris. Pomponio Mela, *Situ Orbis,* Libro I, Capítulo IX, nos da la descripción del buey Apis. «Apis populorum omnium numen est; bos niger, certis maculis insignis, et cauda linguaque dessimilis aliorum.»

Dice Cicerón, hablando del buey Apis. De Natura Deorum, Libro I, XXIX. «Apim illum, sanctum-Egiptiorum bovem, nonne Deum videri Egyptiis.»

En Egipto tambien un buey es adorado como una divinidad, dice Plinio, Libro VIII, Capítulo XLVI, le llaman el buey Apis. Se le distingue porque tiene una mancha blanca en el lado derecho, de la forma de la Luna nueva; y además un nudo debajo de la lengua, que se llama *cantharus.* Casi nunca su vida excede

de cierto número de años, porque lo ahogan en la fuente de los sacerdotes, á fin de substituirlo en medio de un duelo general. Mientras encuentran otro, todos están llenos de tristeza, se afeitan la cabeza, y sin embargo, no se le busca durante largo tiempo. Cuando lo han encontrado, es llevado á Menfis por los Sacerdotes. Hay dos templos iguales que se llaman *thalamos,* y son augurios para el pueblo, favorable si entra en uno, adverso si entra en el otro. Él responde á los particulares tomando alimento de sus manos.

Bacchus et agricolae magno confecta labore.—Han discutido los comentadores si Tibulo ha querido identificar á Baco con Osiris, y ha hecho uso indistintamente de un nombre por otro. Parece imposible que éste haya sido el propósito de Tibulo. Ha hecho uso, sin duda, del nombre del dios para referirse al vino, como Ceres se emplea para hablar del trigo. Esto es muy común en los poetas latinos, y podríamos citar muchos pasajes para comprobarlo.

Cicerón, De Natura deorum, Libro II, XXIII, dice, que los nombres dados á los dioses, se han aplicado á las cosas que ellos producen.

«Itaque tum illud, quod erat a deo natum, nomine ipsius dei nuncupabant: ut cum fruges Cererem appellamus, vinum autem Liberum: ex quo illud Terentii.»

Sine Cerere, et Libero friget Venus.

Más adelante, el mismo Cicerón, Libro III, XVI, dice: que estas expresiones fueron creadas por el uso. «Cum fruges, Cererem; vinum, Liberum dicimus; genere nos quidem sermonis utimur usitato.»

Lucrecio, de Natura Rerum, Libro II, 652, texto de Munro, dijo también:

Hic si quis mare Neptunum Cereremque vocare
Constituit fruges et Bacchi nomine abuti
Mavolt quam lacitis proprium proferre vocamen.

Horacio, Oda XI, Libro II; Oda XXI, Libro III; Oda XII, Libro IV. Tibulo, Elegía II, Libro I, verso 3. Virgilio, Égloga VI, verso 15.

Et levis occultis conscia cista sacris.—Este pasaje recuerda la Oda XVIII del Libro I de Horacio, cuando exclama:

Non ego te, candide Bassareu
Invitum quatiam; nec variis obsita frondibus
Sub divum rapiam.

Y esta es una prueba más de que Osiris se confundía con Baco; porque en las fiestas de este dios, se llevaban en procesión los canastos que encerraban los misterios sagrados, cubiertos de hojas de yedra y verdes pámpanos.

Catulo, en su Epitalamio de Tetis y Peleo, 259, dijo:

Pars obscura cavis celebrabant orgia cistis
Orgia, quae frustra cupiunt audire profani.

Robinson Ellis, en su obra «A Comentary on Catullus,» página 323, da, tomándola de Richter, la siguiente explicación de los canastos que se usaban en las orgías.

«The *cista* was originally a cylindrical wicker-basket, as represented on numerous coins and basreliefs; later a casket or box of more costly materials, used for holding the mystic emblems of the rites of Bacchus or Ceres, and borne in procession by *cistophori.*»

Et Mopsopio dulcia melle feram.—Miel Mopsopia, quiere decir miel Ática. La Ática era llamada Mopsopia, por Mopsopio, rey de los Atenienses. Véase Estrabón, Libro IX, Capítulo I.

Ovidio, en el Libro VI de las Metamorfosis, verso 423, dijo:

Barbara Mopsopos terrebant agmina muros.

Séneca, Hyppolytus, Acto I, verso 121, dijo:

Non, si ille remeet arte Mopsopia poteas.

LIBRO I.—ELEGÍA VIII.

Emilio Baehrens (páginas 27 y 28), ha modificado el texto de esta Elegía, agregándole después del verso 26, los versos 39 y 44 de la Elegía IX.

Non ego celari possim.—Los traductores no han dado á los cuatro primeros versos de esta Elegía su verdadera interpretación. Casi todos han separado, como proposiciones diversas, las que encierran los dos primeros versos, y el tercero y cuarto. Sin duda, el poeta ha querido significar, que á pesar de que no sabe leer la voluntad de los dioses en las entrañas de las víctimas, no se le escapan el sentido que dan los amantes á sus señas, y lo que se dicen en voz muy baja. Para hacer esta idea fácilmente perceptible, he comenzado mi traducción por los versos 3 y 4.

Magico religatum bracchia nodo.—La traducción que he hecho de este pasaje, tiene en su apoyo la autoridad de Wunderlich. Estudiando el sentido en que está usado «*religatum,*» dice Wunderlich, «Hoc igitur loco *religatum* pro religatum post tergum, ut I, 7, 6, *evinctos* (post terga) *bracchis duces*. Adde *retorquere* apud Horat Ep. II, 1, 191.»

Mox trahitur manibus regum fortuna retortis.

Sen. Thyest, 685.

Post terga iuvenum nobiles revocat manus.

Deus crudelius urit.—El dios que abrasa más cruelmente á los que ve que invictos se someten á su ley, es el Amor. Ligdamo, Libro III, VI, dice:

Ille facit dites animos deus.

Horacio, hablando del Amor en su Epodo XIV, dijo:

Deus, deus nam me vetat.

Tibulo, Elegía V, Libro I, dice:

sed renuente deo,

refiriéndose al Amor.

Este pasaje ha sido, sin duda, imitado por Ovidio, en la Elegía II del Libro I de los Amores; en lugar de designar al Amor como Tibulo le ha dado su nombre, y ha usado *urget* en vez de *urit*.

Acrius invitos multoque ferocius urget
Quam qui servitium ferre fatentur, Amor.

Quid tibi nunc molles.—Es de todo punto interesante el cuadro de las costumbres romanas, que traza de mano maestra Tibulo. El refinamiento había lle-

gado á un inconcebible grado de exageración. La variedad de los peinados que usaban hombres y mujeres, era tal, que Ovidio, en el Arte de Amar, dice con razón, que no era posible precisar su número, como tampoco el de las abejas del Hybla, y el de las fieras de los Alpes. Las mujeres daban colores y brillantez á su piel, por medio de preparaciones que Ovidio se encargó de conservarnos, en el Fragmento de sus Cosméticos.

El rostro de las mujeres debía brillar más que su espejo.

Quaecumque afficiet tali medicamine vultum
Fulgebit speculo levior ipsa suo.

Sus mejillas debían colorarse cuando no tenían color propio. Lo dijo Ovidio en el Arte de Amar:

Sanguine quae vero non rubet, arte rubet.

Las uñas también eran objeto de especiales cuidados, que estaban encomendados á los barberos.

Plauto nos lo dice en la escena III del Acto II de su Aulularia.

Quin ipse pridem tonsor ungueis dempserat.

Tibulo llama al barbero «*artifex*,» como lo hizo después Marcial en el Epigrama LII, del Libro VI, epitafio del barbero Pantagato.

Artificis levior non potes esse manu.

Num te Carminibus. . . . pallentibus herbis devovit.—Hechizar con conjuros y palabras mágicas y con filtros.

Virgilio ya había dicho antes que Tibulo:

Carminibus Circe socios mutavit Ulixi.

Cantus vicinis fruges traducit ab agris.—Este hermoso cuadro de los efectos de la magia, que tanto embellecen esta Elegía, fué imitado por Ovidio en Remedia Amoris, 254.

Ovidio dijo:

Non anus infami carmine rumpet humum
Non seges ex aliis alios transibit in agros
Nec subito Phoebi pallidus orbis erit.
Ut solet, aequoreas ibit Tiberinus in undas;
Ut solet, in niveis Luna vehetur equis.

E curru Lunam deducere tentat.—Tibulo ha hecho referencia en este pasaje, á la creencia popular, que atribuia los eclipses de Luna á obra de encantamiento.

Ovidio imitó, sin duda, á Tibulo, cuando reprodujo el mismo pensamiento, aunque con distinto propósito. Ovidio, en los Cosméticos, se expresó en estos términos:

Et quamvis aliquis Temeseia moverit aera
Nunquam Luna suis excutietur equis.

Sed femori conseruisse femur.—Este pasaje de Tibulo, por extremo expresivo, y que contiene una exacta explicación del amor carnal, ha sido imitado repetidas ocasiones por Ovidio. Á riesgo de cansar la atención del lector acerca de las imitaciones de Ovidio, voy á reproducirlas, porque siempre ofrece gran interés, y es digna de estudio, la influencia que un poeta como Tibulo llegó á ejercer sobre otro gran poeta como Ovidio.

En la Elegía IV del Libro I de los Amores, Ovidio dijo:

Nec femori committe femur, nec crure cohaere.

En la Elegía XIV, Libro III de los Amores, volvió á decir:

Nec femori impositum sustinuisse femur,

y en la Elegía VIII, del propio Libro III, dijo:

Lascivum femori supposuitque femur.

Nec tu difficilis puero tamen esse memento.—He traducido *difficilis,* inflexible ó inexorable, siguiendo á Horacio, quien en la Oda VII, Libro III, dijo á Asterie.

difficilis mane,

y en la Oda X del Libro III, se expresó en estos términos:

Non te Penelopen difficilem procis
Tyrrhenus genuit parens.

Este epíteto lo ha usado en otra ocasión, y en el mismo sentido, Tibulo, en la Elegía V del Libro I:

Ianua difficilis domitu,

y además, lo empleó Ovidio en la Elegía VI del Libro I de los Amores.

Difficilem moto cardine pande forem.

Veridi cortice tincta nucis.—Según el pasaje de Plinio, XV, XXII, citado por casi todos los comentadores, los romanos se teñían los cabellos empleando las nueces pequeñas, tiernas todavía. Por eso, en lugar de traducir, «la corteza ó cáscara verde de la nuez,» dije «las nueces.» Con efecto, Plinio da la siguiente explicación: «Tinguntur cortice earum lanae, et rufatur capillus primum prodeuntibus nuculis: id compertum infectis tractatu manibus.» La cáscara ó corteza se empleaba para teñir las lanas, y las nueces pequeñas para los cabellos.

Martinón, «Les Amours d'Ovide,» comete un error cuando, en el Comentario á la Elegía XIV, Libro I de los Amores de Ovidio, dice: que la nuez se usaba para teñir de negro los cabellos.

Pone en olvido Martinón el verbo de que se sirve Plinio. «Rufior,» significa «enrojecer ó poner rubio.»

El color rubio era, por otra parte, el preferido por las romanas, y á este efecto empleaban, además de las nueces, las yerbas de Germania de que habla Ovidio en el Arte de Amar, Libro III.

Femina canitiem Germanis inficit herbis;

y el *color Belgicus* de que habla Propercio en la Elegía XVIII del Libro II.

Turpis Romano Belgicus ore color.

Sed nimius Luto corpora tinguit Amor.—Lutum, dice Heyne, *est color inter flavum et album.*

Tibulo ha querido expresar, sin duda, lo que Horacio en la Oda X del Libro III.

Nec tinctus viola pallor amantium.

La palidez amarillenta de los amantes, ó *pallor luteus* á que el mismo Horacio se refiere en el Epodo X, era la que se llamaba color de azafrán, *pallor crocei.*

LIBRO I.—ELEGÍA IX

La Elegía IX, que es la X, según el orden adoptado por Escalígero, ha sufrido algunas modificaciones introducidas por los modernos comentadores, que han coleccionado los M. SS. de Tibulo.

Müller, cuyo texto se distingue por los cambios y trasposiciones que introduce, ha colocado después del verso 68, los 71 y 72, y en seguida los versos 69 y 70. Ni siquiera da en su prefacio la razón de tal cambio, pero sin duda, el texto queda mucho mejor, tal como aparece en el orden tradicional de los M. SS.

Baehrens, como ya antes se dijo, suprimió á esta Elegía los versos 39 al 44, para arreglárselos á la VIII.

Sera tamen tacitis Poena venit pedibus.—Tibulo, como Horacio, al personificar la Pena, imitó á los poetas y escritores griegos, que con harta frecuencia la personificaban.

Esquilo en Agamenón y en las Choéforas, y Sófocles en Antigona, emplean esa imagen, y Luciano en el Duelo, coloca las Penas en el Tártaro, en unión de las Furias.

Lucano, en la Farsalia, Canto VI, 692, dijo también:

Eumenides, Stygiumque nefas, Poenaeque nocentum.

Todos los comentadores, explicando este pasaje, han citado el final de la Oda II del Libro III de Horacio.

Raro antecedentem scelestum
Deseruit pede Poena claudo.

Voss, en su comentario, dice, que las Penas para los romanos, son generalmente las Furias que mandan los dioses ofendidos, como en el Culex de Virgilio, 218. «Et flammas et saeva quatit mihi verbera Poenae,» que otras veces acompañan á la Justicia, como en la Tebaida de Estacio, V, 639, «sed divum sera per aequor Justitia, et Poenae scelerum adventare videntur,» y que algunas veces, *Poena* es una diosa especial á quien se llama al mismo tiempo que las Furias, como en las Argonáuticas de Valerio Flaco, Libro I, 794.

Tu, nuntia sontum
Virgo Iovi, terras oculis quae prospicis aequis
Ultricesque Deae, Fasque, et grandaeva Furorum
Poena parens.

In cinerem et liquidas munera vertat aquas.—Esta maldición era muy usada por los poetas, y expresaba fielmente el deseo de los celosos. Aquiles Es-

tacio, en su comentario de Tibulo, cita la Elegía XVI del Libro II de Propercio, en la cual el poeta expresa el deseo de que se conviertan en tierra y agua todos los presentes con que obsequió á Cintia el pretor, á su vuelta de Iliria.

Sed quascumque tibi vestes, quoscumque smaragdos
Quosve dedit flavo lumine chrysolithos,
Haec videam rapidas in vanum ferre procellas,
Quae tibi terra, velim, quae tibi fiat aqua.

Ipse deus ta:itu permisit leve ministro.—Este verso ha sufrido diversas variantes, y cada una de ellas ha dado lugar á distintas interpretaciones. Las ediciones Aldinas dicen *lene,* en lugar de *leve.* Muret sugirió *saepe.* Estacio propuso *magistro* por *ministro.* Escalígero leyó *vela,* y Passerat fundó la interpretación con la palabra *lena,* introduciendo en la escena un nuevo personaje.

La lección de Passerat, seguida por autoridades tan respetables como Heyne, Wunderlich y Huschke, es más tolerable que la de Escalígero; pero en verdad, ni una ni otra son satisfactorias. Todo lo que no sea un adverbio como *lene, leve* ó *saepe,* cualquiera otra modificación hace difícil la inteligencia del verso.

«¿Qué quiere decir, en efecto, Ipse deus tacito permisit vela ministro, como leyó Escalígero?» «Proverbialiter permittere vela, dijo Escalígero, tradere libidini, ac voluntati.» Vulpio lo entendió mejor, cuando

dijo á su vez: «flagitii conscio et adiutori, qui sobrius os obsignatum habebat, ebrietatis opera potestatem loquendi facere.

Heyne y Huschke, dicen con razón, que la interpretación de Escalígero es falsa, pero yo creo que no lo es menos la de Passerat.

Passerat dijo: «Deus ipse permissit, ut lena ebria omne arcanum et crimen puellae effutiret et fido amatoris ministro.»

Independientemente de que el nuevo personaje que Passerat introduce es innecesario, Martinón hace notar que es inaceptable, gramaticalmente, la existencia de un sujeto antes de *ederet.*

Non tibi si pretium Campania terra daretur.— La Campania, una de las más hermosas provincias del Sur de Italia, tenía las tierras más ricas y feraces, tierras que los antiguos decían, los mismos dioses Baco y Ceres, cultivaban.

Plinio, en el Libro III, IX, 7, hace de ella una hermosa descripción:

«Hinc felix illa Campania est. Ab hoc sinu incipiunt vitiferi colles, et temulentia nobilis succo per omnes terras inclyto, atque (ut veteres dixere) summum Liberi Patris cum Cerere certamen. Hinc Setini et Caecubi protenduntur agri. His iunguntur Falerni, Caleni. Dein consurgunt Masiici, Gaurani, Surrentinique montes.»

Elogiando el mismo Plinio, Libro XVIII, XXIX, 2,

la fertilidad del suelo, agrega: «Et tamen vere segetes, quae interquievere, fundunt rosam odoratiorem sativa: adeo terra non cessat parere? Unde vulgo dictum, Plus apud Campanos unguenti, quam apud caeteros olei fieri.»

Cuando Estrabón habla de la Campania, en el Libro V, Capítulo X, dice: que es el país más feliz que se conozca, porque está rodeado de colinas muy fértiles, de donde sacan los romanos los mejores vinos: el Falerno, el Estatano, el Caleno y el Syrrento.

La riqueza y fertilidad de la Campania, explican suficientemente el pensamiento de Tibulo.

Non, tibi si Bacchi cura, Falernus ager.—El collado de Falerno estaba situado en la Campania. Plinio, Libro XIV, describe el viñedo de Falerno en los siguientes términos: «Falernus ager a ponte Campano laeva patentibus Urbanan coloniam Syllanam nuper Capuae contributam incipit. Faustianus autem circiter quatuor milliaria vico prope Cedias qui vicus a Sinnessa VI millibus abest. Nec ullo in vino maior auctoritas.»

Et me nunc nostri Pieridum que pudet.—Las Piéridas son las Musas. Pausanias, en la descripción de la Grecia, Capítulo XXIX, del Libro IX de la Beocia, nos da el origen de esta denominación, y dice: Habiendo venido á Tespia Piero, el Macedonio, que dió su nombre á una montaña de la Macedonia, estableció el culto de las nuevas Musas, y cambió sus nom-

bres por el que llevan hoy, sea porque éste le hubiera parecido mejor, ó porque hubiese sido inspirado por algún oráculo; sea, en fin, porque algún Tracio se lo hubiese enseñado. . . . Algunos pretenden que Piero tenía nueve hijas, á quienes había dado los mismos nombres que á las nueve Musas, y, según ellos, á ellas debían la luz todos aquellos á quienes los Griegos llaman hijos de las Musas.

Cicerón, después de hablar de las varias Musas conocidas, dijo: «De Natura Deorum, Lib. III, XXI, tertiae Piero natae et Antiopa, quas Pieridas, et Pierias solent poetae appellare iisdem nominibus eodemque numero quo proxime superiores.»

Estrabón, en el Libro IX de su Geografía, hablando del Helicon, explica de diversa manera el origen de este nombre dado á las Musas.

«Sobre el collado de Helicon, dice, se encuentra un lugar consagrado á las Musas, un antro de las Ninfas Libetridas, una fuente del Caballo. Así, pues, según toda apariencia, los que consagraron el Helicon á las Musas, eran una tribu de los Tracios llamados *Pieres,* quienes dedicaron á las mismas deidades, la Piérida, el monte Libreto y la Fuente de Pimplea, lugares que, por la destrucción de los *Pieres,* los Macedonios poseen hoy.

Las Musas eran hijas de Urano; pero, según Mimnermo, poeta elegíaco, citado por Pausanias, autor del poema de los Esmirnos contra Giges y los Lidios, las

Musas más antiguas eran las hijas de Urano; pero había otras más nuevas que eran hijas de Júpiter.

Las Musas fueron siempre dignas de respeto; pero nunca se ha hecho de ellas mejor elogio que el que el Amor les consagra en su Diálogo con Venus (Diálogos de los Dioses, de Luciano XIX). ¿Por qué las Musas, pregunta Venus, no han sido heridas por tus flechas? Y el Amor contesta: «Madre mía, yo las respeto. Son tan venerables. Su espíritu siempre se ocupa en pensamientos profundos.

Illam velim rapida Vulcanus carmina flamma torreat.—Vulcano manda que se abrasen en sus llamas aquellos malos versos, porque ese es el destino que deben de tener. Catulo, en el epigrama contra los Anales de Volusio, dice: que su amada había ofrecido entregar á las llamas de Vulcano las obras del más malo de los poetas:

Nam sanctae Veneri, Cupidinique
Vovit, si tibi restitutus essem,
Desissemque truces vibrare iambos
Electissima pessimi poetae
Scripta *tardipedi deo* daturam
Infelicibus ustulanda lignis.

Encontramos en Juvenal expresada también la misma idea, porque es Vulcano el marido de Venus:

et quae
Componis, dona Veneris, Telesine, marito.

Se acerca más al pensamiento de Tibulo lo que dijo Horacio en la Oda XVI, del Libro I, porque sus yambos, ó deben ser arrojados á las llamas ó al Adriático, como los versos de Tibulo que habrían de ser arrojados al río, ó abrasados por las llamas:

O matre pulchra filia pulchrior,
Quem criminosis cumque voles modum
Pones iambis, sive flamma,
Sive mari libet Hadriano.

Dum rota Luciferi provocet orta diem.—El poeta se refiere, sin duda, á la estrella de Venus ó matutina, cuya aparición anuncia la llegada del día. Ciceron de Natura Deorum, Libro II, XX, dijo: «Infima est quinque errantium, terraeque proxima, stella Veneris quae, Graece, ψωσψόρος Lucifer Latine dicitur, cum antegreditur solem, cum subsequitur autem Hesperos.»

Refiriéndose precisamente á la estrella de la mañana, ha dicho Manilio, en el Libro I, 170, de sus Astronómicas:

Nec matutinis fulgeret Lucifer horis
Hesperos emenso dederat qui lumen Olimpo.

Juvenal, para expresar también la misma idea, se refiere en la Sátira VIII, 11, al orto de Lucifer:

Si dormiri incipis ortu
Luciferi, quo signa duces et castra movebant?

Llama la atención de los comentadores, sobre todo de Wunderlich, que Tibulo hubiera dicho «*rota Luciferi orta*,» imagen nunca empleada por los poetas latinos cuando se habla de estrellas, porque no se supone que, como la Aurora, el Sol ó la Luna, tengan carro. ¿Tibulo quiso referirse al carro mismo del Sol, repitiendo la imagen ya expresada en el final de la Elegía III? No parece lo probable; en un caso es la Aurora la que anuncia el día, y en el otro es la misma estrella Lucifer.

Dousa hijo (Iani Dousae filii in Librum I. Albii Tibulli Coniectanea et Notae), Capítulo III, al estudiar este pasaje, cree que el poeta se refiere á la carroza de Lucifer, aunque también concede que ha podido hacer alusión al cuerpo redondo de la estrella matutina.

Voss se inclina á esta opinión, porque *rota* es círculo ó curso circular, como puede verse en numerosos ejemplos: en Virgilio (Geórgicas IV, 484), cuando habla de la rotación de la rueda de Ixión, «*atque Ixionii vento rota constitit orbis*,» y en Claudiano, Rapto de Proserpina, Libro II, cuando dice: «*Non rota suspensum praeceps Ixiona torquet.*

Comentando el verso de las Geórgicas que acabamos de citar, Conington dice: «Or we may take «orbis» for the wheel and supose after Heyne, that «rota» is put for the rotation.»

Fixa notet casus aurea palma meos.—Martinón

hace notar, que aunque todos los M. SS. dicen *palma,* todos los Comentadores le dan el sentido de *parma.* Por eso yo he traducido en *aureo escudo grabaré.* La opinión de los comentadores es muy explicable, ella toma su origen en la costumbre de colocar estos escudos votivos en los templos.

Horacio nos enseña que los que habían escapado de un naufragio colocaban en el templo de Neptuno una tabla votiva en recuerdo de su salvación.

En la Oda V del Libro I, dijo:

Me tabula sacer
Votiva paries indicat uvida.

El mismo Tibulo, en la Elegía III del Libro I, nos hace ver que en los templos consagrados á Isis se adornaban los muros con cuadros votivos, que recordaban los beneficios que la diosa había hecho á los enfermos que á ella habían acudido:

Nunc de ı, nunc sucurre mihi; nam posse mederi
Picta docet templis multa tabella tuis.

En la Sátira XII, 26, dice Juvenal que hay cuadros votivos en todos los templos para atestiguar la crueldad del Destino, y se pregunta: ¿quién ignora que Isis mantiene á nuestros pintores?

Pars dira quidem sed cognita multis,
Et quam votiva testantur fana tabella
Plurima. Pictores quis nescit ab Iside pasci?

Horacio, además, nos dice en la Oda XXVI, del Libro III, que va al templo de Venus para colocar á la izquierda de la diosa las armas y la lira que ya no le son útiles:

Nunc arma, defunctumque bello
Barbiton hic paries habebit,
Laevum marinae qui Veneris latus
Custodit.

LIBRO I.—ELEGÍA X.

La Elegía X es también de las muy pocas que han escapado á las trasposiciones que Escalígero y Müller les han hecho sufrir. Según el texto de Escalígero, esta Elegía es la XI.

Todos los comentadores han considerado esta Elegía como la primera de Tibulo. Parece, cuando menos probable, que el poeta la escribió antes de aventurarse á los primeros combates. El tono general de la composición, la condenación que de la guerra hace, y la complacencia con que á sus horrores contrapone

las dulzuras de la Paz, demuestran que su autor no había tomado parte aún en ninguna expedición guerrera.

Faginus astabat cum scyphus ante dapes.—Macrobio, en el Libro V, Capítulo XXI de las Saturnales, al hablar de las distintas clases de copas y vasos que usaban los antiguos, nos explica lo que era *scyphus*. El *scyphus*, dice, es la copa de Hércules, como el *cantharus* es la del padre Liber. Los escultores antiguos, no sin razón pintaron á Hércules, con una copa, y algunas veces bamboleándose y ebrio. Según lo refieren antiguas historias, Hércules, llevado por los vientos, atravesó los mares inmensos en una copa, como si fuese en una barca. Más adelante agrega: «Ferecidas y Paniasis, éste último egregio escritor griego, dicen que Hércules cruzó los mares en una copa, para ir á Eritea, isla de la España. No cito sus palabras, porque considero esto más como una leyenda que como una historia. Yo presumo, sin embargo, que Hércules atravesó los mares, no en una copa, sino en un barco, cuyo nombre era *scyphus*.»

Las copas de haya de que habla Tibulo, fueron usadas por los hombres primitivos, cuando llevaban la vida pastoril.

Virgilio, en la Égloga III, 36, dijo:

pocula ponam

Fagina.

Wagner compara este pasaje de Tibulo, con el de Virgilio y con el de Ovidio, Metamorfosis, Libro VIII, 669, «*fabricataque fago pocula.*»

Hostiaque e plena rustica porcus hara.—Era costumbre entre los romanos ofrecer á los Lares, no sólo incienso y coronas de flores, sino sacrificarles mensual ó anualmente puercos, para que dichos dioses les fueran propicios.

Horacio, en la Sátira III del Libro II, dijo:

Non est periurus neque sordidus; inmolet aequis
Hic porcum Laribus.

En la Oda XXIII del Libro III, se expresó en estos términos:

Si thure placaris et horna
Fruge Lares avidaque porca.

En los Menecmos, una de las Comedias de Plauto, Menecmo Sosicles, pregunta á Cilindro cuál es el precio que tienen los puercos que se destinan á los sacrificios, y en seguida Cilindro le propone que se procure uno pequeño para sacrificarlo.

Á propósito de este pasaje, Martinón dice en sus Comentarios lo siguiente: «Tal es el texto de los M. SS., que á lo que parece implica probablemente una corta laguna: los eruditos italianos no han dejado de llenarla. Algunos editores, sin embargo, no quieren que la haya. Los unos, aceptan la lección «*Hostia erit ple-*

na,» en la cual, el ablativo sin preposición, es poco correcto. Los otros (Haupt) conservan el texto, y subentienden aparentemente, *depellat* al lado de *hostia,* sintáxis muy difícil de aceptar. Por otra parte, es poco probable que se tratase de *un sacrificio propiciatorio,* y más bien debe creerse, que Tibulo promete aquí á sus Lares, una víctima excepcional, si escapa á los peligros de la expedición.

Las citas de Horacio que acabamos de hacer, demuestran, sin dejar lugar á duda alguna, que Tibulo no ofrecía una víctima excepcional, sino la que ordinariamente se daba á los Lares en los sacrificios propiciatorios.

Por otra parte, Mr. Martinón no ha debido poner en olvido que, «*hostia*» es la víctima ofrecida en los sacrificios propiciatorios para pedir la victoria contra los enemigos, á diferencia de «*victima,*» que era siempre la sacrificada en acción de gracias.

Ovidio, en los Fastos, Libro I, dijo:

Hostibus a dominis hostia nomen habes.

Además, Festo dijo, que propiamente se llama «hostia» «sacrificum quod Laribus immolabatur, eo quod hostes ab illis arceri putabant unde et ipse Lares hortioli dicti sunt.»

Los puercos eran sacrificados comunmente en honor de los Lares; pero además en honor de Ceres, como lo enseña Ovidio, en los Fastos, Libro I, 349, cuan-

do dice: «Prima Ceres avidae gavisa est sanguine porcae,» en honor de Marte, como se ve en las Atelanas de Pomponio, citadas por Macrobio en las Saturnales, Libro VI, Capítulo IX. «Mars, tibi voveo facturum si unquan rediero, bidente verre,» y en honor de Juno, como se ve también en la Oda XIII del Libro III de los Amores, donde Ovidio dijo:

Et minor ex humili victima porcus hara.

Cuando la puerca que se inmolaba á Ceres era sacrificada antes de que se recogieran los nuevos frutos, era llamada, según Aulo Gelio, Noches Áticas, Libro IV, Capítulo VI, *porca praecidanea,* porque la víctima ofrecida la víspera de los sacrificios solemnes, se llamaba *hostia praecidanea.*

Vincta geram myrto vinctus et ipse caput.—Plinio nos enseña, que el mirto era una planta consagrada á Venus (Historia Natural, XII, 3), ya porque esta diosa preside los matrimonios, ó ya debido á que los romanos y los sabinos, antes de combatir á causa del rapto de las Sabinas, se purificaron con ramas de mirto en el lugar donde se hallaban las estatuas de la Venus Claucina. (Libro XV, 36).

Por eso Virgilio dijo en la Égloga VII: el álamo es grato á Alcides, la vid á Baco, el mirto á la hermosa Venus, y el laurel á Apolo.

Populus Alcidae gratissima, vitis Iaccho,
Formosae myrtus Veneri, sua laurea Phoebo:

Aulo Gelio, en las Noches Áticas, Libro V, Capítulo VI, al hablar de las diversas especies de coronas, nos dice, que la de la ovación se hacía de mirto. «Ovalis corona myrtea est.» Esta corona se ofrecía al vencedor, que no mereciendo el triunfo, porque la guerra no había sido declarada de acuerdo con las formas acostumbradas, ó porque el enemigo era de especie vil y degradada, se hacía tan sólo acreedor á la ovación. Para explicar esto, dice Aulo Gelio: «Cui facilitati aptam esse Veneris frondem crediderunt, quod non Martius, sed quasi Venerius quidam triumphus foret.»

Tibulo nos hace ver en esta Elegía, que el mirto estaba también consagrado á los dioses Lares, tanto porque se les adornaba con él, como porque lo ceñían á sus cabezas los que sacrificaban la víctima en su presencia.

Cerberus et Stygiae navita turpis aquae.—El barquero de la laguna Estigia era Carón, hijo de la Noche y del Erebo, cuya tarea consistía en pasar en su barca las almas de los muertos. Carón, según los poetas, tiene un aspecto temible y espantoso, es un anciano de barba espesa é inculta, de cuyos ojos brotan llamas, y de cuyos hombros cuelga, sostenido por un nudo, un sucio manto. Esta es la pintura que de Carón hace Virgilio, en el Libro VI, 298, de la Eneida.

Portitor has horrendus aquas et flumina servat
Terribili squalore Charon; cui plurima mento

Canities inculta iacet; stant lumina flamma;
Sordidus ex humeris nodo dependet amictus:

Carón es, además, un viejo avaro, que no hace nada sin que previamente se le pague, y esto explica la costumbre de poner algunas monedas en la boca de los muertos.

Apuleyo, en el Libro VI de las Metamorfosis, cuando habla de los amores de Psiquis y Cupido, dice que Carón no pasa á la otra orilla las almas de los muertos, sino cuando le han pagado, y exclama: «Ergo et inter mortuos avaritia vivit. Nec Charon ille, Ditis et pater, tantus deus, quidquam gratuito facit; et pauper moriens viaticum debet quaerere; et aes si forte prae manu non fuerit nemo eum exspirare patietur?»

Los críticos más notables que han estudiado la mitología greco-latina, ven en la Estigia, hija del Océano, la personificación de la fuente de que hablan Herodoto y Pausanias, que existía en la Arcadia, cerca de Nonacris, y cuyas aguas brotaban de una roca, en un abismo rodeado de murallas. Herodoto dice que los habitantes de la Arcadia, cuando querían prestar un juramento solemne, lo hacían por las aguas de la Estigia. (Libro VI, Capítulo 74).

Estrabón, en el Libro VIII, Capítulo IX, nos ha hablado también de la fuente Estigia, y dice que su agua es perniciosa, que cae gota á gota, y que se le considera como sagrada.

Homero colocó la Estigia en los Infiernos, y como él lo dice en la Rapsodia XV de la Iliada, y Hesiodo en la Teogonía, la fuente se consideró sagrada, porque Estigia, una de las hijas del Océano, había socorrido á Júpiter en la guerra contra los Titanes, y en recompensa de tal servicio, el juramento por sus aguas llegó á ser sagrado para los dioses. Hesiodo dice, que aquel de los inmortales que cometía un perjurio, debía languidecer todo un año privado del soplo de la vida, y que, repuesto de aquella primera enfermedad, quedaría condenado á nuevos tormentos, como el de vivir durante nueve años separado de los demás dioses, sin tomar parte en sus consejos, ni en sus banquetes.

Errat ad obscuros pallida turba lacus.—Este verso recuerda el de la Elegía III; *et huc illuc impia turba fugit.* La pálida turba de los muertos vagaba siempre por las orillas de la Estigia años enteros, esperando el momento de pasar al lado opuesto. Virgilio dijo en el Libro VI de la Eneida: «Centum errant annos, volitantque haec litora circum.»

Así como en Tibulo la turba es pálida, en Virgilio las sombras están exangües. «Æternum latrans exsanguis terreat umbras.» Conington, comentando á Virgilio, dice: «There seems something contemptuous in «exsanguis terreat umbras.» «Exsanguis» is used to express the effect of terror so that to frighten those who are bloodless already is to slay the slain.»

Por eso el mismo Virgilio dijo en el Libro II de la Eneida, al hablar del Laocoonte, y cuando á su cuerpo se enroscan las serpientes:

Diffugimus visu exsangues.

LIBRO II.—ELEGÍA I

Las fiestas campestres que Tibulo describe en esta Elegía, son, sin duda, las fiestas *ambarvales* que se verificaban en honor de Ceres y de Baco para purificar, como dice el poeta, los frutos y los campos.

Macrobio, en el Capítulo V del Libro III de las Saturnales, comentando alguna cita de Virgilio, explica el origen del nombre Ambarval.

«Víctima ambarval es, como dice Pompeyo Festo, la que llevan por los campos los que hacen sacrificios en honor de los frutos. De este sacrificio se hace mención en las Bucólicas, al hablar del apoteósis de Dafnis:»

Haec tibi semper erunt, et cum solemnia vota
Reddemus nymphis, et cum lustrabimus agros,

donde *lustrare* significa *circumire*. La víctima ha adquirido, pues, su nombre de *ab ambiendis arvis*. Por eso en el Libro I de las Geórgicas, se dice:

Terque novas circum felix eat hostia fruges.

Ovidio, en el Libro I de los Fastos, dice: que estas fiestas no se celebraban en día fijo, sino en la estación en que empiezan á desarrollarse las semillas arrojadas en el campo. Tres y cuatro veces recorrió los Fastos, y no halló marcado el día de la fiesta de las semillas.

Nec sementiva est ulla reperta dies:

La descripción de Ovidio es una imitación de la de Tibulo, en la cual, se encuentran repetidas aun las mismas imágenes.

Virgilio dice en las Geórgicas, que la fiesta de Ceres debía tener lugar al concluir el invierno, y cuando ya reinase la primavera.

Extremae sub casum hiemis, iam vere sereno.

Quisquis adest, faveat.—Esta es la lección de Escalígero, seguida hoy todavía por Haupt, Müller y Baehrens, y *Quisquis ades faveas,* es la de Douza hijo, página 69, seguida por Broukhusio, Voss, Heyne y Wunderlich.

En la Elegía II del Libro II, repitió también Tibu-

lo el mismo concepto: *Quisquis ades, lingua vir mulierque, fave.*

Bacche, veni dulcisque tuis e cornibus uva pendeat.—Baco, el dios del vino, es el hijo de Júpiter y de Semele, como Horacio lo llama, «Thebanae Semeles puer.» Diodoro de Sicilia, en los Libros III y IV de su Biblioteca Histórica, cuenta todas las leyendas griegas relativas á los tres Bacos, hijo el primero de Ammon y de Amaltea, el segundo de Júpiter y de Semele, así como sus viajes y expediciones, sus descubrimientos y los beneficios que hicieron todos al género humano. Refiere, además, la existencia de otro Baco que, según algunos mitólogos, es más antiguo que los otros, y que fué hijo de Júpiter y de Proserpina, la hija de Ceres.

Cicerón, De Natura Deorum, Libro III, XXIII, dice que hay cinco Bacos: el primero, hijo de Júpiter y de Proserpina; el segundo, hijo del Nilo, que se dice que mató á Nisa; el tercero, hijo de Caprius, que se dice que fué rey del Asia, y en cuyo honor se instituyeron las Sabazias; el cuarto, hijo de Júpiter y de la Luna, por quien se celebran las fiestas Órficas; y el quinto, nacido de Niso y de Tyoné, en cuyo honor se instituyeron las Trietéridas.

Los poetas han confundido generalmente á todos estos dioses, y han prestado al hijo de Semele los atributos y descubrimientos de los demás.

Macrobio, en el Libro I, Capítulo XVIII de las Sa-

turnales, dice que Baco, el Padre Liber, es el mismo que el Sol, es decir, que Apolo. Para demostrarlo, cuenta que Aristóteles, en las Teologumenas, dice que hay en Tracia, entre los Ligirienses, un templo consagrado á Liber, donde los vaticinadores no proclaman el porvenir sino después de haber bebido mucho vino, como en el templo que Apolo tiene en Claros, no lo hacen sino después de haber bebido mucha agua; que además, los Lacedemonios, en las fiestas llamadas *Hiacintas,* que celebran en honor de Apolo, se coronan de yedra como en el culto de Baco, y que por último, los Beocios, aunque reconocen que el Parnaso está consagrado á Apolo, rinden culto, como si estuviesen consagradas á un solo dios, al oráculo de Delfos y á las cavernas de Baco. Macrobio cita, además, á Eurípides y á Esquilo, quienes han considerado á Baco y á Apolo, como un solo y mismo dios. Plutarco sostiene la opinión de Macrobio.

Baco ha sido conocido con varios nombres entre los romanos. Cicerón, De Natura Deorum, lo llamó con su nombre griego, Dionisio, el cual le fué dado por Homero. Catulo, Oda XXVI, y Ovidio, en las Metamorfosis, lo llamaron Thyoneo, porque Thyoneo era el nombre griego de Semele, según el himno XXXIV de Homero. Horacio, en la Oda XVIII del Libro I, le da el nombre de Basareo, tomado de una palabra tracia, que designaba la piel de zorra que llevaban las bacantes. Macrobio asegura, Saturnales, Libro I, Ca-

pítulo XVIII, que los Griegos lo llamaban Basarea ó Brisea, así como que los Napolitanos de la Campania le rinden culto bajo el nombre de Hebón. Evio, lo llamó Horacio en la Oda XI del Libro II, cuando dijo: «disipat Evius curas edaces,» y Lieo, en el Epodo IX: «Dulci Lyaeo solvere.» Virgilio le dió igual nombre en el Libro II de las Geórgicas, 229, y en el IV de la Eneida, 58.

Plutarco le llamó Lidión, Lidio ó Lisio, porque como dijo Cicerón en la Filípica II: «Lysi dicum ipsum Graeco verbo, qui omnia iura dissoluit.»

Liber, dijo Virgilio, y Liber Pater, Horacio, y con él casi todos los poetas latinos; porque Baco era el dios de las ciudades libres. Plutarco asegura que, en diversas ocasiones, se le ha llamado Floeus, Eubulo, Eufronio y Agrionio. Y Ovidio, en el Libro IV de las Metamorfosis, dijo: que las ciudades de la Grecia le han dado los nombres de Bromio, Niseo, Leneo, Nictelio, Eleo, Iaccho y Evan.

Por último, en la Nota de la traducción francesa de Macrobio (Colección Nisard), se dice que Eustato llamó á Baco *Sabazum,* á pesar de que el escoliasta de Apolonio de Rodas inscribe á Zabazius en el número de los dioses Cabires.

Tibulo representa á Baco con cuernos, porque, como dice Diodoro de Sicilia, el hijo de Proserpina fué el primero que «unció los bueyes al carro para cultivar el suelo.»

Horacio representa á Baco con la frente ceñida de verdes pámpanos. Oda XXV, Libro III:

sequi deum
Cingentem viridi tempora pampino.

En la IV Elegía de las Seudotibulianas, y en la Égloga á Baco de Calpurnio, Baco aparece coronado de yedra:

sic hedera tempora vincta geras.

Explica Ovidio, en el Libro III de los Fastos, versos 767, por qué la yedra es grata á Baco.

Dice el poeta:

hedera est gratissima Baccho:
Hoc quoque cur ita sit, dicere nulla mora est.
Nysiadas Nymphas, puerum quaerente noverca.
Hanc frondem cunis opposuisse ferunt.

En Homero Dionisios, aparece con la frente ceñida de yedra y de laurel. Himno XXIV.

Et spicis tempora cinge, Ceres.—En el Comentario á la Elegía I del Libro I, hemos hablado de Ceres.

La imagen, es la repetición de lo que Tibulo dijo en la Elegía I:

Flava Ceres, tibi sit nostro de rure corona
Spicea.

Et grave suspenso vomere cesset opus.—Esta ima-

gen y la que presenta á los bueyes descansando en los establos coronados de flores, han sido copiadas por Ovidio.

Él dijo:

Rusticus emeritum palo suspendat aratrum,

y antes había dicho:

Stati coronati plenum ad praesepe iuvenci.

Con más propiedad Tibulo se refirió á los bueyes, que Ovidio á los novillos.

Et manibus puris sumite fontis aquam.—Martinón ha cometido un grave error al traducir y explicar este pasaje. Dice «Fontis aquam,» el agua lustral necesaria al sacrificio; no se trata aquí de purificarse las manos en el agua de la fuente, sino de tener las manos puras para llevar el agua del sacrificio.» Precisamente, es todo lo contrario lo que Tibulo ha querido decir; porque, antes de hacer un sacrificio á los dioses, como dice Macrobio, se debía comenzar por la ceremonia de la purificación. Macrobio, Saturnales, Libro III, Capítulo I, para demostrarlo, cita á Virgilio cuando Eneas, en calidad de Pontífice, dirige á su padre las palabras siguientes:

Tu, genitor, cape sacra manu patriosque Penates.
Me, bello e tanto digressum et caede recenti,
Attrectare nefas; donec me flumine vivo
Abluero.

Y sigue diciendo Macrobio: Ahora que hemos comprobado, con la observación de Virgilio, que la purificación es una ceremonia pertinente á los sacrificios que se hacen á los dioses superiores, veamos si el poeta se ha sujetado á la costumbre, en las ceremonias relativas á los dioses inferiores. Cuando se trata de sacrificios, en honor de los dioses superiores, debe hacerse la ablusión de todo el cuerpo, y basta la aspersión cuando los sacrificios se hacen á los dioses inferiores. Eneas se refiere á sacrificios hechos á los dioses superiores, cuando dijo:

Donec me flumine vivo
Abluero,

y Dido, hablaba de sacrificios hechos á los dioses inferiores, cuando dijo:

Annam, cara mihi nutrix, huc siste sororem:
Dic corpus properet fluviali spargere lympha.

En el sacrificio de que habla Tibulo, no era, pues, posible que se llevase agua para hacer aspersión; porque se trataba de dioses superiores, Ceres y Baco, y no de dioses infernales.

Candida turba.—Martinón censura, con justicia, la traducción que de este pasaje hizo Valatour; pero él tampoco explica, por qué la multitud acudía vestida de blanco á aquella fiesta que se hacía en honor de

Ceres. Martinón dice: «*pura cum veste,*» se explica por «*candida turba.*» Creemos nosotros, que es Ovidio quien da la explicación de esta costumbre. En el Libro IV de los Fastos, dice: *Alba decent Cererem; vestes Cerealibus albas sumite.* En las fiestas en honor de Ceres estaban prohibidas las ropas negras.

Di patrii.—Á pesar de la opinión sostenida por la mayor parte de los comentadores, las palabras *Di patrii* se refieren, exclusivamente, á los dioses Lares y Penates, y no á los dioses del campo en general.

Con efecto, los dioses Penates eran llamados con los nombres de «*Dii patrii,*» «*Patrii Penates.*» Macrobio, en el Capítulo IV, Libro III de las Saturnales, dice: addidit Higinus in libro, quem de Diis Penatibus scripsit, vocari eos: θεοὺς πατρώους.

Sed ne hoc Vergilius ignoratum reliquit:

Dii patrii, servate domum, servate nepotem.

Et alibi:

Patriique Penates.

Turbaque vernarum saturi bona signa coloni ludet.—Era una buena señal, en efecto, que la turba de esclavos, nacidos en la casa, pudiera jugar, libre de todo trabajo y de toda fatiga. Era la mejor prueba de que Baco y Ceres habían colmado los deseos del labrador.

Horacio, en su célebre Epodo *Beatus ille,* no pre-

senta á los esclavos (verna), como Tibulo, *ante casas,* sino agrupados alrededor de los Lares, donde brilla el fuego del hogar:

> Positosque vernas, ditis examen domus
> Circum renidentes Lares.

Igual cuadro nos presenta Marcial, en la descripción de la casa de campo de Faustino (Epigrama LVIII del Libro III).

Los esclavos, blancos como la leche, rodean el hogar, donde arde, en honor de los Lares, leña en abundancia:

> Cingunt serenum lactei focum vernae
> Et larga festos lucet ad Lares sylva.

Viden ut felicibus extis significet Placidos nuntia fibra deos?—Como lo explica muy bien este pasaje, el cordero que se inmolaba á Ceres y á Baco era una víctima consultatoria; porque el objeto del sacrificio, era conocer la buena ó mala voluntad de los dioses. Véase Macrobio, Capítulo V, Libro III, Saturnales.

Los corderos que se sacrificaban en las fiestas de Baco y Ceres eran, por lo general, de dos años, si hemos de creer lo que dice Dido en el Libro IV de la Eneida:

> Mactant lectas de more bidentes
> Legiferae Cereri, Phoeboque, patrique Lyaeo.

Veteris proferte falernos Consulis.—Los romanos

inscribían en las ánforas el nombre de los Cónsules para conocer la edad de los vinos.

Horacio ha hecho frecuentes alusiones á esta costumbre:

Interiore nota falerni.

Oda III, Libro II.

O nata mecum Consule Manlio.

Oda XXI, Libro III.

Cessantem Bibuli Consulis amphoram.

Oda XXVIII, Libro III.

Tu vina Torquato move
Consule pressa meo.

Epodo XIII.

Chio solvite vincla cado.—Era costumbre entre los romanos mezclar el vino griego de Chio con el Falerno, para hacerlo más suave.

Horacio, en la Sátira X, Libro I, se refiere á este hábito, cuando dice:

Suavior, ut Chio nota si commista Falerni est.

His vita magistris desuevit querna pellere glande famem.—La enumeración que el poeta hace de los beneficios que el hombre debe á los dioses, es decir,

á Ceres y á Baco, es hermosísima, y resume los descubrimientos debidos á cada uno de ellos.

Ceres enseñó al hombre á cultivar la tierra, y á que no saciara su hambre con la bellota de la encina; Baco unció el buey al carro, descubrió el vino y la miel, y fué el maestro del canto y de la danza.

Aunque Ovidio enseña que fué Ceres quien impuso á los toros el yugo:

Illa iugo tauros collum praebere coegit,

ya hemos visto lo que refiere Diodoro de Sicilia, del Baco, hijo de Proserpina.

Assiduae textrix operata Minervae.—De la misma manera dijo Horacio, Oda XII, Libro III:

tibi telas
Operosaeque Minervae studium aufert......

Iam nox iungit equos.—El hermoso final de esta Elegía, recuerda los últimos versos del Idilio II de Teócrito, que con tanta exactitud tradujo nuestro Ipandro Acaico.

Adiós vosotras, fúlgidas estrellas,
Que siguiendo con paso diligente
Del carro de la Noche vais las huellas.

LIBRO II.—ELEGÍA II.

Esta Elegía ha sido consagrada, según unos comentadores, á un tal Cornuto, que estaba á punto de casarse; según otros, á Cerinto. Heyne (tomo I, página 116) ha creído que la Elegía celebraba el nacimiento de Sulpicia, la joven amada por Cerinto. Wunderlich combate esta opinión (edición de Gotinga, página 126), manifestando que si del nacimiento de Sulpicia se tratara, no hubiera el poeta invocado al Genio, sino á Juno.

Dicamus bona verba.—Heyne dice, que *bona verba* quiere decir *boni ominis;* por eso tradujimos: «voy á hacer votos por ti.»

Ovidio justifica esta interpretación, en la Elegía V del Libro V de las Tristes, cuando dice:

Quae, puto, dedidicit iam bona verba loqui.

Venit Natalis.—Los comentadores han escrito é interpretado de diversa manera el principio de esta Elegía. Unos creen que *Natalis* es un nombre propio,

el mismo genio invocado por el poeta; otros, suponen que es un nombre común y que, en consecuencia, expresa el aniversario del nacimiento, el natal.

Aquéllos, al poner la puntuación del verso, colocan un punto y una coma después de las palabras «*Dicamus bona verba,*» y entonces es el Natal quien llega á las aras; y éstos, separan con comas ó un paréntesis la frase «*venit Natalis,*» y son los votos los que se hacen *ad aras*.

Heyne es de estos últimos, quien siguió á Broukhusio, y fué á su vez seguido, entre los modernos, por Pothier y por Müller.

Martinón hace notar, con justicia, que si debe ligarse *dicamus* con *ad aras venit,* estaría entonces mejor en el pretérito perfecto. Por eso nosotros hemos traducido «*Llegó ya tu natal.*»

Censorino, después de que, en su obra «De Die natali,» cita las palabras de Persio, Sátira II, verso 3, «Funde merum Genio,» que mucho se parecen á las de Tibulo: «madeatque mero,» se pregunta por qué causa al Genio se le dice que se embriague con vino puro, y no se le ofrece una víctima? La explicación que da Censorino, ayuda á fijar la inteligencia del texto de Tibulo. Dice Censorino: «Esto depende, como lo asienta Varrón, en su libro intitulado *Atticus*, y que trata de los nombres, de una costumbre instituida por nuestros mayores, quienes, al ofrecer presentes al Genio, en el día de su natalicio, se abstuvieron

de derramar sangre con su propia mano, ó de quitar la vida á otros en el día en que vieron la luz.

«El Genio, agrega Censorino, es un dios, bajo cuya tutela vive todo hombre al nacer. Éste, sea porque preside á nuestro nacimiento, sea porque nace con nosotros, ó también porque, desde que somos engendrados, estamos bajo su tutela, es llamado Genio de *genendo*.

«Según antiguos escritores, el Genio y el Lar son la misma cosa; esto es también lo que dijo Granio Flaco, en su libro «De Indigitamentis,» dedicado á César. . . . . .

El Genio, además, es para nosotros un guardián tan asiduo, que no se aleja largo tiempo de nosotros: está con nosotros, desde que nos recibe del seno materno hasta que nos lleva al último día de nuestra vida.»

Horacio, como Tibulo y como Persio, dijo, en la Oda XVII, Libro III:

Cras Genium mero
Curabis et porco bimestri;

y en la Epístola I del Libro II:

Floribus et vino Genium memorem brevis aevi.

Urantur pia tura focis.—Los romanos invocaban á los dioses, y aplacaban sus enojos quemando incien-

so y perfumes. Horacio, en sus Odas, nos da repetidos ejemplos de esta costumbre. En la Oda XXX, Libro I, dice: *et vocantis thure te multo*. En la XVIII del Libro III: «*ara multo fumat odore.*» En las fiestas en que se celebraba el aniversario del nacimiento, se hacía uso también de igual ceremonia. El mismo Tibulo invoca al Genio de Mesala, cuando dice, en la Elegía VII del Libro I: «*tibi dem turis honores.*»

Horacio, en la Oda XI del Libro IV, cuando invita á Filis á celebrar el natal de Mecenas, dijo en hermosísimos versos:

Sordidum flammae trepidant rotantes
Vertice fumum.

Tibulo ha llamado *pio* al incienso, porque al quemarse mueve los dioses á la piedad, como Horacio, en la Oda XXIII del Libro III, y Virgilio, Eneida V, 745, llaman *pio* al *farre* que debe ofrecerse á los Lares y Penates, y Ovidio al vino en la Elegía V de las Tristes. Conington, en su comentario á la Eneida, dice: «*Pio* es un epíteto constante de las cosas que se relacionan con los sacrificios.»

Erróneamente tradujo Valatour *focis* en el hogar; los perfumes y el incienso debían quemarse en las aras donde los votos iban á hacerse.

La traducción hubiera sido correcta en frases, como la de Cicerón en la Oración en defensa de Roscio, VIII

«atque focis patriis diisque penatibus praecipitem, iudices, exturbat.»

Sanctas mollia serta comas.—No sólo los dioses debían acudir con las frentes ceñidas de rosas, pámpanos, yedra, etc., sino también los Genios. El mismo Tibulo, en la Elegía VII del Libro I, dice: que el Genio de Mesala debía concurrir á la fiesta destilando ungüento sus cabellos, la cabeza y el cuello adornados con guirnaldas:

Illius et nitido stillent unguenta capillo
Et capite et collo mollia serta gerat.

Illius puro destillent tempora nardo.—Era costumbre entre los romanos perfumarse los cabellos con ungüento de nardo, y con tal exageración que, como el poeta lo dice, debía escurrir por las sienes.

Cicerón, en la Oración en defensa de Roscio, XLVI, dice: «Ipse vero quemadmodum composito et delibuto capillo passim per forum volitet cum magna caterva togatorum, videtis, iudices.»

Horacio, en la Oda XI del Libro II, dijo tambien:

rosa
Canos odorati capillos
Dum licet, Assiriaque nardo
Potamus uncti?

Los nardos de Siria eran los más estimados por los romanos. Plinio, en el Libro XII, XXVI de la

Historia Natural, dice: «Todos los nardos tienen un perfume grato; pero es mejor el de los más nuevos. El nardo negro es mejor mientras más negro es. Después de éste, en nuestro territorio, ninguno es más alabado que el de Siria; luego, el de las Galias y, en tercer lugar, el de Creta.

Satur libo sit.—Estas tortas, según el mismo Tibulo, Elegía VII, Libro I, eran hechas con pan y miel, y son las mismas de que habla Ovidio, en el Libro III de los Fastos, y que, según él, se ofrecieron á Baco por haber descubierto la miel. Según Virgilio, Égloga VII, estas tortas se ofrecían á Priapo: «Sinum lactis, et haec te liba, Priape, quotannis.»

Ovidio atribuye el origen de la palabra á uno de los nombres de Baco. Fastos, Libro III:

Nomine ab auctoris ducunt libamina nomen.

Varrón le da un origen más genérico: «*Liba,* dice, *quod libandi causa fiunt.*»

Nec tibi gemmarum.— Dice Wunderlich: «Gemmas intelligam margaritas ut apud Propert.» I, XIV, 12.

Flavaque coniugio vincula.—Martinón, siguiendo á Heyne, dice: «era el color de la alegría. . . . . y del matrimonio.» Los comentadores han puesto en olvido el Epitalamio de Julia y Manlio, de Catulo, que, con minuciosos detalles, hace conocer la ceremonia nupcial entre los romanos. Sin duda, *flavum* está tomado aquí por *luteum*.

En las bodas, Himeneo se calza el *luteum soccum*, y lleva el *flameum*, color de llama. Plinio, el naturalista, en el Libro XXI, Capítulo VIII, número 22, á propósito del color amarillo, dice: «Lutei video honorem antiquisimum, in nuptialibus flammeis totum feminis concessum.»

Catulo, en el Epitalamio citado, dice:

Huc veni, niveo gerens
Luteum pede soccum.

Robinson Ellis, en su libro intitulado «A Commentary on Catullus,» pág. 212, dice: «In the Aldobrandini marriage-picture, the head-dress of the bride-groom, the shoes of the bride, the mattress and counterpane of the bed, the footstoll, the towell are all yellow. (Böttiger Aldob. Hochz, pág. 195).

Passerat, en su Comentario de Catulo, explicando el adjetivo *luteus*, dice: «Auctor Festus in Regillis. *Tunicis*, inquit, *albis et reticulis luteis indutae virgenes pridie nuptiarum, ominis causa.*»

Hac venias, natalis, avi prolemque ministres.— Este verso ha dado lugar á muy diversas interpretaciones. Heyne ha seguido la lección de Heinsio; pero Escalígero, de acuerdo con algunos manuscritos, escribió:

Hic veniat Natalis avis.

Baehrens ha escrito; «Haec veniat genialis avis;

prolesque ministret, Ludat ut ante tuos turba novella pedes.» Sin duda es ésta la interpretación más atinada, y la que nosotros hemos procurado seguir en la traducción.

Ante tuos turba novella pedes.—«Non Cerinthi, sed Natalis Genii,» dice Heyne.

LIBRO II.—ELEGÍA III

Esta Elegía es de aquellas que han llegado hasta nosotros en peor estado, y que han sido objeto de mayores adiciones, mutilaciones y cambios.

La primera Aldina, de 1502, siguió á la letra el texto de Bernardo Cileno, y la segunda, de 1515, dejó un vacío después del verso *Ah pereant artes et mollia iura colendi,* y agregó un nuevo hexámetro: *O utinam veteri peragrantes more puellae.*

Antonio Muret, en su edición de 1558, siguió la segunda Aldina, pero suprimió el pentámetro *Et potum pastas ducere fluminibus.*

Escalígero mutiló por completo la Elegía. Suprimió los versos 16 á 19 de la segunda Aldina; los versos 37 á 64 los agregó á los versos 1 á 14 de la Elegía VI, y con el final de ésta formó una VII Elegía, que empieza con el hexámetro *Finirent multi leto mala credula vitam,* y suprimió el verso *Ah pereant artes et mollia iura colendi* y los números 80 á 83.

Todas las ediciones posteriores á la de Escalígero, comprendiendo la de Broukhusio, siguieron su texto, hasta que Vulpio y Heyne volvieron á restablecer el orden de los M. SS.

Heyne suprimió, al igual de Escalígero, los versos 16 á 19; volvió á colocar en su lugar el fragmento incorporado á la Elegía VI, y suprimió los dos siguientes versos:

Ah pereant artes et mollia iura colendi.
O utinam veteri peragrantes more puellae.

Lachmann y Dissen siguieron el texto de Heyne; pero restablecieron los versos 16, 18 y 19 de la segunda Aldina, considerando como espurio el verso 17: *Et potum pastas ducere fluminibus.*

Ernesto Carlos Cristian Bach, en su edición de 1819, siguió el texto de la primera Aldina; suprimiendo los versos 17 y 18 y modificando el orden de la Elegía, puso primero los versos 1 á 36, después los versos 65 á 84 y al final los versos 29 á 64.

El texto de Lachmann y Dissen es el que ha pre-

valecido hasta el presente, y es igual al que nosotros insertamos.

Pavit et Admeti tauros formosus Apollo.—Ligdamo, en la IV de sus Elegías, dijo también:

Me quondam Admeti niveas pavisse iuvencas
Non est in vanum fabula ficta iocum.

Son dos distintas historias las que explican, por qué Apolo hubo de cuidar de los rebaños de Admeto, el famoso rey de Feres de Tesalia, tan célebre por el profundo amor que inspiró á su mujer Alcestes. Una de esas historias refiere que Apolo se consagró por amor al servicio de Admeto, y la otra dice que, cuando fué arrojado del cielo por Júpiter, á causa de haber dado muerte á algunos de los Cíclopes, Admeto lo recibió en su casa. La primera es de origen griego, y la segunda fué más bien obra de los poetas latinos.

Plutarco, en la Vida de Numa, dijo: «Lo que más racionalmente puede admitirse, es que los dioses abrigan alguna amistad por los hombres, y que de esa amistad nace en ellos el sentimiento del amor, que, por su parte, no es sino el cuidado más especial de formar y corregir las costumbres de aquellos á quienes cobran afecto y de hacerlos virtuosos; así es como se puede justificar lo que los poetas cuentan del amor de Apolo por Forbas, por Jacinto, por Admeto, y sobre todo, por Hipólito de Sicione.»

Entre los poetas griegos, Calímaco, en su himno

á Apolo, verso 49, habla del amor de Apolo por Admeto.

Ovidio, en la Heroida V, hace alusión al amor de Apolo:

Ipse repertor opis vaccas pavisse Pheraeas
Fertur et e nostro saucius igne fuit,

y después, en el Libro II de las Metamorfosis, cuando cuenta que Mercurio le ocultó en el fondo de un bosque las vacas de Admeto.

En el Act. I del Hipólito de Séneca, el Coro, hablando de todo aquello de que el Amor es capaz, dice:

Thessali Phoebus pecoris magister
Egit armentum, positoque plectro
Impari tauros calamo vocavit.

Valerio Flaco, en el Libro I de las Argonáuticas, hace referencia á la segunda historia de la servidumbre de Apolo:

Te quoque dant campi tanto pastore Pheraei
Felices, Admete; tuis nam pendit in arvis
Delius, ingrato Steropen quod fuderat arcu;

y de ella hablan también Servio y Probo, comentando el primero el verso 761 del Libro VII de la Eneida, y el segundo el verso 2 del Libro III de las Geórgicas. El pasaje de Tibulo fué imitado por Ovidio en el Arte de Amar, canto II, versos 239 y 240.

Tibulo dijo:

Pavit et Admeti tauros formosus Apollo,

y en el verso 28:

Nempe amor in parva te iubet esse casa;

y Ovidio escribió:

Cynthius Admeti vaccas pavisse Pheraei
Fertur, et in parva delituisse casa.

Quidquid erat medicae vicerat artis Amor.—Apolo, en la leyenda griega, fué considerado como el padre de Asclepios ó de Esculapio, y como tal, llamado el padre de la medicina, porque el calor del sol puede preservarnos de todo género de enfermedades.

Los latinos aceptaron la tradición griega, y por eso Ovidio, en las Metamorfosis, Libro I, 521, dijo:

Inventum medicina meum est; opiferque per orbem
Dicor et herbarum subiecta potentia nobis
Hei mihi! quod nullis amor est medicabilis herbis:
Nec prosum domino, quae prosunt omnibus artes.

En la Heroida V dijo también el mismo Ovidio:

Me miseram, quod amor non est medicabilis herbis
Deficior prudens artis ab arte mea.

Dicitur occurrens erubuisse soror.—La hermana

de Apolo, hija como él de Latona y de Júpiter, fué Diana, la Artemis de los griegos. Según los Himnos Homéricos, Diana no nació en Delos al mismo tiempo que Apolo, sino en la Ortigia, y Teognis y Calímaco hablan de Delos como si allí hubiese nacido Apolo únicamente; pero Píndaro y Arriano dan otra versión, conforme á la cuál, Apolo y Diana fueron gemelos y Latona los dió á luz á los dos en Delos, bajo de un olivo.

Respecto de Diana, Catulo dijo, XXXIV, 5 á 8:

> O Latonia, maximi
> Magna progenis Iovis,
> Quam mater prope Deliam
> Deposivit olivam.

Diana era para los griegos la diosa de los montes «montium domina,» y para los romanos más bien la diosa de los bosques; «silvarun potens,» como la llamó Horacio en el Carmen Secular, ó «nemorum cultrix,» como la llamó Virgilio en la Eneida, Libro IX, 557.

Servio dijo por eso en su Comentario á las Geórgicas, III, 332: «Omnis quercus Iovi est consecrata, et omnis lucus Dianae.»

Diana fué también identificada con Juno Lucina, como Ilitia con Artemis.

Catulo dijo: «Tu Lucina dolentibus Iuno dicta puerperis,» y Horacio: «Virgo, quae laborantes utero puellas ter vocata audes.»

Varrón, en su Tratado de la Lengua Latina, verso 69: «Quae (Diana) ideo quoque videtur ab Latinis Iuno Lucina dicta vel quod et ea terra, ut Physici dicunt, et lucet; vel quod ab luce eius qua quis conceptus est usque ad eam qua partua quis in lucem, luna iuvat, donec mensibus actis produxit in lucem ficta a iuvando et luce Iuno Lucina: a quo parientes eam invocant, luna enim nascentium dux quod menses huius.»

Cicerón, todavía en su libro De Natura Deorum, II, 67, agregó: «Dianam et Lunam eandem esse putant. . . . quia Luna a lucendo nominata sit; eadem est enim Lucina. Itaque ut apud Graecos Dianam eamque Luciferam, sic apud nos Iunonem Lucinam in pariendo invocant, quae eadem Diana omnivaga dicitur.»

Diana era llamada *Titianis Trivia,* porque, como dijo Macrobio, Saturnales, I, 9, 6: «Dianae ut Triviae viarum omnium tribuunt potestatem.»

Varrón, Lengua Latina, VII, 16: «Titanis Trivia Diana est, ab eo dicta Trivia, quod in trivio ponitur fere in oppidis Graecis, vel quod luna dicitur esse, quae in caelo tribus viis movetur in altitudinem et latitudinem et longitudinem.»

Ligdamo llamó á Diana Latonia Luna, esto es, Luna, hija de Latona, en la Elegía IV, Libro III, de las Seudo-Tibulianas.

En las Notas á la Elegía IV del Libro I, hemos hecho constar que Dictynna era otro de los nombres

de Diana, y que ese nombre le fué dado, tanto por Tibulo mismo, como por Ovidio en las Metamorfosis y los Fastos, y por Estacio en la Tebaida.

Quos admirata est ipsa noverca prius.—Juno, la esposa legítima de Júpiter, es llamada madrastra de Apolo y de Diana. Sabido es que Juno jamás llegó á dar muestras de afecto á los hijos bastardos de Júpiter, y, sin embargo, es de notar que fué tal la belleza de la cabellera de Apolo, que hasta su misma madrastra la admiró.

Delos ubi nunc, Phoebe tua est, ubi Delphica Pytho.—Delos es una isla que pertenece á las Cicladas. Estrabón, en el Libro X de su Geografía, dice que, á pesar de su pequeñez, Delos, desde la más remota antigüedad y á partir de los tiempos heroicos, ha sido muy honrada, á causa de las divinidades Apolo y Diana; pues según los mitólogos, Latona dió allí á luz á Apolo y á Diana. Píndaro refiere que en otro tiempo, Delos flotaba á merced de las olas y de los vientos; pero que, apenas hubo llegado á ella la hija de Zeus, estimulada por los dolores del parto, cuando súbitamente se elevaron del fondo del abismo, y sobre sólidos cimientos, cuatro columnas, que para siempre fijaron en su lugar la áspera roca, donde la feliz progenie salió del seno maternal.

Cicerón, en el 1.º y 5.º discursos, párrafos XVIII y LXXII, pronunciados durante la segunda acción contra Verres, habla de los robos sagrados cometidos

por éste en Delos, pues despojó el célebre templo de Apolo de las estatuas de Latona, Diana y Apolo.

Delfos era una ciudad de la Fócida, según Pausanias, tomo V, pág. 293 y siguientes, que, construida por Parnaso, tomó su nombre de Delphus, hijo; según unos, de Apolo y de Celeno, hija de Hyamus, y según otros, de Apolo y de Thyia, que fué la primera sacerdotiza de Baco que celebró las orgías de este dios; ó de Apolo y Melené, hija de Cefiso.

Según el mismo Pausanias, los habitantes de los alrededores le dieron á la ciudad el nombre de Pytho, además del de Delfos. Dicen algunos escritores que Pythos era hijo de Delfos, y que en la época en que fué rey de esta ciudad le dió su nombre. Sin embargo, la tradición más digna de crédito es que Delfos tomó ese nombre por haber matado allí Apolo, á flechazos, á Pytho, á quien los poetas consideran como una gran serpiente que la Tierra había consagrado para cuidar su oráculo. Se dice también que Crio, que reinaba en la Eubea, tenía un hijo muy perverso que robó el templo de Apolo, y que, como pretendió atacar á Delfos, por segunda vez los habitantes de la ciudad le suplicaron á Apolo que apartase de ellos los males que los amenazaban, y Temondé, que era entonces la profetiza, les respondió: «Febo lanzará una flecha contra el bandido que infesta el Parnaso; los Cretenses lo purificarán de esta muerte, y su renombre no perecerá nunca.»

At mihi laeta trahant Samiae convivia testae.— Samos era una isla situada no lejos de las costas de Jonia y opuesta á Éfeso, famosa por sus utensilios de barro.

Plinio el Naturalista, en el Libro XXXV, Capítulo XLVI, dijo: «Maior pars hominum terrenis utitur vasis; Samia etiamnum in esculentis landantur.»

Fictaque Cumana lubrica terra rota.—Cumas fué una antigua ciudad de la costa de Campania, la cual llegó á ser célebre en la época de Augusto por sus utensilios hechos con barro rojo, como siempre lo había sido por el lino que producía, y que se empleaba, por su resistencia, para fabricar redes de caza.

Plinio, en el Libro XXXV, 42, habla del cemento de Cumas, que se mezclaba á la tierra de las colinas de Pouzzole para formar una piedra que no podía atacar el agua del mar, y en el Libro XIX, 2, se refiere al lino, haciendo notar que, á pesar de ser tan fino, era por extremo resistente, pues cuerdas que pasaban por un anillo se usaban para coger jabalíes.

Horacio habla del barro de Cumas, cuando en la Sátira VI del Libro I, y en la III del Libro II, dijo:

adstat echinus
Vilis, cum patera guttus, Campana supellex.

Campana solitus trulla vappamque profestis.

Marcial, en su epigrama 114, del Libro XIV, dijo:

Hanc tibi Cumano rubicundam pulvere testam,
Municipem misit casta Sibylla suam.

Illa gerat vestes tenues, quas femina Coa texuit. —Cos fué una pequeña isla del mar Egeo, famosa por las telas transparentes que allí se tejían, y que eran el encanto de las mujeres elegantes de Roma.

La isla recibió diversos nombres: Merope, según varios autores; Cea, según Estafilo; Meropis, según Dionisio, y después, Ninfea.

Plinio explica el origen de las telas de Cos, en los siguientes términos:

«Hay otra oruga, cuyo origen es distinto; proviene de un gusano grande, que tiene dos cuernecillos prominentes, y que primero se convierte en oruga, después en lo que se llama *bombylius;* de allí en *necydalus,* y á los seis meses en *bombyx* ó gusano de seda. A la manera de las arañas, estos animales forman una tela, con la cual se hace un vestido lujoso para las mujeres, que se llama *bomby·ina.* El arte de hilar y tejer esta tela fué primero inventado en la isla de Cos por Pánfila, hija de Latona, á quien no debe privarse de la gloria de haber escogitado un vestido, con el cual las mujeres fuesen como desnudas.»

Solis et admotis inficit ignis equis.—Este hermoso verso recuerda el de Propercio, en la Elegía XIII, del Libro III, verso 16: *Quos Aurora suis rubra colorat equis.*

Africa puniceum purpureumque Tyros.—La púrpura fué un color que estuvo muy en boga en la antigüedad. Los romanos, en su principio, según Cornelio Nepote, usaban una púrpura violácea de Tarento, que costaba 100 dineros la libra, y más tarde fué reemplazada por la púrpura de Tiro, extraída del *murex*, y cuyo costo era diez veces mayor. El primero que tiñó la pretexta con esta púrpura, y tuvo que sufrir las críticas que se le hicieron, fué P. Lentulo Espinter, edil curul.

El color *puniceus* se producía en las costas de África, y era de origen vegetal y no animal, como la púrpura de Tiro, pues se extraía del «quercus coccifera» y se formaba el coccus ó kermes vegetal, como lo llamaron los Árabes.

Los poetas latinos cuidaron siempre de distinguir las dos variedades de púrpura.

Lucrecio, antes que Tibulo, había dicho, II, 833:

> Ut fit, ubi in parvas parteis discrepitur aurum
> Purpura, puniceusque color clarissimo multo.

Barbara Gypsatos ferre catasta pedes.—Los esclavos, que eran importados del extranjero, se vendían en Roma con los pies blanqueados con creta.

Plinio, en el Libro XXXV, 58, dice: «Est et vilissima (creta) qua circum praeducere ad victoriae notam pedesque venalitiorum trans mare advectorum denotare instituerunt maiores.»

Por eso Juvenal dijo, I, III:

> Nuper in hanc urbem predibus qui venerat albis.

Et tu, Bacche tener, iucundae consilor uvae.— Baco, como dice Broukhusio, ha sido casi siempre pintado por los artistas como enormemente obeso y con un ombligo saliente, á pesar de que los antiguos hicieron de él un joven tierno, grácil y de rostro infantil. Esto explica el epíteto *tener,* que emplea Tibulo al hablar de Baco, y lo que de él dijo Ovidio, en el Libro IV de las Metamorfosis, 17:

> tibi enim inconsumpta iuventa est
> tu puer aeternus, tu formosissimus alto
> conspiceris caelo, tibi, cum sine cornibus adstas,
> virgineum caput est.

Heu miserum, laxam quid iuvam esse togam.— Ya hemos hablado en el comentario de la Elegía VI del Libro I, de las togas de pliegues amplios y flotantes, que llevaban en Roma los jóvenes elegantes.

LIBRO II.—ELEGÍA IV.

Esta Elegía es una de las muy pocas que escaparon á los cambios y trasposiciones que Escalígero introdujo, y tal vez por eso, los demás que han colacionado los M. SS. de Tibulo han respetado el orden establecido por ellos. Esta Elegía se distingue de todas las demás, por el cambio de sentimientos de que Tibulo da muestra, pues si como un esclavo execra la servidumbre dura en que se encuentra, acaba por perdonar la avaricia de Nemesis, causa y razón de su cautiverio. Esta Elegía, más que otra cualquiera, justifica el elogio que de Tibulo hizo Juan Bautista Pío:

«Princeps elegorum poetarum est dubio procul Al. Tibullus, quia vere amantem agit. Modo superbit, modo supplicat; annuit, renuit; minatur, intercedit; dedignatur, devovet, orat; inconstans est, quod voluit non vult, quod optavit, refugit; secum dissidens, ut in vera Cupidinis rota circumagi credas.»

Nunc et amara dies et noctis amarior umbra est. —No se ha podido expresar mejor cuán acerbos son los dolores que engendra la ingratitud; si amargos son los días, más amargas aún son las noches.

Ovidio, en la Heroida XIII, verso 104 y siguientes, dijo:

Tu mihi luce dolor, tu mihi nocte, veni;
Nocte tamen, quam luce magis.

Propercio, en la Elegía I del Libro I, 33, dijo también:

In me nostra Venus noctes exercet amaras.

Illa cava pretium flagitat usque manu.—Tibulo ha querido dar una idea de la avaricia de Nemesis, y no se conformó con decir que no daba oído á sus canciones de amor, sino que siempre ofrecía su mano ahuecada, como para recibir el mayor precio posible.

Propercio, en la Elegía V del Libro IV, versos 54 y siguientes, expresó esta misma idea:

Aurum spectato, non quae manus adferat aurum.
Versibus auditis quid nisi verba feres?
Qui versus, Coae dederit nec munera vestis,
Istius tibi sit surda sine aere lyra.

O pereat quicumque legit virides smaragdos.—Ya antes, en la Elegía I del Libro I, había emitido Tibulo la misma idea, cuando dijo: «O quantum est auri pereat potiusque smaragdi.»

Los antiguos simbolizaban la riqueza en las piedras preciosas, y si estimaban, según Plinio, que el

diamante era entre todas las cosas humanas la que alcanzaba mayor precio, y después las perlas de la India y de la Arabia, el tercer lugar correspondía á las esmeraldas. Explicando el mismo Plinio la razón de la preferencia que se daba á la esmeralda, dice: «Nullius coloris aspectus iucundior est. Nam herbas quoque virentes frondesque avide spectamus: smaragdos vero tanto libentius, quoniam nihil omnino viridius comparatum illis viret.»

Et e rubro lucida concha mari.—Tibulo se refiere á las perlas del mar Rojo, que eran consideradas como las mejores: «Et in candore ipso magna diferentia: clarior in rubro mari repertis.» En la Elegía II á Sulpicia, del Libro IV de las seudo-tibulianas, el epíteto *ruber* se aplica á las costas del mar Rojo, al hablar también de las perlas que allí se recogían:

Et quascumque niger rubro de litore gemmas
proximus Eois colligit Indus aquis.

El lujo de las romanas había hecho de las perlas uno de los principales objetos de adorno, y no sólo las llevaban en las manos y en las orejas, sino también en el calzado.

Plinio, Libro IX, LVI, cuenta lo siguiente:

«Hos digitis suspendere, et binos ac ternos auribus, feminarum gloria est. Subeunt luxuriae eius nomina, et taedia, exquisita perdito nepotatu: siquidem quum id fecere, crotalia appellant, seu sono quo-

que gaudeant et collisu ipso margaritarum: affectantque iam et pauperes, lictorem feminae in publico unionem esse dictitantes. Quin et pedibus nec crepidarum tantum obstragulis, sed totis socculis addunt: neque enim gestare iam margaritas, nisi calcent, ac per uniones etiam ambulent, satis est.»

Et canis ipse tacet.—Nada puede dar mejor idea del poder del oro; porque no sólo el guardián puede ser fácilmente vencido y pueden quedar abiertas todas las puertas, sino que el perro mismo calla.

Mr. Walter K. Kelly, en su traducción de Tibulo, cita con este motivo un conocido epigrama, aunque sin dar el nombre del autor, que no fué otro sino J. du Bellay, y que se refiere á un perro que, si sabía ladrar á los ladrones, era mudo para con los amantes, porque de ese modo agradaba á su amo y á su dueña:

Latratu fures excepi, mutus amantes:
Sic placui domino, sic placui dominae.

Ite sub imperium sub titulumque, Lares.—Estas expresiones jurídicas se refieren á la venta de los bienes de un deudor insolvente, que podía ser exigida por el acreedor, y los cuales bienes quedaban á disposición del pretor y se inscribían en la lista de las propiedades destinadas á la venta. Se llamaba *titulus* al anuncio de la venta.

Quidquid habet Circe, quidquid Medea veneni.—Nadie puede ignorar la historia de Circe, la terrible

hechicera, hija del Día y de la Noche, ó sea del Sol y de la Luna.

Según Diodoro de Sicilia, Libro IV, XLV, Circe fué hija de Hécate y de Etes, y hermana de Medea: «Circe, dice, consagrada al estudio de los venenos de toda especie, descubrió diversas raíces y sus increíbles propiedades. Aprendió de Hécate, su madre, muchos secretos; pero tal vez descubrió más debido á su propia sagacidad, pues no le cedía á nadie en el arte de preparar venenos. Como fué dada en matrimonio al rey de los Sarmatas, que algunos llaman Escitas, envenenó á su marido, se apoderó en seguida de su corona y trató á sus súbditos con crueldad excesiva. Debido á esto fué arrojada del reino, y según la opinión de algunos mitólogos, se refugió del lado del Océano y se estableció en una isla desierta, con las mujeres que en su fuga la acompañaron, y según algunos historiadores, fué á habitar un promontorio de Italia, que lleva hoy el nombre de «*Circeum.*»

Á pesar de que Virgilio dijo en la Égloga VIII: *Carminibus Circe socios mutavit Ulixi,* es muy conocido el episodio que Homero refiere en el Canto X de la Odisea, quien dice que la hechicera Circe mezcló con vino de Pramnios, queso, harina y miel dulce, y poniéndole al pan algunos venenos, se los dió á tomar á los compañeros de Ulises y los convirtió en cerdos.

En el Canto XIV de las Metamorfosis de Ovidio, la misma Circe, enamorada de Glauco, convierte á Scila, á quien él había preferido, en un monstruo marino, vertiendo con sus venenos gérmenes horribles en el fondo del mar, donde ella se complacía en hallar dulce reposo.

Et herbarum Thessala terra gerit.—Las tierras de Tesalia, como las del Ponto de que habla Virgilio en la Égloga VIII, tenían entre los poetas la reputación de poseer todas las hierbas que se usaban para los encantamientos.

Por eso Lucano, en la Farsalia, Canto VI, verso 458, dijo:

> Thessala quin etiam tellus herbasque nocentes
> Rupibus ingenuit.

Hippomanes cupidae stillat ab inguine equae.—Tanto los poetas como los críticos han tenido varias opiniones acerca de este misterioso ingrediente, de que hacían uso las hechiceras cuando querían inspirar una pasión violenta y amorosa.

Aristóteles y Píndaro, en su Idilio II, verso 48, mencionan con el nombre de hipomanes una planta que se usaba mucho en los encantamientos, y cuyo olor volvía locos á los que lo aspiraban.

Según Plinio, VIII, es una substancia que el pollino trae al nacer en la frente, del tamaño de un hi-

go y de un color negro, y que la madre misma devora después de haber parido.

Según Tibulo, es el humor que destilan las yeguas en brama, opinión que compartió Propercio cuando dijo, IV, 5, 18: «Hippomanes fetae semina legit equae,» y además Virgilio, cuando dijo en las Geórgicas, III, 280 y 281:

Hic demum hippomanes vero quod nomine dicunt
Pastores, lentum destillat ab inguine virus;
Hippomanes, quod saepe malae legere novercae,
Miscueruntque herbas et non innoxia verba.

Juvenal, hablando de los excesos de la mujer de Claudio, dice:

Hippomanes carmenque loquar, coitumque venenum,
Privignoque datum?

LIBRO II.—ELEGÍA V.

Tibulo escribió esta Elegía para celebrar el nombramiento de uno de los hijos de Mesala, tal vez el

mayor, Marco Valerio Mesalino, como miembro del colegio de los Quindecemviros, á quienes estaba confiada la custodia de los libros Sibilinos.

M. Valerio Mesala tuvo dos hijos: M. Valerio Mesalino, que fué Cónsul en unión de Cn. Cornelio Lentulo, y Lucio, que también fué Cónsul en unión de Cn. Cornelio Cinna Magnus. Acerca del primero habla Tácito en sus Anales en términos lisonjeros: «Valerius Messalinus cui parens Messalla, ineratque imago paternae facundiae,» y el segundo, que se llamó L. Aurelio Cotta Voluso, por haber sido adoptado por la familia Aurelia y que más tarde, muerto su hermano, se llamó también Mesalino y que fué el amigo de Ovidio, á quien éste dirigió dos de sus cartas escritas en el Ponto.

Novus ingreditur tua templa sacerdos.—El templo de Apolo, donde Mesalino entra, no puede ser otro que el que según Suetonio (Vida de Octavio, 29) y Dion Casio, LIII, I, Augusto dedicó el año de Roma 726 en honor de Apolo, sobre el Palatino, para conmemorar la victoria de Accio.

Después que Augusto mandó quemar todos los libros de profecías que no gozaban de gran autoridad, trató de conservar los versos Sibilinos, que se habían llevado á Roma después del incendio del templo de Júpiter Capitolino, é hizo que se colocaran en dos cajas de oro en el templo del Palatino.

El número de las personas á quienes en su origen

se confió la guarda de los Libros Sibilinos, fué de dos: *duumviri sacrorum* ó *duumviri libris adeundis*, y por virtud de un edicto de los tribunales, se elevó á diez en el año de 368 (A. de C.), y á quince durante la dictadura de Sila.

Qualem te memorant Saturno rege fugato.—Los poetas latinos quisieron identificar á Saturno con Kronos. Kronos, en la mitología griega, fué el más joven y el jefe de los Titanes, quienes, después de haber vencido y mutilado á su padre Urano, fueron á su vez vencidos por sus hijos, los Kronidas, encabezados por Zeus. Zeus y los Kronidas, para reinar, tuvieron que sostener tres luchas terribles: la primera contra los Gigantes, la segunda contra el monstruo Tifón y la tercera contra Aloidas, Oto y Efialtes.

Horacio, en las Odas I y IV del Libro III, habla tan sólo de la primera y de la segunda de estas luchas, y Tibulo en esta Elegía, y Séneca en la tragedia Agamenón, se refieren á las victorias obtenidas contra Kronos y los Titanes.

Saturno, entre los pueblos del Lacio, tal como lo presenta Virgilio en la Eneida, Libro VIII, versos 314 á 355, no hab'a sido más que el dios de la agricultura, el que enseñó al hombre á arar la tierra, y quien se estableció á las orillas del Tiber, en la colina llamada Saturnia.

Victori laudes concinuisse Iovi.—Tibulo representa á Apolo cantando la victoria de Júpiter contra

los Gigantes, y así hablaron de él también Horacio, en la Oda IV del Libro II ya citada, y Séneca, en Agamenón.

Tibi deditus augur . . . .—Á partir de este verso, enumera Tibulo las cuatro diversas especies de vati cinios: *augurium, sortes, haruspicina* y *libri Sibyllini,* esto es, el vuelo de las aves, las suertes, las entrañas de las víctimas y los Libros Sibilinos.

Mr. Martinón censura á Heyne que hubiera tomado *sortes* en el sentido de oráculo; porque esa palabra no puede tener otro significado que el que tiene en la Elegía III del Libro I: *Illa sacras pueri sortes ter sustulit.*

Mr. Martinón no está en lo justo, y su error consiste en creer, y esto no es verdad, que las únicas *sortes* eran las Prenestinas, que eran las más célebres, y de las que habla Cicerón en su tratado De Divinatione, Libro II, Capítulo XLI. Las *sortes* eran oráculos que se tomaban escritos sobre tablitas en los templos de alguna divinidad, como en el de la *Fortuna Primigenia,* y que un muchacho escogía echando la suerte. Cuando alguien quería consultar á la divinidad del templo, comenzaba por ganarse su buena voluntad por medio de dones ó sacrificios; el muchacho mezclaba las *sortes* y después extraía una. Así cuenta Suetonio que Tiberio, *sorte tracta,* interrogó al oráculo de Gerión, cerca de Padua. Por otra parte, Mommsen dice que se han encontrado muchas

tablitas de bronce que se empleaban como *sortes,* y en las cuales los oráculos estaban escritos en hexámetros como los siguientes:

«laetus lubens petito: dabitur, gaudebis semper
«de incerto certa ne fiant si sapis caveas.»

Te duce Romanos numquam frustata Sibylla.—Las Sibilas eran sacerdotizas de Apolo, y parece que el número de esas profetizas fué grande. Según Varrón eran diez, y á lo que parece hizo dos Sibilas de una sola. Tibulo, en esta Elegía, lo mismo que Virgilio, Eneida III, verso 441, han confundido á la Sibila de Eritrea con la de Cumas, atribuyéndole á ésta los consejos dados á Eneas.

Dionisio de Halicarnaso, en sus Antigüedades Romanas, dice que fué la Sibila de Eritrea la que aconsejó á Eneas que hiciese velas hacia el Occidente, y le dió la predicción relativa al término de sus viajes. Según Heyne, en su *Excursus V* al Libro VI de la Eneida, el error provino sin duda de que la Sibila de Eritrea, llamada así por la ciudad de Eritres de la Jonia, fué llamada también Cumana por la ciudad de Cyma ó Cume, situada en la Eolia; pero es preciso no poner en olvido que la Sibila de Cumas de la Campania, la que vendió á Tarquino Prisco según unos, ó Tarquino el Soberbio según otros, los *Fata urbis Romae,* fué mucho menos antigua.

Dicitur et raptos sustinuisse Lares.—Dos veces

en esta Elegía confunde Tibulo los Lares con los Penates, cuando repite: «*Iam vocat errantes hospita terra Lares.*» En esta confusión no incurrió Virgilio cuando dijo, Eneida, Libro I, 68: *Illium in Italiam portans victosque Penates;* en la Eneida, Libro I, verso 378: *Sum pius Æneas raptos qui ex hoste Penates,* y cuando repitió en el Libro II, verso 293: *Sacra suosque tibi conmendat Troia Penates.* Los Lares eran los dioses del hogar y de la familia, y los Penates eran los dioses del país.

Sin embargo, son muchos los escritores que han ignorado la diferencia entre los Lares y los Penates. Dionisio de Halicarnaso, en su obra ya citada, Libro I, Capítulo XV, XI, dice: «Estos dioses eran llamados Penates por los romanos, y en Grecia, interpretando su nombre, se les llamaba dioses paternales, ó tutelares, dioses natales, porque presidían el nacimiento, ó de las posesiones ó del interior de las casas, ó dioses secretos y ocultos. Otros todavía los llaman dioses del hogar ó defensores. Parece que no les han dado todos estos nombres sino para señalar sus diferentes cualidades ó propiedades, ó lo que es lo mismo, que se puede decir que no han expresado más que la misma cosa, bajo diversos nombres.»

Sed tunc pascebant herbosa Palatia vaccae.—Ovidio imitó este pasaje en el Libro I, versos 943 y 43 de los Fastos, cuando dijo:

Hic ubi nunc Roma est, incaedua silva virebat,
Tantaque res paucis pascua bubus erat.

Palatia es el Monte Palatino, como *Iovis arce* es el Capitolio.

At qua Velabri regio patet.—El Velabro era una llanura situada al pie del Aventino, entre el Capitolio y el Palatino, que los desbordamientos del Tiber inundaban con frecuencia, y sobre la cual, sólo podía pasarse en un pequeño bote ó barco. Esta llanura fué desecada cuando los reyes construyeron las cloacas de la ciudad. Debido á esta circunstancia, las aguas del Velabro fueron llamadas «*urbanas*» por Propercio, V, 9, 16, «*nauta per urbanas velificabat aquas,*» y Ovidio decía, Fastos, VI, 405 y 406: «*Qua Velabra solent in circum ducere pompas nil praeter salices cassaque canna fuit.*»

Varrón, en su Tratado de la Lengua Latina, V, 43 y 44, explicando el origen del nombre Aventino, dice: «Ego maxime puto, quod ab advectu; nam olim paludibus mons erat ab reliquis disclusus, itaque eo ex urbe advehebantur ratibus: quoius vestigia, quod ea, quatum vehebantur, etiam nunc dicitur *Velabrum,* et unde escendebant, ad infumam novam viam locus sacellum Velabrum.» «*Velabrum* a rehendo.»

Iam tibi Laurentes adsignat Iuppiter agros.—El poeta habla del desembarco de los Troyanos en Laurento, ciudad del litoral situada entre Ostia y Lavinio.

Al hablar Dionisio de Halicarnaso del término del viaje de Eneas, en el Capítulo XI, XXII, dice: «En fin, llegaron á Laurento, en Italia, y allí levantaron unos parapetos, como si allí fuese el fin de su viaje. El lugar donde ellos acamparon, recibió desde entonces el nombre de Troya. Está este lugar á cuatro estadios del mar.»

Illic sanctus eris cum te veneranda Numici unda. —El Numico ó Numicio, era un riachuelo que corresponde al río de Turno ó al Torto. Era un río consagrado á Vesta y á los dioses Penates de Lavinio. Como en las aguas de ese río se ha purificado Eneas de toda mancha mortal hasta hacerse un dios, ó subir directamente al cielo, Ovidio pudo decir en sus Metamorfosis, XIV, 602: «Quidquid in Aenea fuerat mortale, repurgat, et respersit aquis.»

Á la orilla del Numicio se levantó un pequeño templo donde Eneas era adorado bajo el nombre de *pater* ó *Iuppiter Indiges.*

Según Tito Livio, Libro I, II, Eneas fué sepultado á orillas del Numicio, y se le llamó *Iuppiter Indiges.*

«Situs est, quemcumque eum dici ius fasque est super Numicium flumen, Iovem Indigetem appellant.»

Ecce mihi lucent Rutulis incendia castris.—Los comentadores no han podido explicarse lo que Tibulo quiso decir en este pasaje, cuando la Sibila refiere

que ve un incendio en el campamento de los Rútulos. Algunos han recordado la leyenda, según la cual, las naves de los Troyanos fueron incendiadas por Turno; pero entonces suponen que la Sibila debió ver las antorchas de los que iban á incendiar dichas naves; pero no un incendio en el campamento de los Rútulos; y otros, como Heyne, suponen que el poeta alude á una antigua tradición, perdida hoy, conforme á la cual, Eneas hubiera provocado un incendio en los campamentos de los Rútulos.

Iam tibi praedico, barbare Turne, necem.—Según la tradición, que Tibulo acepta, Turno fué matado por el mismo Eneas; pero no es esto lo que refieren Tito Livio, I, II, y Dionisio de Halicarnaso, pues según ellos, Turno se refugia cerca de Mizencio, rey de Ceres, para combatir junto contra los Troyanos.

Ante oculos Laurens Castrum.—La Ciudad fundada por Eneas, como ya se dice, se llamó Troya; pero Tibulo, lo mismo que Virgilio, la designan con el nombre de *Laurens Castrum.* Virgilio, en la Eneida, Libro X, verso 635, dijo: «et Laurentia castra petivit.» Fundándose en esta designación, Servio, comentando el pasaje del Libro IX de la Eneida, verso 8, en el cual llama simplemente *«urbs,»* como lo hicieron después en el verso 48 del propio Libro, dice: «hunc «Castrum Laurens» ait dici Varro.»

Murusque Lavini est Albaque ab Ascanio condita longa, duce.—Lavinio fué la ciudad fundada por

Eneas después de su unión con Latino. Según Tito Livio, Libro I, I, se le dió ese nombre á la ciudad, porque era el de la hija de Latino, con quien Eneas se casó; pero Dionisio de Halicarnaso, Libro I, Capítulo XIII, XIII, agrega, que algunos mitólogos griegos, creen que su nombre lo tomó de la hija de Anio, rey de Delos, llamada también Lavina, y la cual, habiendo muerto de enfermedad durante la fundación de la ciudad, fué enterrada en el mismo lugar en que había estado enferma, de suerte que la ciudad le sirvió de tumba y de monumento.

Albalonga, según Tito Livio, Libro I, III, y Dionisio de Halicarnaso, Libro I, Capítulo XV, fué fundada por Ascanio, treinta años después de Lavinio, y debió su nombre al hecho de haber sido construida al pie del monte Albano, y á lo largo del flanco de la montaña.

Según otra tradición, á la que alude Virgilio, Eneida, Libro III, 390 y siguientes, fué el mismo Eneas el fundador de Albalonga, refiriéndose á la leyenda de los treinta cerdos que le indicaron el lugar donde debía construir la ciudad. Véase Servio en el comentario relativo al pasaje de Virgilio ya citado.

Marte platicura sacerdos Ilia.—Ilia, es Rhea Silvia, la hija de Numitor. Es muy conocida la tradición que refiere Tito Livio, Libro I, III y IV, según la cual, Amulio, hermano menor de Numitor, después de haberlo despojado del reino, quiso evitar que tuviera

sucesión, obligando á Rhea Silvia á hacerse sacerdotiza de Vesta, sin lograr obtenerlo, porque ésta, violada por Marte, dió á luz á Rómulo y á Remo.

Quidquid Amalthea, quidquid Marpesia dixit Herophile.—En la obra, «Selections from Tibullus and Propertius,» de George Gilbert Ramsay, Oxford, 1887, se ha dado la siguiente explicación, que es, sin duda, la mejor de todas las que han presentado los comentadores, con motivo de la enumeración que hizo Tibulo de las profecías de todas las Sibilas. «Estos versos presentan muchas dificultades, y el texto ha sido amoldado de diferentes maneras por diversos editores. El significado general del pasaje es bastante claro. Después de concluir la profecía de la Sibila, que predijo á Eneas grandes fortunas para su posteridad, el poeta continúa: «Otras Sibilas, es cierto, predijeron la aparición de terribles calamidades, y estos prodigios ya se habían puesto de manifiesto; pero Apolo evitará todas estas calamidades en los tiempos por venir. Algunas de estas profetizas se enumeran en estos versos, en los cuales, Tibulo parece haber tomado á la ventura nombres muy conocidos, sin investigar su origen ó sus relaciones entre sí. Amalthea es en Varron la *Sybilla Cumana,* quien dice, es llamada por otros Herofile ó Demofile. Á su vez Herofile, en Pausanias, es la *Sybilla Erythrea,* y él cita varios versos que se dicen compuestos por ella, en los cuales declara que nació en Marpeso, ciudad de la cual, agrega

Pausanias, existían algunas huellas en su tiempo sobre el monte Ida, en Frigia.

Ninguna otra antigua autoridad, sin embargo, menciona ningún *Marpeso* al hablar de la Frigia, mientras que Estéfano Bizantino, Suidas y otros colocan un *Mermessus* en dicha región. Debido á esto, Salmasio cambia *Marpeso* en *Mermesso*, y lee *Mermessia* en Tibulo en vez de *Marpessia*. Pero ya sea que adoptemos *Mermessia* ó *Marpessia*, debe tomarse como un epíteto de Herofile y la puntuación de Huschke:

Quidquid Amalthea, quidquid Mermessia dixit,
Herophile Phoebo grataque quod monuit,

por medio de la cual Mermessia parece indicar un personaje distinto de Herofile, es inaceptable. Del otro lado, si colocamos la coma después de Herofile, como está en nuestro texto, las palabras *Phoebo grataque quod monuit* están aisladas sin ningún nombre al cual *grata* pueda referirse. Algunos críticos, debido á esto, han supuesto que *Phoebo* había sido sustituido por algún copista ignorante por el nombre de alguna Sibila, y Voss ha indicado cambiarlo por *Demo*, quien, según Hyperochus, fué la *Cumana*, mientras que Lachmann conjetura *Phaeto Graiaque* y Huschke *Phyto*, quien según Suidas es la Sibila de Samos. Hiller lee *Phyto Graia quod admonuit*. En Catulo,

LXVI, 58, el M. S. dice: *Gratia*, y Lachmann restauró *Graia*.

El verso siguiente, si de acuerdo con los mejores M. SS., leemos «*Albana. . . Tiberis*, resulta ininteligible. La descripción dada por Varron de las diez Sibilas, parece darnos la clave que nos ha de servir de guía. *Deciman Tiburtem, nomine Albumeam; quae Tiburi colitur, ut dea, iuxta ripas amnis Anienis; cuius in gurgite simulacrum eius inventum esse dicitur, tenens in manu librum. Cuius sacra* (algunos M. SS. dicen *sortes) senatus in Capitolium transtulerit.*

De esto toma pie Escalígero para conjeturar «*Albuna*» en lugar de «*Albana*,» aunque es preferible *Aniana* (esto es Aniena) *Tiburs*, que aparece en algún M. S. italiano.

Ipsum etiam solem defectum lumine vidit.—Tibulo, como Servio, se refieren á un eclipse que creen tuvo lugar después de la muerte de César, debido al cual el sol se mantuvo opaco durante casi todo un año. La verdad es que se notó una cierta diminución de la luz solar, como lo dicen los siguientes testimonios.

Plinio en su H. N., Lib. II, XXX, dice: «fiunt prodigiose et longiores solis defectus, qualis occiso dictatore Caesare et Antoniano bello, totius paene anni pallore continuo.»

Dion Casio, XLV, XVII, agrega á los muchos prodigios que enumera: «La luz del sol pareció disminuir

y extinguirse y presentar después la apariencia de tres círculos, de los cuales uno estaba rodeado de una corona de espigas inflamadas.»

Plutarco, Vida de César, XVII, habla también de la palidez del sol en aquel año.

Virgilio dijo en las Geórgicas, Lib. I, versos 467 y 468.

Cum caput obscura nitidum ferrugine texit,
Impiaque aeternam timuerunt saecula noctem.

Según G. Hofmann, en su Tratado sobre los antiguos eclipses (Trieste, 1884), no hubo ningún eclipse de sol visible en Italia el año 44 antes de Jesucristo. Thomas Keightley compara el fenómeno con el que tuvo lugar en 1783 cuando la Calabria fué desvastada por terremotos y erupciones y la atmósfera de toda la región se obscureció.

LIBRO II.—ELEGÍA VI.

Escalígero hizo de esta Elegía las VI y VII del Libro II, agregando para formar la VI, después del verso 14, los números 33 á 60 de la Elegía III, y su-

primiendo los versos 15 á 18, ambos inclusive, y para formar la VII, tomó los versos 19 á 54.

Castra Macer sequitur.—Los historiadores de la Literatura Latina, y comentadores de Tibulo, distinguen dos distintos poetas de este nombre, Emilio Macero, el amigo de Virgilio, y Licinio Macero, el amigo de Ovidio.

San Jerónimo, hablando del primero en la Crónica de Eusebio, dice: «Aemilius Macer Veronensis poeta in Asia moritur,» y Servio, en su comentario á la Égloga V de Virgilio, dice: «Mopsus (intellegitur) Aemilius Macer Veronensis poeta, amicus Virgilii.»

Según un hexámetro citado por Diomedes, y una referencia de San Isidoro, Macero escribió un poema sobre los pájaros. Dijo el primero: «Macer Aemilius ornithogonias secundo,» y el segundo: «Aemilius Macer in ornithogoniae libro I,» y de acuerdo con lo que refieren la Escolia de Berna y Carisio, escribió también acerca de las serpientes y manera de curar el veneno de sus picaduras. En la Escolia se dice: «serpentum nomina aut a Macro sumpsit de libris theriacon (nam duos edidit) aut» y en Carisio se lee: «Macer Theriacon.»

Ovidio habla de ambos poemas en las Tristes, IV, 10, 43.

Saepe suos volucres legit mihi grandios aevo
Quaeque nocet serpens, quae iuvet herbas, Macer.

Licinio Macero, es aquél á quien Ovidio dice en los Amores, Libro II, E. XVIII:

«Nos, Macer, ignavae Veneris cessamus in umbra;»

y á quien en la Epístola X del Libro II de las Pónticas, se dirige en estos términos:

Ecquid ab impressae cognoscis imagine gemmae
Haec tibi Nasonem scribere verba, Macer?

Ovidio considera á Licinio Macero, como uno de los compiladores de Homero, porque en la Epístola citada escribe:

Tu canis aeterno quidquid restabat Homero,
Ne careant summa Troica fata manu,

y porque después en la Epístola 16 del Libro IV, lo llama «Iliacus Macer.»

Fué, sin duda, por error, que Nonio dice: «Licinius Macer in ornithogonia,» confundiendo á Licinio con Emilio.

Tenero qui fiet Amori.—¿Qué llegará á ser del tierno Amor? Es de notar que *fio,* puede construirse con dativo ó con ablativo. Ovidio, en el Arte de Amar, I, 536, lo construyó con dativo.

«Perfidus ille abiit: quid mihi fiet? ait,» y Cicerón lo construyó con ablativo en la Epístola á Ático, 6, I. Quid illo fiet quem reliquero? ¿quid me autem si non tam cito decedo?

Seu vaga ducent aequora.—El epíteto *vagus*, ha sido ya empleado por el mismo Tibulo en la Elegía III del Libro II, aplicándolo al mar. *Praeda vago iussit geminare pericula ponto*, y en la Elegía III del Libro I, cuando dice:

Nec vagus, ignotis repetens compendia terris,
Presserat externa navita merce ratem.

Ure, puer, quaeso.—Casi todos los poetas latinos llamaron al amor, *puer*, como Tibulo.

Ovidio, en los Amores, Libro I, E. X, dijo:

Et puer est et nudus Amor.

Propercio, en el Libro II, Elegía 12:

Quicumque ille fuit, fuerum qui pinxit Amorem
Nonne putas miras hunc habuisse manus?

Ipse, levi galea qui sibi portet aquam.—Tibulo era como un simple soldado ó *gregarius*, que tiene que llenar por sí mismo sus propias necesidades. El casco era la copa del soldado.

Propercio dijo también, Libro III, Elegía 12:

Tu tamen iniecta tectus, vesane, lacerna,
Potabis galea fessus Araxis aquam.

Quae magno foenore reddat ager.—Ramsay, en su comentario, dice: «que el campo se dice que de-

vuelve lo que se le ha puesto,» *fenore*, como se dice del que presta dinero, «*pecuniam accipere fenore*,» esto es, con interés, con pacto de interés.

Se usa también la expresión *cum fenore*, en el pasaje paralelo de Ovidio. Remedio de Amor, 173.

Obrue versata Cerealia semina terra
Quae tibi cum multo fenore reddat ager.

Pompeyo Festo, dijo: «Foenus appellatur naturalis terrae fetus, ob quam causam et nummorum fetus foenus est vocatum, et de ea re leges foenebres.»

LIBRO III.—INTRODUCCIÓN.

Á pesar de que el poeta, autor de las Elegías del Libro III, hablando de sí mismo, dijo al final de la Elegía II:

«Ligdamus hic situs est: dolor huic et cura Neaerae,
Coniuges ereptae, causa perire fuit,»

durante muchos siglos dichas elegías fueron atribuidas á Albio Tibulo, por los comentadores y editores de sus obras.

J. H. Voss fué, por la primera vez, en el Almanaque de las Musas de 1786 y, más tarde, en 1810, en su obra intitulada «Albius Tibullus und Ligdamus,» quien se consagró á demostrar que las seis elegías del Libro III, no podían atribuirse á Tibulo, ni aun suponiendo, como antes se creyera, que eran los primeros ensayos del poeta.

La tesis de Voss, fué apoyada vigorosamente en Alemania por Carlos Lachmann, en su edición de Tibulo de 1829, y por Ludolphus Dissen en 1835; en Francia por Felipe Amat de Golbéry, en el tomo que preparó para la colección Lemaire, y en Inglaterra por Milman, en el estudio consagrado á Tibulo en el Smith's Dictionary of Greek and Roman Biography.

Los argumentos en pro y en contra de esta tesis, pueden resumirse de la siguiente manera:

I. Se cree que el Libro III de las Elegías, no pertenece á Tibulo, por que Ovidio, en el Libro III de los Amores, IX, XXXI y XXXII, tan sólo habla de dos mujeres amadas por Tibulo, Delia y Nemesis, mientras que las elegías del Libro están consagradas á Neera.

II. En el Libro III, se notan ciertas peculiaridades de estilo, antítesis inadecuadas, y una cierta difusión que, en vano, se buscarían en los Libros I y II.

III. Las palabras *coniunx, coniugium, gener* y

vir, usadas con frecuencia en este Libro, y que son de todo extrañas á los amores de que habla Tibulo en los dos primeros Libros.

IV. Ligdamo se divierte soñando en grandezas, y habla de espléndidos honores fúnebres, del brillante libro enviado á Neera, de los deslumbrantes trajes de Apolo, etc.

V. En el Libro III no se habla nunca de los Lares y Penates, lo cual llega casi á ser un lugar común en los dos primeros.

VI. El dístico que fija la fecha del nacimiento del poeta, en el año en que murieron los dos cónsules Hircio y Pansa, en la batalla de Mutina, que se verificó el año 43, antes de la era cristiana.

El primer argumento es de muy escasa importancia.

Es verdad que Ovidio, en la elegía consagrada á la muerte de Tibulo, dijo:

Delia discedens «felicius, inquit, amata
Sum tibi: vixisti, dum tuus ignis eram.»
Cui Nemesis «quid, ait, tibi sum mea damna dolori?
Me tenuit moriens deficiente manu;»

pero esto no es prueba bastante, de que Tibulo no hubiera amado á otra mujer. A este respecto tenemos en contrario el testimonio de Horacio, quien, en la Oda XXXIII del Libro I, dijo:

Albi, ne doleas plus nimio memor
Immitis Glycerae,

refiriéndose, según el general sentir de los críticos, á Glicera, otro de los amores de Tibulo.

Probablemente Ovidio, por no haber cultivado la amistad del poeta, ó por no haber conocido más que los libros I y II de las Elegías, fué inducido á error, y creyó que, con excepción de Delia y de Nemesis, de quienes habla en dichos Libros, Tibulo no consagró á ninguna otra mujer su pensamiento.

La segunda observación es de mayor alcance, porque nada puede denunciar mejor á un escritor que las peculiaridades de su estilo. El estudio de las seis elegías del Libro III, revela una mano inexperta por extremo, porque, por el fondo y por la forma, mucho se alejan de las producciones de Tibulo, sobre todo de las elegías Delianas que aparecen en el Libro I.

Es verdad, y ésta es una observación de Mr. James Crastoun, en su libro intitulado «The Elegies of Albius Tibullus translated into english verse, with the life of the poet and illustrative notes,» que estas poesías pudieran ser las primeras del poeta, y que las peculiaridades de su estilo podrían atribuirse á inexperiencia juvenil, como acontece con las primeras elegías á la Cintia de Propercio; pero, amén de que Dissen ha llegado á precisar perfectamente el orden en que las Elegías de Tibulo fueron escritas, no es

posible suponer, dada la época en que Tibulo hizo conocer sus ensayos, que las diferencias hubieran sido tan profundas y sensibles.

La tercera observación, vale tanto como la primera; porque, si bien es cierto que la palabra «*coniunx*» fué empleada en el Libro III, dos veces en la Elegía I, dos veces en la Elegía II, y una vez en la III, y la palabra «*coniugium,*» dos veces en la Elegía IV, y jamás se emplearon en los Libros I y II, en conexión con Delia y con Nemesis, la verdad es que esto se explicaría fácilmente, por la diversa condición social de Neera. Tibulo pudo haber pretendido, respecto de Neera, una diversa unión, que la que había tenido con Delia ó con Nemesis.

La cuarta observación fué formulada por Ludolphus Dissen, y de veras que es frívola por extremo; porque no hay una diferencia apreciable entre Ligdamo y Tibulo.

El primero, en la Elegía II, versos 23 á 26, dijo:

«Illic quas mittit dives Panchaia merces
Eoique Arabes, dives et Assyria,
Et nostri memores lacrimae fundantur eodem:
Sic ego componi versus in ossa velim,

y Tibulo, en la Elegía III del Libro I, cuando, por enfermo se quedó en Corcyra, dice también:

........................non hic mihi mater
Quae legat in maestos ossa perusta sinus,

Non soror Assyrios cineri quae dedat odores
Et fleat effussis ante sepulcra comis.

La quinta observación, es de tan poco valor como la anterior, porque, aunque es un hecho que en el Libro III no se habla nunca de los Lares y Penates, no lo es menos que en muchas Elegías de los Libros I y II tampoco se les menciona, y esto no ha sido jamás motivo para poner en duda que fueran de Tibulo.

Sin embargo, la sexta observación es la concluyente, y no deja lugar á duda alguna. Ella, por sí sola, es bastante para demostrar que el Libro III no pudo ser obra de Albio Tibulo.

El Autor del Libro III, dijo en la Elegía V, versos 17 y 18:

Natalem primo nostrum videre parentes
Cum cecidit fato consul uterque pari,

para hacer ver que había nacido en el año 43, antes de Jesucristo, en el cual los cónsules Hircio y Pansa, murieron en la batalla de Mutina.

Ahora bien, en las Tristes, Libro IV, X, versos 5 y 6, Ovidio, copiando á Ligdamo, y para decir que él también nació en el año 43, escribió lo siguiente:

Editus hinc ego sum; nec non ut tempora noris
Cum cecidit fato consul uterque pari,

y debemos tomar en cuenta que el mismo Ovidio, en

la misma Elegía X del Libro IV de las Tristes, asegura que Tibulo fué mayor que él:

Virgilium tantum vidi: nec amara Tibullo
Tempus amicitiae fata dedere meae.
Successor fuit hic tibi, Galle; Propertius illi:
Quartus ab his serie temporis ipse fui.

De acuerdo con la opinión de Ovidio, Tibulo nació después de Galo y antes de Propercio, y como, según San Jerónimo, Galo se mató el año 27, á los 43 años, lo cual demuestra que nació el año 70 y, según todos los críticos, Propercio nació, no antes de 54 y no después de 47, resulta que Tibulo nació, ó el año 59, como lo establece Voss, ó el año 60, como lo demostró Dousa, ó el 54, como lo creyó Lachmann.

La vida de Tibulo sería, por otra parte, inexplicable, si hubiéramos de aceptar como fecha de su nacimiento el año de 43, porque si es cierto, como él mismo lo dice, que acompañó á Mesala á la guerra de Aquitania el año 31, no se concibe que esto lo hubiera hecho á los doce años de edad, cuando no estaba aún apto para el servicio militar.

Estas circunstancias explican suficientemente que Tibulo no pudo nacer en el año 43, y hacen ver, además, que Ligdamo, el autor del Libro III, no pudo ser tampoco Tibulo.

J. H. Voss dice, y con mucha razón, que si en los M. SS. no se hallasen las Elegías del Libro III agrega-

das á las de Tibulo, á nadie se le hubiera ocurrido atribuírselas á otro autor que no fuese un real y verdadero Ligdamo, nombre que él mismo se da al redactar su epitafio, como antes lo hiciera Tibulo al escribir el suyo en la Elegía III del Libro I.

Pero, ¿quién fué Ligdamo?

El Rev. Henry Thomson, en su artículo sobre la poesía latina, en la *Encyclopaedia Metropolitana*, indicó, por la primera vez, que, probablemente, *Ligdamus* era un pseudónimo y que, tal vez, fué adoptado por Tibulo porque prosódicamente corresponde al suyo.

W. S. Teuffel, en su Historia de la Literatura Latina, comparte la opinión de Thomson; pero, agrega, que tal vez el autor deseaba caracterizarse con ese nombre como uno de los imitadores de Tibulo, y que era uno de los poetas del círculo de Mesala.

Tomando pie de estas conjeturas, los críticos han emitido diversos pareceres, identificando á Ligdamo con Ovidio, con Casio de Parma, con Lucio Mesalino y Valpio Rufo, y con un hermano de Ovidio.

O. F. Gruppe, en su obra *Die römische Elegie, Leipsig, 1838*, sostuvo la hipótesis, que después ha sido defendida por Selmagro Kleemann, en su estudio *De libri tertii carminibus quae Tibulli nomine circumferuntur*, de que Ligdano era el pseudónimo que Ovidio usara en su juventud.

La opinión de Gruppe, se apoya en las frecuentes

imitaciones, ó más bien dicho, plagios que Ovidio hiciera de la Elegía V del Libro III, de Ligdamo, y de otras de este autor, en la circunstancia de haber nacido en el mismo año, en el hecho de que los nombres *Ligdamus* y *Publius,* se corresponden métricamente, en que Neera fué esposa de Ligdamo, y no pudo haber sido sino la segunda mujer de Ovidio, y en ciertas peculiaridades de estilo, en las cuales por igual coinciden Ligdamo y Ovidio.

Ligdamo dijo: Elegía V, versos 17 y 18.

Natalem primo nostrum videre parentes
Cum cecidit fato consul uterque pari.

Ovidio, en la Elegía X, Libro IV de las Tristes, escribió:

Editus hinc ego sum; nec non ut tempora noris
Cum cecidit fato consul uterque pari.

Ligdamo, en la propia Elegía V, verso 16, decía:

Nec venit tardo curva senecta pede,

y Ovidio, en el Arte de Amar, Libro II, verso 670:

Iam veniet tacito curva senecta pede.

Ligdamo, en la citada Elegía, versos 19 y 20:

Quid fraudare iuvat vitem crescentibus uvis
Et modo nata mala vellere poma manu?

y Ovidio, en los Amores, Libro II, E. XIV, versos 23 y 24:

Quid plenam fraudas vitem crescentibus uvis
Pomaque crudeli vellis acerba manu?

Las anteriores citas, hacen ver que Ovidio conocía y apreciaba á tal punto las Elegías de Ligdamo, que no tenía embarazo en copiarlas como si fueran suyas; pero la concordancia entre los dos poetas, es aún mayor, porque hay todavía versos enteros y medios versos, ideas, locuciones, giros, cuadros y opiniones, tan iguales y en tan gran número, que el crítico no sabe qué pensar, si no se resuelve á identificar á Ovidio con Ligdamo.

Gruppe dice:

«El dístico de Amor, II, V, 25, 26,

Qualia nec fratri tulerit germana severo,
Nec tulerit cupido mollis amica viro,

corresponde visiblemente á nuestro Ligdamo VI, 51, 52:

Tantum cara tibi, quatum nec filia matri,
Quantum nec cupido bella puella viro.

Compárese, además, Amor I, IV, 16, 18:

Quae tibi sint facienda tamen, cognosce, nec Euris,
Da mea, neç tepidis verba ferenda Notis,

y Amor II, VIII, 19:

Tu Dea, tu iubeas animi periuria puri
Carpathium tepidos pro mare ferre Notos,

con Ligdamo IV, 95:

Haec Deus in mellius crudelia somnia vertat,
Et iubeat tepidos invita ferre Notos,

y todavía las Heroidas, VIII, 28:

Et si non esses vir mihi, frater eras,

con Ligdamo I, 23:

Haec tibi vir quondam, nunc frater, casta Neaera.

En la descripción de Febo naciente, casi cada rasgo coincide con alguno empleado por Ovidio.

En la Elegía IV de Ligdamo, leemos:

Candor erat, qualem praefert Latonia *luna,*
Et color in *niveo* corpore *purpureus*
Ut iuveni primum virgo deducta marito
Inficitur teneras *ore rubente genas*
Et cum contexunt amarantis alba puellae
Lilia et autumno *candida mala rubent,*

pasaje que puede compararse con las Met. IV, 229, 333:

pueri rubor ora notavit,
Nescius quid sit amor: sed et erubuisse decebat
Hic color aprica pendentibus arbore *pomis*.
Aut *eburi tincto*, aut sub *candore* rubenti
Cum frustra resonant sera auxiliaria *Lunae*.

Gruppe establece que Ovidio imitó á Ligdamo, y no éste á Ovidio, ó, lo que es lo mismo, que las Elegías de Ligdamo deben ser anteriores en fecha á las últimas obras de Ovidio, en que las imitaciones son más frecuentes y, luego, se pregunta: «Cómo hemos de explicarnos esto? ¿Ovidio debía saber de memoria las poesías de un poeta desconocido? ¿ó se le gravaron estas palabras y expresiones de tal manera que las repitió, no sólo en sus primeras obras, sino también en las últimas? Ovidio era poeta desde muy joven, y lo mismo se debe suponer de Ligdamo, porque Ovidio tenía la misma edad que él. ¿Sería posible pensar que Ovidio imitaba los trabajos de sus jóvenes contemporáneos, hasta su edad más avanzada? Es verdad que, en Ovidio, encontramos también reminiscencias de Virgilio y de Tibulo, pero tan ligeras, que no puede compararse con las de que se trata. Pero, ¿por qué no lo hemos de decir? Ovidio es el autor.»

Gruppe refuerza todavía su convicción cuando toma en cuenta que, según Acrón, los pseudónimos, entre los poetas latinos, debían métricamente corresponder á los nombres en cuyo lugar se empleaban, y en que Ligdamus es igual á Publius, y en que Ligda-

mo y Ovidio, según ellos mismos lo aseguran, nacieron el año 43, cuando Hircio y Pansa hallaron á un mismo tiempo la muerte bajo los muros de Módena.

La identificación de Neera con la segunda esposa de Ovidio, le presta también apoyo á Grupe para su conjetura.

Gruppe cree que Neera fué la segunda esposa de Ovidio, porque, si casi niño se casó con una mujer indigna de él y su unión fué de duración corta, de su segunda mujer se separó, sin que ella hubiera faltado á sus deberes de esposa.

Ovidio cuenta, en la Elegía X del Libro IV de las Tristes, toda su historia, y dice:

> Paene mihi puero nec digna, nec utilis uxor
> Est data, quae tempus per breve nupta fuit.
> Illi successit, quamvis sine crimine coniunx,
> Non tamen in nostro firma futura toro.

Gruppe, cree que la frase «quamvis sine crimine coniunx» y el pentámetro «Non tamen in nostro firma futura toro» no tendrían explicación, sino suponiendo que fueron sus padres quienes separaron de Ovidio á su segunda esposa, y que estas circunstancias concuerdan todas con lo que de Neera dice Ligdamo, para quien Neera fué la esposa y no la amante, y de quien se separó por haber roto su promesa: «votis contraria vota.»

Por último, Gruppe hace notar, sosteniendo su

teoría, que hay ciertas peculiaridades de estilo que son comunes á Ligdamo y Ovidio, y que ellas son bastantes por sí solas para justificar la creencia, que casi todos comparten, de que ambos poetas son una misma persona. Á este respecto, dice: que «en el orden de los pensamientos, en la manera de ligar las frases, en el estilo fluido, y en la gracia ligera, y en la elegancia juguetona, se reconoce á Ovidio, de quien son, sin duda, el «Perfida sed quamvis perfida cara tamen,» y el empleo de «ergo,» conjunción que no se halla en Tibulo, y la construcción de «quamvis,» más bien con verbos en indicativo que en subjuntivo, como Tibulo lo usara, y el empleo de «postquam» con pluscuamperfecto, más bien que con el perfecto y, en fin, el poco uso de conjunciones, innecesarias muchas veces, para ligar las frases entre sí.»

La conjetura de Gruppe, que sólo ha sido defendida por Kleemann, en 1876, ha sido combatida por Carlos Stumpe, en su estudio «De Lygdami, qui vocatur Elegiis,» publicado en 1867; por Emilio Baehrens, en su opúsculo «Tibullische Blätter,» de 1876; por W. S. Teuffel, en su libro «Studien und Characteristiken, Tibullus, 2 § 9,» y en 1888, por Mr. George Doncieux, en un artículo publicado en la «Revue de Philologie et de Litterature et d'Histoire Anciennes.»

Todos estos escritores convienen en que las Elegías del Libro III no pueden ser de Tibulo; porque mucho se aleja del estilo de este poeta el de Ligdamo;

pero también afirman, principalmente Teuffel, que si son pocas las semejanzas entre Tibulo y Ligdamo, mayores son las diferencias entre Ligdamo y Ovidio. Baehrens critica á Kleemann el método que aplica para la resolución de problemas históricos de esta índole, y ni admite que las citas de frases iguales ó semejantes puedan probar la identidad del autor, ni cree que Ovidio, en su juventud, haya podido ser tan diverso de Ovidio en su edad madura. Stumpe y Doncieux, combaten la identificación de Neera y de la segunda mujer de Ovidio, demostrando que ni Neera llegó á ser la esposa, sino la prometida de Ligdamo, ni hay indicio de que la segunda esposa de Ovidio, por haber durado poco al lado de él, pudiera ser la Neera de Ligdamo y, por último, ambos convienen en que, cualesquiera que sean las coincidencias y semejanzas superficiales que se señalen entre los dos poetas, jamás podrían prevalecer contra diferencias esenciales de lenguaje y versificación; ni, sobre todo, contra la absoluta contradicción que existe entre esas dos naturalezas: entre la abundancia, la facilidad y la imaginación sensual del uno, y la sequedad, la monotonía, y el casto y fastidioso sentimentalismo del otro.

La tesis de Gruppe es falsa. Para darle alguna apariencia de verosimilitud, ha necesitado suponer que las Elegías de Ligdamo, de muy escaso mérito literario, fueron la obra de los primeros años de la ju-

ventud de Ovidio, y aunque es indudable que las obras juveniles siempre llevan impreso el sello del genio poético del autor, no lo es menos que el mismo Ovidio refiere, que confió á las llamas la corrección de las obras suyas que juzgó defectuosas, y que otras fueron quemadas á su partida para el desierto, por odio á sus versos y al género de poesía que cultivaba.

Ovidio, en la Elegía X del Libro IV de las Tristes, dijo:

Multa quidem scripsit, sed quae vitiosa putavi
Emendaturis ignibus ipse dedi.
Tum quoque, quum fugerem, quaedam placitura cremavi;
Iratus studio carminibusque meis.

La igualdad, en cuanto al número de las sílabas y á la cantidad de los nombres Ligdamus y Publius, no hace probable que pueda considerarse al uno como pseudónimo del otro; porque, si bien es cierta la regla á que Acrón se refiere, también lo es que los poetas latinos jamás hicieron uso de pseudónimos, á no ser para ocultar el nombre de las mujeres á quienes amaron, como lo hicieron: Catulo con Lesbia, Tibulo con Delia, Propercio con Cintia, y el mismo Ovidio con Corina.

Los poetas Latinos se designaron siempre ellos mismos con su nombre verdadero ó con su «cognomen.»

Las peculiaridades de estilo que, con paciente la-

boriosidad, han señalado Gruppe y Kleemann y Stumpe, en el fondo no son otra cosa, sino imitaciones conscientes que, si son hechas por Ovidio, se parecen á todas las demás que A. Zingerle ha señalado en su estudio, acerca de las imitaciones que Ovidio hiciera; pero que, más probablemente, fueron hechas por Ligdamo, como Baehrens pretende demostrarlo.

Oebecke, en los programas de las Escuelas de Aacner, publicado en 1832, sostuvo una conjetura más extraña, identificando á Ligdamo con Casio de Parma, de quien Horacio escribió á Tibulo:

> Quid nunc te dicam facere in regione Pedana
> Scribere quod Cassi Parmensis opuscula vincat.

Para establecer esta conjetura, Oebecke modificó arbitrariamente el verso de Ligdamo y, en vez de leer:

> Cum cecidit fato consul uterque pari,

él escribió:

> Cum cessit fato consul uterque pari,

y pretendió demostrar que no fué Ligdamo quien imitó á Tibulo, sino Tibulo quien imitó las elegías de Ligdamo.

Es verdad que Casio de Parma escribió elegías, porque Acrón, el escoliasta de Horacio, dijo: «Epicureus fuit et poeta.... satiras scripsit.... aliquot ge-

neribus stilum exercuit: inter quae opera elegiaca et epigrammata eius laudantur;» pero esto no es bastante para establecer su identificación con Ligdamo, sobre todo si se tiene en cuenta que Casio de Parma fué con mucho anterior á Tibulo, y que cuando Ligdamo nacía, según el texto aceptado de su Elegía V, ya Casio de Parma había tomado parte en el asesinato de César y había sido tribuno militar en el ejército de Bruto y Casio.

La tesis de Oebeck es de todo punto insostenible. F. Haase, en 1837, indicó que Ligdamo debía ser Lucius Mesalinus, uno de los hijos de Mesala que, por adopción, llegó á llamarse L. Aurelius Cotta Maximus y que fué gran amigo de Ovidio, á quien éste dirigió muchas de sus Pónticas.

La objeción que desde luego puede formularse contra esta conjetura, es la juventud de Mesalino, á quien Ovidio llama repetidas veces *iuvenis*, nombre que no hubiera podido darle en la época en que escribió las Pónticas, á los sesenta años, siendo, como eran, de la misma edad Ligdamo y Ovidio.

Pero por otra parte, ni siquiera se ha llegado á establecer que Lucius Mesalinus hubiera escrito elegías.

Lucio fué conocido como orador, y Ovidio refiere que leyó en Tomi un discurso que había pronunciado ante el tribunal de los Centumviros (Pont., III, 5, 7); además, como patrón de poetas, según se lee en Juvenal (Sat., V, 108), también como aficionado á los place-

res de la Mesa, según Plinio (H. N. X, XXVII); y por último, como poeta, porque Ovidio decía de él en las Pónticas, XVI, Lib. IV: *Pieridum lumen praesidiumque fori;* pero ningún escritor ha asegurado que hubiera cultivado el género elegíaco.

La identificación de Ligdamo con Valgio Rufo no es más feliz. Según se desprende de las palabras de Horacio, en la Sátira X del Libro I, Valgio, al igual de Plocio y Vario y de Virgilio, perteneció al círculo de Mecenas y no al de Mesala, del cual, sin duda, Ligdamo formó parte, y, además, si fué más joven que Horacio, fué mayor que Tibulo y, en consecuencia, que Ligdamo, que nació el año 43.

Según lo que se dice en la Escolia de Verona, comentando la Égloga VII y en igual pasaje de Servio, Valgio Rufo escribió elegías; pero esto apenas llegó á dar pie á R. Unger para atribuirle la elegía á Mesala que aparece en la Catalecta de Virgilio.

Mr. George Doncieux, en el artículo ya citado que publicó en la Revue de Philologie, se ha aventurado á indicar que tal vez Ligdamo podría ser el hermano de Ovidio, que era un año menor que él.

Mr. Doncieux, dice: Aunque yo haya admitido antes, con todos los comentadores, que Ovidio y Ligdamo habían nacido el mismo año, esto tal vez no es exacto.

Ovidio, por medio de sus versos de las Tristes (IV, 10, 5),

Editus hinc ego sum, nec non ut tempora noris,
Cum cecidit fato consul uterque pari,

señala evidentemente el año 711 como el de su nacimiento.

Pero, ¿el hexámetro de Ligdamo,

Natalem primo nostrum videre parentes

es sinónimo de «editus ego sum?» Se puede responder «sí;» pero también es posible que Ligdamo hubiese querido decir, entendiendo por *natalem* su aniversario, que «sus padres festejaron por la primera vez su natalicio,» es decir, que tenía un año en el momento en que murieron los dos cónsules. Parece que la perífrasis bastante alambicada, si se la toma en el primer sentido, adquiere de esta manera algo de nuevo y de ingenioso. Según esto, Ovidio hubiera nacido en 711 y Ligdamo en 710.

Por otra parte, Ovidio nos enseña que tuvo un hermano llamado Lucius, que era un año mayor que él.

Nec stips prima fui: genito sum frate creatus,
Qui tribus ante quarter mensibus ortus erat.
Lucifer amborum natalibus adfuit idem,
Una celebrata est per duo liba dies.

Este Lucio, que, como Ovidio, recibió una brillante educación, tenía el dón de la palabra, y temprano se destinó al foro.

Fortia verbosi natus ad arma fori.

Murió á los veintiún años, sentido profundamente por su hermano.

La fecha del nacimiento de Lucio, su condición social (Ovidio era de una familia ecuestre), su fin prematuro, su nombre, en perfecta armonía con el seudónimo de Ligdamo, y á esto agregad las relaciones más que probables con la sociedad de Mesala, y todo hace pensar en el autor de las Elegías del Libro III.

Mr. Doncieux se ha anticipado á los críticos que habían de combatir su conjetura, haciendo ver de antemano las objeciones que contra ella habían de presentarse. Y en efecto, las objeciones son muchas, y la más seria, es el mismo Ovidio, quien la presenta al hablar de su hermano.

Ovidio dice, que tanto él como su hermano, comenzaron desde temprano su educación, y que recibieron lecciones de los maestros más insignes; pero que su hermano, que tenía el dón de la palabra, se consagró á la elocuencia; y á él, á quien agradaban los dones celestiales de la poesía, las Musas lo iniciaron en su culto.

Protinus excolimur teneri, curaque parentis
Imus ad insignes urbis ab arte viros.
Frater ad eloquium viridi tendebat ab aevo;
Fortia verbosi natus ad arma fori.
At mihi iam puero coelestia sacra placebant,
Inque suum furtim musa trahebat opus.

¿No es natural suponer, que si su hermano hubiera sido el autor de las Elegías del Libro III, no hubiera sido ésta la mejor ocasión para decir, cuando menos, que había cultivado la poesía?

¿Sería explicable que Ovidio, en esa misma Elegía, hubiera copiado los versos de su hermano, relativos á su nacimiento, y hubiera olvidado decir que era, como él, un poeta iniciado en el culto de las Musas?

Las objeciones anteriores son, á nuestro modo de ver, incontestables; pero Mr. Doncieux, aunque las estima fuertes, no las cree decisivas, porque las Elegías de Ligdamo, son más bien la obra de un aficionado que de un poeta, digno de merecer tal nombre.

La observación de Mr. Doncieux es fútil por extremo, porque si el hermano de Ovidio, que murió á los veintiún años, es el autor de las Elegías de Ligdamo, fué Ovidio quien lo copió á él, y no él á Ovidio, y no se comprende que hubiera tomado para sí los varios versos de la Elegía V, sin que, cuando menos, hubiera dicho al hablar de él, que era tan aficionado á la elocuencia como á la poesía, aunque no tan aventajado en ésta, como en aquélla.

Ovidio, en las Tristes, V, 421 á 466, y en las Pónticas, IV, 16, al hablar de los poetas ligeros, y al hacer la enumeración de los poetas, entre los cuales él descolló, no llegó á mencionar á su hermano Lucio, y aunque dice que no cita los nombres de aquellos poetas cuyas obras no habían sido publicadas, como las

de Ligdamo, no es creíble que hubiera omitido el de su hermano, siquiera porque su hoz había hecho amplia cosecha entre las mieses de su campo.

La tesis de Mr. Doncieux es tan poco probable, como todas las otras que sucesivamente han venido sosteniendo los críticos.

La hipótesis, la más sencilla, es, en cambio, la más verosimil de todas: Ligdamo es el nombre verdadero del poeta, autor de las Elegías del Libro III. Sólo Mr. A. Herzberg, se dice que ha sostenido esta conjetura; pero ella es la única que se impone desde que Voss se encargó de demostrar, que las Elegías del Libro III debían pertenecer á otro poeta que no era Tibulo.

Si las Elegías del Libro III, como dijo Voss, no se hubieran publicado unidas á las de Tibulo, á nadie se le hubiera ocurrido atribuírselas á otro poeta que no fuera Ligdamo.

En efecto, el autor de las Elegías, como lo hicieron todos los poetas latinos, se da ese nombre al redactar su epitafio, y por eso dice: «Ligdamus hic situs est.»

Ahora bien, ¿por qué el poeta no había de llamarse así? Los críticos, contrariando la declaración del autor mismo, y para dar margen á sus conjeturas, han imaginado que este nombre era un seudónimo, y han puesto en olvido, que no existe precedente alguno de que los poetas en Roma hubieran escrito con un seudónimo. ¿Por qué Ligdamo había de ser el único?

Pero por otra parte, Ligdamo es un nombre verdadero de que hicieron uso personas reales, y esto debe diferenciarlo de los verdaderos seudónimos, que eran nombres imaginarios no empleados antes por nadie.

El nombre de Ligdamo se encuentra varias veces en los textos y en las inscripciones latinas, como llevado por esclavos ó libertos, y á él hacen referencia, Propercio, en la Elegía VI del Libro III, y Lucano en el verso 710 del Canto III de la Farsalia, y aunque no es probable que hubiera sido un liberto, como lo pretende Heızberg, es posible que el autor de las elegías, hubiera sido un descendiente de alguna familia griega establecida en Roma, y que conservase su nombre primitivo como cognomen.

Las observaciones anteriores son concluyentes, y á nuestro modo de ver, nada es mejor que esta hipótesis, la más sencilla, y á la par la más verosimil.

LIBRO III.—ELEGÍA I

Martis romani festae venere kalendae. . . .—El día 1.º de Marzo comenzaba el año de los romanos en

la época de Rómulo y, aunque después, en tiempo de Numa se agregaron los meses de Enero y Febrero, las fiestas consagradas á Juno Lucina, y que se verificaban en aquel día, continuaron celebrándose en las calendas de Marzo.

Ovidio, en el Libro III de los Fastos, da cuenta y razón de las fiestas instituidas en honor de Juno, y que se llamaron Matronalia. Marte mismo es quien da la explicación y, después de referir cómo la mediación de las Sabinas puso término á la guerra que debía concluir con el exterminio de sus padres y de sus maridos, agrega que las matronas romanas, agradecidas á la feliz intervención de la diosa, le elevaron ese mismo día un templo en el Esquilino.

Por eso Marte dice:

Inde diem, quae prima, meas celebrare kalendas,
Oebalides matres non leve munus habent.

Por otra parte, el dios cree que es justo dar gracias al cielo por la fecundidad de Ilia, por la desaparición del invierno, por la llegada de la primavera, y por el triunfo del sol que volvía á cubrir de verdor los árboles y á dar nueva fertilidad á los campos, y que eso justificaba la celebración de la fiesta.

Durante las Matronalias, los maridos acostumbraron hacer algunos presentes á sus mujeres, en recompensa de los votos que ellas hacían ante Juno por la felicidad del hogar, y los amantes bien pronto siguie-

ron también aquella costumbre, dando así ellos á su vez un testimonio de lo acendrado de su amor.

Juvenal aludió á esta costumbre cuando, en su Sátira IX, verso 53, dijo:

Munera faemineis tractas secreta Kalendis,

y Marcial, cuando censuraba á Gala por no haberle enviado presentes en las Saturnales, los cuales él le hubiera devuelto en las calendas de Marzo.

Saturnalia transiere tota,
Nec munuscula, parva, nec minora
Misisti mihi, Galla, quae solebas.
Sane sic abeat meus December.
Scis certe, puto, vestra iam venire
Saturnalia, Martias Kalendas:
Tunc reddam tibi, Galla, quod dedisti.

El mismo Marcial, en el Ep. XXIV del Libro X, habla también de esta costumbre:

Natales mihi Martiae Kalendae
Lux formosior omnibus kalendis
Qua mittunt mihi munus et puellae.

Horacio se refiere á la costumbre que los hombres casados tenían de hacer regalos en las Calendas de Marzo á sus mujeres, cuando, en la Oda VIII del Libro III, dijo;

Martiis caelebs quid agam kalendis,
Quid velint flores et acerra turis
Plena miraris, positusque carbo in
Cespite vivo?

Algunos escritores, entre otros Marcial, creyeron que las fiestas de las Calendas de Marzo estaban no sólo dedicadas á Juno, sino también á Venus, la diosa de Pafos.

Por eso dijo:

At tu, diva Paphi, remitte, nostris
Illaesum puerum remitte votis.
Sic Martis tibi serviant kalendae
Et cum ture meroque victimaque
Libetur tibi candidas ad aras
Secta plurima quadra de placenta.

Dicite Pieridis. . . . —Ya en la nota del verso 48 de la Elegía IX del Libro I, explicamos el origen de este nombre dado á las Musas.

Seu mea seu fallor, cara Neaera, tamen.—Este verso ha sido imitado por el mismo Ligdamo, en el verso 56 de la Elegía VI:

Perfida sed quamvis perfida, cara tamen.

Lutea sed niveum involvat membrana libellum.—El *libellus*, después de escrito, debía, una vez enrollado, envolverse en un pergamino (membrana) que se

pintaba de amarillo ó de rojo. Esta *membrana* estaba llamada á proteger los intereses de los que compraban libros, porque su objeto era defender el *libellus* contra las injurias del tiempo.

Marcial tomó en cuenta esta costumbre, cuando recomendó á alguien que había plagiado sus obras, que comprase libros no bruñidos por la piedra pómez, ni envueltos todavía en su cubierta:

Sed pumicata fronte si quis est nondum,
Nec umbilicis cultus atque membrana;

En el Epigrama LXXII del Libro VIII, dedicado á su libro, Marcial se refiere al color de púrpura dado á la cubierta de los *libelli*, cuando dice:

Nondum murice cultus,

Ovidio alude también al empleo de este color para teñir los libros cuando, en la Elegía I del Libro I de las Tristes, escribe dirigiéndose á su libro:

Nec te purpureo velent vaccinia succo. . . .
Nec titulus nimio, nec cedro charta notetur.

Pumex et canas tondeat ante comas.—La *membrana* que envolvía los libros debía ser pulida con la piedra pómez, á fin de quitarle las asperezas que los latinos llamaban «comas.» Ovidio, en la Elegía de las Tristes que acabamos de citar, decía á su libro:

Nec fragili geminae poliantur pumice frontes.
Hirsutus aparcis ut videre comis

Catulo, en su dedicatoria á Cornelio Nepote, decía:

Quoi dono lepidum novum libellum
Arida modo pumice expolitum?

y Marcial, en el Epigrama LXXII del Libro VIII, dijo:

Nondum murice cultus, asperoque
Morsu pumicis aridi politus
Artanum properas sequi, libelle.

Atque inter geminas pinganlur cornua frontes.— Los libros se enrollaban en un cilindro de madera, que remataba en dos botones que se colocaban en sus extremidades. Tomando *cornua,* que se refiere á los botones, por el cilindro mismo, *inter geminas frontes* quiere decir los dos bordes ó extremos iguales. Los botones eran llamados indistintamente *cornua* ó *umbilici,* á causa de la forma que se les daba.

Marcial, en el Epigrama II del Libro III, describiendo su libro, después de haberse refugiado en el seno de Faustino, dice:

Cedro nunc licet ambules perunctus,
Et frontis gemino decens honore
Pictis luxurieris umbilicis.

De este nombre dado á los botones de los cilin-

dros, tomó su origen la expresión: «ad umbilicum aducere,» terminar un libro, y que fué empleada por Horacio en el Epodo XIV, y por Marcial en el Epigrama XCI del Libro IV.

Castaliamque umbram Periosque lacus.—La sombra Castalia es la de los árboles que rodeaban la fuente Castalia, que es la fuente situada en el monte Parnaso, donde bebían los poetas su inspiración.

Pausanias, en su Descripción de la Grecia, Libro X, Capítulo VIII, dice:

«Subiendo del gimnasio hacia el templo, veis, á la derecha del camino, la fuente Castalia, cuya agua es muy agradable para beber; dicen los unos que tomó su nombre de una mujer de aquella tierra, y otros que lo tomó de un hombre llamado Castalio. Paniasis, hijo de Poliarco, que ha hecho un poema acerca de Hércules, pretende que Castalia era hija de Aquelous; hablando de Hércules dice, en efecto: Atravesando el Parnaso cubierto de nieve, llegó al agua divina de Castalia, hija de Aquelous; otros, pretenden que el agua de esta fuente es un dón del río Cefiso.»

Las *Pierios lacus* son las aguas de las fuentes consagradas á las Musas, como Hipocrene y Aganipe, y la misma fuente Castalia.

Haec tibi vir quondam nunc frater.—Comentando este pasaje Mr. Martinón, dice: «El sentido de «frater,» y más lejos «soror,» está subordinado al de «vir» y más lejos al de «coniunx.» Si «vir» y «coniunx» signi-

fican «amante» y «querida,» «frater» y «soror» significarán «amigo» y «amiga;» pero esto es poco natural. Parece, por otra parte, en las elegías siguientes, que se trata de un matrimonio verdadero; aparentemente, uno de esos matrimonios inferiores como los autorizaba la ley romana: «frater» y «soror» significarán, pues, «amante» y «querida.» El poeta ofrece á Neera, que sea á su elección ó su «querida» ó su «mujer;» pero él prefiere que sea su «mujer.»

Mr. Martinón se engaña, al suponer á las palabras «frater» y «soror» un sentido diverso del que les corresponde; porque es innecesario á la clara comprensión del pasaje. «Frater» y «soror» no cambian su natural connotación, y no significan otra cosa, sino que entre Ligdamo y Neera no existirán otros lazos que los fraternales, si ella no consiente en ser su esposa. Para darle en español el sentido que les corresponda, he traducido «amigo» y «amiga.»

Marcial, en su gracioso Epigrama, el LXV del Libro X, emplea las palabras «Frater» y «soror» en un sentido irónico y con la misma connotación.

Marcial dice á Carmenio:

Quare desine me vocare fratrem,
Ne te, Carmenion, vocem sororem.

Auferet exstincto pallida Ditis aqua.—Para traducir el final de la Elegía, interpretando correctamente la frase «*exstincto pallida Ditis aqua,*» seguí á Mr.

Martinón, quien dice: «*Pallida Ditis aqua*» puede designar el Leteo, cuyas aguas procuraban el olvido; pero es más probable que el poeta quiso decir sencillamente: «tendré esta esperanza hasta la muerte.»

Por eso yo traduje:

Sé su esposa mejor; de así llamarte
Perderé al morir solo, la esperanza.

LIBRO III.—ELEGÍA II.

En esta Elegía, Ligdamo se dirige á Neera, y le habla del inmenso pesar que le produce su ausencia de Roma. El poeta describe su muerte y sus funerales, dando así una idea completa de las ceremonias con que debían ser recogidas las cenizas de los muertos.

Vivere et erepta coniuge qui potuit.—Mucho han discutido los críticos si la palabra «coniunx,» debe tomarse aquí por esposa, ó simplemente por prometida. Al pretender demostrar Gruppe, que Ligdamo era Ovidio, y que Neera fué su segunda esposa, toma pie de la palabra «coniunx;» pero como Brouckusio lo dijera, esta expresión se ha empleado «non quod Neae-

ra ei fuerit matrimonia iuncta, sed quod esset pacta et sperata.» Esta interpretación está apoyada por Virgilio y por Servio, en el comentario al verso 18 de la Égloga VIII.

Virgilio dijo:

Coniugis indigno Nysae deceptus amore,

porque Damón amaba á Nisa con «amor de esposo,» y no porque estuviese casado con ella. Servio dijo: «non quae erat, sed quae fore sperabatur.»

El mismo Virgilio, hablando del burlado amor de Hermione por Orestes, en el Libro III de la Eneida, versos 330 y 331, dijo también:

Ast illum, ereptae magno inflamatus amore
Coniugis.

Ovidio, imitando á Virgilio en la Epístola de Hermione de las Heroidas, versos 86 y 87, dijo:

Nec quondam placuit, nec nunc placuisset Achilli
Abducta viduum coniuge flere virum.

Ergo cum teneum fuero mutatus in umbram.— Cuando el cadáver era quemado, se usaba la expresión: «mutari in umbram,» que no puede decirse que sea sinónima de «verti in ossa.»

Cuando el cuerpo era destruido por el fuego, creían

los romanos que algo de él sobrevivía, y ese algo eran los Manes, que podían encarnar en otro cuerpo.

Por eso Propercio, en el Libro IV, Elegía VII, versos 1 y 2, dijo:

Sunt aliquid Manes; letum non omnia finit,
Luridaque extinctos effugit *umbra* rogos.

Séneca, en la tragedia Herculis in Oeta, verso 1967, dijo:

Manes semel
Umbrasque vidi: quidquid in nobis tui
Mortale fuerat, ignis evictus tulit.

Ovidio, en las Tristes, III, 3, dijo también:

Inter Sarmaticas Romana vagabitur umbras
Perque feros Manes hospita semper erit.

Ossa incinctae nigra candida veste legant.—Aunque algunos, fundándose en la autoridad de Plutarco, han creído que las mujeres romanas usaban vestidos blancos en los casos de luto, como si se tratara de ceremonias religiosas, este pasaje comprueba que en el siglo de Augusto se empleaba el traje negro de preferencia.

Comentando el verso 64 del Libro III de la Eneida, Nettleship adicionó el comentario de Conington, con la siguiente cita de Servio: «Caeruleis-negro.» «Cato ait deposita veste purpurea feminas usas cae-

rulea cum lugerent. Veteres sane caerulum nigrum accipiebant.»

Et primum annoso spargent collecta Lyaeo.—El nombre de Baco está empleado en lugar del vino, como el de Ceres se usaba en vez del trigo. Cicerón, en su obra de De Natura Deorum, Libro II, XXIII, dice que era común poner unos nombres por otros. «Itaque tum illud, quod erat a dea notum, nomine ipsius dei nuncupabant; ut cum fruges Cererem appellamus, virum autem Liberum: ex quo illud Terentii.»

Sine Cerere, et Libero friget Venus.

Horacio, en el Epodo XI, también llamó á Baco, Lieo.

Dulci Lyaeo solvere,

y Virgilio hizo lo mismo en las Geórgicas, Libro II, verso 229:

Densa magis Cereri, rarissima quaeque Lyaeo.

Illic quas mittit dives Panchaia merces.—Pancaya era una isla pequeña situada en la costa oriental de la Arabia, y célebre por los perfumes que producía.

Diodoro de Sicilia, en su Biblioteca Histórica, Libro V, XLII, dice: «La isla está habitada por los Pancayos, que transportan á la costa el incienso y la mi-

rra, para venderlos á los comerciantes Árabes. Otros comerciantes les compran estos productos, y los llevan á Fenicia, á la Siria y al Egipto, y de allí se les envía á todo el resto de la tierra.»

Ovidio, en el Libro X de las Metamorfosis, versos 307 y siguientes, dijo:

> Sit dives amomo
> Cinnamaque costumque suum sudataque ligno
> Tura ferat floresque alios Panchaia tellus
> Dum ferat et murram;

Virgilio, en el Libro II de las Geórgicas, 139:

> Totaque turiferis Panchaia pinguis arenis.

Mr. Benoist, comentando este pasaje, cree que Virgilio toma aquí Pancaya por toda la Arabia; pero Ligdamo demuestra el error de Mr. Benoist, porque habla de los perfumes de Pancaya, de los de Arabia, y de los de Siria.

Sic ego componi versus in ossa velim.—Toda la descripción que Ligdamo hace de los honores que desea que Neera y su madre le rindan á sus cenizas, ha sido imitada por Ovidio en las Tristes, III, 3, 69 á 76, porque al igual de Ligdamo, quiere que perfumen sus cenizas, y termina con el texto del epitafio, que debe colocarse sobre su tumba.

Ovidio dijo:

Atque ea cum foliis et amomi pulvere misce:
Inque suburbano condita pone solo.
Quosque legat versus oculo properante viator,
Grandibus in tumuli marmore caede notis.
Hic ego qui iaceo tenerorum lusor amorum,
Ingenio perii, Naso poeta, meo.
At tibi qui transis, ne sit grave, quisquis amasti,
Dicere: Nasonis molliter ossa cubent.

LIBRO III.—ELEGÍA III.

Blandaque cum multa tura dedisse prece.—La traducción de «blanda tura,» por «blando ú oloroso incienso,» no da con exactitud la idea que Ligdamo se propuso expresar, porque en latín es más amplia la connotación de la palabra, que no sólo significa oloroso y suave, sino propiciatorio.

Propercio, en la Elegía VI del Libro IV, aplicó el epíteto al incienso.

Costum molle date, et blandi mihi turis honores;

pero Ovidio y Horacio lo emplearon refiriéndose á las víctimas que se sacrificaban para aplacar á los dioses.

Horacio, en la Oda XXIII del Libro III, versos 18 y 19, dijo:

Non sumptuosa blandior hostia
Mollivit aversos Penates;

y Ovidio en el Libro V de los Fastos, verso 299:

Saepe deos aliquis peccando fecit iniquos,
Et pro delictis hostia blanda fuit.

Quidve domus prodest Phrygiis innixa columnis. —El marmol de Frigia era uno de los más estimados en Roma, y de los más usados cuando Augusto pudo decir que había encontrado á Roma hecha de ladrillo, y la había dejado hecha de marmol. El marmol de Frigia era blanco veteado de rojo, y las principales canteras se hallaban en la aldea de Synnada, en la Gran Frigia. Según los poetas, las manchas rojas del marmol fueron producidas por la sangre de Atis, y á ese respecto dijo Estacio en su Silva I, 5, 36:

Sola nitet flavis Nomadum decisa metallis
Purpura, sola cavo Phrygiae quam Sinnados antro
Ipse cruentavit maculis liventibus Atys.

Plinio, no obstante, dice H. N., Libro III, V, I, que en tiempo de Nerón se adoptó la costumbre de incrustar en los mármoles manchas que no tenían de suyo, para variar así su uniformidad, y que de esa

manera, el de Numidia ofreció óvalos de que carecía, y el de Synnada algunas vetas de color de púrpura.

Taenare, sive tuis, sive, Caryste, tuis.—El marmol de Tenaro, se producía en el promontorio de este nombre, en la Laconia. El color de este marmol era negro, pues Plinio, H. N., XXXVI, XXIX, dijo: «Sunt et nigri, quorum auctoritas venit in marmora, sicut Taenarius.» Por eso este marmol es todavía llamado hoy en Italia, «nero antico.»

El marmol de Caristo se obtenía en Caristo, población situada en la isla de Euboea. Este marmol era blanco y verde, y el color blanco se veía en círculos concéntricos como los que presenta una cebolla cortada. Debido á esta circunstancia, hoy se le llama «Cippolino.»

Cuenta Plinio, que el primero que en Roma puso en una casa particular columnas de marmol, fué L. Craso en la construcción que llevó á cabo en el Monte Palatino, y que por ese motivo se le dió el nombre de «Venus Palatina,» y que el que primero revistió su casa de marmol, y empleó columnas macizas de marmol de Caristo, fué, según lo aseguró Cornelio Nepote, el Caballero romano Mamurra, prefecto de los obreros de César en las Galias, y el mismo á quien Catulo censuró en sus versos.

Marcial, al igual de Ligdamo, enumeró todos estos distintos mármoles, y además el de Numidia, en el Epigrama LXXVI del Libro IX:

Idem beatus lautus extruit thermas
De marmore omni, quod Carystos invenit,
Quod Phrygia Synnas, Afra quod Nomas mittit
Et quod virenti fonte lavit Eurotas.

Et nemora in domibus sacros imitantia lucos?— Los romanos ricos tenían detrás de sus casas jardines y parques, lo mismo que alrededor del *impluvium*. Dichos parques, estaban cerrados y rodeados de peristilos, donde podían pasearse al abrigo del sol y de la lluvia.

Plinio, H. N., XIX, XIX, dijo: que este lujo fué Epicuro quien lo introdujo en Atenas, porque á nadie antes que á él, se le había ocurrido habitar el campo en la ciudad.

Horacio ya le decía á Fusco Aristio en la Epístola X del Libro I.

Nempe inter varias nutritur silva columnas,
Laudaturque domus, longos quae prospicit agros.

Séneca el retórico, dijo también en sus Controversias, V:

Intra aedificia vestra undas et nemora comprehenditis.

La palabra «lucos,» indica que en esos parques podían ofrecerce é inmolarse víctimas á los dioses, porque, como dijo Servio en el comentario á la Eneida, Libro I, verso 314:

«lucus» est arborum multitudo cum religione.»

Horacio, en la Oda IV del Libro I á Sextio, dijo:

Nunc et in umbrosis Fauno decet inmolare lucis;

y Ovidio, en los Fastos, Libro III, versos 295 y 296:

Lucus Aventino suberat niger ilicis umbra,
Quo possis viso dicere, Numen inest.

Aurataeque trabes, marmoreumque solum?—Vulpio, comentando este verso, decía: «In aedium lacunaribus auro tegendis mira fuit veterum luxuria.»

Este pasaje de Ligdamo, recuerda los versos de Propercio en la Elegía II del Libro III.

Quod non Taenariis domus est mihi fulta columis,
Nec camera auratas inter eburnea trabes.

Nec Lidius aurifer amnis.—Ligdamo se refiere al Pactolo, río de la Lidia, que nace en el monte Tmolus, y que fué célebre en la antigüedad, por sus arenas de oro.

Virgilio, en la Eneida Libro X, versos 141 y 142, dijo:

ubi pinguia culta
Exercentque viri Pactolusque inrigat auro.

Horacio, en el Epodo XV, verso 20:

Tibique Pactolus fluat.

y Propercio, en la Elegía VI del Libro I:

seu mollis qua tendit Ionia, seu qua
Lydia Pactoli tinguit arata liquor.

Tristesque sorores stamina quae ducunt.—El poeta se refiere á las Parcas, á quienes, dada la tarea que les estaba encomendada, las representaban siempre como diosas severas, tristes é inexorables.

Marcial, en el Epigrama 73 del Libro IV, dijo:

Ultima volventes orabat pensa sorores.

LIBRO III.—ELEGÍA IV

Nec sint mihi somnia vera quae tulit hesterna pessima nocte quies.—Los antiguos, tanto los griegos como los romanos, creían que los ensueños, después de media noche, hasta el amanecer, eran siempre verdaderos, y así lo han dicho en sus obras los poetas.

Mosco, en el Idilio II, intitulado Europa, dice que Venus le envió á Europa un sueño gratísimo, en la tercia parte de la noche, á la hora en que el alba se

aproxima, y cuando se nos aparecen los sueños verídicos.

Horacio, en la Sátira X del Libro I, verso 33, dijo también:

Post mediam noctem visus cum somnia vera:

y Ovidio, en la Heroida XIX, versos 195 y 196:

Namque sub Aurora, iam dormitante lucerna
Somnia quo cerni tempore vera solent.

Vera monent Tuscis exta probata viris.—El poeta se refiere principalmente á los Etruscos, porque tenían fama en la antigüedad de ser muy hábiles intérpretes de los presagios, ciencia á la cual se consagraban para hacer de ella estudios profundísimos.

Cuenta Cicerón en su Tratado De Divinatione, Libro I, XLI, que en la época más floreciente de la República, el Senado había decretado, que seis hijos de las familias más prominentes de Roma, debían ser enviados á los diversos pueblos de la Etruria, á fin de que estudiaran el arte de la adivinación, para que cultivado por ellos, no perdiese su carácter sagrado, y no se convirtiese en profesión mercenaria. Agrega, además, que los Etruscos se consagraron al conocimiento de las entrañas de las numerosas víctimas que inmolaban, y á la interpretación de los prodigios, porque debido tal vez á las condiciones de la atmósfera de la Etruria, eran frecuentes los fenómenos ce-

lestes, las apariciones raras, y las concepciones deformes, ya entre los hombres, ya entre los animales.

Et tamen, utcumque est, sive ille vera moneri.— Al traducir este pasaje, he seguido la opinión dada por Mr. Martinón, en el siguiente pasaje de su Comentario. «*Monenti* Itali, *moneri* M. SS.» Los editores modernos han adoptado la lección de los M. SS., cuyo sentido es, á decir verdad, perfectamente claro: sea que los hombres se empeñen en saber la verdad (por ejemplo, consultando á los dioses), sea que prefieran atenerse á los sueños mentirosos.

Desgraciadamente no hay ninguna relación entre esta idea y la que sigue; y más bien hay casi contradicción, pues el poeta, después de haber repetido que los sueños son falsos, no puede pedir á Lucina que aparte los malos efectos del suyo. Esta interpretación es, pues, inaceptable. Ahora bien, es evidente que *sive illi*. . . . y el verso siguiente, desarrollan y explican *utcumque est*. Dejemos á un lado el desarrollo, y para saber cuál debe ser el sentido de *utcumque est*, tomemos en consideración las ideas que siguen. El poeta ha tenido, dice, un sueño espantoso; para no aterrorizarse, ensaya, siempre por medio de una ficción, de persuadirse á sí mismo, de que los sueños son falsos; pero apenas lo ha afirmado, cuando hace constar que, sin embargo *(at* más bien que *et!)*, los hombres creen en ellos, puesto que tienen ceremonias especiales para alejar sus malos efectos. ¿Qué

debe uno pensar? El poeta no ha podido convencerse á sí mismo, sin lo cual, la Elegía entera debería suprimirse; siempre abriga algún temor; ve, pues, la doble hipótesis: *utcumque est,* que sean verdaderos ó falsos, y como es posible que sean verdaderos, le pide á Lucina que haga inútil el terror que inspiran. En consecuencia, la expresión que desarrolla *utcumque est,* no puede tener más sentido que éste: «que los sueños sean ciertos ó falsos,» sentido imposible con *moneri,* pero aceptable con *monenti.* Para esto no es necesario, como lo hace Heyne, referir *monenti* al arúspice: además de que *viris* está en plural, el sentido sería el mismo que con *moneri,* y la corrección perfectamente inútil. Es necesario referir *vera monenti* á *somno,* que tiene así dos epítetos, á los cuales se aplican expresamente las conjunciones *sive.... sive....* sea que los hombres (illi) quieran creer que los sueños son verdaderos, sea que quieran creer que los sueños son falsos; es decir, sea que los sueños, en los cuales creen los hombres digan la verdad, sea que mientan. Es cierto que con este sentido la sintáxis no es perfectamente natural, pero á lo menos la lógica queda satisfecha.

Efficiat vanos noctis Lucina timores.—Bernardino Cileno, explicando este pasaje, dijo que Lucina estaba aquí en vez de la Luna ó de Diana; pero esta opinión no la comparte Brouckhusio, quien cree que el poeta se refiere á Juno, porque no se trata de la Lu-

cina á quien invocan las parturientas, sino de aquella que es autora de la luz. Nadie puede poner en duda, que Juno era llamada también Lucina. Pompeyo Festo dijo: «Supercilia in Iunonis tutela putabant (in qua dicuntur mulieres etiam), quod iis protegantur oculi, per quos luce fruimur; quam tribuat Iuno. Unde ipsa dea Lucina quoque dicta videtur,» opinión sostenida por Varrón en su Tratado de la Lengua Latina, cuando dijo: «ficta a iuvando et luce Iuno Lucina,» y agregó: «hic enim debuit maxime collocari Iuno Lucina, ubi a diis lux datur ocullis;» pero olvidó Brouckhusio, que precisamente la Lucina á quien invocan las parturientas es Juno Lucina, como puede verse en el canto á Diana de Catulo, donde el poeta dijo:

Tu Lucina dolentibus,
Iuno dicta puerperis.

Nosotros compartimos la opinión de Mr. James Craustoun, según la cual el poeta, al hablar de Lucina, se ha referido á Hécate, que era la diosa que producía y disipaba los ensueños y los espectros, y que no era sino una de las manifestaciones de Diana, la «diva triformis,» de quien habló Horacio, Libro III, Oda XXII, porque era Luna en el cielo, Diana en la tierra, y Hécate en los infiernos, y á la cual se refirió Virgilio, cuando en el Libro IV, 511 de la Eneida, dijo:

«Tergeminamque Hecaten, tria virginis ora Dianae.»

Candor erat, qualem praefert Latonia Luna.—Brouckhusio recuerda, con motivo de este pasaje, el Cantar de los Cantares. «Quae est ista quae progreditur quasi aurora consurgens, pulcra ut luna, electa ut sol.»

Los comentadores todos, citan la Oda V del Libro II de Horacio.

Albo sic humero nitens,
Ut pura nocturno renidet
Luna mari.

Artis opus rarae fulgens testudine et auro.—La lira de Apolo era de nácar é incrustada de oro.

En la Elegía II del Libro IV, se lee:

Et testudinea Phoebe superbe lyra.

Es preciso no olvidar que Mercurio, según el himno Homérico á Hermes, hizo la primera lira con la concha de una tortuga.

Nec flammam volvens ore Chimaera fero.—La Quimera era el monstruo terrible de la Licia, que vomitaba fuego, y que fué vencido por Belerofonte.

Barbara nec Scythiae tellus.—Bajo el nombre de Escitia era conocido todo el vasto territorio de Europa y Asia, que se extiende al Norte y al Este del mar Negro y del mar Caspio.

Horrendave Syrtis.—Las Sirtes eran dos bancos de arena por extremo peligrosos, que estaban situados al Norte del África, el primero, cerca de Cyrenaica, y el segundo, de Byzacium. Véase Plinio, H. N., Libro V, Capítulo IV.

LIBRO III.—ELEGÍA V.

Vos tenet, Etruscis manat quae fontibus unda.—La Etruria fué célebre en la antigüedad á causa de sus aguas termales, entre las cuales, las más famosas eran las *Aquae Caeretanae,* las *Aquae Pisanae* y las *Aquae Tauri.* Estrabón, en el Libro V de su Geografía, dice: que aquella región abundaba en baños de aguas termales y minerales, y que en vista de su proximidad de Roma, no eran menos frecuentadas que las de Bayas, las más renombradas de todas.

Nunc autem sacris Baiarum proxima lymphis.—En casi todos los M. SS. se lee *maxima* en lugar de *proxima.* Ninguna explicación satisfactoria se ha podido dar de *maxima.* Escalígero supone que *Baiae*

se ha empleado en lugar de aguas termales en general, como la palabra «*Spa;*» y entonces sería «la más grande entre las aguas termales, á causa de sus sagradas aguas,» pero ninguna prueba adujo para justificar tal interpretación. Otros creen que «*maxima*» tiene el sentido de «*maior*,» y que significa superior. En cambio, «*proxima*» se ha usado para expresar una comparación respecto al mérito de una cosa. Ovidio, en las Metamorfosis, Libro XII, 398, empleó «*proxima*» en el mismo sentido, y dijo:

Pectoraque artificem laudatis proxima signis.

Las aguas de Bayas gozaron de un gran favor entre los romanos, y en épocas determinadas, Bayas fué el centro más importante para el placer y para la prostitución.

Horacio, en la Epístola I del Libro I, hablando del Golfo de Bayas, dice: «Nullus in orbe sinus Baiis praelucet amoenis.»

Propercio, en la Elegía II del Libro I, le suplica á Cintia que se aleje de Bayas, para que no llegue á corromperla su influencia desmoralizadora, y le dice:

Tu modo quam primum corruptas desere Baias
Multis ista dabant littora discidium,
Littora quae fuerant castis inimica puellis.
Ah pereant Baiae crimen amores aquae!

Queriendo expresar Varrón hasta qué grado ha-

bía llegado la prostitución en Bayas, decía: «allí las jóvenes se entregaban á todo el mundo, las viejas se convertían en jóvenes, y muchos hombres en mujeres.»

Cum se purpureo vere remittit humus.—Yo traduje:

Cuando al campo
La hermosa primavera á alegrar vuelve;

porque en efecto, Ligdamo quiso expresar la misma idea que Ovidio expresó en los Fastos, Libro IV, 126:

Vere nitent terrae vere remissus ager.

Virgilio, en la Égloga IX, 40 y 41, dijo:

Hic *ver purpureum*, varios hic flumina circum
Fundit humus flores.

At mihi Persephone nigram denuntiat horam.—Proserpina era la hija de Júpiter y de Ceres, y esposa de Plutón, y la encargada de anunciar la hora fatal de la muerte.

Ovidio, en la Heroida Cidipo, versos 46 y 47, dijo:

Et mihi coniugii tempus crudelis ad ipsam
Persephone nostras pulsat acerba fores.

Ligdamo dijo: «nigra hora,» como Propercio en la Elegía XIX del Libro II, dijo: «Niger ille dies.»

Audax laudandae sacra docere deae.—Ya en el comentario á la Elegía VI del Libro I de Tibulo, hemos hablado de la Buena Diosa, y del culto que se le rendía, al cual no eran nunca admitidos los hombres.

Quid fraudare iuvat vitem crescentibus uvis.—Este pasaje ha sido más que imitado, plagiado por Ovidio en la Elegía XIV del Libro II de los Amores. Ovidio dijo:

Quid plenam fraudas vitem crescentibus uvis
Pomaque crudeli vellis acerba manu?

Duraque sortiti tertia regna dei.—Cuando Júpiter, Neptuno y Plutón, á la muerte de su padre Saturno se dividieron sus reinos, á Júpiter le tocó el reino del cielo; á Neptuno, el del mar, y á Plutón el subterráneo, y por esta razón se le llamó tercer reino.

Elysios olim liceat cognoscere campos.—Los Campos Elíseos, aunque estaban situados en los infiernos, eran la residencia de las almas de los héroes y de los hombres justos y virtuosos. Es muy conocido lo que Virgilio dijo en las Geórgicas, Libro I:

nam te nec sperant Tartara regnem
Nec tibi regnandi veniat tam dira cupido;
Quamvis Elysios miretur Graecia campos,
Nec repetita sequi curet Proserpina matrem.

Los poetas, según Virgilio en la Eneida VI, eran

dignos de ir á los Campos Elíseos, y por eso Dionisio Marso dijo de Tibulo:

Te quoque Vergilio comitem non aequa, Tibulle,
Mors iuvenem campos misit ad Elysios;

y el mismo Tibulo dijo en la Elegía III:

Sed me, quod facilis tenero sum semper Amori,
Ipsa Venus campos ducet in Elysios.

Lethaeamque ratem Cimmeriosque lacus.—El río del Leteo, era el que las almas tenían que cruzar para llegar á los Campos Elíseos. Sus aguas producían el olvido completo de todos los males de la vida. Por eso dijo Horacio, Epodo XIV.

Mollis inertia cur tantam diffuderit imis
  Oblivionem sensibus
Pocula Lethaeos ut si ducentia somnos
  Arente fauce traxerim.

Los lagos del Infierno fueron llamados Cimerios, á causa de la obscuridad que allí reinaba. Los Cimerianos, según Homero, Odisea, Canto XIV, vivían en el Occidente, á orillas del Océano, y cerca de la entrada del Hades. Según Herotodo, los Cimerianos poseían las tierras situadas alrededor del Polus Maeotis, é hicieron una irrupción en el Asia, cuando fueron arrojados de dichas tierras por los Escitas.

Et referam pueris tempora prisca senes.—Esta es una imitación de un pasaje de la Elegía X del Libro I de Tibulo, donde dicho poeta dijo:

. . . . liceatque caput candescere canis
Temporis et prisci facta referre senem.

Nigras pecudis promittiten diti.—Ya hemos dicho en el comentario á las Elegías de Tibulo, que debían ser negras las víctimas ofrecidas á los dioses infernales, y sólo nos faltó agregar, que las ofrendas debían consistir en miel, vino y leche. *Dis,* era uno de los nombres de Plutón, el rey de las regiones infernales.

LIBRO III.—ELEGÍA VI.

Candide Liber, ades.—*Liber* es uno de los nombres de Baco.

Á este dios se le representaba como un joven tierno y hermoso. El uso del epíteto *candidus* está autorizado por casi todos los poetas con la significación de

hermoso; pero principalmente por Virgilio y por Horacio.

Virgilio, en la Eneida V, 571, dijo:

Candida Dido,

en la Eneida VIII, 138:

quem candida Maia
Cyllenae gelido conceptum vertice fudit,

y en la Égloga V, 56:

Candidus insuetum miratur limen Olympi
Sub pedibusque videt nubes, et sidera Daphnis.

Horacio aplicó dicho epíteto al mismo Baco, en la Oda XVIII del Libro I:

Non ego te, candide Bassareu,
Invitum quatiam,

y al poeta Tibulo, cuando, hablando de él, en la Epístola IV del Libro I, dijo:

Albi, nostrorum sermonum, candide iudex.

Por último, Horacio, en el Epodo III, llamó á Jasón: «Candidum ducem.»

Sic hedera tempora vincta geras.—Ovidio se pregunta en el Libro III de los Fastos, 767:

Cur hedera cincta est? hedera est gratissima Baccho
Hoc quoque cur ita sit, dicere nulla mora est,

y, en seguida, cuenta que, cuando Juno, la irritable madrastra de Baco, lo buscaba, las ninfas de Nysa ocultaron la cuna donde el dios reposaba entre hojas de hiedra. Constantino Porfirogeneto, citado por Vulpio, dice que la hiedra fué grata á Baco porque en hiedra fué convertido el adolescente Cisso á quien amaba.

Los poetas se adornaban también las sienes con hiedra, y por eso Virgilio dijo en la Égloga VI:

Pastores, hedera crescentem ornate poetam,
Arcades,

y Horacio, en la Oda I del Libro I:

Me doctarum hederae praemia frontium
Diis miscent superis.

Por eso, comentando este pasaje, dijo Porfirio, el escoliasta de Horacio: «Praemia doctarum frontium hederas dicit, quia eis poetae coronantur, unde et Virgilius ait:»

atque hanc sine tempora circum
Inter victrices hederam tibi serpere laurus.

Care puer.—El poeta, en este vocativo, se refiere al esclavo encargado de este servicio. Todos los poetas hicieron igual uso de la palabra «*puer.*»

Catulo, en la Oda XXVII, decía:

Minister vetuli puer Falerni.

Horacio, en la Oda XXXVIII del Libro I:

Persicos odi, puer, apparatus.

Silio Itálico, Libro VI, Punic, V, 537:

Tu quoque, care puer, dignum te sanguine
Fingere ne cessa.

Madeant generoso pocula Baccho.—«Baccho generoso,» como dice Vulpio en su comentario, quiere decir: «Nobili vino et laudato non Veientano aut vappa.» Ovidio, en las Metamorfosis, XV, 710, aplica este epíteto en el mismo sentido:

Surrentino generosos palmite colles,

y Horacio dijo también en la Epístola XV del Libro I:

Ad mare cum veni generosum et lene requiro,
Quod curas abigat.

Fulserit hic niveis delius alitibus.—*Hic delius*, quiere decir el sol ó este día. *Niveis alitibus,* es lo mismo que *fausto omine,* con buen presagio.

Neve neget quisquam me duce se comitem.—Los

romanos acostumbraban nombrar un jefe en sus banquetes, á quien llamaban «*arbiter bibendi,*» *rex mensae* ó *rex vini,* y éste era el encargado de determinar lo que debía comerse y beberse.

Horacio se refiere á este puesto de honor, cuando dice en la Oda IV del Libro I:

Nec regna vini sortiere tales,

y en la Oda VII del Libro II:

quem Venus arbitrum
Dicet bibendi?

Armenias tigres et fulvas ille leaenas.—Este pasaje fué imitado por Ovidio, en las Metamorfosis, XV, 86:

Armeniaeque tigres et fulvas ille leaenas.

La Armenia era la región donde más abundaban los tigres y leones los más feroces.

Cadmaeae matris praeda cruenta docet.—Penteo, hijo de Agavé, quien, á su vez, fué hijo de Baco, fué desgarrado por su madre, porque pretendió abolir el culto de Baco ó reprimir los excesos que eran su consecuencia. Véase la historia de la muerte de Penteo en Ovidio, Metamorfosis, Libro III, 703 á 735.

Sis felix et sint candida fata tua.—Es fórmula muy común y muy usada, y que los poetas tomaron de Catulo.

Catulo, Oda C, 8.

Sis felix, Coeli, sis in amore potens.

Catulo, Libro XXIII, 155:

Sitis felicis: et tu simul et tua vita.

Broukhusio cita todavía á Virgilio y á Horacio. Horacio, Oda XXVII, Libro III:

Sis licet felix, ubicumque mavis.

Virgilio, Eneida III, 493:

Vivite felices, quibus est fortuna per acta
Iam sua.

Gnosia, Theseae quondam periuria lingua.—Ligdamo alude aquí al poema de Tetis y Peleo de Catulo, en el cual, con motivo del tapiz que cubre el lecho nupcial, habla de la historia de Ariadna y de Teseo, de sus amores, y del abandono en que la dejó en una isla desierta, cuando ella todo lo había sacrificado por él: hogar, familia y patria.

Ariadna es llamada Gnosia, porque Gnosus fué el nombre de la capital de la isla de Creta donde reinaba Minos, su padre.

LIBRO IV.—INTRODUCCIÓN.

Todos los que han tenido la oportunidad de hojear los M. SS. de Tibulo, saben que la división de las Elegías seudo-tibulianas en dos libros es enteramente arbitraria, y debida tan sólo á los humanistas del siglo XV que dirigieron las primeras ediciones. En los M. SS. todas las Elegías seudo-tibulianas forman un solo libro que va á continuación de los dos libros auténticos de Tibulo, y en las ediciones las seis primeras Elegías constituyen el Libro III, y el Panegírico de Mesala y las trece siguientes Elegías de pequeñas dimensiones, forman el Libro IV.

Esta división fué parte á que J. H. Voss demostrara, por la primera vez, que no era Tibulo el autor de las seis Elegías del Libro III, y ella ha dado también lugar á que los filólogos se consagraran á estudiar profundamente las Elegías del Libro IV, á fin de establecer quién ó quiénes eran sus autores.

Los estudios llevados á cabo acerca del Libro IV, desde principios del Siglo XVIII hasta nuestros días, son la prueba más palmaria de los progresos realizados por la crítica filológica; porque todas las cuestio-

nes, que antes pasaran inadvertidas para los comentadores de Tibulo, han sido precisadas y aclaradas de tal manera, que hoy casi puede decirse, que no hay puntos obscuros que con dichas Elegías se relacionen.

Para Bernardino Cileno, así como para Muret, y para Escalígero, así como para Douza, todas las Elegías del Libro IV correspondían por igual á Tibulo, y suyo era el Panegírico de Mesala, y suyas las once Elegías en que se habla de los amores secretos de Sulpicia y de Cerinto, y suyas también las dos últimas, en una de las cuales el poeta tuvo la oportunidad de llamarse por su nombre.

Broukhusio, en su edición de Amsterdam de 1708, atacó, por la primera vez, la autenticidad del Libro IV, y, aunque continuó atribuyendo á Tibulo el Panegírico de Mesala y las Elegías XIII y XIV, respecto de las Elegías II á XII, dijo: «Ego Sulpiciae esse credo; illius quae sub Domitiano floruit, Caleni uxoris.»

Es verdad que Broukhusio cometió el error de confundir á Sulpicia, «Servi filia,» como ella misma se llama, y sobrina de Mesala, con la poetisa Sulpicia, «Caleni uxor,» que floreció en tiempo de Domiciano, y de quien habla Marcial en su epigrama XXXV del Libro XX, creyendo que el *praenomen Servii* era común á todos los varones de la *gens* Sulpicia; pero no lo es menos que esta hipótesis feliz ha sido el punto de partida para todos los estudios encaminados á di-

lucidar todo lo que se relaciona con las Elegías Sulpidianas.

O. F. Gruppe, en el Capítulo relativo á Sulpicia, de su obra *Die römische Elegie*, Leipsig, 1838, y W. S. Teuffel, en el Prefacio de su tradución de Tibulo publicada en 1853, y que reprodujo en el volumen «Studien und Charakteristiken,» 1871, no sin reconocer la sagacidad de que diera muestra Broukhusio, establecieron que era preciso distinguir dos series bien distintas en las Elegías Sulpicianas; la primera formada por las piezas II á VII, y la segunda, por las piezas VIII á XII; atribuyendo aquélla á un poeta que bien podía ser el mismo Tibulo, y ésta exclusivamente á Sulpicia.

Eduardo Hiller, en un estudio dado á la estampa en la publicación intitulada «Rheinisches Museum fur Philologie,» 29, 106, reivindicó para Sulpicia la Elegía VII, dividiendo las series establecidas por Gruppe y Teuffel de la siguiente manera: primera serie, II á VI; segunda serie, VII á XII.

El fundamento para no atribuir á Sulpicia la Elegía VII, era que, en el M.S. *Cuiacianus*, hoy perdido para siempre, pero que todos conocen por la colación hecha por Escalígero, la Elegía VIII llevaba á guisa de título el significativo nombre de «*Sulpitia,*» y que, en consecuencia, sólo las Elegías, á partir de la VIII, estaban comprendidas bajo su nombre; pero Rossback, en 1864, y Hiller después, demostraron que el nombre

de «*Sulpitia*» más que un título era una dedicatoria; porque en los M. SS. *Ambrosianus* y *Vaticanus*, se leía: «*Sulpitia Ad Messalam*» «*Sulpicia Messallae*,» lo cual demostraba que no era el título de una colección, sino la rúbrica de la Elegía VIII dirigida á Mesala.

Las Elegías seudo-tibulianas del Libro IV, de acuerdo con las anteriores observaciones, deben distribuirse para su estudio, en cuatro grupos, á saber:

I. El Panegírico de Mesala.

II. Las Elegías II á VI.

III. Las Elegías VII á XII.

IV. Las Elegías XIII y XIV.

La crítica moderna ha llegado á establecer, casi de una manera indudable, que el Panegírico de Mesala no pertenece á Albio Tibulo.

Ch. Heyne, en su edición de 1775, fué el primero que indicó que la pieza intitulada: *Panegiricus Messalae*» en el M.S. *Cuiacianus*, y «*De laudibus Messalae*» en el *Guelferbitanus*, no debía ser considerado como una obra auténtica de Tibulo.

Escalígero, en 1577, y Juan Antonio Vulpio, en 1749, tomando en cuenta las deficiencias que en el Panegírico se notan, su estilo pedestre y retórico, y la fecha del Consulado de Mesala, año 723 de la fundación de Roma, en que, sin duda, fué escrito, dijeron que era la obra de la adolescencia de Tibulo.

Heyne hubiera aceptado la opinión de Escalígero y de Vulpio, si, entre la poesía elegíaca y la heroica,

hubiera existido la misma diferencia que hay entre la elocuencia y la poesía, diferencia que hace explicable que Cicerón, que fué el príncipe de los oradores, hubiera ocupado un lugar ínfimo entre los poetas; pero le pareció incomprensible que un poeta, tan elegante como ingenioso, hubiera hecho uso de tantos lugares comunes y de un gusto tan poco sazonado, como el que se ve en el Panegírico.

Según Heyne («Observationes in Tibullum,» página 192 de la edición de 1798), el Panegírico fué escrito, tal vez por vía de ejercicio, por alguno de los retóricos de una época posterior, y después colocado entre las obras de Tibulo por algún librero que no tuvo en cuenta sino el culto que Tibulo rindiera siempre á su amigo y protector Mesala Corvino. El Panegírico sería, pues, como la Elegía apócrifa que trata de la muerte de Mecenas, y como la Elegía consagrada al mismo Mesala, que fué atribuida á Virgilio, y forma parte de la Catalecta, de una época posterior al reinado de Augusto.

J. H. Voss, en el Almanaque de las Musas de 1786, compartió la opinión de Heyne; pero hubo de retractarse de ella, en 1810 («Albius Tibullus und Ligdamus,» páginas 22 á 24), porque pensó que los defectos hallados en el Panegírico, decaimiento en el tono heroico, y empleo de una declamación ampulosa, más bien retórica que poética, podían ser violaciones de las reglas más tarde establecidas por los gramáticos;

pero no de los principios que sirvieron de norma á los poetas que, en la antigüedad, escribieron panegíricos, como el Charitas de Teócrito consagrado á Hierón de Siracusa.

Á partir de la publicación de la obra de Voss, unos escritores se han empeñado en sostener, con el mayor acopio de razonamientos, la opinión de Heyne, y otros, la que el mismo Voss sostuvo en 1810, y que no es otra que la que antes compartieron Escalígero y Vulpio. Pertenecen al primer grupo: Bach («Epístola crítica in Tibullum, Pseudo-Tibullum et Propertium,» 1812), Weichert («Poetarum Latinorum reliquiae,» páginas 214 y siguientes), Paldamus («In Eroticis romanis,» 1833, páginas 51 y 52), Dissen («Albii Tibulli Carmina,» 1835, tomo II, páginas 382 á 389), Herzberg («Hallische Jahrbüch,» 1881, tomo I, páginas 1009 y siguientes), Baehrens («Tibullische Blätter,» 1876, página 41), y Hartung («De Panegirico Ad Messallam Pseudo-Tibulliano,» 1880); y forman el segundo: Huschke («Albii Tibulli Carmina,» 1819, tomo II, páginas 537 y 538), Gruppe («Die romische Elegie,» tomo I, 1838, páginas 147 á 163), W. S. Teuffel («Studien und Charakteristichen,» 1871, é «History of the Roman Literature,» página 483, tomo I), Hankel («De Panegyrico in Messalam Tibulliano,» 1874), y Larroumet («De Quarto Tibulli, Libro,» 1882, páginas 25 á 40).

Los que creen que el Panegírico de Mesala perte-

nece á Tibulo, apoyan su creencia en las siguientes consideraciones:

I. Que, aunque el Panegírico es inferior á todas las demás Elegías de Tibulo, tal inferioridad se explica porque fué una obra de la juventud del poeta, pues fué escrita en la época del Consulado de Mesala, que tuvo lugar en el año 723.

II. Que aunque el Panegírico, por su forma, por la distribución dada al asunto, por sus construcciones, las más veces forzadas, y por la falta de gracia de sus versos, es la obra de un retórico, no hay razón plausible para asegurar que sea de un retórico posterior á la época de Augusto, como lo creyó Heyne, y que en esa virtud puede decirse que fué de Tibulo, y escrita por él en el período de su transición alejandrina.

III. Que las peculiaridades del estilo y de la métrica, así como algunas particularidades de la vida del poeta, denuncian á Tibulo como el único autor posible del expresado Panegírico.

IV. Que la comparación hecha entre el Panegírico y la Elegía VII del Libro I, que canta también el triunfo de Mesala, hace ver que ambas obras han sido escritas por el mismo poeta, y si auténticos se reputan por todos los críticos, los dos primeros libros de Tibulo, es forzoso considerar también como auténtico el Panegírico de Mesala.

Los versos 121 y 122 del Panegírico, indican que el tiempo en que el poema fué escrito, fué el año de

723, en que Mesala fué Cónsul, y tal vez para celebrar su elevación al Consulado, y como según Lachmann, se cree que Tibulo nació el año de 700, resulta que el poeta tenía 23 años cuando cantó las proezas y hazañas de Mesala. Por otra parte, resulta del mismo Panegírico, que el poeta se acercaba á Mesala por la vez primera, y esto corrobora la idea de su juventud.

El adolescente, que ensaya entonar un himno en alabanza de un prócer como Mesala, el joven desconocido, que por primera vez se presenta al célebre Cónsul de la República Romana, lleno de la timidez propia de su edad, tenía que emplear el estilo lisonjero y pomposo de que da muestra, y no el tono de confianza y de broma que Tibulo llegó á usar más tarde, al dirigirse á Mesala en las Elegías del Libro I. Tal estilo, así como la estructura de la frase, parecen ser la obra exclusiva de la ignorancia y de la torpeza juveniles.

El Panegírico es la obra de un retórico ó de un poeta que, en sus comienzos, cuida más de cumplir con los preceptos de los maestros, que de dar rienda suelta á su fantasía; pero Gruppe pregunta á Heyne y á los que combaten la autenticidad del Panegírico, ¿qué señales seguras hay para diferenciar á un retórico del tiempo de Augusto, que puede haber sido el mismo Tibulo, de un retórico de los tiempos posteriores al Imperio?

El lenguaje en el Panegírico es duro, la construcción no pocas veces es forzada, falta á los versos la gracia y soltura que debieran tener, y en todo se conoce el esfuerzo que el poeta ha debido ejecutar; pero precisamente esto revela, que el autor escribía en el siglo de Augusto, porque los discípulos de los retóricos, en tiempo del Imperio, estaban más ejercitados y se expresaban con más habilidad, y estas cualidades no podía reunirlas el joven Tibulo, cuando el lenguaje poético no estaba todavía formado, ni ninguno había escrito aún con la dulzura de Ovidio.

Un retórico posterior á la época de Augusto, se hubiera fijado más en las palabras y en los modismos, y en la construcción de la frase; pero el autor, cuidó más del plan general de la obra y de la distribución del asunto, y precisamente en esto se ve una diferencia característica.

El Panegírico está escrito de acuerdo con las reglas de una retórica severa, y después del exordio se deja conocer el tema, y luego, éste se divide en sus diferentes partes, y después, se van tratando todas ellas metódicamente, hasta llegar á la conclusión. Los méritos de Mesala se dividen en civiles y militares. Se da gran importancia á la elocuencia, pero ésta se divide en jurídica y política-forense. Se habla de su excelencia en la guerra; pero sus méritos militares se dividen en dos clases, ya sea que se revelen en el servicio de los campamentos, ó ya en el servicio de la guerra.

El autor del poema compara á Mesala con Ulises, y después de presentar un extracto de la Odisea, acaba por decir que Mesala es más elocuente que Ulises. Divide á la tierra en cinco zonas, y las reune después en dos grandes divisiones, las de los países templados, y la de la zona helada del Norte, para llegar á decir que Mesala es el único que tiene una gloria igual en las dos partes de la tierra. Por último, en la descripción detallada de las acciones de guerra de Mesala, hace el autor alarde de sus muchos conocimientos geográficos.

Como Teuffel lo asegura, si la obra es de Tibulo, recién salido el poeta de las manos de sus maestros los retóricos, ella nos haría ver al poeta en el período de su transición alejandrina, escribiendo su poema á la manera de los himnos griegos.

Gruppe y Hankel, han llamado la atención de los críticos acerca de ciertas peculiaridades del estilo y métrica de Tibulo, y acerca de ciertos detalles de su vida, que á su juicio, no dejan duda respecto al autor del Panegírico.

Hankel encuentra en el Panegírico empleadas algunas palabras, tales como las usó Tibulo en sus Elegías, y de allí concluye, que es uno mismo el autor de las Elegías y el Panegírico.

En el verso 18 del Panegírico, se dice: «Alter dicat opus magni mirabile mundi,» donde el pronombre «alter» está usado por el poeta en lugar de

«alius,» y así también lo empleó Tibulo en la Elegía IX del Libro I, verso 79, cuando dijo: «Tum flevis, cum me vinctum puer alter habebit.»

En el Panegírico, verso 29, se dice: «Non tua maiorum contentast gloria fama,» donde «tua gloria» significa lo mismo que «tu.» Esta figura es rara en Tibulo; pero á pesar de eso, dijo en la Elegía II del Libro I, verso II: «Et mala si qua tibi dixit dementia nostra.»

En el Panegírico, verso 50, se lee: «Vixerit ille senex quamvis dum terna per orbem.» «Saecula fertilibus Titan decurreret horis,» en donde el poeta escribió «orbem» en lugar de cielo, empleo que Tibulo dió á esa palabra en el verso 50 de la Elegía II del Libro I: «aestivo convocat orbe nives.»

En el Panegírico, verso 82: «Iam te non alius belli tenet aptius artes,» el verbo «tenendi» está empleado en lugar del verbo «sciendi,» tal como lo usó Tibulo en el verso 51, Elegía II, Libro I: «Sola tenere malas Medeae dicitur herbas;» y en el verso 190: «Sed licet asperiora cadant apoliisque relictis,» el verbo «cadere» significa lo mismo que «accidere,» como en el verso 85, Elegía VI del Libro I de Tibulo: «Haec aliis maledicta cadant.»

En el Panegírico, verso 172: «Tondeturque seges maturos annua partus,» el adjetivo «annuus» está en lugar del adverbio «quotannis,» y de la misma manera dijo Tibulo en el verso 48, Elegía I del Libro II:

«Deponit flavas annua terra comas; y en el verso 111: «Quem si quis videat vetus ut non fregerit aetas,» las palabras «vetus aetas» significan solamente «aestas,» y Tibulo escribió también en el verso 50, Elegía VIII del Libro I: «In veteres esto dura puella senes.»

Por último, el mismo Hankel hace observar, que el adjetivo «aptus,» que no fué usado por Ligdamo, se lee en tres versos del Panegírico, y en cuatro del Libro I de Tibulo; que el adverbio «ubi,» no empleado por Ligdamo, se halla en el Panegírico, y siete veces repetido en Tibulo, y que la enumeración que en la Elegía VII hace Tibulo de los ríos, es semejante á la que se lee en los versos 140 y siguientes del Panegírico.

Por lo que se refiere á las peculiaridades de la métrica, Hankel hace notar, que tanto Tibulo como el autor del Panegírico, no admiten un espondeo en el quinto pie del hexámetro, ni un vocablo monosilábico en el sexto, que ambos se abstienen de la cesura bucólica, y que en uno y en otro, las palabras yámbicas, dactílicas y créticas, que terminan en «m,» no se eliden con la primera sílaba de la siguiente. Respecto de la cesura dice: que de los 211 hexámetros del Panegírico, 175 tienen cesura pentemímera; 20, cesura trocaica unida á la heptemímera y tritemímera; 3, trocaica con la heptemímera únicamente; 3, con la pentemímera y hetemímera; 8, con la tritemímera y la hiptemímera; 1, con la trocaica y heptemímera, y 1

con la heptemímera únicamente, y que de 211 hexámetros del Libro I de Tibulo, las Elegías X, VII, IV, IX, VIII y I, versos 1 á 43, 166 tienen la cesura tritemímera; 34, la trocaica unida á la heptemímera y á la tritemímera; 2, á la trocaica con la heptemímera únicamente; 6, la pentemímera con la heptemímera, y 3 la tritemímera con la heptemímera.

Gruppe llama la atención acerca de una reminiscencia de Tibulo, que se encuentra en el Panegírico. En el verso 187 se dice: «Et domino satis et nimium furique lupoque,» y en la Elegía I del Libro I, verso 33, se lee: «At vos exiguo pecori, furesque lupique Parcite,» y Hankel recuerda toda la descripción comprendida en los versos 161 á 174 del Panegírico, que no es sino la repetición de muchos pasajes de Tibulo, en que celebra la vida rústica. Gruppe, por último, cree encontrar en la vida del autor del Panegírico, un hecho que ocurrió en la de Tibulo; porque si aquél dice con claridad que había perdido antes una parte de sus ricas propiedades rústicas, y que estaba en peligro de perder más todavía, Tibulo perdió también, y por dos veces, la riqueza que había heredado de sus padres.

La comparación de la Elegía VII del Libro I, con el Panegírico, ha proporcionado todavía á los que sostienen su autenticidad, nuevos motivos para justificar su creencia, porque no sólo dicen que una y otra obra se asemejan, sino que ambas son igualmente media-

nas, que ambas adolecen de los defectos retóricos, y que en las dos, el alarde de conocimientos geográficos, y las frecuentes digresiones, hace ver que el autor debe haber sido uno mismo. Gruppe encuentra, á pesar de los cuatro años que separan el Panegírico y la Elegía VII, porque el uno fué escrito en 723 y la otra en 727, que el poeta tiene todavía dificultades para escribir sus versos, y da como prueba, la repetición de «Hunc» en los versos 1 y 3 de la Elegía; señala como defectos retóricos, los versos 13 á 24, que dicen:

an te, Cydne, canam, tacitis qui leniter undis
caeruleus placidis per vada serpis aquis,
quantus et aetherio contingens vertice nubes
frigidus intonsos Taurus alat Cilicas?
quid referam, ut volitet crebas intacta per urbes
alba Palaestino sancta columba Syro,
utque maris vastum prospectet turribus aequor
prima ratem ventis credere docta Tyros,
qualis et, arentes cum findit Sirius agros,
festilis aestiva Nilus abundet aqua?
Nile pater, quanam possim te dicere causa
aut quibus in terris occuluisse caput?

y acaba por hacer constar, que el poeta Tibulo era tan aficionado como el autor del Panegírico, á los asuntos mitológicos y geográficos.

Hankel comparte las observaciones de Gruppe, y hace notar, además, que la digresión relativa á Osiris,

que se halla en la Elegía, recuerda la que en el Panegírico se refiere á Ulises.

Los que combaten la autenticidad del Panegírico, fundan á su vez su opinión, en las consideraciones siguientes:

I. Que el Panegírico de Mesala es una obra mediocre, y si fué escrito en 723, no puede atribuírsele á Tibulo, excusando sus defectos con la juventud del poeta, porque precisamente en ese año escribió las primeras Delianas, que no sólo son sus mejores Elegías, sino las mejores de la poesía latina.

II. Que el Panegírico, por la distribución del asunto, por la manera de tratarlo, y por la ciencia que revela su autor, es la obra de un retórico, ya sea de los tiempos del Imperio, como lo supuso Heyne, ó ya de la época de Augusto, como lo creyeron Bach y Dissen, y Tibulo en ningún caso puede ser considerado como un retórico, ni tuvo jamás el período alejandrino que Teuffel imaginó.

III. Que las peculiaridades de estilo y de métrica, y las reminiscencias de palabras, no pueden jamás ser bastantes para justificar que dos obras son de un mismo autor, pues siguiendo ese criterio, un poema apócrifo podría atribuirse á varios autores á la vez.

IV. Que la comparación del Panegírico con la Elegía VII, pone más de relieve que aquél no puede ser de Tibulo; no sólo porque la Elegia VII es superior, sino porque para que la Elegía fuera el trabajo de un

principiante, sería preciso anteponerla á las Delianas, lo cual no es cierto, ó suponer que Mesala hizo un segundo viaje á Oriente, acerca del cual no habla la Historia.

Si el Panegírico fué escrito en 723 para celebrar la elevación de Mesala al Consulado, no es posible que sea una obra de la juventud de Tibulo.

Parece cierto que el Panegírico se escribió para festejar la elevación de Mesala al Consulado en unión de Augusto, porque los versos 121 y 122 del poema, no pueden referirse más que á ese acontecimiento.

El autor del Panegírico dijo:

> Nam modo fulgentem tyrio subtemine vestem
> Indueras oriente die, duce fertitis anni.

Por otra parte, el Panegírico no pudo escribirse en una fecha posterior al año de 723, porque si tal cosa hubiera ocurrido, el autor hubiera hecho referencia al viaje de Mesala á Oriente, á las proezas que en él realizó, y á la guerra de Aquitania y al triunfo que con tal motivo le fué acordado en 727, y no hay en él nada que de cerca ó de lejos, haga alusión á la vida de Mesala, posterior á esa fecha.

Pues bien, si esto es verdad, Tibulo no pudo ser el autor del Panegírico, obra mediocre y digna de un joven principiante, como todos convienen que es el Panegírico; porque, precisamente, en ese mismo año

escribió la Elegía III del Libro I, que es la segunda de las Delianas y una de las obras maestras de su genio.

En efecto, según Apiano («Bell Civil,» IV, 38, y «Veleyo Patérculo,» II, LXXXIV), Mesala llevó á cabo su viaje á Cilicia en el mismo año de su Consulado, y pocos meses después de que tuvo lugar la batalla de Accio, á fines tal vez de 723, y Tibulo, en la Elegía III del Libro I, dice que acompañó á Mesala hasta Corcyra, y que allí la enfermedad lo obligó á detenerse y á dejar partir sin él á sus amigos.

Es un hecho, pues, perfectamente establecido, que la Elegía III del Libro I, fué escrita á fines del año de 723, y este hecho sirve de base para fijar la cronología de las Delianas y para saber cuántas, á lo menos, había escrito en esa época.

Mucho han discutido los críticos acerca del orden en que las Delianas fueron escritas; pero con excepción de Lachmann y de O. Richter («Rheinisches Musaeum,» XXV), que las ponían en el orden siguiente: III, I, II, V, VI: Pasow («De ordine temporum quo primi libri elegias scripsit Tibullus,» 1831), y Dissen (obra citada, 1835), y Gruppe (obra citada, 1838), y W. S. Teuffel («Proemium translationis Tibulli germanicae,» 1853), y Baehrens (obra citada, 1877), han colocado siempre la Elegía I como anterior á la III, fundándose en que, en la Elegía I, Tibulo rehusa por amor á Delia acompañar á Mesala á la guerra, y en la

III, se le ve marchar con él á Oriente y quedar detenido en el camino.

Este orden de las Delianas, demuestra que á fines de 723 Tibulo había dado ya á luz las dos hermosísimas Elegías que hasta hoy son consideradas como sus mejores obras.

Ahora bien, ¿puede asegurarse que el poeta, autor de las Elegías I y III del Libro I, pudo escribir durante el mismo año de 723 el Panegírico de Mesala? ¿Pudo escribir Tibulo un poema reputado como obra de los primeros días de su juventud, cuando ya había hecho conocer los frutos más sazonados de su ingenio, como lo son, sin duda, las Elegías Delianas?

Por otra parte, el Panegírico es, á no dudar, la obra de un retórico, ya sea de la época de Augusto ó posterior á ella, y Tibulo jamás, ni en sus comienzos, fué un poeta retórico, ni tuvo nunca, como lo dijo Baehrens, los defectos que caracterizaron á los alejandrinos que tanto pulularon en Roma en los tiempos de César, y que dejaron como recuerdo Io y Glauco y la Esmirna, y otros poemas de esta índole.

El poema, por su forma ampulosa y hueca, por su estilo duro y rebuscado, por su estudiada y metódica distribución, por la ciencia geográfica de que hace alarde con forzada amplitud, y á causa también de la exageración de todos los sentimientos que expresa, ya falta de sinceridad en la modestia, ya exceso de bajeza en la adulación, ya carencia de honradez en la

alabanza, como lo hicieron ver Bach, Dissen y Herzberg, tiene que ser un ejercicio retórico, ejecutado por alguno de los muchos poetas del círculo de Mesala que, mientras más apartados del protector vivían, con mayor razón miraban en él una providencia y un semidiós.

Todos los críticos consideran como la primera obra de Tibulo la Elegía X del Libro I. Unos, como Pasow, que adopta fecha distinta para el nacimiento de Tibulo, hace remontar la Elegía hasta el año de 715. Dissen se atreve á poner un intervalo de once años entre la Elegía X y las Delianas, y cree que fué escrita en 712. Aun sin aceptar estos datos, que pueden parecer exagerados, es indudable que dicha Elegía es del período de 717 á 723 y, en todo caso, anterior á las Delianas.

Ahora bien, ¿quién se atrevería á asegurar que hay siquiera, en la obra de juventud de nuestro poeta, la más ligera reminiscencia de alejandrinismo?

La Elegía es inferior á las otras; pero, ¿puede darse en los poetas alejandrinos algo tan personal como este himno en que al igual se cantan la paz y el amor, y en que se expresan, con gran naturalidad y sencillez, los sentimientos propios del espíritu de un adolescente que da los primeros pasos en la vida?

Las observaciones de Hankel acerca de las peculiaridades del estilo y de la métrica de Tibulo, son los argumentos más serios que hayan podido hacerse va-

ler en defensa de la autenticidad del Panegírico; pero no por eso deben considerarse concluyentes.

Los estudios de esta índole, hechos por críticos eminentes acerca de las Elegías de Ligdamo, han demostrado todo lo que puede esperarse de este género de pruebas. Comparar las obras de dos poetas entre sí para hallar las imitaciones que el uno hubiera hecho del otro, y señalar el empleo común de idénticas expresiones, giros, locuciones y frases, y puntualizar la observación de idénticas reglas de métrica, no es ni puede ser bastante para concluir que ambas obras son de un solo y mismo autor.

Para hacer ver la falacia que encierra tal demostración, bastaría comparar la obra en cuestión con la de otro autor cualquiera, y comprobar la existencia de las mismas imitaciones, el uso de iguales palabras y modismos, y el empleo de las mismas formas métricas.

Los que se han consagrado á analizar las frecuentísimas imitaciones que Ovidio hiciera de Tibulo, de quien, en infinidad de casos, tomó los pensamientos, las palabras, los versos enteros, podrían también concluir, atribuyendo á Tibulo la paternidad de más de una de las Elegías del poeta de Sulmona, si hubiera de seguir ese sistema.

Hugo Hartung se ha encargado de refutar á Hankel, y en este punto, principalmente, sus conclusiones no pueden ponerse en duda.

Si Tibulo y el autor del Panegírico emplearon el pronombre «alter» en vez de «alius,» Horacio hizo igual cosa en la Epístola XIV del Libro I, verso 11:

Cui placet alterius, sua nimirum est odio sors;

si ambos usaron las palabras «tua gloria» en vez de «tu,» Propercio, en la Elegía VII del Libro II, verso 17, dijo:

Hinc etenim tantum meruit mea gloria nomen;

si los dos emplearon la palabra «orbs» en vez de cielo, Horacio, en la Oda III del Libro III, escribió:

«Si fractus inlabatur orbis.»

Si ellos hicieron uso del verbo «tenendi» por «sciendi,» Virgilio, en la Égloga IX, dijo:

numeros memini, si verba tenerem,

y, por último, si Tibulo y el Panegirista escribieron «cadere» por «accidere» y «annuus» por «quotannis,» Cicerón hizo lo mismo en muchos pasajes de sus obras.

Comparando á Lucrecio con el autor del Panegírico, es de notar que éste empleó «texere» y sus compuestos al igual del otro, y que la expresión «auras aerias» de Lucrecio se encuentra en el Panegírico.

Ovidio y el autor del Panegírico coinciden en muchos puntos, y si éste dijo: «aeterno Homero» en el verso 180, Ovidio repitió: «aeterno Homero» en la Elegía X del Libro II de las Pónticas; y si aquél escribió «conditor actis» en el verso 4, Ovidio usó el verbo «condere» con el mismo sustantivo en el verso 335 de la Elegía del Libro II de las Tristes; y si uno empleó el adjetivo «foedatus» en el verso 57, Ovidio lo repitió en la Elegía III del Libro I de las Tristes.

Propercio y el Panegirista también pueden ser citados á este respecto. Si éste dijo en el verso 7: «est nobis voluisse satis,» Propercio escribió en la Elegía X del Libro II: «in magnis et voluisse sat est;» si aquél, en el verso 13, hizo uso de la locución: «vestigia ponere;» el otro, á su vez, dijo en la Elegía IX del Libro II: «meo ponet vestigia lecto.»

La comparación hecha por Hartung puede exagerarse más todavía y hacerse con todos los otros poetas latinos, y, es seguro, que el examen revelaría que en todos, en Catulo, en Horacio y en Virgilio, habrían de hallarse reminiscencias de la índole de las citadas.

En lo que á la observancia de determinadas reglas métricas se refiere Hartung, recuerda que ellas fueron observadas también por Horacio, por Virgilio y por Ovidio, como por todos los que escribieron versos épicos, y cita, al efecto, lo que, en su libro de «Re Metrica poetarum latinorum,» escribió Luciano Müller.

Los que combaten la autenticidad del Panegírico, no se pueden explicar cómo ha podídose parangonar dicho Panegírico con la Elegía VII del Libro I, respecto de la cual son más las diferencias que las semejanzas.

El plan general de ambas obras, la distribución del asunto, el sistema seguido para el desarrollo de la idea principal de los dos poemas son enteramente distintos, y lo que en la Elegía hay de orgullo en el poeta «*Non sine me est tibi partus honos,*» es en el Panegírico falsa modestia y humildad exagerada; lo que en aquélla hay de sobriedad, en éste es ampulosidad; lo que en la una es precisión, en el otro es dureza.

Hay, es cierto, en la Elegía alguna acumulación de nombres geográficos; pero nunca esa acumulación es inútil, ni se le emplea en digresiones ociosas; porque en la Elegía sirve nada menos que para designar los triunfos conquistados por Mesala en las diversas expediciones guerreras. Nótase, es verdad, en la Elegía el episodio de Osiris, que no encaja bien cortando el elogio de Mesala; pero, en cambio, ¡cuánta belleza ha derramado Tibulo á manos llenas en esa digresión! La descripción de los beneficios que Osiris hizo á los humanos enseñándoles el cultivo de la tierra, será siempre una de las páginas más hermosas de la literatura latina.

Pero independientemente de los méritos de la Elegía, por la fecha en que fué escrita no debe estimár-

sela como el trabajo de un principiante, toda vez que, consagrado á celebrar el triunfo de Mesala, después de la guerra de Aquitania, no pudo ser escrita antes del año 727 en que le fué concedido el Triunfo.

Si la I y la III de las Elegías del Libro I fueron compuestas: una, antes de realizarse la expedición al Oriente, y otra, en los momentos en que dicha expedición tenía lugar en 723, es indudable que la Elegía VII la escribió Tibulo cuando estaba en el apogeo de todas sus facultades.

Para negar estos hechos sería preciso aplazar la fecha de la composición de las Elegías Delianas, y como la Elegía III del Libro I fué escrita en Corcyra durante el curso del viaje á Oriente, obligará Mesala á hacer un segundo viaje posterior al año 727, acerca del cual nada dicen los historiadores de aquella época.

Pesando, con ánimo imparcial y sereno, los argumentos de los que sostienen la autenticidad del Panegírico, así como los de aquellos que la combaten, es necesario pronunciarse en favor de estos últimos, porque tienen en su apoyo la cronología perfectamente establecida de las obras de Tibulo, el orden en que fueron escritas, la historia de la vida del poeta y del Cónsul Mesala, y los datos todos que la filología y la crítica pueden proporcionar.

El Panegírico de Mesala no es, pues, una obra de Tibulo, y no es digna de figurar en la colección de este poeta.

¿Quién es el autor de las Elegías II á VI del Libro IV?

Las cinco Elegías que comprenden la primera parte del Libro IV deben subdividirse en dos distintos grupos: el primero que abraza las Elegías II, IV y VI, consagradas á Sulpicia ó que hablan de ella, y las Elegías III y V dirigidas á Cerinto. La Elegía III está escrita en elogio de Sulpicia, con motivo de las fiestas de las calendas de Marzo, y celebra la belleza de sus ojos y la gracia de que siempre hace alarde, ya lleve sueltos ó trenzados sus cabellos, ya sea que use trajes níveos ó teñidos con la púrpura de Tiro. El poeta invita á las Musas y á Apolo para entonar un canto en honor de Sulpicia. La IV está dirigida á Febo, y tiene por objeto, no sólo pedirle que libre á Sulpicia de la enfermedad que la aqueja y, al efecto, le suministre los jugos que dan nueva vida á los cuerpos enfermos, sino consolar á su amante que debe guardar su llanto para cuando ella se le muestre esquiva. La VI está consagrada á Juno Natal con motivo de las ofrendas que Sulpicia le ofrece en abundancia para que la diosa le sea propicia, y á ella y á su amante los una con un mutuo amor.

La Elegía III está dirigida á un jabalí, porque Cerinto se ha ido á la caza y su amada desea verlo volver sano y salvo. En esta Elegía, la amada de Cerinto deplora no haberlo acompañado, porque, á lo menos, ella hubiera conducido las redes, hubiera busca-

do las huellas de los ciervos y desencadenado á los perros; las selvas hubieran sido de su gusto, si en ellas se hubieran amado. Un rasgo de celos y una explosión de amor terminan la Elegía:

Et quaecumque meo furtim subrepit amori,
Incidas in saevas diripienda feras.
At tu venandi studium concede parenti
Et celer in nostros ipse recurre sinus.

La Elegía V está consagrada á Cerinto, y dirigida á él, porque su amada comienza por declararle, que el día en que fué suyo, será para ella sagrado y de fiesta, pues desde que nació, las Parcas lo celebraron como yugo y señor de las mujeres. La amada pide á su Genio protector, que sea mutuo el amor que ella le profesa, y que si llega él á suspirar por otras, apague entonces el fuego en que se abrase el ingrato.

Así como ya hemos visto que Broukhusio, sin tomar en cuenta que en las Elegías II, IV y VI, se habla de Sulpicia como de tercera persona, y se le consagran elogios, y se pide el restablecimiento de su salud, atribuyó á Sulpicia todas las Elegías del Libro IV, así vamos á ver cómo Voss, y Gruppe, y Zingerle, y Knape, poniendo en olvido que las Elegías III y V están dirigidas á Cerinto por una mujer, tierna y apasionada, han sostenido que Tibulo es el autor de las cinco Elegías, II á VI del Libro IV.

Voss, en su obra ya citada (Albius Tibullus und

Ligdamus, 1810), considera como epístolas, todas las pequeñas Elegías del Libro IV, y apoya su creencia de que Tibulo es su autor, en la vida de este poeta atribuida á Suetonio, que se halla en los M. SS., y en la cual se lee el siguiente párrafo: «Epistolae quoque eius amatoriae, quanquam breves, omnino utiles sunt.» Si Tibulo, según Suetonio, escribió epístolas amorosas, y éstas fueron breves y útiles, Tibulo es el autor de las Elegías del Libro IV, tanto porque éstas son pequeñas, como porque es necesario reconocerles el pronunciado carácter epistolar que tienen.

Voss, por otra parte, no cree en la existencia de una poetisa, que en tiempo de Augusto llevara el nombre de Sulpicia; ni concibe que la autora de las Elegías pueda ser la Sulpicia, *Calenis uxor*, que existió en tiempo de Domiciano, y á quien se refirió Marcial. Voss dice: en efecto, si en la época de Augusto se hubiera distinguido con tan excelentes composiciones una joven de la noble estirpe de los Sulpicios, sin duda, tan rara aparición hubiese sido celebrada con grandes elogios por sus contemporáneos y por sus pósteros. Desde luego, el mismo ingenioso y noble poeta que escribió la composición á Sulpicia enferma (Epístola III), la hubiera recomendado al dios de los poetas, y el galante Ovidio, que con tanta frecuencia enumera los poetas latinos, ¿habría permanecido mudo respecto de ese maravilloso ruiseñor? Cuando menos, recordando á la Sulpicia del tiempo de Domi-

ciano, se hubiera visto precisado á designar á esta nueva Sulpicia, como la segunda flor de la familia de los Sulpicios. En cambio, la segunda Sulpicia, por mucho que le cegara el amor propio, jamás se hubiera atrevido á presentarse como la primera romana, cultivadora de la poesía griega, tratando de opacar á su ilustre antecesora, como ella lo dice en la Censura á Domiciano.

Primaque Romanas docui contendere Grails.

La Sulpicia de que habla Marcial, tampoco debió ser la autora de las epístolas, porque, dada la época en que floreció, no pudo ser la amada de Cerinto, á quien Tíbulo cantó, ni éste pudo llegar á conocerla, tomando en cuenta el tiempo de su muerte.

Para Voss no es un obstáculo que sea una mujer quien hable en esas Elegías, y que los sentimientos que exprese, sean los del corazón de una virgen enamorada; porque, á lo sumo, eso revelaría que ella colaboró en la obra del poeta, y que éste, teniendo á la vista sus cartas amorosas, tomó de ellas la sinceridad de la pasión y la verdad de los sentimientos. «El poeta se inspiró en la joven, que sintiéndose poseída por un amor que nada tenía de culpable, ansía fervorosamente por el lazo ardiente y eterno, é hizo la obra de arte, escogiendo la principal de las cartas auténticas, poniéndolas en un orden metódico, y cuidando la expresión poética, y la melodía del verso.»

Según Voss, las Elegías fueron, pues, hechas en mancomún por Tibulo y por Sulpicia; y Tibulo, renunciando á hacer, como siempre lo había hecho, una obra subjetiva, se contentó con poner su inspiración al servicio de una pasión ajena, para prestar vida y alma á aquella novela de amor de Cerinto y de Sulpicia.

Las observaciones de Voss son dignas de ser tomadas en consideración; pero á nuestro juicio no son definitivas; porque no es, ni puede ser fundamento bastante para dejar de atribuir á Sulpicia las Elegías que son obra de una mujer, el que Ovidio no hubiera hablado de ella en el Libro II de las Tristes, y el que la Sulpicia de la época de Domiciano, se hubiera creído la primera que enseñó á las romanas á competir con los Griegos.

El silencio de Ovidio es fácilmente explicable, sobre todo, si son ciertas las reflexiones de Carlos Lachmann (Allgem Litt Zeitg. 1836, No. 109, pág. 255) y de F. Haase (Berliner Jahrt f. rissensch Kritik 1837, No. 5, pág. 40), según quienes, el Libro IV salió de la casa de Mesala, y fué publicado tan sólo después de su muerte, y debe considerársele como un libro de familia, formado en el círculo de Mesala y de los demás ilustres amigos suyos, que se interesaban por la poesía. Si el libro que contiene las Elegías de Sulpicia, no se publicó durante la vida de Ovidio, no es de extrañarse que no hubiera hecho alusión á él. En la

Elegía que Ovidio consagró á Tibulo, y en la II de Las Tristes, no sólo nos dice que no tuvo tiempo para cultivar su amistad, sino que revela que tan sólo había conocido el Libro I de la colección, único hasta entonces publicado.

El verso de Sulpicia, citado por Voss, no dice tampoco lo que ha querido deducir de él; porque Sulpicia no afirmó, en los hexámetros contra Domiciano, ser la primera poetisa latina, sino la primera que escribió versos griegos, enseñando á las mujeres romanas á competir con las griegas; pero, por otra parte, la Sátira contra Domiciano, que fué descubierta en Bobio en 1493, está considerada por todos los críticos como apócrifa; porque aunque no puede sostenerse con J. C. G. Boot (Acad. of Netherlands. Amsterdam 1868), que fué escrita en el siglo XV, sí está fuera de duda, como lo dice W. S. Teuffel (History of Roman Lit. tom. II, pág. 128), que lo obscuro é insípido del lenguaje, la ausencia de rasgos característicos, tales como un contemporáneo los hubiera tenido á su disposición, y las particularidades de metro y de dicción, prueban que el poema fué compuesto en un período muy posterior, y simplemente puesto bajo el nombre de Sulpicia.

O. F. Gruppe (obra cit., tom. I, Cap. Sulpitia), compartió la opinión de Voss, pero únicamente en parte; porque cree que son de Tibulo las Elegías II á VII, y de Sulpicia las Elegías VIII á XII. «Tan se-

guro es que las siete primeras Elegías son de Tibulo, como que las otras no son de él. Estas últimas son, en verdad, cartas escritas por otras personas, tal vez por aquella Sulpicia, que en la Elegia X se llama la hija de Servio.»

Para explicar su creencia, comienza Gruppe por suponer que hay dos series bien definidas en el Libro IV; la segunda, formada por las cartas originales de Sulpicia, y la primera, que está constituida por pequeños poemas alternados, uno dirigido á Sulpicia, y otro á Cerinto, y en los cuales se repite la misma historia de amor, con los mismos incidentes é idénticos rasgos de pasión. La diferencia entre una y otra serie, consiste en el lenguaje, en la dicción y en la métrica; porque si el lenguaje en una es torpe, y la construcción pesada y difícil, sobre todo, en la Elegia X, en la otra es de una gran pureza, y revela suma facilidad y elegancia; y porque si en ambas la métrica es correcta, en cambio, en una se notan muchos ripios, para completar la medida de los versos. «Un experto, agrega Gruppe, no puede menos que conocer pronto, que en la segunda serie se trata de un lenguaje femenino, que no está elaborado de acuerdo con las reglas severas de la gramática, y en el cual, las expresiones naturales y sencillas, sin arte, ni retórica, se entrelazan por medio de una construcción bastante libre.»

Gruppe, con su habitual sagacidad, ha señalado una

diferencia esencial entre las dos series de Elegías, y si está en lo justo al atribuir á Sulpicia algunas de las que aparecen escritas por una mujer, no se comprende por qué ha asegurado que la primera serie, según él, II á VII, ha de ser la obra de Tibulo. Gruppe no ha expendido un solo argumento para defender esta tesis, y ella no ha podido descansar en otra cosa, que en la autoridad de su nombre.

Para llenar este vacío, tal vez, escribió A. Zingerle su disertación intitulada: *Weiteres zu deu Sulpicia elegieen des Tibullus.* (Kleine Philologische Abhandlungen. Innsbruck, 1877, págs. 45 á 90). El trabajo de Zingerle, es la labor pacientísima de un experto filólogo, y con él llega á la conclusión de que las Elegías II á VII, que tratan de Sulpicia, son auténticas; porque no sólo recuerdan en muchos puntos las particularidades de Tibulo, sino porque están escritas en el estilo característico de este poeta, haciendo uso de sus expresiones predilectas, principalmente de aquellas que empleó en las Elegías Delianas.

Para apoyar su conclusión, Zingerle estudia y señala el uso de iguales adjetivos, «tener,» «sanctus,» «celer,» «mutuus» y «celeber,» ya solos ó unidos con ciertos sustantivos, el de los relativos compuestos, «quicumque» y «quisquis,» y otros, el de algunos verbos impersonales, como *pudet, piget, paenitet, taedet, decet* y *iuvat,* el de la conjunción *at,* y algunas aunque cortas peculiaridades de métrica.

Carlos Christian Knappe (De Tibulli libri quarti elegiis inde ab altera usque ad duodecimam disputatio. Duderstadt, 1880), ha ampliado desmesuradamente el trabajo de Zingerle, y con el deseo de exagerar las conclusiones obtenidas por él, ha llegado á establecer, no sólo que las Elegías II á VII son la obra de Tibulo, sino que suyas son todas las Elegías del Libro IV, que tratan de los amores de Cerinto y de Sulpicia.

Knappe puso á contribución los eruditísimos trabajos que antes que él, habían realizado Boltzenthal acerca de la métrica y estilo de Tibulo (De re metrica et de genere dicendi Albii Tibulli. Ciistrin, 1874), Gualtein Gebhard, acerca de las cuestiones que suscita el metro elegíaco empleado por Tibulo, Propercio y Ovidio (De Tibulli, Propertii, Ovidii distichis quaestionum elegiacarum specimem, Regimonti Pr., 1870), y Bernardo H. Engbers, respecto de la métrica (De metricis inter Tibulli, Propertique libros differentis questionum. Monasterii, 1873), y basándose en esos estudios, concluye: que el estilo de las Elegías del Libro IV, es el que Tibulo empleó en los Libros I y II, y que las peculiaridades de la métrica denuncian que es uno solo y mismo autor quien escribió las Elegías Delianas y las del Libro IV.

Se distingue el estilo de Tibulo, según Boltzenthal y Dissen, en que, por regla general, los dísticos compuestos, cada uno de un hexámetro y de un pen-

támetro, no se ligan entre sí, porque no usa de períodos largos, y en que cuando se unen; la unión no se lleva á cabo por medio de conjunciones, sino que los dísticos solos se conectan entre sí, y, además, en que dicha unión puede ser de dos dísticos, muy raras veces de tres, y casi nunca de cuatro.

Las sentencias que comprende cada dístico, constan casi siempre de dos miembros ó partes, que se contraponen de tal manera, que puede decirse que, cuanto Tibulo escribiera, tenía una división bipartita, y no sólo esa división ocurre en un solo dístico, sino que también suele extenderse á dos. La sentencia del hexámetro, con frecuencia se amplifica en el pentámetro, repitiéndola, aunque con otras palabras. Tomando pie de estas observaciones, Knappe establece, que estos rasgos característicos de las Elegías de los Libros I y II, se observan en todas las del Libro IV, y hace constar los ejemplos que en su concepto fundan su opinión.

Igual demostración hace todavía comparando con una excesiva minuciosidad todas las peculiaridades de los hexámetros y pentámetros de los Libros I, II y IV, ya precisando la distribución de los dáctilos y espondeos, ya la naturaleza é índole de la cesura en unos y otros versos, ya el número de las sílabas de las palabras con que terminan, ora el caso en que están algunos sustantivos ó adjetivos puestos al final de pentámetros ó hexámetros, ya las voces con frecuen-

cia repetidas en determinado lugar del verso, y sobre todo, al final ó principio de los hemistiquios en que la cesura los divide.

Knappe, puntualizando todas estas minucias, ha creído suministrar los datos bastantes para caracterizar el estilo y la métrica especialísimos de Tibulo, y partiendo de esa base, se ha imaginado, que porque esas peculiaridades coinciden en gran parte, ya en algunas de las Elegías de la primera serie, ya en alguna de la segunda, todas las del libro IV son de Tibulo.

Zingerle y Knappe, dan una importancia exagerada á las coincidencias en estilo y métrica que los estudios filológicos describen y ponen de relieve, y el defecto de su razonamiento consiste, en que las aceptan como la sola y única prueba de que las obras donde ellas se encuentran son de un mismo autor. Las coincidencias expresadas son, no hay que dudarlo, un elemento importantísimo para confirmar las conclusiones que otras pruebas pueden establecer; pero aisladamente consideradas, son de muy poco alcance, porque es fácil hallarlas en poetas de una misma escuela, que hubieran cultivado un mismo género, y de los cuales, uno hubiera sido imitador del otro.

Los estudios filológicos, aplicados á demostrar que el Libro III de Ligdamo, es de Tibulo, jamás podrán tener éxito completo, porque si, como Ligdamo mismo lo declara, nació el año de 711, es imposible que

Tibulo hubiera nacido en esa fecha, porque se falsearían todos los datos relativos á su vida, que son de una absoluta exactitud. Pues lo mismo acontece en todo lo que al libro IV se refiere, porque aunque la filología ponga de resalto las peculiaridades en que los autores de unas y otras Elegías coinciden, su eficacia habrá de estrellarse ante la consideración de que unas son la obra de una mujer tierna y apasionada, cuyos sentimientos se mueven al impulso de un amor juvenil y violento, y las otras son de un poeta que se consagra á celebrar los amores de sus amigos, sin que la pasión ajena llegue á conmoverlo en lo más mínimo.

Mr. George Doncieux (Revue de Philologie, de Litterature et d'Histoire Anciennes. Cuaderno I, Libro XV, páginas 76 á 81), ha tratado de conciliar todas las opiniones, y al efecto ha sugerido una idea, que se parece á la de Voss, de todo punto ingeniosa: atribuir á Tibulo las Elegías II, IV y VI, y suponer que Tibulo y Sulpicia colaboraron juntos en las Elegías III y V, poniendo una, la idea, el sentimiento y algunos versos expresivos, y el otro, su arte exquisito, y la suprema dulzura de su poesía.

Mr. Doncieux comienza por decir, que las Elegías II, IV y VI, en las cuales se habla de Sulpicia en tercera persona, no pueden ser obra suya, porque una mujer, por vanidosa que se la suponga (y Sulpicia, orgullosa y apasionada no podía serlo), no se califica-

ría á sí misma de «formosa» (Elegía IV), de «docta puella» (Elegía VI), y sobre todo, no haría de su propia persona la descripción que contiene la Elegía II, y acaba por convenir, en que dichas Elegías son de Tibulo, tanto por ser poemas de circunstancias como los poetas en Roma tenían costumbre de ofrecer á sus amigos, con ocasión de las calendas de Marzo y de las fiestas de Apolo, como porque el autor debe ser un poeta del círculo de Mesala, confidente de los amores de su sobrina, y ciertamente un poeta de primer orden, en quien el giro de la frase, el vocabulario, la suavidad del colorido, y la fineza psicológica, denuncian á Tibulo.

«Sabemos, en efecto, agrega, que Tibulo ha sido muy imitado; testigos, Ligdamo y Ovidio; pero no se engaña uno tan fácilmente: débil ó poderoso, bajo la envoltura más ó menos industriosa de las frases, la personalidad del imitador aparece siempre. Aquí, al contrario, todo es de Tibulo, el pensamiento y la forma, la fisonomía general y el detalle de la expresión. Además, existen en los poetas superiores ciertas particularidades de ritmo, que tienen su origen en las leyes más íntimas de su genio, y que escapan á la imitación; tales, en la versificación de Tibulo, el paralelismo habitual del hexámetro y del pentámetro, sobre todo, el curioso agrupamiento ternario de los dísticos.»

«Ahora bien, esos caracteres originales, extraños á

Ovidio y á Ligdamo, se encuentran en las Elegías en cuestión. En suma, se parecen á las de Delia y Nemesis, no como un cromo se parece á la tela de un maestro, sino como dos excelentes obras del mismo pintor, ambas espontáneas y ricas de invención, aunque de color y de toque absolutamente idénticos. En este caso puede uno inferir, con una probabilidad cercana de la certidumbre, que unas y otras son de la misma mano.»

Por lo que toca á los Elegías III y V, en las cuales Sulpicia se dirige á Cerinto, cree reconocer que son de Tibulo por el estilo y por la versificación, y que son, á la vez, de Sulpicia, por algunas peculiaridades del lenguaje de las otras Elegías, VII á XII, que, á no dudarlo, son obra suya.

Mr. Doncieux dice á la letra:

«Si el análisis de estas últimas (Elegías II, IV y VI) demuestra su origen tibuliano, con mayor razón hay que confesar que son de Tibulo las Elegías III y V. El examen de estos cuarenta y tantos versos, confrontados con los de los Libros I y II, es, creo yo, decisivo.

«Elegías II y V:

Elegía III, verso 6: O pereant silvae
,, ,, ,, 8: ....teneras laedere.... manus
,, ,, ,, 12: Ipsa ego-Ipsa ego....
,, ,, ,, 23: At tu (al acabar la Elegía).

Elegia III,	verso	24:	....in nostros.... recurrere sinus.
Elegia V,	,,	3:	Parcae cecinere.... servitium.
,, ,,	,,	4:	dederunt regna superba
,, ,,	,,	7:	per te dulcissima furta perque tuos oculos per geniumque rogo.
,, ,,	,,	11:	....alios iam nunc suspirat amores
,, ,,	,,	15:	teneamur uterque catena
,, ,,	,,	16:	Nulla queat.... soluisse....
,, ,,	,,	19:	At tu Natalis....
,, ,,	,,	20:	Adme: quid referet...... roget?

«Libros I y II:

Libro	I, I, verso 51:	O quantum est auri pereat....
,,	II, IV, verso 27:	O pereat quicumque....
,,	II, III, verso 10:	Laederet et teneras.... manus.
,,	I, V, versos 13-15:	Ipse—Ipse ego......
,,	I, V, ,, ,,	At tu.... (Al acabar la Elegía).
,,	I, III, verso 6:	legat in moestos ossa...... sinus.
,,	I, VII, verso 1:	....cecinere diem Parcae....
,,	I, IX, verso 80:	....geret.... regna superba
,,	I, V, verso 7:	per te furtivi faedera lecti, per Venerem quaeso compositumque caput.
,,	I, VI, verso 35:	....alios suspirat amores.
,,	II, IV, verso 3:	......teneorque catenis.
,,	I, IX, verso 63:	....nulla queat.... disposuisse.
,,	I, VII, verso 63:	At tu Natalis....
,,	II, II, verso 10:	....adnuit ille: roga.

«La marca del poeta parece aquí innegable. Pero, mientras que lógicamente podemos atribuir á Tibulo las Elegías III y V, un dístico de la Elegía III nos prohibe pasar adelante.

«Amaría los bosques,» escribe la joven á su amante:

.........................si, lux mea, tecum
Arguar ante ipsas concubuisse plagas.

«Se ha hablado bastante candorosamente acerca del sentido de «concubuisse» y, sin embargo, la frase es de una hermosa sencillez, y jamás mujer alguna dijo las cosas con más claridad.

«Ahora bien; eso no es de Tibulo, el más voluptuoso de los poetas, pero el menos brutal también, ni de ningún hombre de letras: eso es de una mujer enamorada, y que ha nacido una gran Señora; en resumen, yo no conozco más que una persona en el mundo capaz de hablar en esos términos de Sulpicia, y es la misma Sulpicia. Ella es la que decía en otra ocasión (Elegía VII): «*Sed pecasse iuvat, vultus componere famae taedet*.... Agregad á esto, que el vocativo erótico *mea lux* es desconocido para Tibulo, y que, al contrario, se encuentra en las cartas auténticas de Sulpicia (Elegía XII).

«Igualmente, en la Elegía V (aunque esto es más bien asunto de impresión que de razonamiento), este hermosísimo verso de fuego;

Uror ego ante alias: iuvat hoc, Cerinthe, quod uror,

me parece inspirado por ella.

«Las dos conclusiones, á las cuales acabamos de llegar, relativas á las Elegías III y V, aunque opuestas en apariencia, no son inconciliables. Estas Elegías son de Tibulo? ¿Son de Sulpicia? Lo uno y lo otro. Y la hipótesis de una obra común se impone, con tanta mayor razón cuanto que puede uno explicarse cómo esa obra común se produjo.»

La idea de Mr. Doncieux, aunque ingeniosa, no deja de ser obra de pura imaginación. Es ingeniosa, porque concilia las dos opuestas opiniones sostenidas por los filólogos; pero es obra de pura imaginación, porque no parece probable que un poeta, eminentemente subjetivo, como Tibulo, y que había escrito las Elegías II, IV y VI en elogio de Sulpicia, y, hablando de sus amores con Cerinto, se hubiera entretenido en escribir otras, tomando como base las cartas mismas dirigidas por Sulpicia á su amante.

Los que sostienen que todas las Elegías, II á XII, pertenecen á Tibulo, son más lógicos, y hacen más explicable la obra en común, como Voss lo imaginó; porque era posible que una mujer enamorada, como Sulpicia, se valiera de Tibulo para que fuese intérprete de sus sentimientos cerca de Cerinto, y le escribiese en verso lo que ella á su vez escribía en prosa; pero parece inadmisible que una poetisa que se diri-

ge en versos llenos de pasión á Cerinto, eche mano de Tibulo para hacer de su propia historia de amor una obra común. Dos poetas pueden llevar juntos á término una labor igualmente grata para ambos; pero es inconcebible que en las mismas circunstancias ejecuten un trabajo que, para uno de ellos, es subjetivo, y para el otro, es meramente objetivo.

Por otra parte, sus observaciones relativas á las peculiaridades del estilo de Tibulo, no son concluyentes, ya porque, como el mismo Mr. Doncieux se encarga de demostrarlo, hay muchas peculiaridades del estilo de Sulpicia, ya porque hay también no pocas del de Ligdamo. En efecto, el vocativo «lux mea,» jamás usado por Tibulo, se halla repetido en la Elegía XII de Sulpicia: «Ne tibi sim, mea lux,» y la idea del verso: «et celer in nostros ipse recurre sinus» de la Elegía III, se encuentra en la Elegía VII de Sulpicia: «attulit in nostrum deposuitque sinum.» Esta misma idea la vemos expresada también en la Elegía III de Ligdamo: «tuo caderet nostra senecta sinu,» así como el «O pereant silvae» de la Elegía III, que se convierte en «A, pereat» en la Elegía IV, verso 62 de Ligdamo. Además, Tibulo jamás llamó á Diana Delia, como en la Elegía III, y Ligdamo dió á Apolo el nombre de Delia.

Las reminiscencias del estilo de Tibulo en los versos de Sulpicia, son perfectamente explicables, y ellas, en lugar de demostrar que Tibulo es el autor de una

parte de ellos, es la prueba de que él era imitado de preferencia por todos los poetas del círculo de Mesala, y principalmente por aquella que había merecido que Tibulo consagrara á sus amores con Cerinto algunos de sus cantos inmortales.

Después de pasar en revista todas las diversas opiniones de críticos y de filólogos, y de haber analizado los fundamentos que las sustentan, podemos resumir nuestro estudio con las siguientes conclusiones:

I. Las Elegías II, IV y VI, son de Tibulo.
II. Las Elegías III y V, pertenecen á Sulpicia.

Las pruebas aducidas para hacer ver que las Elegías II, IV y VI son de Tibulo, nos parecen concluyentes, porque á la par son lógicas y filológicas. Las unas, demuestran que Sulpicia no pudo ser su autora, porque no es posible suponer que ella se hubiera consagrado elogios á sí misma y, además, hacen ver la probabilidad de que Tibulo fuera su autor, tanto porque él había celebrado el natalicio de Cerinto en la Elegía II del Libro II, como porque parece natural que amigo de Sulpicia y de su amante y el juez autorizado del círculo de Mesala, él fuera quien cantara los amores de aquella feliz pareja de enamorados; y las otras confirman esas conclusiones, porque, en efecto, el paralelismo de los hexámetros y pentámetros, el agrupamiento ternario de los dísticos, el vocabulario, el empleo de determinados verbos y pronombres, los giros

que le son peculiares, y la métrica, son muy semejantes á los que Tibulo empleara.

Sólo Emilio Baehrens (Tibullische Bläter, pág. 46), ha puesto en duda esta opinión, fundándose en que Tibulo fué siempre un poeta subjetivo; pero ha emitido una hipótesis, que no puede ser más original. Baehrens dijo: «¿Y por qué el autor no había de ser Mesala, tratando de desfigurar poéticamente el amor de su sobrina? En la Catalepta de Virgilio, se ve que (Epig. 11, 23,) Mesala cantó á una «puella.» No quiero decir que ésta fuese tal vez nuestra Sulpicia; pero es posible.»

Como se ve, el único que ha contradicho esta conclusión entre todos los críticos, lo ha hecho con el deseo de aparecer original.

Las observaciones encaminadas á demostrar que las Elegías III y V son de Sulpicia, llevan el convencimiento al ánimo. Nadie que no fuera una mujer, y una mujer apasionada, podría haber dado muestra de un amor tan violento, como el que se revela en las dos citadas Elegías. El dístico:

Qui mihi te, Cerinthe, dies dedit, hic mihi sanctus
Atque inter festos semper habendus erit,

y los bellísimos versos siguientes:

Uror ego ante alias: iuvat hoc, Cerinthe, quod uror,
Si tibi de nobis mutuus ignis adest,

sólo han podido ser escritos por una mujer, y esa mujer, sólo puede ser Sulpicia.

Los que reconocen como obra de Sulpicia las Elegías VII á XII, deben convenir, en que la misma pasión que se revela en éstas, es la que ha inspirado las Elegías III y V, y si esto es verdad, la filiación es legítima. En balde la filología pretende buscar la mano de Tibulo, descubriendo las reminiscencias de su estilo, porque amén de que esto pudiera ser explicado como la obra de la imitación, hay también peculiaridades de Sulpicia, que á su vez podrían autorizar á decir que son suyas.

La crítica moderna, que cada día marcha con más seguridad, tiene que aceptar esta conclusión, porque es la única que tiene en su apoyo el texto mismo de las Elegías, y sobre todo la lógica, que es la maestra suprema en todo género de enseñanzas.

¿Quién escribió las Elegías VII á XII?

En este punto, con la única excepción de Knappe, todos los críticos están conformes en decir, que la autora fué Sulpicia.

El estilo de las Elegías, el poco arte con que los versos están hechos, algunos de los cuales son difíciles y duros, las palabras inútiles que en varios de los versos se notan, la obscuridad de algunos conceptos, son vicios todos que arguyen impericia; pero la sinceridad con que dichas Elegías están escritas, la pasión violenta que revelan, y el fuego que las inflama, ha-

cen comprender que son, á no dudarlo, obra de una mujer tan poco experta, como tan inteligente y apasionada.

Ahora bien, ¿quien puede ser esta poetisa si no Sulpicia, la «*docta puella*» á quien Tibulo se refirió en la Elegía VI del Libro IV?

Ya hemos visto que Broukhusio, atribuyó todas estas Elegías á una poetisa Sulpicia, que floreció en tiempo de Domiciano, y de quien dijo Marcial en el Epigrama XXXV del Libro X:

Omnes Sulpiciam legant puellae
Uni quae cupiunt viro placere.
Omnem Sulpiciam legant mariti
Uni qui cupiunt placere nuptae.
Non haec Colchidos asserit furorem
Diri prandia nec refert Thyestae;
Scyllam, Byblida nec fuisse credit;
Sed castos docet et pios amores,
Lusus, delicias, facetiasque.
Cuius carmina qui bene aestimarit,
Nullam dixerit esse nequiorem
Nullam dixerit esse sanctiorem,

y de quien Ausonio, en el «Cento Nuptialis» decía: «prurire opusculum Sulpiciae, frontem caperare,» y cuyos versos, según Sidonio Apolinario (Carmina, IX, 262), llevan el nombre de su esposo Caleno, «quod Sulpiciae iocus Thaliae scripsit blandiloquum suo Caleno,»

y de quien Valla coleccionó en las Escolias de Juvenal, VI, 537, dos versos senarios por extremo procaces.

Nosotros hemos demostrado el error de Broukhusio; porque no es posible que Tibulo se hubiera ocupado en celebrar los amores de una mujer, que vivió muchos años después de que él había fallecido, y porque además, ella misma se llamó en la Elegía X, «Servi filia;» pero falta hacer ver quién era la Sulpicia, hija de Servio.

Nos enseña San Jerónimo, según Mauricio Haupt (Hermes V, pág. 33), que Valeria, hermana de Mesala, se casó con un hijo del jurisconsulto Servio Sulpicio, que se contaba entre los amigos de Cicerón, y en consecuencia, dadas las relaciones que Sulpicia cultivó con Mesala, se puede suponer que era hija de Valeria, y que la llamaban con el nombre de su padre, Servio Sulpicio, de quien Cicerón decía, en una carta dirigida á Servio el jurisconsulto (Familiares, XIII, 27): «Cum tuo Servio iucundissimo coniunctissime vivo, magnamque quum ex ingenio eius tum ex virtute et probitate voluptatem capio,» de quien probablemente habla Horacio en la Sátira X del Libro I, según lo han conjeturado todos sus comentadores, á quien Plinio el joven (Epístola V, III, 5), enumeró entre los poetas eróticos, y cuyos versos, decía Ovidio (Trist. II, 441), eran «improba carmina.»

Sulpicia, según esta conjetura, sería la hija de un

poeta erótico, amigo de Horacio y de Virgilio, y por ellos tenido en alta estima, y de una hermana de Mesala, quien fuera centro de aquella generación literaria, que hallaba en él apoyo, estímulo y aplauso. ¿Estas circunstancias no explicarían suficientemente el ingenio, el arte y la inspiración de que Sulpicia diera muestra?

Las Elegías XIII y XIV pertenecen á Tibulo, y á él se las han atribuido sin discrepancia todos los críticos. Según Baehrens (Tibullische Blatter, pág. 46), lo que puede decirse con toda seguridad, es que la Elegía XIII es suya, porque ésta tiene el sello característico del arte poético de Tibulo.

Independientemente de esta consideración, no debe olvidarse que Tibulo se ha nombrado en la citada Elegía XIII, cuando dijo:

> Nunc licet e caelo mittatur amica Tibullo
> mittetur frustra deficietque Venus.

Esta mención hecha por el poeta mismo, hace imposible toda discusión á este respecto.

Pasow, en su estudio (De ordine temporum quo primi libri elegias scripserit Tibullus. Vratislaviae, 1831), y Dieterich (De Tibulli amoribus sive de Delia et Nemesi). (Mattiaci, 1844), no sólo aceptaron esta

conclusión como la única posible, sino que llegaron á asegurar, que estas Elegías debieron formar parte del Libro I, y que fueron consagradas á Delia.

W. S. Teuffel, por su parte (Studien und Charakteristichen, 1871), y con él Mr. Larroumet (obra cit.), creen que las expresadas Elegías son de Tibulo, pero que ellas se refieren á Glicera, una de las mujeres á quienes Tibulo amó, y de quien habla Horacio en la Oda XXXIII del Libro I.

Si la Oda de Horacio fué, en efecto, como lo creen Acrón y Porfirio (Scholia Horatiana quae feruntur Acronis et Porphyrionis edidit Franciscus Pauly. Pragae, Vol. I, pág. 137), dedicada á Albio Tibulo, hay que suponer que, además de Delia y Nemesis, Tibulo amó á Glicera, y esto ha hado lugar á la hipótesis de Teuffel, muy verosimil por cierto.

LIBRO IV.—ELEGÍA II.

Sulpicia est tibi culta tuis, Mars magne, kalendis. —Ya hemos hablado acerca de las fiestas que tenían

lugar en las calendas de Marzo, en el comentario á la Elegía I de Ligdamo. El poeta celebra la gracia y la belleza de Sulpicia, con motivo de las expresadas fiestas.

Spectatum veni.—Según Vulpio, esta locución fué imitada por Ovidio en el Arte de Amar. Libro I, verso 99.

Spectatum veniunt; venium spectentur ut ipsae.

Hoc Venus ignoscet.—Propercio dijo, Libro III, XXIV, 33:

Hoc tibi vel poterit, coniunx ignoscere Iuno.

Accendit geminas lampadas acer Amor. — El poeta representa al Amor con dos antorchas, tan sólo á causa de los dos ojos de Sulpicia; pero esta imagen es contraria á la tradición.

Urit, seu Tyria.... urit seu nivea.—Esta repetición no ha sido señalada por los filólogos para demostrar que Tibulo pudo haber sido el autor de esta Elegía, y sin embargo, es un giro que ya había usado en la Elegía IV del Libro II.

Et seu quid merui, seu quid peccavimus, urit:
Uror, iol removere saeva puella, faces.

Seu nivea candida veste venit.—El hecho de que Sulpicia abrasara de amor, era una prueba de su belleza; porque en general, las mujeres blancas usaban

trajes negros, y blancos las morenas, como lo dijo Ovidio en el Arte de Amar, III, 189.

Puella decent niveas: Briseida pulla decebant
Cum rapta est pulla tum quoque veste fuit.
Alba decent fuscas: albis Cephei, placebas.

Talis in aeterno felix Vertumnus Olympo.—Vertumnus es antiguo participio del verbo *verto,* como *alumnus* del verbo *alo.*

El nombre de este dios, lo explica el significado del verbo, porque precisamente se le ha llamado así, á causa de la propiedad que tiene de cambiar de formas, como dijo Propercio en la Elegía II del Libro IV.

At mihi, quod formas unus vertebar in omnes,
Nomen ab eventu patria lingua dedit.

El mismo Propercio se encarga de explicar todas las transformaciones de que Vertumnio es susceptible. Si se viste con la púrpura de Cos, nadie dudará que es una mujer; si reviste la toga, todos creerán que es un hombre. Con una hoz en la mano, ceñida de heno las sienes, se le tomaría por un segador; llevando las armas, sería un soldado; con una mitra en la cabeza, parecería Baco; con la lira en las manos, Apolo.

Ovidio, en el Libro XIV de las Metamorfosis, versos 642 y siguientes, habla no sólo de los rasgos ca-

racterísticos de Vertumnio, sino de la estratagema de que se valió para unirse á Pomona, presentándosele como una anciana, que de manera desinteresada le daba consejos para que de preferencia se casara con Vertumnio.

Vellera det fucis bis madefacta Tyros.—Las lanas dos veces teñidas con múrice de Tiro, eran muy apreciadas, y sólo las mujeres lujosas y las cortesanas las usaban. Horacio, en el Epodo XII, versos 21 y siguientes, dijo:

Muricibus Tyriis iteratae vellera lanae
  Cui properabantur? tibi nempe;
Ne foret aequales inter conviva, magis quem
  Diligeret mulier sua quam te.

Testudinea lira.—No se refiere Tibulo á una lira de nácar, sino á la lira hecha con la concha de una tortuga, de acuerdo con la tradición.

En la Elegía IV de Ligdamo, se dice:

Artis opus rarae fulgens testudine et auro
Pendebat laeva garrula parte lyra.

LIBRO IV.—ELEGÍA III

Sed procul abducit venandi Delia cura.—Apolo y Diana eran llamados Delio y Delia por haber nacido en Delos. Bernardino Cileno hizo notar en su comentario, que el autor se refería á la diosa de la caza, y no á Delia la amada de Tibulo: «non amatrix Delia sed Diana venationis dea.» Este verso ha sido objeto de múltiples variantes. Escalígero leía: «devia cura,» como dice Heyne, «quia in deviis saltibus venatur.» Heinsio propuso «in devia,» y más tarde se leyó «abducit venanti Delia Curas.»

O pereant silvae.—Tibulo hizo uso con mucha frecuencia de este giro.

Elegía I, Libro I:

O quantum est auri, pereat potiusque zmaragdos.

Elegía IV, Libro IV:

O pereat quicumque legit viridesque zmaragdos.

Elegía III:

Ah pereant artes et mollia iura colendi.

Ligdamo dijo también:

Ah pereat didicit fallere si qua virum.

Mr. Doncieux toma pie de este giro, entre otros, para atribuir á Tibulo, y no á Sulpicia, esta Elegía:

Et demam celeri ferrea vincla cani.—Vulpio comparó, por la primera vez, este pasaje con el de Ovidio. Metamorfosis, Libro VIII, 331:

pars retia tendunt
Vincla pars adimunt canibus.

Et celer in nostros recurre sinus.—Ovidio imitó también este verso; él dijo en las Heroidas, XV, 95:

Huc ades, inque sinus, formose, relabere nostros.
Non ut ames oro, verum ut amare sinas.

LIBRO IV.—ELEGÍA IV.

Et tenerae morbos expelle puellae.—Dice Heyne que Livineyo y Guyet corrigieron *expelle,* poniendo en su lugar *depelle;* fundándose, entre otras, en la autoridad de Ovidio, que dijo: *Turpe tibi est, illum causas depellere leti.* Sin embargo, la lección «expelle» está apoyada en la autoridad de Horacio, quien,

en la Epístola II, Libro II, escribió: «*Expullit elleboro morbum, bilemque meraco.*»

Ades intonsa Phoebe superba coma.—Ya hemos visto en otra ocasión toda la importancia que Tibulo atribuye á la intonsa cabellera de Apolo, que, tanto en él como en Baco, era una señal de su eterna juventud. Apolo ha sido considerado como el inventor de la medicina, y con este motivo se le ha atribuido la facultad de curar los cuerpos enfermos. Horacio, en el Canto Secular, dijo:

Qui salutari levat arte fessos.
Corporis artus.

Ovidio, en las Metamorfosis, Libro I, 521, fué más preciso que Horacio:

Inventum medicina meum est; opiferque per orbem
Dicor, et herbarum subiecta potentia nobis;

y, en el Remedio de Amar, verso 76, dirigiéndose á Apolo, le dijo:

Carminis et medicae, Phoebe, repertor opis.

Laus magna tibi tribuetur.—Los versos 21 y 22 están mal colocados en todos los M. SS. de Tibulo; pero han ocupado este lugar á partir de la segunda Aldina de 1515.

La expresión «in uno corpore servato restituisse duos» fué imitada por Ovidio. Amores, II, XIII, 15 y 16:

> Huc adhibe vultus, et in una parce duobus
> Nam vitam dominae tu dabis, illa mihi.

LIBRO IV.—ELEGÍA V.

Te nascente novum Parcae cecinere puellis.—Ya dijimos en el Comentario á la Elegía VII del Libro I que, según la opinión de Wunderlich, «*cecinere*» está empleado en este verso en lugar de «praedixere.»

Perque tuos oculos per Geniumque rogo.—En este verso se nota una imitación de Ligdamo, Elegía VI:

> Etsi perque suos fallax iuravit ocellos,
> Iunonemque suam perque suam Venerem.

Magne Geni, cape tura libens votisque faveto.—Censorino, en su obra *De die natali,* explica quién era el genio, y por qué se le ofrecían tan sólo libaciones de vino y se le quemaba incienso. El Genio es un dios, bajo cuya tutela vive el hombre desde que nace. Toma su nombre del verbo *genere,* que signi-

fica engendrar. Según la opinión de muchos autores antiguos, la cual comparte Granio Flaco, el Genio y el dios Lar son un solo y un mismo dios. Según Varrón, en su obra intitulada *Atticus*, al ofrecer al Genio el presente anual, debía uno de abstenerse de sacrificar ninguna víctima, porque no era conveniente quitar á otros la vida el día de nuestro nacimiento.

Quod si forte alios iam nunc suspirat amores.—Mr. James Crastoun hace ver que este verso está imitado de Tibulo, Libro I, Elegía VI:

Te tenet, absentes alios suspirat amores;

pero antes Vulpio había señalado un pasaje de Horacio que puede compararse con él. Horacio, Oda VI, Libro III:

Iam nunc et incestos amores
De tenero meditatur ungui.

At tu, Natalis.—Como lo hace observar Mr. Martinón, Natalis es un nombre propio, usado en vez de Genio.

LIBRO IV.—ELEGÍA VI.

Natalis Iuno, sanctos cape turis honores.—Así como los hombres al nacer tenían su Genio, según lo explica Censorino, las mujeres tenían su Juno, á quien llamaban Juno Natal.

Plinio, en el Libro II, VII, de su Historia Natural, habla de esto, cuando dice que fácilmente debe comprenderse que el número de los dioses es mayor que el de los hombres, porque cada ser humano que nace se forma un dios adoptando un Genio ó una Juno (Iunones Geniosque adoptando sibi).

Séneca, en la Epístola CX á Lucilio, se refiere también á esa creencia: «Quiero que también recuerdes que nuestros mayores, que creyeron esto, eran de la secta estoica, y ellos atribuyeron á cada uno de nosotros un Genio ó una Juno.»

Dat tenera docta puella manu.—El epíteto «docta» que Tibulo aplica á Sulpicia, hace comprender que se trata de una poetisa, porque era un calificativo que en Roma se aplicaba, no sólo á los poetas, sino á aquellos que sobresalían en las letras latinas y griegas.

Catulo dijo, Oda XXXII:

Ignosco tibi, Saphica puella
Musa doctior;

y Ovidio, en el Libro II de los Amores, IV:

Sive es docta; places raras dotata per artes;

y en el Arte de Amar, Libro II, 281:

Sunt tamen et doctae rarissima turba puellae:

Purpureaque veni perlucida palla.—*Palla* era el vestido talar y largo que usaban las diosas y aun los dioses.

Tibulo, hablando de Osiris en la Elegía VII del Libro I, dijo:

Fusa sed ad teneros lutea palla pedes;

y Ligdamo, tratándose de Apolo, en la Elegía IV:

Ima videbatur talis inludere palla.

Perlucida, según Mr. Martinón, está empleado en el sentido de brillante y no de transparente.

Ter tibi fit libo ter, dea casta, mero.—Á Juno, lo mismo que al Genio, sólo podía ofrecérsele incienso ó libaciones de vino.

La explicación de Censorino, puede hacerse extensiva á la fiesta del natalicio de las mujeres.

LIBRO IV.—ELEGÍA VII

Qualem texisse pudori quam nudasse alicui sit mihi fama magis.—Algunos editores, á partir de Broukhusio, han alterado la lección de los M. SS., y han puesto «minor» en lugar de «magis,» ya fundándose en que *magis* es inconciliable con «pudori quam,» ó ya en que la construcción es defectuosa, porque dejando «magis,» debiera decirse: «pudori est cum,» en vez de «pudore quam.» La verdad es, que «magis» expresa perfectamente bien el pensamiento de una mujer discreta, que prefiere disfrutar de los encantos del amor, al placer de que lo sepan los demás.

Non ego signatis quicquam mandare tabellis, etc.—Mr. Martinón, en su comentario, dice: «Hay aquí dos interpretaciones posibles. La más sencilla, en apariencia, sería: «yo no escribiré nada por el temor de que alguien lo lea antes que Cerinto;» pero además de que «velim» no estaría bien colocado, esta interpretación no concuerda con el sentido de la composición. Es necesario adoptar la otra que refiere «velim» al conjunto, y que hace de «*signatis*» la palabra esencial: yo no quiero sellar lo que escribo para que mis secretos escapen á la curiosidad, sino al contrario, deseo que

todo el mundo sepa la verdad. Es incomprensible cómo Mr. Martinón ha podido sostener semejante interpretación, porque ella contradice la frase anterior: *mea gaudia narret dicetur si quis non habuisse sua*. La que no quiere contar sus alegrías, ¿puede, acaso, desear la publicidad?

LIBRO IV.—ELEGÍA VIII.

Neu tempestivae saepe propinque viae.—Mr. George Doncieux, en un artículo intitulado «Corrections à deux elegies de Sulpicia,» publicado en el primer cuaderno de la «Revue de Philologie,» correspondiente al año de 1888, ha formulado contra este verso las siguientes observaciones:

«Notemos desde luego, que el Ambrosianus y el Vaticanus dan «neu» en lugar de «non.» De todos modos, el verso está corrompido. Después del hexámetro, espera uno otra cosa que no sea un segundo vocativo; y en cuanto á la expresión «saepe propinque viae,» para significar «qui saepe te accingis itineri intempestivo» (Escalígero), no puede uno admitir que

sea latín, y el ejemplo de Lucano (Consules), *pugnae iam mente propinqui*, con que algunos pretenden autorizar esta manera de decir, no tiene con dicha expresión analogía verdadera.»

«Unger conjetura: (quiescas). *Ceu tempestivae saeve propinque /viae:* lo que parece un chiste. Baehrens *Neu tempestivae perge monere piae*, pero además de que es dudoso que «*tempestiva via*» se pueda tomar en el sentido de «larga ruta,» *monere viae* es muy forzado. Heyne, fué el primero que escribió (quiescas) *Non tempestivam sic properare viam*, conjetura plausible, pero que tiene el inconveniente de alterar gravemente el texto, y por otra parte, no me gusta *quiescas sic properare*. Yo propongo:

Neu tam festines me rapere usque viae.

Se ve cómo la lección de los M. SS. pudo salir de ahí leyendo mal el texto.»

LIBRO IV.—ELEGÍA IX.

Natali Romae iam licet esse tuo.—Mr. Doncieux cree, que el «tuo» es inconsistente; porque supone

que el aniversario que Sulpicia deseaba pasar en unión de Cerinto, era el suyo, y no el de Cerinto, como se ve del contexto de la Elegía anterior. Además, dice, si *natali* estuviese realmente modificado por *tuo,* Sulpicia hubiera escrito: «*Romae natali iam licet esse tuo,*» según el uso constante de poner simétricamente, al fin de dos hemistiquios, cada vez que es posible, el sustantivo y el epíteto.

Mr. Doncieux propone leer «tuae,» relacionado con *puellae* del verso anterior, y dependiendo de «*licet.*»

Omnibus ille dies nobis natalis agatur.—Más aceptable que la anterior, es la corrección que Mr. Doncieux propone para este verso. La palabra «omnibus,» suscita una dificultad, porque ni Sulpicia ha podido pretender celebrar el aniversario suyo, ó el de Cerinto, en unión de todo el mundo, ni *omnibus nobis* puede tomarse por «nosotros dos,» porque no hay ejemplo de ello en ningún escritor latino. En lugar de «omnibus,» Mr. Doncieux lee «optimus,» concordando el adjetivo con «natalis,» tomado como sustantivo. La construcción sería: «Ille dies qui agatur nobis optimus natalis.»

LIBRO IV.—ELEGÍA X.

Si tibi cura togae potior pressumque quasillo scortum.—Este pasaje expresa, de una manera perfecta, la condición social de la mujer con quien Cerinto podía tener amores á despecho de la pasión de Sulpicia. Así como hemos visto que la «stola» larga era el traje peculiar de las matronas, y la corta el de las libertas, la *toga*, era el de las esclavas ó de las meretrices, á quienes jamás se permitía llevar el vestido de las mujeres respetables.

El *quasillus* era el canasto en que las *quasillariae*, esclavas, llevaban la lana y los instrumentos para hilarla.

Servi filia Sulpicia.—Este verso ha servido para identificar, como se ha visto en la Introducción, á Sulpicia, y conjeturar que fué hija de Valeria, la hermana de Mesala, quien fué casada con Servio Sulpicio, poeta, é hijo del jurisconsulto del mismo nombre, amigo de Cicerón.

LIBRO IV.—ELEGÍA XI.

Estne tibi.... Tuae pia cura puellae.—Ovidio dijo en las Heroidas, VIII, 15:

At tu, cura mei si te pia tangit, Oreste.

Si tu nostra potes lento pectore ferre mala.—Traduje *lento* por «tan sereno» ó «indiferente,» recordando á Virgilio, Égloga I: «tu, Titire, lentus in umbra,» y á Ovidio, Amores, III, VI, 60: «Qui tenere lacrimas lentius in ore videt.»

LIBRO IV.—ELEGÍA XII

Ne tibi sim, mea lux.—El único poeta latino que, imitando á Homero, hizo uso de este vocativo cariñoso, antes que Sulpicia, fué Catulo, quien, en la Elegía LXVIII, 160, dijo:

Lux mea, qua viva vivere dulce mihi est.

LIBRO IV.—ELEGÍA XIII.

Tu mihi sola places.—Esta expresión fué modificada por algunos editores, substituyendo «modo» á «mihi.» Escalígero restableció la lección usual.

Ovidio y Propercio la han repetido.

Ovidio, Arte de Amar, Libro I, 42:

Elige cui dicas: «tu mihi sola places.»

Propercio, Libro II, VII, 19:

Tu mihi sola places; placeam tibi, Cynthia, solus.

Tu mihi curarum requies.—Ovidio imitó esta manera de decir en las Tristes, IV, X, 118.

Tu curae requies, tu medicina venis.

Tuae Iunonis numina iuro.—Jura Tibulo por la Juno de Glicera, es decir, por la que tuvo ella desde que nació.

LIBRO IV.—ELEGÍA XIV.

Crimina facta.—La lección de Pontano «iacta» que adopta Müller es mucho más expresiva.

Yo traduje: «Que no sin dolor mío el cargo arrojan.»



ÍNDICE

ELEGIAS DE SULPICIA

LIBRO IV:

COMENTARIOS

LIBRO I:

LIBRO II:

LIBRO III:

LIBRO IV:


3 9015 06786 6189